

— NARCISO CLIMENT —

UNA CIUDAD
VESTIDA
DE LUZ
(RELATOS BREVES)



SANLÚCAR DE BARRAMEDA

NARCISO CLIMENT

UNA CIUDAD
VESTIDA
DE LUZ
(RELATOS BREVES)

UNA CIUDAD
VESTIDA
DE LUN
(BREVIOS BREVIOS)

Edita: Asociación de Padres del Centro de Estimulación Precoz
de Sanlúcar de Barrameda.

Imprime: Sta. Teresa. Ind. Gráficas, S.A.
C/. Cervantes, 5. Sanlúcar de Barrameda

Depósito Legal: CA 269/97

I.S.B.N.: 84-605-6219-0

*A todos los niños con algún tipo de
minusvalía*

*El autor cede todos los derechos de la presente obra, así como los beneficios
correspondientes a la misma al Centro Comarcal de Estimulación Precoz
de Sanlúcar de Barrameda*

PRÓLOGO

En *Una Ciudad vestida de Luz* su autor Narciso Climent Buzón nos presenta una colección de relatos ambientados en Sanlúcar de Barrameda cuna y pasión suya: La historia de la ciudad con sus personajes, costumbres, calles, piedras, edificios, naturaleza presididos por la luz que reina sobre toda la ciudad.

De su lectura se extraen sombras e iluminaciones sobre la vida colectiva. No se trata del libro de historia, ni de la alabanza pueblerina. Tampoco estamos ante la simple referencia de anécdotas individuales. Es mucho más. Narciso, con palabras de Miguel de Unamuno, toma al pie de la letra el concepto de *intrahistoria*. La vida cotidiana, los personajes grises y los que pasaron a los libros de Historia con mayúsculas, los que trabajaron esforzadamente por la supervivencia y los que bien vivieron: los poderosos y el pueblo llano... Las páginas su pueblan de vida.

Narciso es profesor de Lengua y Literatura en el Instituto "Francisco Pacheco". Autor de una Historia Moderna y Contemporánea de Sanlúcar, de excelentes pregones de festividades religiosas y de varios rimeros de poesía, aún inéditos.

En la actualidad, los años y la sazón le han concedido la habilidad del relato corto, territorio donde se encuentra extraordinariamente cómodo. Hunde sus raíces en autores locales que están pendientes de redescubrir. Manuel Barbadillo, oculto detrás del apellido, pero de un costumbrismo literario al que deberíamos acercarnos sin prejuicios. También José Luis Acquaroni, autor que no ha conocido la justicia de sus méritos literarios: su novela *Copa de sombra* permite al lector abordarla desde diferentes perspectivas, la memoria colectiva, el bucear en el pasado inmediato, la literatura... Nos suena al trabajo que Narciso hace.

¿Por qué escribe así? Las razones literarias no pueden dejar atrás la persona que empuña la palabra. Narciso entiende la vida como un compromiso con los demás y por ese motivo su literatura, a su manera personal, no puede ser más que una literatura de corte social, comprometido con el entorno, con su pueblo, con sus gentes, con su tiempo.

Es lógico que, en palabras de Gloria Fuertes, “*la vida manche con sus botas de barro las páginas blancas*”. Tanto es así que por una rendija entra la propia existencia del escritor. No es posible acercarse a la posguerra sanluqueña sin leer algunos relatos de los presentados aquí.

La escritura y la vida diaria son hermanas, hijas de dos padres simbólicos, el compromiso y la amistad. Éstos radican, tienen su morada, en una persona buena, nuestro amigo **Narciso Climent Buzón**.

Manuel Toribio García y Eugenio Pérez Alcalá



“Lo contempla sobre un agua remansada y multicolor por los flujos y reflujos de los inmensos pulmones del misterioso mar”.

LUCERO DE LA MAÑANA

*"Felice, oh tierra, y bienaventurada que al sol ves las últimas
carreras en las postreras ondas del Odéano,
y oyes el rechinar de sus ruedas".*

P. Papinio Estacio

(Traducción y edición de Juan de Arjona, incluida en el tomo XXXVI de la
Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra).

1

Aún tenía Themóstenes en la retina de sus oscuros ojos negros, viento negro como la inmensidad del Océano, a la luminosa HISPAL, rico y bello poblamiento, a pesar de ser lugar muy pantanoso y de la gran cantidad de mosquitos vistos, que penetraban en el río rojo de su robusto cuerpo; recordaba aún -y esto le había llamado la atención- las primitivas viviendas de Hispal con sus cimientos fuertemente asegurados por pilotes o estacas gruesas y largas que se clavaban para consolidarlos. Allí se había encontrado por finalidades comerciales. Se sentía satisfecho de las transacciones efectuadas, no en balde lo comercial corría por las venas de sus ancestros. La ida a Hispal había sido rápida, pero ahora disponía de tiempo para conocer más profundamente las tierras que con anterioridad sólo pudo ver de soslayo, además sentía en su tostado cuerpo los aleteos blancos de unas punzadas que le incitaban al alegre jineteo de la doma nocturna. Piensa en ello, sonrío y carraspea, mientras sus ojos se distraen con las montañas de azulada agua que el barco, testigos los ramajes lacios, va abriendo en los surcos del fertilísimo Río Betis. Cierra los ojos displicentemente y aprieta sus labios en señal de grata suficiencia, pues a pesar de su condición de jefe supremo de aquel vehículo flotante, no está él ni mucho menos por encima de las acaloradas pasiones. Los estremecimientos y aspiraciones que siente dentro de sí mismo es la expresión de su rica naturaleza. La oscura caravana de sus veinte hombres, cargados igualmente de deseos e ilusiones, le seguiría en la embajada por la ya próxima tierra ansiada.

El río permanece profundamente silencioso, sólo estremecido levemente por el rumor suave de las olas que anuncian la pronta inminencia del mar presente. Nada denuncia presencia humana.

Cuando el Betis se bifurca en dos grandes bocas por las que va buscando su salida gozosa al mar, y el verde luminoso de la arboleda de ambas orillas alegra el corazón de Themóstenes, piensa él qué necesidad tiene de dejar el mundo, si este le ofrece en bandejas de preciosos metales lo más lisonjero de la vida. Sus alimentos y sus vestidos son la envidia de los mismísimos dioses, y además disfruta de las mujeres sin la obligación de tener que mantenerlas; una sola cosa le acongoja y es la nostalgia que comienza a sentir de su tierra y de los suyos.

Aparece a su vista una pequeña isla situada entre las dos bocas del estuario del Betis y queda realmente extasiado al contemplar el río, ese esqueleto de luz, de vida y de color que impregna de riqueza a todo el contorno, pues va dejando cansinamente en su recorrido gran cantidad de charcos y lagunas con vocación de permanencia.

No deja de observar y, en el momento que se encuentra más ensimismado, observa incrédulo un gran Lago, hijo del gran Río, en cuyas orillas aparecen incipientes y pantanosas tierras de marismas. No se explica la belleza de lo que está contemplando y abre las puertas secretas de su curiosidad y de su amor por la belleza. Es una laguna litoral que el río forma en su desembocadura.

La proximidad del barco de las orillas le hace vislumbrar en la distancia modestas viviendas y los perfiles de gente curiosa que contempla el paso de la embajada distante.

Algunas siluetas en la distancia se afanan en formar pequeñas montañas, visibles desde el barco, de salada plata blanca que Themóstenes juzga dormitorio fecundo para los productos de la caza y de la pesca de los habitantes favorecidos de las orillas del inmenso Lago.

En las zonas de menor profundidad, próximas a la orilla, observa Themóstenes hermanadas sinfonías de garzas que, con sus pequeñas cabezas y con sus juguetones moños largos y negros, parecen abrir interrogantes al Misterio de la vida, de la muerte, de la naturaleza y del amor.

Iba atardeciendo sobre el barco el ritmo lento e incansable; el Sol, en la distancia, iba haciéndose cada vez más niño, dejando, tras de sí, al introducirse en el

vientre materno del mar, un pacífico color amarillento y rosáceo, que sólo era una dudosa luz insinuada e insinuante.

2

Antes del amanecer, ya comienzan sus hombres el trajinar diario. Hizo un recorrido por el barco para ver cómo se encontraba la situación de todo; y nuevamente la curiosidad le llevó a la proa de la embarcación, desde donde pudo convencerse de que aquella era realmente la tierra de la luz, como le habían afirmado. En el horizonte un rebaño de nubes jugaba a esconder las primeras luces, en ocasiones, y en otras, a enseñarlas, formando una silenciosa sinfonía de colores que se proyectaba sobre el ondulado mar, transformando en mítica melodía de ritmos musicales y en variopintas figuras de colores. Vefase al fondo un espesísimo bosque de pinos, paraíso de umbrías sombras y de animales de las más variadas especies.

El barco de Themóstenes, juguete indefenso del mar profundo, va acercándose lentamente, movido por la suave brisa marina que comienza a acariciar sus velas, sujetadas toscamente en la verga que le sirve de sujeción y de columna vertebral, a la tierra firme que casi acarician ya con las manos.

En la tupida arboleda que cubre todo el contorno se abre paso una franja de tierra llana, a los pies mismos de la desembocadura. Un grupo de modestas viviendas rodean las proximidades de la pequeña bahía; algunas se adentran en la orilla alzadas sobre plataformas de estacas clavadas en su fondo; son viviendas pequeñas, de paredes construídas por troncos de árboles y cubiertas de techos de paja y matorrales secos, coronadas por troncos trenzados y superpuestos en la parte superior, para evitar que sean arrastrados por el viento.

En el centro de todas ellas se levanta una gran casucha, especie de bohío, construido a su vez de cañas, paja, madera y ramas, que servía de lugar de encuentro social, de reconfortante refugio de fríos y calores, así como de defensa de las alimañas que merodeaban a veces por el paraje.

Se procede al amarre del barco en el embarcadero que, paralelo a la orilla, estaba destinado a estos menesteres. Cuando saltan a tierra firme, pisan unos modestos tablones que eran la plataforma que servía de amarre de las ligeras embarcaciones, por las que los primitivos lugareños se adentraban en el mar y en el río en busca de la pesca, pesca que realizaban con los anzuelos de bronce -material que había supuesto un gran avance en el desarrollo de la vida de estos hombres y que había

surgido del endurecimiento del cobre mediante su aleación con estaño-, sacralizados por sus ofrendas a Juno, a Vulcano -el dios de la forja y el fuego-, o a la mismísima Venus, la diosa de la fecundidad, de la belleza, de la primavera y del amor. No en balde era esta una tierra considerada sagrada en la que se rendía culto a gran cantidad de divinidades sobre todo en cuatro templos ubicados en la zona; dos en las inmediatas orillas de la Laguna, otro en las inmediaciones del embarcadero, y otro, el más importante, situado en la zona más elevada de esta tierra, dedicado a dar culto sobre todo al Lucero.

Mira Themóstenes el barco y lo contempla sesteando del largo bogar sobre un agua remansada y multicolor por los flujos y reflujos de los inmensos pulmones del misterioso mar, que era como una respiración de pinos y de algas del río que, con el mar, a todo daban vida. Mar y río tenían como compañeras a las gaviotas, ágiles busconas tras los peces y desperdicios que estos hombres iban con frecuencia dejando por el camino en sus tareas pescadoras.

Hay la misma animación y alegría que Themóstenes había dejado atrás en Hispal. Sí, nota la presencia de lugareños y también la presencia de hombres venidos de otras tierras como ellos, gente que muestra en sus gestos alegres y divertidos la alegría que impera en esta tierra. Themóstenes y los suyos no pasan desapercibidos sino que son objetos de la admiración y curiosidad de los hombres y de las miradas coquetonas de las mujeres que parecen indagar qué es lo que más les atrae de ellos, si los gestos, o los ojos, o la musculatura, o los labios, o el modo de peinarse; en suma, se afanan por buscar en qué parte de sus cuerpos radica el secreto de la seducción que suscitan.

3

Había solicitado Themóstenes un guía que les acompañase hacia la zona que le habían presentado como la más importante, el Templo del Lucero, y de la que le habían hablado maravillas estos acogedores hombres de la mar que, en la pasada noche, hablaban y hablaban... y lo hacían además incansablemente y con un ritmo y un tono que les molestaba los oídos, después de embelesarse ante tanto silencio como habían tenido en su viaje. La petición fue atendida con celeridad; un robusto joven de pelo y ojos sumamente negros y de atlético torso que se dejaba ver, pues sólo se cubría de cintura a rodillas. Él era quien les acompañaría; era Ennil, quien al amanecer ya estaba junto a la vivienda que habían utilizado Themóstenes y sus hombres para el fugaz descanso. Ennil había acompañado a otros en variadas ocasiones, y gozaba ofreciéndose para tales embajadas, pues siempre sacaba algu-

na prebenda de ello. Así, siempre que arribaba alguna embarcación, ya estaba dispuesto el joven Ennil a escuchar las conversaciones que se produjesen y a ofrecerse de inmediato. No vivía lejos del embarcadero. Unos caminos empolvados y sombríos, cual blanquísima alfombra rodeada de pinos, le llevaban al lugar donde él tenía su vivienda, muy próxima a un colorista cerro de mil luces donde se alzaba uno de los templos en los que se rendía culto a la divinidad, así que bien sabía él de qué iba todo aquello. Ahora, sin embargo, no era hacia ese templo al que acompañaría a los extranjeros -la verdad es que las visitas a él habían decaído bastante, pues la gente se había ido asentando en las proximidades del gran Templo del Lucero-, sino que les haría expedito el camino hacia el lugar más famoso y colorista de la zona.

- *Los dioses te salven*, dijo Themóstenes al joven Ennil, *¿eres tú quien nos va a acompañar?*

- *Sí, señor, si desean mi compañía*, respondió Ennil.

- *¿Se encuentra muy lejos?*, replicó Themóstenes.

A Ennil le entra la intranquilidad por los muros de su cuerpo ante el temor de que la distancia los disuada del intento.

- *Ciertamente no, para pies ligeros y espíritus ansiosos de novedades, no tardaremos ni media jornada.*

Themóstenes, sin poder contener su espontánea sonrisa, ante la pícara agilidad de Ennil, le contestó:

- *Bueno, muchacho; no dejes mal a los tuyos. Llévanos por los mejores senderos.*

La comitiva se pone en camino. Agonizaba ya la noche, permitiendo que sobre el ancho mar saliese de su celda una bellísima Luz resplandeciente, escrita desde muy antiguo en los estatutos de la vida de estos hombres, descendientes de aquellos, que, al verla por primera vez, aquí permanecieron, enamorados de tanta luminosidad; y, borrachos de ella, la divinizaron. Por eso, cuando veían las puestas de sol, contemplaban el Lucero Divino, al que empezaron a llamar Estrella de Venus; diosa hermosa, benigna y resplandeciente a la que le levantaron el templo al que Ennil les llevaba en esta mañana luminosa. Consideraban los antepasados de Ennil que estas selváticas costas eran las últimas que había en el mundo y el último camino por el

que se paseaba el dios Sol. Había incluso quienes afirmaban haber oído contar a los más viejos de los viejos que en un tiempo se oía incluso el ruido de las ruedas del carro del Sol al ir cayendo lentamente sobre el océano.

Aparecían al principio, delante de los lejanos viajeros, como tres caminos: a la derecha, un mar resplandeciente, plata azulada, que iba a dormirse tranquilamente a los pies de la gran cantidad de pinos que se contemplaban en la otra orilla, sobre los que se veían volar gran cantidad de aves enigmáticas que pasaban juguetonamente de una orilla a la otra: veíanse gansos, de vestimenta gris y parda; golondrinas de mar, hermanas más pequeñas de las gaviotas; milanos, con sus plumajes rojizos y sus alas largas; largas zancudas, las cigüeñas, que, con su cuerpo blanco, sus alas negras, y sus largos cuellos, patas y picos, iban produciendo unos sonidos en el silencio de la clara mañana hacia el que dirigían los viajeros su mirar; flamencos, grandes y esbeltos, con su plumaje blanco y rojo y su pico también rojo; pero, sobre todo, en esta sinfonía de luces, sonidos y colores, lo que más les llamó la atención eran las sinfónicas bandadas de unas aves de mirar profundo que volaban hermanadas, formando las más diversas figuras geométricas en el límpido azul del firmamento.

- *Esos son halcones*, afirmó Ennil mientras le brillaban los ojillos, sintiéndose importante. *Algunos hombres*, agregó como abriendo algún arcano baúl de misterios, *los cazan y luego los adiestran para que les ayuden en sus cacerías*.

A la izquierda, se alzaba, a todo lo largo, y paralela a la orilla una mediana barranca, orilla a su vez de un tupidísimo bosque, en el que se veía una gran cantidad de árboles de las más diversas especies y en donde se adivinaba gran cantidad de animales poblándolo.

En el centro estaba el camino por el que ellos avanzaban; era la orilla del mar, blanca, amplísima y reluciente, hasta el punto de dañar a veces la vista al proyectar sobre ellos la luz con la que el sol calentaba tan bello camino. Todo era rectilíneo, salvo algunos pequeños médanos que rompían a veces la homogeneidad del suelo. El silencio era total, sólo se oía el canturreo próximo de los pájaros que anidaban en el bosque inmediato. Nada parecía animado. Ni el mar que se teaba cansinamente, ni las conchas que yacían muertas en la orilla -armaduras abandonadas por sus antiguos portadores-, ni las algas -plantas marinas de muchas ramificaciones sostenidas por una base común- que, vomitadas por el mar, parecían disecadas bajo los rústicos pies de los sorprendidos caminantes. Sólo a veces aparecía un destello de vida en las carreras de los cangrejos y cámbaros que corrían veloces, ayudados de sus patas y pinzas, para esconderse de las proyectadas sombras extrañas.

- ¡Qué bello es todo esto!, exclamó Themóstenes ante la mirada complaciente del joven Ennil.

Cuando se encontraba a un tiro de mirada de una lengua de la barranca que se adentraba en el mar, Ennil indicó que había que abandonar ya la orilla, para introducirse por el espeso bosque. Si bello les pareció lo anterior, el camino que ahora iniciaban era realmente paradisíaco, lugar adecuado para ser estancia de los dioses.

De la barranca, y por caprichosos vericuetos, bajaban riachuelos y arroyos que formaban diminutas cascaditas por las piedras, impregnadas de verdín, una suavísima capa verde que se adosaba a las piedras por la humedad del paraje que acompañaba su itinerario. Aparecía el agua juguetona, de blanca plata en ocasiones y oscura, como el pensamiento de la noche, en otras; pero siempre misteriosa y refrescante. Todo el trayecto estaba escoltado por la riquísima y umbría vegetación, que apenas dejaba asomar los cuernos de rayos de luces, que imbuían al paisaje de borracheras de ensueños. Árboles y matorrales de todas las especies iban quedando atrás, frondosas encinas cargadas de bellotas; acebuches, olivos silvestres; quejigos, con sus formas cupulíferas, que los lugareños llamaban caxicos; coscojas o matorrales de sotobosque; pero, sobre todo, una cantidad ingente de pinos y olivos que aparecían por doquier selváticamente nacidos sin ningún tipo de orden ni simetría alguna.

Coronando el conjunto y, después de pasar por unos barrancos de rojizo barro en donde aparecían cuevas que servían de viviendas, resplandecía, sobre una gran loma, una amplia llanura, alta, fructífera, escoltada de fértiles frutos y de grandes árboles. Sobre la amplia llanura y, rodeado de las más variadas clases de viviendas, cuevas, edificaciones de piedra con sencillos tejados y mamparas hechas de ramas bien trenzadas que preservaban de la lluvia y el viento, aparecía resplandeciente el TEMPLO DEL LUCERO.

4

Se encontraba el sol en su momento más radiante. Una calurosa brisa provenía de los montículos suavemente ondulados que se perdían en la distancia; brisa que se alternaba con la suave brisa marina que traía el olor de los barrancos que se encontraban en línea de costa, donde se había ido depositando, con el paso del tiempo, abundantes restos conchíferos que se iban transformando en un basamento de las más variadas formas. A los ladridos de Dingo, un perro de pelo rojizo y del tamaño de un lobo, salió de su casa Boltar, un hombrecillo pequeñuelo, de arrugada cara, con grandes orejas, de pelo y barba encanecidos, que vestía ropajes negros y un gorro platea-

do en la cabeza con una estrella roja en el centro. Se dedicaba al servicio del templo y todos sabían que su indiferencia por las mujeres corría pareja con su debilidad por los jóvenes que se acercaban a aquellos parajes. Vivía en una pequeña casa de paja, con una techumbre suavemente pendiente para que no se acumulasen las aguas; junto a la casa, un elevado pino cubría de sombra todo el conjunto, rodeado de matorrales y flores silvestres de llamativos colores blancos y amarillos.

Estesícoro, mitad rey y mitad sacerdote para la amplia población que vivía alrededor del Templo y muchos de ellos -según las necesidades- dedicados también a su servicio, se encontraba en el lecho acompañado de Astarbé, su esposa. Boltar irrumpió inoportunamente en el dormitorio, carraspeando para llamar la atención de Estesícoro.

- *¿Qué es lo que quieres, Boltar?*, indagó, sofocado, Estesícoro.

- *Sólo cumplo con mi misión; he visto acercarse hacia el Templo a un grupo de hombres que, por su aspecto, deben ser comerciantes... vienen acompañados del joven Ennil.*

- *¿Con que del joven Ennil?*, contestó Estesícoro, mientras dirigía una cómplice sonrisa a Astarbé. *¡Bueno, está bien!*, gritó, al tiempo que no reprimía un amplio bostezo.,

Boltar salió de la habitación sacando despreciativamente la lengua a Astarbé, quien había permanecido de espaldas ante la presencia del pícaro Boltar.

Boltar, engrandecido, recibió a los viajeros con una calculada y ya frecuente solemnidad. Sutilmente los fue inspeccionando a todos de arriba a abajo y luego los instruyó en lo que debían hacer en el Templo, queriendo dar la impresión de que su papel en él era sumamente importante.

Themóstenes y los suyos se sentían felices por encontrarse en tan bello lugar y a las puertas mismas del famoso y célebre Templo. El Templo no era de grandes proporciones, pero sí de llamativa belleza. En su exterior, aparecía, por la parte delantera, un gran frontal con cuatro potentes columnas, que servían de soporte a un frontón triangular, en cuyo centro aparecía una estrella, la Estrella del Lucero, rodeada de una corona de mirtos, rasgos característicos de la diosa Venus.

Sentían la mirada de los habitantes de aquel poblamiento, que habían vigilado con celo todos sus movimientos, cuando apareció Estesícoro, acompañado de su

joven hija Tursyna. Entraron en el Templo; se trataba, como otros que ellos habían visitado con anterioridad, de un santuario abierto, algo lógico en los cultos astrales, con paredes de mampostería a ambos lados y al fondo una construcción de piedras labradas, en cuyo centro aparecía un busto de Venus, rodeado todo él de rayos de luz; en el centro del Templo se alzaba una ara, toda de piedra, que tenía labrado en la parte anterior un gran medallón de Vulcano, en figura de hombre con birrete, con martillo y tenazas.

Themóstenes hizo en el centro del Templo la entrega a Estesícoro de las ofrendas que presentaban a los dioses: cerámicas, que había adquirido en Hispal; artes de pesca y anzuelos de bronce; así como anillos y pendientes elaborados con metales preciosos. Estesícoro los recibía con complacida solemnidad. Era un hombre alto, voluminoso, de cuello arrugado, de largas barbas y melenas, de ojos negros rajados y misteriosos, de piel enrojecida, de mirar profundo, inquieto y prepotente; sólo iba cubierto de cintura para abajo, portaba un amplio y reluciente pectoral, de forma estrellada y unos ricos brazaletes en ambos brazos.

Boltar se afanaba en recoger de Estesícoro las ofrendas y las iba depositando en una especie de caseta que se encontraba adosada al Templo; la caseta tenía una gran estaca en cada una de las esquinas y el espacio entre ellas aparecía cubierto con ramas tejidas, revocadas de arcilla, que el calor del fuego había endurecido, estando reforzada también con bloques de piedra y travesaños. Eran estas unas gentes profundamente religiosas que vivían por y para el Templo. Politeístas, ofrecían cultos solares, lunares y astrales, y creían en el más allá, por lo que encomendaban a los dioses que velasen por los muertos. Se celebraban en el Templo, con gente venida de toda la región y de lejanas tierras, rituales funerarios, sacrificios de animales, ofrendas de objetos y una danza que realizaban en grupos cogidos de la mano. Cantos, salmodias, y música se alternaban sobre todo en honor a la gran diosa de la Luz, de la vida y de la muerte, del amor, de los animales y de las plantas.

Themóstenes, sin embargo, estaba ajeno a todo el ritual; sus ojos se habían clavado en la belleza de la joven Tursyna, su rostro le parecía olas de azúcar tostada acariciada por la brisa, su larga cabellera negra era un suave bosque en el que se adentraba su alma y se le iba de las manos; viéndola, parecía que todos los amaneceres habían venido a buscarle.

Tursyna intentaba cubrirse tras las demás mujeres, pues ruborizada, al sentirse mirada por Themóstenes, había sentido cómo le brotaba de las entrañas una catarata de golondrinas aturdidas por el sol del Amor. Ocultaba los ojos. Estaba placenteramente aturdida. Se sentía calculada en su físico y esto le agradaba. Su corazón

parecía acelerarse al ritmo de las ruedas del carro del Amor. Muchas veces había pensado en este día y había deseado el momento en el que la diosa encendiese su divina luz en sus jóvenes entrañas. Sí, era de bello y pícaro mirar Themóstenes. De su corazón brotó el sentimiento religioso de darse a él, como premio que la diosa le ofrecía en bandejas de dulces frutos.

5

Las siluetas de la arbolada altura, del templo y las viviendas empezaron a sentir las caricias del Lucero de la mañana; Dingo lanzó sus primeros ladridos al aire como campanas que anunciaban el amanecer. Aquí, atardeceres y amaneceres eran un rítmico carro de luz movido por los dedos de los dioses. El grupo de viajeros, guiados por el joven Ennil, que aparecía con ojos ojerosos, se disponía a partir en dirección al embarcadero. Poco a poco se fueron abriendo paralelos surcos, huellas de los pies de los alegres comerciantes, por la orilla del mar que renacía de la noche con renovados bríos.

Themóstenes y Tursyna, cogidos de la mano, les veían, desde el pie de la barranca, perderse en el horizonte. Themóstenes miró tiernamente a los ojos de Tursyna y la abrazó. Luego, sentados en la arena, permanecieron mirándose un largo rato en silencio. Estrellas de luz se proyectaban en sus pupilas. Venus, la artesana del corazón, había echado amarras en aquellos bellos corazones; y Themóstenes, después de navegar desde muy lejos, se había quedado en estas tierras, amarrado por la belleza, la luz y el amor; sí, aquí había encontrado el amor, y su corazón se había acercado a los dioses que le habían emborrachado la razón.

Una luz tenue caía sobre ellos, era como la dulce caricia de un niño que desde su carro de fulgores les mimaba de besos. La luz maravillosa brotaba del fondo del mar y se proyectaba sobre el Templo, y, también, del Templo sobre las casas: en su vida había visto Themóstenes una luz parecida, una luz única, y al mismo tiempo con múltiples luces dentro de ella. No había encontrado en el mundo un lugar semejante. Hacía muchos años que no experimentaba nada igual. Mientras permanecía abrazado a Tursyna, musitó:

- No me moveré de aquí hasta que los dioses quieran llevarse mi espíritu.



“Remontando el Betis está la ciudad de Évora...”

RECUERDOS DE LUZ

*“Remontando el Betis está la ciudad de
Évora y el santuario del Phosphoros,
llamado también Lux Divina”.*

Estrabón, III. 1,9

“Noto cómo los años van cimentándose sobre mi alma y se va creando una costra que me diluye los recuerdos como los cuerpos tras la bruma marina, que son lo que son, pero parecen ser otra cosa. Se va lentamente la vida. Siento que pronto la oscura noche vendrá a anidarse en las cuencas de mis ojos y que la barca definitiva tendrá con prontitud los remos preparados. ¡Los dioses me protejan!”. El anciano SILENO enjugó sus ojos empañados por una lágrima que le fue arrancada por el suave vientecillo que venía del mar que rodeaba su isla de Samos. Entró en su casa y una lumbre llameante le incitaba a sentarse junto a la mesita que se encontraba en las proximidades de la lumbre.

“¡Tartessos!”, dijo estirando sus piernas, mientras contemplaba los manuscritos que el viejo había ido adquiriendo gracias a su profundo interés por la cultura y a su afán desmedido, desde hacía unos cuantos años, por la lectura. “Antes que se haga la noche en mis ojos, quiero recoger los recuerdos que guardo de mi existencia en aquellas lejanas tierras. Realmente son lejanas en mi memoria, pero muy próximas en mi existencia interior.

Yo nací en una riquísima ciudad, de las muchas que se establecieron a las orillas del bellissimo Ligustinus Lacus, foco de vida y de comercio, principal razón por la que hombres venidos de las más variadas regiones se asentaban aquí. Toda la zona fue considerada en la época como de las más ricas del mundo, aunque es bien cierto que todo este emporio no se desarrolló a plenitud.

Évora se llamaba mi ciudad; era un poblamiento de los más notables de la región. Puerto muy importante, comunicado por un brazo del río Betis. El nombre

de la ciudad era muy antiguo, parece que procedía de los pueblos celtas, que la llamaron así por encontrarse en la desembocadura del gran Río; pero la ciudad también tenía una gran antigüedad y ello se veía por todos los rincones de la misma. Estaba asentada a la orilla del gran Lago y rodeada de montículos, llenos de una fertilísima arboleda. Había plantaciones y animales de todas las especies. A mí, aunque a mis padres no les agradaba mucho y me castigaban cuando lo hacía, me gustaba adentrarme en el bosque, para ver a los ciervos correr, escuchar el canto de los pájaros y, sobre todo, para contemplar las refulgentes figurillas que formaba la luz de la tarde y de la mañana entre las copas de los árboles y las alturas de los matorrales. Era todo muy bello y despertaba mi fantasía infantil.

Me gustaba también escuchar a los viejos cuando contaban historias de tiempos lejanos, que yo las reproducía una y mil veces en mi fantasía. Eran muchos los comerciantes que llegaban a estas tierras. Unos venían directamente a ellas, y otros los hacían de paso, buscando otras ciudades y otras regiones. Pero uno de los comerciantes, cuya historia más me gustaba escuchar, era la de los samios y los focenses... Cómo enaltecía mi fantasía juvenil cuando escuchaba cómo el capitán Koliaios no había podido controlar su nave, empujada por los vientos apeliotas del este, dirigiéndose a Egipto y, después de varios días, arribaron a nuestra ciudad, ante la sorpresa de ellos y la de los naturales de aquí, que quedaron sorprendidos por aquellos hombres semidesnudos, con largas cabelleras y oscuras barbas y con los ojos mordidos por la curiosidad y quizás también por el miedo que habían pasado.

La verdad es que fueron muy bien recibidos en la ciudad. Aquí comerciaron con los nativos y, cuando se marcharon de Évora, llevaban una gran cantidad de plata y unos peinecillos de marfil que habían encargado en los talleres de la ciudad.

Los focenses sorprendieron mucho, según cuenta, a los habitantes de Évora por los rápidos navíos que portaban, que se llamaban pentekónteros, tenían cincuenta remos y, aunque habían sido creados para la guerra, ellos los empleaban para el comercio con una gran utilidad. Estos, sin embargo, parece que no tuvieron tan buena suerte, pues encontraron más dificultades para el comercio y tenían que realizarlo a cierta distancia de la costa, no con la proximidad que había disfrutado Koliaios. Sin embargo, parece que las cosas mejoraron para ellos, pues, cuando se hizo con el poder el rey Argantonio vio que los focenses podían ser unos excelentes colaboradores suyos, para conseguir la fidelidad de todos sus súbditos y para la defensa contra otros pueblos que viniesen con afanes de apoderarse de sus tierras; y es por ello por lo que Argantonio les ofreció que se estableciesen en sus tierras. Pero no fue movido por la generosidad, sino por la astucia de este viejo zorro -dicen que reinó 80 años y que vivió 120-, pues era sabedor del peligro que corría su patria ante

la expansión persa. Para ganárselos, Argantonio les dio una gran cantidad de plata para que con ella pudiesen reforzar las murallas de Focea.

“Saben los dioses lo que hay de verdad o de leyenda en todo esto...”.

Con un suspiro y una mirada hacia las ventanas que aparecían cubiertas de capas de brisas como prolongación de la mar, con la que Sileno estaba tan profundamente hermanado, suspendía su escritura durante un largo rato. Hace muchos años que había querido escribir estos recuerdos, cuando todavía estaban blandos como el garum, pero entonces no había escrito ni una sola línea. Sin embargo, se veía gratamente sorprendido, al ver que, cuando más tiempo pasaba, más aumentaban con la edad los encantos y los atractivos de aquellas lejanas tierras de su infancia y de su juventud. La juventud y la belleza fueron allí sus fieles compañeras, y hoy esos fantasmas encantadores le están haciendo una gratísima visita. Y quería dejarlos plasmados en esos viejos pergaminos resecos como él. Sigue por ello escribiendo.

“Allí sentí la belleza como nunca más la ha sentido. Me emocionaba con el encanto misterioso de aquellos relatos que oía a la caída de la tarde, cuando, en la distancia, el sol parecía una moneda de fuego que se apagaba en las olas de la mar, dejando tras de sí un bellissimo rastro de luz. En mi alma de niño, impregnada de viejas historias y de nuevas vivencias, aparecían de pronto, con ojos brillantes y manos extendidas, como sacados del pozo del tiempo: Gerión, el rey del ganado, dueño y señor de toda la ribera del Lago; Gárgoris, el rey que enseñó a sus súbditos a aprovechar la miel; Habis, el padre de la agricultura, pues fue el maestro que enseñó a echar en el surco la fertilizante semilla y a uncir los bueyes al arado, con lo que el hombre aprovechó y aprendió a sacar los frutos de la tierra.

Era una época mítica y natural; todo era instintivo y espontáneo. No había ni prejuicios ni miedos que impidiesen gozar con naturalidad de la sencilla voluptuosidad del encuentro. Los metales arrancados de la tierra formaban verdaderas montañas, junto con los productos paridos por la tierra. Las calderas humeaban. El olor del pescado y de la carne caliente excitaban y se entregaban en los brazos de aquellos seres felices.

Fueron desapareciendo, sin embargo, aquellos famosos reyes; y ahora las ciudades aparecen regidas por reyezuelos o jefes militares; brotan los incontables deseos de poder y riqueza, y las ciudades y aldeas no tienen más remedio que fortificarse, para defenderse de quienes se acercaban a ellas no con buenas intenciones. Pero no por ello perdían sus encantos y sus riquezas; se veían por doquier joyas,

marfiles, alfileres, fíbulas; se seguía comerciando y se manufacturaba la plata, el cobre y el estaño.

Eran estos los recuerdos de las historias que yo había escuchado en mi infancia en Évora. Pero me gusta también internarme en los chorros de recuerdos de lo que los cortos años allí vividos experimentaron. Me aparecen como una grata calle tortuosa e iluminada por una reluciente luz solar. Quizás ahora me doy cuenta de que estoy contando la historia con excesiva precipitación; hubiera sido más prudente entretenerme en seleccionar con más propiedad los vocablos y en enlazar mejor los recuerdos aún mantenidos; pero así han ido brotando... precipitadamente... pero con espontaneidad”.

Entregado a la fantasía del pasado y a la melancolía de un fugaz presente, con el alma sumergida en bellas imágenes y con los ojos anegados de recuerdos armoniosos, saboreaba Sileno un vaso de vino añejo, traídos de las lejanas tierras del mar de la luz, y se animaba a seguir escribiendo, como escondiéndose tras el perfume huidizo de una rosa que lo atraía a distancia.

“La moderna Évora, alzada sobre los restos de viejas civilizaciones, estaba constituida por casas estrechas, dormidas a las sombras de los montes, y de la riquísima arboleda que rodeaba todo el conjunto. Desde mi ventana, muy próxima al Lago, yo veía la fértil campiña y a los hombres dedicados a la agricultura, a la pesca y a las más variadas manufacturas. Me gustaba seguir con la vista el movimiento de los muchos barcos comerciales que se acercaban desde el horizonte. Agua y vida eran los componentes del conjunto. Desde aquí se veía la gran riqueza natural existente. Me gustaba contemplar desde mi ventana el trasiego comercial; ya no tenían la antigua desconfianza en la que ninguna de las partes se fiaba de la otra, sino que todo se desenvolvía con naturalidad y grata familiaridad. Esta familiaridad llevó a los comerciantes griegos a enseñar a los naturales las técnicas de la salazón del pescado y de elaboración de sus salsas, y a los nativos a contarles cómo explotaban las capas superficiales, ricas en plata, de los yacimientos mineros de todo el valle del gran Río y cómo la transportaban después a los puntos costeros, donde las comercializaban con ello. Con los comerciantes griegos llegaron a tener unas excelentes relaciones, de manera que no sólo comercializaban, sino que incluso estos terminaron transportando para Atenas y Corinto los productos que los naturales de la región elaboraban con el pescado en las más variadas sinfonías de ánforas, que a mí me gustaba contemplar porque me las imaginaba como figuras humanas, a las que yo les sacaba parecido con los habitantes de Évora.

Cuando llegaba la tarde, la noche se iba adormeciendo por la llanura silenciosa. El suelo de Évora, recalentado por un sol bochornoso, desprendía un olor grata-

mente fuerte, olor a tierra, borracha de luz. Se mascaba el grato perfume de las hierbas próximas y de los bosques más lejanos, así como la brisa que, sonriente, llegaba al Lago, desde su propio río y desde el inminente mar. Yo respiraba con alegría y me sentía un niño feliz. ¡Qué hermosa era la noche! Antes de reinar con languidez sobre los hombres y los animales, ya libres del quehacer cotidiano, querían los hombres sentir la gratificante influencia de los dioses, pues veían el sentido de la existencia de las cosas en los signos y ritos que los representaban. Junto a ellos reconstruían el ensueño de sus vidas. En su religiosidad, ahora lo reflexiono en la distancia, había influencias de todos cuantos habían llegado a aquellas costas, y así, de una u otra manera, se rendía culto a los dioses fenicios Astarté y Melkart, a los cartagineses Tanit y Baal Hammón, al dios Phósphoros “Lux divina”, de gran antigüedad, a quien sobre todo se dirigían los que se dedicaban a la pesca. También observé, y esto nunca lo entendí, cómo rendían culto al toro, al que dedicaban hermosísimas imágenes. La verdad es que templos templos, como los que tenemos hoy en Samos, no los había. Eran lugares muy esquemáticos y abiertos, sometidos a todos los fenómenos naturales; de manera que, aunque eran muy religiosos, derrochaban más en sus casas y palacetes que en las viviendas de los dioses, quienes quedaban al raso, incluso en pleno invierno. No sé si los dioses echaban algo de menos estas desatenciones por parte de los mortales...

En cuanto a los habitantes de aquellas tierras, ciertamente que poseían una gran belleza física; los hombres eran fuertes y atletas, las mujeres, verdaderas reinas de la belleza. Tenían la belleza como un ideal, y por ello la cuidaban con esmero; no sólo en lo corporal, sino agregándose una enorme cantidad de elementos que complementasen dicha belleza, como collares de oro y cornalina, diademas, anillos, cadenas, colgantes, pendientes amorcillados, etc. Por todo ello eran escrupulosamente elegantes. El tejido que usaban para cubrir sus cuerpos, tanto hombres como mujeres, era de lino; lo llevaban en forma de saco, con un agujero para pasar la cabeza, pero cada uno le agregaba otros elementos para que no faltase el toque personal.

Las casas yo las recuerdo de gran variedad. Las de los más pobres que ya los había, eran de paja y adobe; las de los más ricos, que ciertamente eran muchos, estaban construídas de ladrillos con basamentos de piedra. En ellas se entraba por una puerta principal y en las más humildes no había divisiones de habitaciones o ventanas. Ya en mi época existía la cocina, pues anteriormente, según me contaron, guisaban en medio de la única habitación, que tenía un agujero en el centro para que saliera el humo por él. Y también, y no sin cierto escándalo, se fueron imponiendo los cuartos de baño, que al principio sólo lo poseían los grandes señores. También había diferencias en cuanto a la alimentación, los más poderosos eran carnívoros,

mientras que los menos eran vegetarianos, alimentándose habitualmente de trigo tostado y de pescado. Se bebía vino y se usaba la miel como azúcar. Pero eso sí, de cubiertos... nada de nada, sólo los dedos y también el cuchillo.

Ciertamente que me es grato recordar todo esto, y me parece que todo aconteció en la esquina más próxima de mi existencia. Confieso que, movido por el curso natural del río de mis recuerdos, he de desembocar en las ricas y gratas vivencias amorosas que en aquellas tierras tuve, a pesar de que, muy joven aún, salí de allí para no volver nunca más. Allí el amor era natural e instintivo, era como una fruta que, madura, alzaba la mano al árbol y escogías la que te fuese preferida. Las jóvenes siempre aparecían bellas, cubiertas con insinuantes velos, pero sobre todo cuando se bañaban en el lago completamente desnudas, y todos los jóvenes nos dábamos cita en la orilla para contemplarlas. Las había que eran animales de placer, que se alquilaban por unas monedas, pero no eran estas las que a mí me atraían, sino las bellezas inocentes y puras, de las que yo escogía donde reclinar mi sentimiento de amor. Era lógico que existiesen meretrices, porque los marineros han sido siempre los mejores clientes de estas mujeres, y estos no faltaban nunca en la zona. A veces, estas mujeres incluso se agrupaban en casas, dejándose explotar por las viejas mujeres que las administraban. Pero esas mujeres no eran de las naturales de la región, sino que habían venido de lejanos pueblos y aquí se habían instalado viviendo del tráfico carnal de sus propios cuerpos. El amor contaba mucho en aquella sociedad tartésica. Los matrimonios eran pactados entre ambas familias, y celebrados los enlaces -entre comilonas y danzas al son de la flauta y la lira-, las esposas solían ser fieles de verdad, a pesar de las insaciabiles infidelidades de sus maridos. En general, eran muchachas castas y esposas fieles. Yo, cuando sentía el trote inarmónico de mis instintos, me entregaba a las magníficas seducciones de la noche, en la difusa claridad lunar... ¡Cómo recuerdo aquellos inolvidables momentos!... Pero todo aquello acabó... ¡Cómo me intranquiliza reconstruir mis últimas experiencias en aquellas tierras...!

No puedo precisar el tiempo que mis ojos permanecieron atentos a las últimas letras que había escrito, cautivado por el recuerdo de aquellos tristes espectáculos vividos, que no me deja de conmover, incluso hoy cuando aparezco ya casi desprovisto de sentimientos y de imaginación. Ciertamente que el fin de aquella civilización no fue un fenómeno radical y violento, sino que fue preparándose poco a poco. Fue cambiando la economía, pues al irse imponiendo el hierro, fue decayendo la minería del cobre, y del comercio del estaño. Además, dos grandes colosos comienzan a disputarse la hegemonía de aquellas tierras: Roma y Cartago; con lo que, poco a poco, irán adentrándola en una lamentable decadencia, de la que no levantará jamás la cabeza. Fue surgiendo la desunión de manera que el gran imperio se fue

desmembrando en una confederación de pueblos y ciudades agrícolas, ganaderas, maríneas y mineras, que posteriormente se transformarían en grupúsculos independientes y desunidos tras el lento ocaso de la metrópolis.

Agravada la situación, Indortes e Istolacio, caudillos locales, consiguieron agrupar a la gente indígena en torno al ideal de defender sus tierras del inminente peligro cartaginés. Este peligro se hizo más inminente, cuando llega la noticia de que Amílcar, el cartaginés, había llegado a Gadir; pronto se vio la peligrosidad que ello implicaba para los naturales de estas tierras. Se consiguió organizar una gran confederación de todos los pueblos, para iniciar un levantamiento general en toda la región. Consiguieron unir al levantamiento a gentes de otras tierras e incluso a tropas mercenarias de los celtas del interior, a los que pagaban con monedas del lugar. Al frente de todo el ejército estaban Indortes e Istolacio, con una dualidad de mandos y de funciones, que me hacen recordar la de los reyes de Esparta. Pero el Río Betis contempló, y creo que con gran pena, cómo Amílcar derrotaba por completo a tantos hombres agrupados, que defendían sus tierras y a sus gentes; los régulos indígenas, prisioneros, fueron crucificados. La dominación extraña fue implantada y, a pesar de que intentaron iniciar un acercamiento a los nativos del lugar con la boda de Asdrúbal con la hija de un régulo ibérico, no se consiguió. No se podía olvidar la derrota sufrida, el terror que Asdrúbal imponía con su vanguardia de elefantes, y la destrucción implantada por doquier. Sobre todo lo que era más triste es que la libertad y la independencia y esa facultad de marcarse el propio destino habían quedado desterradas de estas tierras. Ya eran otros, extranjeros, los que imponían los destinos de lo que quedaba de aquella impresionante civilización arrasada.

Mis padres, mi familia y yo, como otras muchas gentes, en la primera ocasión que tuvimos, abandonamos, no sin dolor, aquellas tierras que me habían visto nacer y donde había sido profundamente feliz. Y vinimos a establecernos aquí, a la isla de Samos, donde se van quemando los últimos días de mi existencia y donde escribo estos recuerdos. Fue bellissimo el viaje hacia esta isla, y sobre todo recuerdo los saltos enormes que daban unos gigantescos delfines que iban acompañando en paralelo nuestro bogar y que iban dejando sobre nuestros rostros y sobre nuestros cuerpos las lágrimas de plata que vertían en sus acrobacias. Cuando esto escribo, me viene a la memoria cómo Kolaïos, con la décima parte de las ganancias obtenidas en su comercio con Tartessos, había levantado en el templo de la diosa Hera, la reina del Olimpo, un monumental caldero de bronce, adornado por cabezas de glifos y sostenido por tres gigantes del mismo metal que, arrodillados, medían siete codos de alto. Es una visión que constantemente me recuerda la belleza de aquellas lejanas tierras, perdidas para siempre, tan fecundas en luz y belleza.

En fin, ya hace muchos años que me encuentro en esta otra querida tierra. Cómo he llegado hasta aquí no sabría decirlo, por la sencilla razón de que ni yo mismo lo sé. Me resisto a pensar que todo aquello acabó; creo que aquella civilización no murió, sino sólo emigró y se transformó, pues tras una civilización viene otra más joven que toma la antorcha con el coraje de llevarla hacia nuevas metas. Quizás en todas las civilizaciones que vengan posteriormente haya una suave y leve gotita de aquella civilización que aún hoy yo mantengo en la retina y que se dormirá un día conmigo. En esta ciudad tan clara, tengo el aspecto de un viejo que aún hoy anda buscando algo perdido. A mi alrededor, grupos apiñados viven intensamente la vida; con otro estilo, pero la viven; y yo voy flotando como un barco naufrago, arrastrado por las olas de mis recuerdos, que aún hoy me siguen acariciando. Los recuerdos no me empujan, me mecen, y creo que, a fuerza de balancearme, los recuerdos acabarán por adormilarme. Quiero vivir con todos los sentidos puestos a un tiempo, pero un lema sí tengo puesto en el umbral de mi conciencia y es la afirmación de ¡cuán breve es la vida, pero cuán bella!".



"Salieron muy temprano por la Puerta de Hispalis y Nebrissa, cuando la luz iba llenando de vitalidad... las retorcidas cepas..."

REGRESO A LA CIUDAD QUE NOS VIO NACER

*“Los turdetanos, sobre todo los que viven en la ribera del Betis,
han adquirido enteramente la manera de vivir de los romanos,
hasta olvidar su idioma propio; además, la mayoría de
ellos se han hecho latinos, han tomado colonos romanos,
y falta poco para que todos se hagan romanos”.*

Estrabón, III. 2,15

1

Por las venas de sus antepasados corrían los negros ríos de la esclavitud y habían soportado los trabajos más duros, sobre todo los de la minería, siendo una mano de obra muy barata para la floreciente sociedad romana. No podemos afirmar que ya en la generación de sus padres perteneciesen a los “equites” -poderosos señores terratenientes y ganaderos-, pero sí eran seres libres que, miembros del *populus*, ejercían el oficio de agricultores, o de pescadores o de lo que fuese menester. Muy trabajador y dispuesto era el padre de familia, Capadocio, hombre en otros tiempos aficionado a las artes deportivas. No así Mario, su hijo, a quien le gustaba estar siempre holgando y a la busca de la caza y captura de la vida y de lo que esta quisiese ofrecerle.

Hoy, como casi todos los días, Mario se ha levantado cuando ya el *municipium* arde de actividad por los cuatro costados. Le gusta pasear, mirar todo lo que se le pone delante, y tener la mano dispuesta por si puede caerle algo que, no siéndolo, pase a su pertenencia. Es un favorecido de los dioses, quienes han depositado en él la virtud de agradar a quienes le observan, por su pelo negro y ensortijado, sus limpias túnicas, su andar olímpico y su mirar indolente como despreocupado de cuanto le rodea.

Mario es un gran conocedor del *municipium* de LUCIFERI FANUM y de las diversas colonias rurales y marineras que se encuentran en sus proximidades. Todo

lo ha recorrido multitud de veces y, a pesar de sus cortos años, en cada rincón duerme placenteramente el recuerdo de alguna vivencia o de alguna aventura de las que hacen que su joven existencia esté cargada de muchos frutos propios de la madurez.

Ya ha hecho su recorrido diario, tranquilo e inquisidor, por toda la pequeña pero bien estructurada acrópolis natural. Se ha paseado por las barrancas que miran al mar, desde las que ha proyectado el negro de sus ojos sobre el azul marítimo, y desde donde ha visto en la distancia el trasiego de barcos pescadores o comerciales que van y vienen. Se ha detenido a realizar alguna ineludible necesidad fisiológica en el agger et fossa, terraplén y fosos colocados en las zonas más vulnerables de la acrópolis murada, y se ha ido deteniendo, para ver el movimiento de entradas y salidas por cada una de las diversas puertas que tienen las murallas: la primera, que se encuentra en las proximidades de su casa y que es puerta para Ceret, Caesarina Augusta, Asido e Iptuci; la que conduce a Hispalis, Nabrisa, Asta, Evora, Colobona y Ugia; la de la Fons Sancta, que abre el camino para Turrus Caepionis, Arx Gerontis y Gades; la que conduce a diversos lugares de culto, como el de Fani Promiens, etc...

Ha pasado por el *documanus maximus*, una vía perpendicular al mar y por el *cardo maximus*, la segunda de las vías importantes, paralela a la barranca y a la orilla del mar. Ha terminado su paseo, como todos los días, en el Foro, que se encuentra en la intersección de las dos grandes vías y que está en la parte más alta del *municipium*. Es un amplio y bello recinto columnado, donde los hombres libres y las mujeres del *municipium* se comunican y donde la conversación y, a veces, el griterío lo llenan todo. Se trata de la plaza pública, verdadero corazón del *municipium*. No es sólo lugar de reuniones de tipo social, sino también político, comercial y religioso. Tiene forma rectangular y posee los característicos pórticos con grandes columnas rematadas por unos capiteles planos. Mario sabe muy bien que el Foro es esencial para la vida ciudadana y es aquí, por tanto, donde pasa el mayor tiempo de su día.

La vida asoma al Foro, llena de misterios, en la riqueza de unos productos o en el colorido y galanura de la vegetación circundante. El mundo de LUCIFERIFANUM, con una larga tradición histórica como su mejor bagaje, se llena de diversidad y de atractivos silencios. Una singular gracia viste de colores todo el conjunto y la luz encuentra en los entresijos del Foro su mejor espejo.

Un griterío desacostumbrado invade de pronto el Foro; escúchanse como zumbidos de tambor que anuncian la inminencia de una noticia importante; se hace el

silencio, mejor, se hace el murmullo, y la espera se transforma en ojos que miran hacia todas partes. Murmuran los hombres, musitan las mujeres. De pronto hace su aparición en el Foro un corredor, de ensortijado pelo rubio, con una túnica cosida por los costados y hombros y de una largura hasta por encima de las rodillas, la lleva ceñida por un cíngulo. Todos los ojos quedan fijos en él.

- “¿Qué sucede? ¿Qué sucede?...” gritan los hombres, interrumpidos en su paz diaria.

- “¡Habla, habla pronto!, insisten las mujeres.

El corredor va serenando su respiración y finalmente, hecho el silencio grita:

- “*¡Os comunico la orden de la que soy portador, de que debéis ofrecer sacrificios rituales a los dioses en acción de gracias, y de que los coros de niños, con sus túnicas blancas y sus ofrendas de productos de la tierra, deben cantar himnos en honor de la triple victoria del emperador Nero Caesar Augustus!*”.

Han oído la noticia y todos se miran con caras de sorpresa y de incredulidad. ¿De qué victoria se trata?... ¿Triunfos poéticos o musicales?... ¿Laureles ganados por el emperador en el circo?... ¿Triunfos militares?... Pero si, según las noticias que por aquí corren, se goza de una paz generalizada en todo el imperio... Y... ¿qué más da de qué victoria se trate? Lo realmente importante es que el municipium tendrá la ocasión de adentrarse en un periodo festivo que les alegre la lenta monotonía que reina muchas veces en él, sólo interrumpida por algún espectáculo de revista, o por las bailarinas gaditanas, o por la representación de comedias bufas, o por el cotilleo que se produce en los baños en las termas a la caída de la tarde, cuando todo comienza a quedar en sombras.

Mario estaba acostumbrado ya a presenciar todo tipo de rituales religiosos, tanto en el Foro, como en los diversos lugares de culto que había por las proximidades. Había contemplado, como misterioso silencio, los altares dedicados a la Vejez, a la Pobreza, al Arte y a la Muerte. Desde niño se había familiarizado con el culto que se rendía tanto a viejos dioses de estas tierras, como a otros importados del centro del imperio e incluso últimamente habían comenzado a llegar a LUCIFERIFANUM la afición por el culto de religiones orientales, que hablaban de dioses salvadores que mueren y resucitan, de misticismo, de salvación en el más allá, de ritos misteriosos... Todo esto dejaba a Mario, con su cara de niño grande, en la más pura indiferencia, aunque no podía negar que le gustaba estar en el cogollo de cuanto se celebrase.

Delante de Mario, en todo el amontonamiento de personas que había producido la llegada del corredor, se encontraba Lucio Baianio, un comerciante adinerado que se dedicaba al transporte del pescado a otros lugares del imperio. Era un hombre fuerte, grueso y de recortada barba que no le cubría el rostro, sino solamente iba de patilla a patilla por la parte inferior de la barbilla.

Mario hábilmente introdujo la mano en una bolsita que Lucio Baianio llevaba atada al cingulo, y sacó de ellas unos denarios y unos ases. Notó el robado el sutil tocamiento en su bolsa y agarró violentamente el puño de Mario, llamándole ladrón y urgiéndole a que le devolviera lo que le había robado. Intervino en aquel momento Leena, una mujer adinerada, madura y que gozaba de gran prestigio entre los ciudadanos:

- *“Te equivocas, Lucio Baianio; esas monedas se las he dado yo al chico para que me haga unas compras en la colonia. No te las ha podido robar”.*

Lucio Baianio calló sin mucho convencimiento. Mario respiró tranquilo y sonrió ingenuamente a Leena, al tiempo que notaba cómo una mano, introduciéndose por su túnica, acariciaba sus genitales; luego Leena musitó unas palabras en los oídos de Mario.

2

Antonius Quietus pertenecía a la gente más adinerada de LUCIFERI FANUM; era muy moreno, un tanto lampiño y con unos ojos negros exageradamente grandes; se dedicaba a la fabricación de envases en los que se transportaban al corazón del imperio los productos de estas tierras. Era hombre silencioso, sombrío y prudente en exceso. Casi siempre solía llegar tarde a su casa, donde su esposa, Leena, le esperaba. Cruzó Antonius Quietus el umbral de la puerta de su casa, abrió la fores, o puerta propiamente dicha, que giraba sobre goznes de madera, pasó por el vestíbulo y se adentró en el atrio. Del oecus vino su esposa que le recibió presurosa y le invitó, como todos los días, a que ocupase la mesa para cenar. Mientras comía Antonius Quietus iba comentando con su esposa todas las novedades del día; él la amaba perdidamente y la consideraba pura y fiel como si fuese su propia hermana.

Leena sabía que las cenas de su marido solían terminar en embriaguez, de manera que todas las noches ella tenía que transportarlo hasta el lecho. Esta noche, además, ella tenía particular interés en que su marido bebiese más de la cuenta. Iba

acercándole y retirándole platos, le ofrecía agua perfumada en el gutturnium, una jarrita de donde caía el agua gota a gota sobre los dedos. Tenía Leena la costumbre de no ofrecerle a su marido el vino puro, sino mezclado con agua, pero en esta noche simulaba acercarse a los recipientes del triclinio donde se encontraba el agua, pero era lo cierto que sólo iba llenando las copas una y otra vez del oenophorus, donde se encontraba el vino. Para hacerlo más atractivo para su marido, colaba el vino por el colum nivarium, un colador lleno de nieve, con el que se refrescaba el vino, cosa de agradecer en las calurosas noches de LUCIFERI FANUM. Antonius Quietus iba disfrutando del dulce aroma y del embriagador néctar que le empujaba más y más a disfrutar de aquellas delicias de Baco. Le parecía esencia de mirra, rosa, azafrán y canela que se asomaban a su nariz, y terminaban produciendo placer en su garganta. Poco después estaba Leena transportando a Antonius Quietus, su esposo, hasta su habitación, completamente ebrio.

Leena se dirigió a los baños, donde comenzó rápidamente a acicalarse. Se colocó una ligera túnica azul, festonada de oro, una manicatae, ceñida por un cingulo rojo que le hacía señalar ostensiblemente la anatomía de su cuerpo; no se colocó el fascia pectoralis, prenda que debajo de la túnica sostenía el pecho, por lo que estos aparecían exuberantes y libres. Esmeró luego su belleza, pintándose de rojo labios y mejillas, se depiló, se adornó de joyas y, cuando estaba terminando de tejer sus cabellos con el peinado de “panal de abeja”, unos ladridos del perro le anunciaban que ya se encontraba en la puerta quien ella estaba esperando. Abrió presurosa la puerta.

- *“Entra despacito, Mario, y evita el ruido de la puerta y el rechinar de los goznes. No creo que el amo se aperciba de tu presencia... Le he dado gran cantidad de vino puro...”* dijo, insinuante, Leena.

- *“¿Dónde te metes”,* continuó Leena, *“que tan difícil me haces comparecer ante el tribunal de Venus? ¡Miel mía! ¡Corazón mío, no está bien que un enamorado permanezca tan lejos de su amada. ¡Mario, Mario! ¡Qué lindo eres! ¡Eres un dios!*

- *“Lo que veo es que estás loca y que cualquiera puede vernos y decirlo al amo”,* contestó Mario.

- *“No me seas ingrato, Mario”,* replicó Leena. *“¡Calla, calla!... No hay cosa que deseara más desde hace tiempo. ¡Tómame!, ¡Estréchame entre tus brazos! Tú eres quien me hace amar la vida, y ni el amo ni nadie me pueden separar de ti. No me importa perder el sentido.*

Mientras esto decía Leena, iba conduciendo a Mario por el jardín central, rodeado de un claustro, al que asoman distintas habitaciones; el conjunto tenía pavimentos casi íntegramente cubiertos de mosaicos, con figuras y temas cargados de connotaciones simbólicas en las más diversas combinaciones geométricas. Pasaron por la antecámara y se adentraron en una alcoba con un mosaico de color blando. Leena cerró mediante llave la habitación. Inmediatamente se desprendió de la túnica e hizo otro tanto con el inamovible Mario. Lo cogió de la mano y lo llevó al lecho cubicular; subieron a él mediante un escabel, y Mario se vio de pronto tendido boca arriba sobre un conjunto de colchones y almohadas, ya que plegado a los pies se encontraba un cobertor de lino a modo de colcha que se llamaba toral; Leena, sobre Mario, frenética de sexo, galopaba y galopaba como ágil jaca que corre por espumas de plata, como queriendo consagrar toda la noche a Venus.

3

Sobre LUCIFERI FANUM, ciudad del convento jurídico de Hispalis, comienza a caer lentamente unos suaves tallitos de luz, guiños de plata de la diosa Venus, que van disipando el reino de la noche y dándole a las cosas sus siluetas de plata, que en pocas horas se transformarán en siluetas de oro, cuando el Sol haya sacado su carro de fuego de entre las entrañas del mar. Capadocio levanta a toda su familia y se disponen a iniciar la marcha hacia una de las colonias próximas al LAGO LIGUSTINO. Esto solían hacerlo todos los veranos. En este tiempo escaseaba el trabajo en LUCIFERI FANUM, mientras que en las diversas colonias eran muchas las familias que iban buscando trabajo, dado que en ellas el verano era el tiempo fuerte y no faltaba tarea para nadie. Esta era una tierra fertilísima que producía sobre todo trigo, vid y olivo, pero que vivía fundamentalmente de las exportaciones que de dichos productos hacían a los diversos puntos del imperio.

Salieron muy temprano por la Puerta de Hispalis y Nebrissa, cuando la luz iba llenando de vitalidad la llanura de trigales de oro, las verdes y retorcidas cepas y los vetustos olivos que se retorcían centenarios formando las más diversas figuras.

Cuando pasaron por el Ager Venerensis, Mario pensó que, aunque cansado, este año la ida a la colonia con su familia había venido en el mejor de los momentos, pues así evitaba que los ojos de la noche, con sus lenguas de pies rojos, pudiesen poner tras sus pasos y andanzas a Antonius Quietus, a quien él no dudaba que ya le estarían poniendo en antecedentes de sus aventuras con su esposa Leena. En LUCIFERI FANUM eran muchos los ojos que se ocultaban en la noche acechando las presas que luego dilapidarían con lenguas de espinos en el Foro. Así que ido, un

problema menos. Avanzaron por una de las dos calzadas que, desde el Ager Venerensis, llegaba hasta la mismísima colonia a la que su familia iba a trabajar durante el verano. Allí la vida no era cómoda, pero sí productiva, y sabía que su padre tenía que sacar para adelante a su amplia familia; ya recordaba de otros años lo duro que era el trabajo, de luz a luz, y las modestísimas casas en las que se hospedarían, con las paredes de piedra, el techo de pajas prensadas y el piso de un duro y rojo barro, pero la verdad es que no eran calurosas, porque además estaban todas ellas rodeadas de un frondosísimo bosque de pinos y matorrales de las más diversas especies.

Su padre trabajaría en la pesca, faenando en unos pequeños barcos que se llamaban “caballos”, por la curiosa forma que tenía la proa; pescaba con red con una malla más o menos fija que arrastraba el barco, y la verdad es que estos venían supercargados de peces de todas las especies: calamares, pulpos, caballas, atún... Su hermano mayor lo haría en una fábrica de ribera, en donde se ocupaba de la construcción y reparación de artes de pesca y de embarcaciones.

Su madre y sus hermanas quedaban empleadas en la fábrica de salazón, en la que probablemente también trabajaría él, pero en tarea diferente. Su madre y hermanas acarreaban el pescado a salas de despiece y limpieza de la pesca; iban cortando y separando según la distinta calidad de las diversas partes de los peces, lo troceaban en fragmentos en forma triangular, cuadrangular o cúbica; también preparaban los lomos para hacer la mojama, con una disposición que alternaba con capas de sal en grandes tinajas o en depósitos excavados en el mismo suelo, protegidos del sol con sombreros o techumbres. Para ello había que tener tacto y saber regular la cantidad de sal según el tipo de productos y los gustos y demanda de la clientela. Mario, por su parte, trabajaba en la elaboración y envase del garum o liquamen. Este era una especie de salsa que elaboraban con las partes blandas de los grandes peces, como eperlanos, chicharros, anchoas... La masa se colocaba en salmuera, muria, al sol durante un período de dos o tres meses. Él sabía que había que echar dos partes de sal por una de pescado. Otras veces, según la demanda, empleaban otra técnica para acelerar el proceso, y que consistía en colocar la masa en unas marmitas que se transportaban a una sala caliente y allí se colocaba sobre hipocaustos, para que se activase la evaporación de la salmuera. Se dejaba enfriar y ya estaban dispuestas para verterse en las correspondientes ánforas. Cuando se colaba la salsa, según el grado de finura que tuviese, se la llamaría garum o allec.

Otro de sus hermanos trabajaría transportando, desde los diversos lugares, las ánforas ya llenas del producto correspondiente, a los barcos que en los pequeños puertos del Lago las recogían y las transportaban a otros barcos más grandes que se encontraban más alejados de la costa y que serían los que los transportarían a los

diversos puertos del imperio. Las ánforas eran muy variadas, pero solían abundar las alargadas, con bocas más o menos anchas, y que se fabricaban en alfares que también habían en las proximidades de la colonia. Los productos que el hermano de Mario, junto con mucha de la gente que en verano se venían a trabajar aquí, acarreaban en las ánforas eran de los más variados; unos fabricados allí mismo y otros traídos de ciudades cercanas. Así cargaban el garum; vinos, el gaditanum, el hastense y el ceretanum; arropes y uvas como conservas traídos de Hasta Regia y Ceret; aceite de At Portum y Lacca; cera, miel, minio y hasta higos y legumbres.

No había dudas de que aquella colonia, como otras que había en las proximidades, con la llegada de gentes de los más diversos lugares, gozaba en el verano de una actividad inusitada. Mario, a la caída de la tarde, cuando salían de sus cuevas los misterios de las sombras con voces marinas, y se comía un trozo de pescado, que su madre le había envuelto en unas hojas de yedra, sentado junto a uno de aquellos pinos, se sentía libre y feliz. Su cuerpo renegrido y semidesnudo estaba cansado, pero sentía ganas de reír sin saber exactamente por qué. Únicamente se repetía a sí mismo:

- *"Ya no soy un niño; sí, ya no soy un niño..."*



“...Volviendo a relucir nuevamente los alminares gloriosos de estas ciudades de la paz”.

LAS CUATRO LUNAS

*“¡Oh creyentes! que ningún pueblo
se burle de otro.*

*Es posible que los escarnecidos
sean mejores que ellos”.*

(El Corán. Sura XLIX, 11)

I

Se cuenta (gracias sean dadas a la bondad de Alá) que una mañana reluciente se reunieron todos los animales del bosque, desde los más grandes a los más pequeños, desde los más fieros a los más dulces, desde los más ágiles a los más pesados. Estaban todos, sin excepción. Y estaban profundamente apesadumbrados y sorprendidos porque alguno de ellos había propagado la noticia de que había aparecido un animal extraño, parecido a alguno de ellos, que era muy superior al león y que se llamaba hombre. Se sorprendieron todos, pero el león, hasta ahora rey de la selva, se enfureció. Temiendo perder su poderío, sintió un ardiente deseo de conocer a semejante animal y se lanzó por ello a la búsqueda de aquel ser que llamaban hombre. Mandó hacer los preparativos para la partida, nombró en su ausencia gobernador al tigre y se adentró en el bosque. Pronto se encontró con un ser extraño, desconocido para los habitantes de la selva, un animal que sólo andaba sobre dos pies.

- *¿Conoces tú a un animal al que llaman hombre?*

- *Sí, lo conozco.*

- *¿Sabrías llevarme a su guarida?*

Los dos juntos, hombre y león, caminaron durante mucho tiempo. Cuando terminó la jornada de luz, aquel animal extraño invitó al león a pasar la noche en una cueva que encontraron en las cercanías. Y el hombre ofreció al león la primacía de pasar al interior de la cueva.

Pero apenas pasó el león, cayó en una trampa y quedó apresado, el hombre entonces dijo:

- Yo soy el hombre, el animal que tú buscas. Soy realmente más fuerte que tú; y la razón está en que tú te mueves por el instinto, mientras que yo lo hago por la inteligencia. Con ella te he vencido y te venceré siempre.

Todos los rústicos agricultores, que escuchaban ensimismados las historias de Ibn Jasín, quedaban sorprendidos por la belleza de sus palabras y la profundidad de sus pensamientos. Ibn Jasín gozaba de contar sus historias. Aparecía siempre sentado, a la caída de la tarde, a las puertas del alcázar, con su túnica blanca; su manto negro que le cubría la espalda; su barba blanquísima -fiel testimonio de su ancianidad-; sus grandes manos que gesticulaban y gesticulaban incansablemente al hablar, como queriendo vivir con ellas las historias que cada día narraba a aquellos rústicos agricultores; su rostro profundamente ennegrecido, consecuencia de la sangre que corría por sus venas y de las muchas horas que había pasado expuesto al sol en su faena agrícola en las fértiles tierras de SOLUQUA. Sí, se desprendían sentimientos de respeto y de veneración hacia ese viejecito de ojos dormidos desde hacía ya varios años; pero lo que no veía con sus ojos, lo contemplaba con su alma y su corazón y lo sabía transmitir con la expresividad de su palabra, de su rostro, y, sobre todo, de sus incansables manos.

Sus ojos infantiles no habían alcanzado a ver la grandeza que le habían contado de esta tierra y de esta ciudad desde la más remota antigüedad; pero el grito del tiempo había depositado sobre el ciprés de su alma buscadora las viejas historias de cómo había sido destruída con la llegada a estas tierras de los hombres de su raza, que luego aprendieron a amarla, pero antes la destruyeron. Y como la amaron, le fueron poniendo diversos nombres -"¡Por Alá, que siempre se pone nombre a lo que se ama!-, y la llamaron ALMESQUID, y la llamaron MASSAGÜED, y la llamaron HIZ-NO-L-KAER; conscientes siempre de que estaban pisando una tierra que, desde los más primitivos habitantes, habían considerado sagrada y en cuyo horizonte de luz habían encendido siempre la hoguera de la religiosidad.

Muchas veces se preguntó Ibn Jasín cómo su pueblo, que había levantado grandes ciudades por las proximidades de SOLUQUA, como en Sharish, o en Ruta -donde residían las gentes que llevaban una vida ascética-, o en Alcalá, o en Saddina, o en Born, o en Saduna, cora a la que pertenecían estas tierras; sin embargo, aquí sólo habían levantado en la parte más alta una fortaleza o alcázar, que los lugareños comenzaron a llamar EL CASTILLO DE LAS SIETE TORRES, por las siete torres que se alzaban en dicho alcázar, tres en la parte delantera, tres en la parte trasera y

una en el centro del alcázar, que era la torre del homenaje. Aquí residían los señores que administraban toda la zona; porque lo que sí estaba muy poblado eran los campos, donde había abundantes alquerías, casas de labor y lugares de enterramientos.

Pero hoy Ibn Jasín, con sus candiles oscurecidos para siempre, sabía que difícilmente los humanos son capaces de poner de acuerdo los miedos y los deseos; y por ello su pueblo, que supo mezclarse con el paso del tiempo con los naturales de esta tierra hasta formar un solo pueblo con ellos, sin embargo no perdió nunca el miedo a vivir cerca de la costa con lo expuesta que está al mar y así, por razones defensivas, se establecían en lugares más seguros, lo que hizo que adquiriesen más envergadura ciudades vecinas como Nebrissa e incluso Évora, más inaccesibles además ante el proceso de disecación del viejo Lago Ligustino.

Sobre el rostro de Ibn Jasín habían galopado miles de veces las oleadas del viento de Levante, sentado tranquilamente a las puertas del alcázar; viento que a otros molestaba por su sequedad, por su violencia y por su elevada temperatura, pero que a él le encendía farolitos de miel en su corazón y temblores de instrumentos musicales en su garganta. Se rompía el ruido, destrozado en mil añicos, mientras que no quedaba más que el silencio, cuando la luna, aún virgen de luz, venía a depositar estrellitas de cristal sobre aquellos ojos vacíos, levante que va desde el Río hasta el Mar.

II

Recuerdo, ¡Alá sea loado!, haber oído la historia de cómo los normandos, pueblos bárbaros del norte de Europa, sabedores de las riquezas de estas tierras, las habían invadido. Vinieron con un centenar de naves, extendiéndose unos hacia la antigua Augusta Urbs Iulia Gaditana -aunque ya venida a menos, pero con una excelente situación estratégica-, otros hacia toda la Cora de Sidonia y una gran parte de ellos remontaron el gran Río Guadalquivir. Los lugareños, aunque asustados, quisieron oponerles resistencia, pero pronto diéronse cuenta de que sus miedos y sospechas eran completamente fundados, pues los pacíficos hombres de estas tierras no tenían costumbre de combatir contra un solo guerrero, cuanto menos lo iban a hacer con diez o contra cien. Así que los normandos se lanzaron violentamente contra ellos, les robaron todo e iban degollando con una crueldad inusitada a cuantos caían en sus manos. Hay quien dice que asestaban sobre los hombros tales golpes que sus espadas bárbaras rajaban los cuerpos hasta las ingles. Todos huían velozmente ante el terror que infundía la presencia de estos hombres de tamaño gigantesco y de aspecto feroz y brutal. Los que no pudieron o no quisieron huir fueron destrozados

y lanzados al aire como se trillan las mieses en la era; descuartizados para siempre quedaron sus almas y sus cuerpos.

Luego destrozaron con dura crueldad cuanto iban encontrando en su camino, aunque aquí ciertamente no encontraba muchos objetivos su furor destructor, pues SOLUQUA era por aquel entonces una pequeña villa con muy pocos pobladores. Pero mientras reparaban sus bajeles y se aprovisionaban de productos de la tierra, sus pies bárbaros pisaban las ruinas fantasmales de lo que habían sido templos visitadísimos, refrescantes termas, concurrido foro y, sobre todo, los sueños de aquellos seres ilustres e inteligentes que aquí habían dejado sus restos.

Quiso la providencia que muy pronto, sabedores de las grandes riquezas que almacenaba Isbiliya, se dirigieron a ella por el Guadalquivir, cogiendo y robando y reduciendo a cenizas todos los pueblos que se iban encontrando por las orillas. Pero de allí tuvieron que volver pronto, por la aguerrida defensa que hicieron los Muslimes de su tierra y por la gente que, en apoyo de las de Isbiliya, se mandaba para su ayuda desde Córdoba. Nuevamente volvieron cual perros rabiosos talando campos, que iban quedando desiertos por el terror de sus moradores. Pero poco a poco estos sanguinarios enemigos, extenuados, fueron expulsados de estas tierras para siempre, volviendo a relucir nuevamente los alminares gloriosos de estas ciudades de la paz.

Al llegar al final de su relato, Ibn Jasín notaba las campanas de la emoción tocando en el campanario de su alma y se hundía en un pozo de profundo silencio. Acodado en las murallas del CASTILLO DE LAS SIETE TORRES, notaba sus ojos húmedos como la hierbecilla tras el rocío de la mañana. Era él, y lo había sido siempre, un hombre de paz. Y disfrutaba profundamente cuando veía que hombres de razas y religiones distintas formaban poblamientos rurales extendidos por todo el término y, juntos, desarrollaban una fecundísima actividad agrícola y ganadera de gran importancia, compartiendo su laborar y su vivir, sin tensiones, sin luchas ni desigualdades. Es cierto que no formaban un núcleo de primera magnitud, pero sí eran un núcleo secundario de poblamiento, favorecido por la excelente posición estratégica que les producía, a pesar de estos problemas -que por otra parte no eran ni constantes ni duraderos-, la desembocadura del Gran Río.

Esta buena convivencia se extendía incluso a algunos grupos orientales, especialmente judíos que, movidos por sus actividades mercantiles hasta aquí llegaban y no encontraban ninguna animosidad hacia ellos en estos duros campesinos.

Ibn Jasín recupera la serenidad; y los sueños del ayer, que había revelado a su alma, se van difuminando por las juguetonas colinas que se divisan por el horizon-

te. Era una noche profunda y clara y suave como caricias de manos femeninas, la que iba extendiendo su manto de agujeros de plata sobre el emocionado alcázar. Ibn Jasín se apoyaba en el brocal de su alma y veía en ella su cansada belleza imperturbable. Ella había ido almacenando los manantiales de sus vivencias pasadas. Reflexionó sobre su alma y se dijo que dos cosas debía tener claras: que su palabra, cuchilla del viento y eco de sus ojos sin luz, sería la flor de luz que iluminase a todos los que a diario venían a escucharle; y que la vida no la formaba un solo relato, sino miles de ellos. Cuando los campesinos dejaban dormir a sus mulas, y sobre el campo se derramaban copas de claras lágrimas; cuando se acercasen a él para comer el pan diario de las fantasías y de los sueños, él, Ibn Jasín, tenía que dejar a un lado las palabras grandilocuentes y los sentimientos trasnochados. La historia no le había reservado este destino. El suyo, su destino, era conseguir que en los ojos ajenos permaneciesen encendidos los luceritos mañaneros que se habían apagado en los suyos.

Por la ventana de la noche se iba colocando un gran brazo moreno con una pulsera de reluciente plata que sólo se dejaba ver a medias. Por la ventana de su alma sacaba su mano Ibn Jasín y recogía con ella su voz y su palabra para hacerse también con ellas un anillo, cual guirnaldas de palomas.

III

Ibn Jasín esbozando una tenue sonrisa dijo: Yo, vuestro humilde siervo, os diré cuánto he llegado a saber de las cosas de pasados tiempos. Se cuenta también que un día no muy lejano fue presentado ante un cadí, para ser juzgado por él, un hombre que olía a vino, con la intención de que se le castigase. El juez, entonces, sereno y parsimonioso, dijo a su secretario:

- *"Huélele el aliento"*.

Cuando el secretario confirmó que, efectivamente olía y mucho a vino, el juez, no satisfecho, pidió todavía la opinión de otro testigo -él sabía lo que pretendía, ¡bien lo sabe Alá!-; el nuevo testigo, creyéndose mejor observador, procedió a realizar la misma operación, y una vez realizada, respondió:

- *"Efectivamente, me parece que huele a algo; pero no percibo con total seguridad que el olor sea de bebida tal que pueda realmente emborrachar"*.

Al oír semejante testimonio, la alegría y la satisfacción brillaron en la cara de aquel juez; y posteriormente ordenó la inmediata puesta en libertad del acusado,

porque no podía probarse en puridad legal que aquel hombre hubiese cometido dicha falta.

Soltaron sus carcajadas los campesinos cristianos, sabiendo que, a pesar de estar prohibido, los árabes eran fieles aficionados a gozar de tan deliciosas bebidas; rieron asimismo los campesinos árabes que se vieron retratados en el relato del pícaro cadí; y sonreía Ibn Jasín, al ver las reacciones que su relato había originado en su auditorio y complacido de la benevolencia que aquel juez había mostrado ante la debilidad ajena.

Debilidad comprensible aún más en tierras como estas en las que los viñedos se alzaban en todos los lugares, al pie de las laderas cubiertas de olivos, aunque también es verdad que el cultivo de la vid era más intenso allí donde las poblaciones cristianas eran más importantes.

Recordaba Ibn Jasín, en este momento, sus muchos años faenando en el cultivo agrícola de estas tierras, dedicadas casi en exclusiva a estos menesteres, salvo la excepción de algunos dedicados a la pesca. ¡Cómo amaban la tierra estos labriegos, árabes y cristianos, de SOLUQUA! La trabajaban con una minúscula y mimosa artesanía, aprovechando todos los recursos naturales; aceptando a todos los que, provenientes de otras tierras, quisieron afincarse en esta y dedicarse, como ellos, al laboreo de la agricultura, la viticultura y también la ganadería. -¡Qué belleza, oh Alá, llegaron a alcanzar los caballos criados en estos campos de yerbas eternas e incansables!-. En la agricultura empleaban ruedas elevadoras, norias y aceñas, que crearon un definido paisaje donde el agua se casaba con el viento y la tierra se colmaba en todos sus deseos. Consiguieron la extrema productividad de la tierra que, entre juegos de soles y sombras, era capaz de producir al año tres o más cosechas, a lo que no era ajena la inteligencia para recoger en acequias las aguas de ríos, arroyuelos y manantiales por efecto del desnivel.

Ibn Jasín sabía que la tarea de estos campesinos no había sido la de doblegar la tierra, sino más bien la de acariciarla con sus rústicas manos y la de embellecerla, adornándola hasta transformarla de abrupta en suavemente dúctil con sus acequias, sus riegos adecuados, sus silos para conservar los cereales, sus molinos movidos por una bestia que ellos denominaban tahonas.

Sentían cada mañana, cuando se percibía el olor de la luz caliente, la voz de la naturaleza que llamaba a cada uno por su nombre y se producía un abrazo de amor, del que, sin importar quiénes fuesen los dueños, iban brotando relucientes cereales,

vitalizadoras vides, sabios olivos, uvas frescas y pasas, frescos huertos embellecedores de la vista y del paladar con sus higueras, sus agrios, sus granados, sus cidros, su caña de azúcar y tantos y tantos frutos que parecía estuviese por aquí la fuente de la vida.

Ibn Jasín se recreaba sobre todo en este paseo por los entresijos de sus recuerdos, en lo que en su juventud había disfrutado con la abundancia y belleza de los caballos de toda esta zona. Él, en buena parte, lo achacaba al Gran Río que aguas abajo desde Isbiliya iba enriqueciendo las numerosas islas, situadas a lo largo de esta orilla y de la otra orilla que, rodeadas por el agua del fértil Río, producía una abundante hierba que nunca se secaba por la continua humedad y por la riqueza del terreno. Era por tanto el enclave ideal para estos animales y para otros, por lo que aquí no faltaba la leche en todo el año.

Quería dormirse suavemente el sueño de sus recuerdos y aparecía en su mente todo el proceso de la cría de los caballos que tantas lunas presenció: la época de la cubrición, el período de gestación, y el parto de las yeguas. Aparecían también otros momentos que eran como puñales de las acequias clavados en su mirar y era cuando, entristecido, contemplaba las anuales requisas de caballos para el ejército que, según él, defendía otros intereses ajenos a los suyos.

Este reencuentro con la tierra salía del gran mar de su existencia y se remontaba por el río de sus sentimientos, mientras que en las dos encrucijadas de su sombra se proyectaba la luna sin párpados que quedaba adormecida en el umbral del estanque de luz de Ibn Jasín.

IV

Un rey tenía un hijo muy amante de la naturaleza, en ella se solazaba y disfrutaba mucho de la vista de los árboles y de los animales. El rey ordenó a un visir que acompañase a su hijo a donde este quisiera ir. Príncipe y visir sintieron pronto los bellos lazos de la amistad. Disfrutaban saliendo juntos. Un día que iban corriendo en sus caballos por el bosque, de pronto en lo más alto de un pequeño camino, contemplaron a una joven que, al verlos, lloraba y lloraba. Entonces el príncipe, acercándose a ella, le preguntó:

- *¿Quién eres? ¿Por qué lloras?*

La joven le contó:

- Soy Jeudí, princesa, hija de reyes. He abandonado a mi padre porque éste, transgrediendo la ley, siempre está borracho. Siento vergüenza de un padre así. Soy la más joven de mis hermanas pero no quiero nada con ellas, porque son unas viles perras.

La invitó entonces el príncipe a que montara a la grupa de su caballo, la llevó a su palacio, la presentó al rey, su padre, y le pidió que le diese acogida y buen trato, después de contarle su triste historia.

La princesa se hizo pronto familiar en la corte y, por lo gordita que estaba y por lo redondeado y rojo de su cara, todos la llamaban la princesa naranjita. Pero la princesa no se conformaba con cuanto graciosamente le habían dado; ella quería para sí el amor del príncipe. Lo perseguía, lo llenaba de halagos, lo obsequiaba sin cesar, cuidaba todo lo suyo, lo perseguía de sol a sol y de luna a luna. El príncipe se sentía molesto por el acoso de un amor que se le quería imponer y que él no deseaba de manera alguna. Pero, bien educado, no era descortés, e iba saliendo como podía de las situaciones embarazosas en las que se veía envuelto.

La princesa tomatito, despechada, no correspondida en sus deseos, fue cambiando lentamente su supuesto amor en odio, su calor en hielo, su presencia en ausencia; y, ciega de rencor y sexo, creyendo que con ello daría celos al príncipe, empezó a hacerle la corte y a usar sus mismas artimañas con un amanuense del príncipe, llamado Baesún. Eran tal para cual. El amanuense era también grueso, de cara muy ancha y cerdil, de grandes orejas, y muy aficionado, entre otras cosas, al vino, pero hasta embriagarse. Pero la princesa tomatito no quería ver la realidad, prefería seguir engañada; prefería lo grotesco de su situación a las limpias relaciones que tenía antes con el príncipe; estaba loca de odio, de rabia y de celos.

La oscilante luz de sus sentimientos por el amanuense no languidecía, y el amanuense se dejaba querer. Pero un día aparecieron por los patios del palacio unos comerciantes, entre los que iba un esbelto joven, de moreno cuerpo, de incipiente pero pronunciado bigote y con unos ojos negros como las noches sin lunas. Pasaron en el palacio la noche los comerciantes. Al amanecer emprendieron la partida. La princesa tomatito buscaba y buscaba a su amanuense, pero todo fue inútil. El amanuense se había ido tras el muchacho de los ojos negros como las noches sin lunas.

La princesa tomatito, entonces, arrepentida, tomó el laúd y cantó estas estrofas:

*¡Oh arrítmica ave de corazón destrozado!
Rechazada, ¿Qué haré ahora?
¿A quién iré?*

*¡Oh, amigo que huyes de mí,
yo te creía feroz león de los bosques
y descubro, apenada, que eres débil gacela!*

*¡Deseos! ¡Realidad! ¡Todo contra mí!
¡Podré soportar por mucho tiempo
esta negra sangre de mi noche?*

Otras veces había contado Ibn Jasín esta historia, pero en este luminoso crepúsculo, coronado por las almenas del alcázar, sentía un profundo estremecimiento; lo atribuía al sentimiento que siempre lo dominaba cuando recordaba su juventud y pasaba revista a las vivencias que de aquella época se iban acumulando en sus recuerdos.

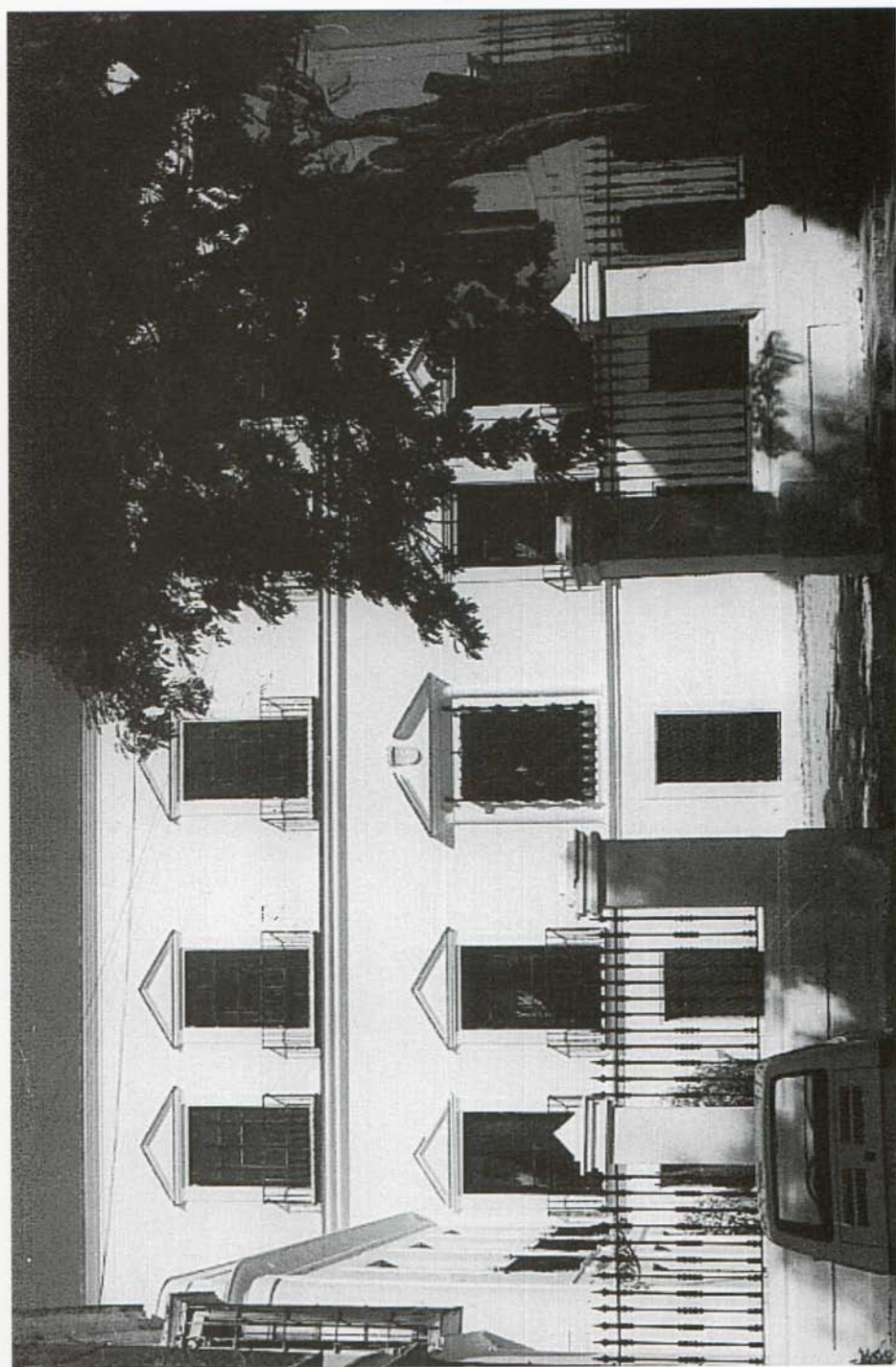
Recordaba sus paseos por los alrededores del emplazamiento del alcázar y admiraba lo bien que habían sabido seleccionar el conjunto orográfico los señores que lo levantaron por encima de la barranca, desde cuya altura sus ojos, aún plétóricos de luz, dominaban un espacio luminoso, donde se mezclaban el azul del cielo y del mar con el verde de los pinos de la otra orilla del Río.

Escuchaba el ruido musitante de la pequeña mezquita, el trasiego de la alhóndiga, y el estruendo a veces del zoco donde se vendían toda clase de productos: cereales, leguminosas, leche, queso, mantequilla, frutales, huevos, miel, aceite, bollos llenos de pasa, pepinillos, mermelada, azúcar y hasta incienso. Y estaba escuchando también el silencio que reinaba en los modestos arrabales que rodeaban las proximidades del CASTILLO DE LAS SIETE TORRES; y el silencio de las pocas y retorcidas calles, de suelo de barro rojizo, estrechas, protegidas por el sol y salpicadas de cobertizos. Y se hacía silencio y oración incansable en el cementerio, ubicado a extramuros, sin ningún tipo de vallados, junto a los caminos que iban de los arrabales a las zonas de laboreo agrícola; en la proximidad del cementerio se levantaba algún oratorio donde los agricultores, al aire libre, realizaban sus oraciones en las principales fiestas, y donde incluso él había oído con frecuencia hacer rogativas pidiendo la lluvia para el campo.

Él no le tenía temor al tiempo, pero reconocía en sus entrañas que cuando era joven no necesitaba una ideología, la vida era más ancha y parecía bastarse a sí misma. Parecía tener encendido un rayito claro de luna que le iluminaba el camino. Era el tiempo adecuado para el amor y para el sexo; bien es verdad que un viejo con ansias juveniles, ama a la juventud hermosa y siente pasión por las diversiones, pero todo ello parece como una lluvia caída a destiempo. El tiempo del amor y del sexo

era aquel de la juventud; entonces se embriagaba con el licor de la saliva. Un sexo franco, limpio, natural, sin el concepto de la maldición del fruto prohibido; creían y vivían la belleza del instinto sexual, su extraordinaria libertad y su libre orientación. Cuando se encontraban, parecían dos lunas llenas en el mismo cielo, cuando el encuentro no era posible parecían hacerse el amor con la mirada. Mil dinares daría Ibn Jasín por retroceder a la fogosidad de sus años mozos y volver a vivir lo que un día lejano y gastado vivió.

Recogía Ibn Jasín sus babuchas, se las calzaba, pues siempre se las quitaba para contar sus historias; para él narrar era una manera de oración. Se ajustaba el manto negro. Se cubría la cabeza. Cruzado el alcázar, salía por el postigo que iba hacia Bab Isbiliya. Se iba en silencio con su palabra de seda. En el ambiente quedaba un rumorcillo de imágenes mágicas. Sus ojos cegados y soñadores ven desfilar centenares de seres que lo contemplan silenciosamente. En la lejanía se escuchan los lamentos de los perros, mientras duermen las estrellas acurrucadas en su aprisco. Por encima de la silueta oscurecida del alcázar, sobre un misterioso telón de fondo completamente azulado, aparecía colgada la luna, dentadura de luz arrancada al infinito en un bocado de amor.



"...encargaba a mis hijos que... siempre tuviesen afición por esta villa de Sant Lúcar de Barrameda".

SURTIDORES DEL MONASTERIO

*“Cuando he estado trabajando todo
el día, un buen atardecer me sale
al encuentro”.*

J. W. Goethe

1

Santiponce es una villa de la provincia de Sevilla, villa transparente y profunda. Un pueblo todo blanco, azul y verde, con sus cereales, sus olivos centenarios y sus riquísimas variedades de frutas. Tiene unos 4.000 habitantes y domina un terreno no del todo llano, regado por el Guadalquivir y otros pequeños arroyos. Sus habitantes despiertan con una luz pura y respirando en profundidad un aire oloroso. ¡Cuánta historia bajo sus pies! Debajo de Santiponce se encuentra la riquísima ciudad romana de Itálica y cualquier excavación, por mínima que fuera, enseña los restos de la lengua azul de un pasado esplendoroso.

Álzase en sus proximidades el monasterio jerónimo de San Isidoro del Campo, columna de luz donde el deseo ha venido a morir en la beatitud del morir. La paz fijó su morada en las celdas de estos humildes hombres. A ellos es a quienes se les debe el origen del actual Santiponce pues, destruida la anterior localidad -situada a orillas del Guadalquivir- por una inundación, aquellos hombres acudieron en solicitud de socorro a los monjes jerónimos, quienes, atendiéndoles, levantaron 66 viviendas que fueron el núcleo inicial del actual Santiponce.

Antonio, Martín y yo, Paco, estudiantes ávidos de experiencias siempre nuevas, habíamos decidido pasar unos días de las vacaciones estivales en el monasterio, viviendo la vida de aquellos monjes. Con nuestros macutos a cuestas, hicimos sonar una cantarina campanilla que se encontraba en la puerta del monasterio. Todo era silencio. Sólo algunos pajarillos con sus trinos anunciaban su presencia. Pasaron unos minutos. Se abrió la puerta.

- *Buenas tardes, saludó un monje delgado y de vivaces ojos, ¿Son ustedes los estudiantes que habéis solicitado al padre prior pasar unos días con nosotros?*

A nuestra respuesta afirmativa siguió la invitación a que pasásemos.

- *¿Habíais estado alguna vez en el monasterio? Sí, alguna vez habíamos subido andando de excursión desde Sevilla, contestó rápidamente Martín, pero sólo habíamos visto los alrededores.*

- *¿No sé si sabréis algo del monasterio?, nos volvió a interrogar el monje portero, a quien se le notaba que debía de desarrollar poco la facultad de hablar y, cuando la ocasión se le presentaba, hablaba hasta por los codos.*

- *Pues sí, el monasterio no fue levantado inicialmente para nosotros, sino para los monjes del Cister, continuó solemne. Pero un descendiente de Don Alonso, el fundador, que se llamaba Enrique de Guzmán, no estaba satisfecho de cómo cumplían sus obligaciones aquellos monjes y, a la primera ocasión que tuvo, consiguió del Papa un cambio de orden. ¿Habéis oído hablar del fray Lópe de Olmedo?, -no esperó nuestra respuesta que, por supuesto, era negativa, y continuó con su historia. Pues sí, fray Lope fue un personaje muy importante del siglo XV. Había sido General de nuestra Orden, ¡y eso no es nada fácil! ¡No lo es ni ser prior! -y lanzó una estruendosa carcajada ante la sorprendida mirada de los tres, que nos veíamos envueltos en tanta verborrea-. Estaba llevando a cabo una reforma de la Orden. Y además había sido compañero de estudios del Papa en Salamanca. ¡Todo un personaje! Lo que yo os digo. Y una prueba más de su importancia es que el Papa lo nombró administrador apostólico del Arzobispado de Sevilla, pues la sede estaba vacante, creo que por las disputas que habían mantenido el arzobispo, me parece que se llamaba don Diego Maldonado, y el cabildo catedralicio. Esta fue la razón por la que fray Lope conoció a don Enrique de Guzmán y este, prendado de las cualidades del monje, le entregó este monasterio para que iniciase aquí una fundación. El monasterio tuvo tanto prestigio en aquella época que a nosotros se nos conocía en España como a los Isidros. Además esta casa principal dio origen en Andalucía a otras cinco, menos importantes, que llamaban "nuevas" y entre las que se encontraba una del pueblo de uno de ustedes -dijo esto último mirándome a mí-, la de Santa María de Barrameda, que estaba muy cerca de lo que hoy es Bonanza, donde se encuentra el colegio de los Hermanos Maristas. Allí tengo yo un amigo... ¡Ay, pero en todas las telas hay manchas! -acompañó la aseveración de un simulado gesto de contrariedad-. Sí, en el siglo XVI, cuando la herejía de Lutero, Satanás, que se había metido en algunos canónigos de la catedral de Sevilla, sobre todo en el magistral, se metió también en la mente de algunos monjes de la casa, que eran*

muy sabios... No sé para qué sirve tanta sabiduría: sí, para eso, para caer en la herejía. Se celebró un auto de fe, algunos se retractaron, pero otros, que no lo quisieron hacer, se fueron para el extranjero.

Mientras nos había ido contando toda esta historia, nos fue conduciendo hasta la hospedería, y nos dejó a cada uno en nuestra habitación; era una habitación pequeña, muy luminosa, con cama, mesita de noche, una mesa con una pequeña estantería y un pequeño cuarto de baño. Todo muy limpio. Aquí hasta el aire parecía inmóvil.

Colocados nuestros enseres, salimos los tres y nos dirigimos hacia el templo. En su exterior destacaban sus portadas de ladrillos. Entramos. Silencio y frescor, fue la primera impresión que experimentamos los tres. En el templo no había bancos y sólo aparecía el coro como lugar en el que poder sentarse. El templo tenía planta rectangular, dos naves cubiertas con bóvedas góticas de crucería y coronada por ábside.

Nos acercamos los tres hacia el presbiterio, y estábamos contemplando la excepcional belleza del retablo, cuando, de pronto, escuchamos los rítmicos pasos de un monje que se acercaba hacia nosotros. El ruido de las pisadas iba resonando por todo el templo.

- Buenas tardes. Soy el padre prior.

Los tres le besamos la mano. Era un monje de porte excepcionalmente aristocrático. Muy alto, de edad media, de largas manos, de hablar suave, y con una mirada que desprendía suma ternura. Enseguida nos sentimos a gusto con él. Nos deseó que nuestra estancia en el monasterio fuese grata y provechosa. Nos informó de la vida que hacían los monjes y de su horario y actividades, y nos invitó a que participásemos en todo lo que deseásemos. Le dijimos que nuestra intención era participar en todo -queríamos conocer la vida monástica- menos en el canto de maitines, pues al realizarse de madrugada, nuestra falta de costumbre podía jugaros una mala pasada.

- ¿Qué os parece el retablo?

- Muy bello, contestamos.

- Es de Martínez Montañés. En la parte central podéis observar un prodigioso San Jerónimo y un San Isidoro. En las calles laterales, relieves de la vida de Cristo:

Nacimiento, Adoración de los Reyes, Resurrección y Ascensión al cielo. Podéis contemplar también esculturas de la Asunción de los santos Juanes. Y a ambos lados del altar se encuentran los sepulcros de los fundadores del monasterio, con esculturas orantes del matrimonio fundador y que son también de Martínez Montañés. Se trata de Guzmán el Bueno y de su esposa Doña María Alfonso Coronel.

Nos sonrió nuevamente, nos dijo que nos sintiésemos en nuestra casa y se marchó con la misma solemnidad y elegancia con que había venido. Ante la presencia de este hombre, la intranquilidad, que revolotea en la jaula del alma ante lo desconocido, huía en bandadas.

2

Pasó fugazmente la noche. Unos golpes secos sonaron en las puertas de nuestras habitaciones, precedidos del sonido de unas pisadas que resonaban en la oscuridad del recinto. Nos llamaban al canto de Laudes. Nos preparamos y salimos para el templo. Al desembocar en la puerta de la iglesia, sentíamos la tierra oscura y el cielo pálido, donde aún brillaban algunas estrellas. Los monjes ocupaban sus sitios en el coro. ¡Bello espectáculo! Nos parecía estar en las puertas mismas del cielo. No notamos, sin embargo, ni una sola mirada hacia nuestras personas; para ellos parecía que no estábamos allí. Se acabó el canto de Laudes. El padre prior ofició la misa. Fuimos a arreglar la habitación y, a continuación, pasamos al refectorio a desayunar. Primera sorpresa: de los monjes que había en la iglesia sólo unos cuantos procedían a tomar café con leche, pan con mantequilla y unos bollos, eran los más ancianos y algunos muy jóvenes, a los que curiosamente observamos cómo se guardaban trozos de pan y bollos debajo de la capa.

Terminado el desayuno, Martín se fue a ver a los monjes trabajando en la huerta, Antoñito se dirigió al taller donde esculpía el prior sus bellas y modernas esculturas de arte religioso; yo me adentré en la biblioteca. Era un salón enorme, con grandes estanterías y con varios miles de volúmenes. Paseé entre ellos y, viendo una enciclopedia, busqué la palabra “jerónimos”, sólo leí el comienzo del artículo:

“Formaban diversas congregaciones de ermitaños, que seguían la regla de San Agustín, con aditamentos de San Jerónimo. De estos son conocidas cuatro en España e Italia. La más insigne fue la española fundada por Fernando Pecha”.

Solté la enciclopedia; mis ojos se fijaron en un volumen de gran antigüedad titulado “Castigos e Documentos”, estuve ojeándolo y de pronto descubrí que, en la

parte posterior, había unas gruesas hojas apergaminadas, amarillentas, pero de una letra amplia y clara. La leí lentamente. Me pareció muy bello su contenido y me dediqué en las horas libres a irlo transcribiendo. Esto era lo que decía:

Cuando en el arco de mi vida, comienza a aparecer el ocaso y los cantos de los pájaros sólo son para mí cantos lejanos, sonidos de otros tiempos, una gran paz reina en mi alma.

Pero... ¡Qué tiempos más difíciles me tocó vivir, cuántas vicisitudes, cuántos problemas, cuántas ausencias, cuántas muertes inacabadas; me tocó ser mujer en una época en la que era muy difícil serlo. Y eso que fui una privilegiada, hija de Don Fernán González de Aguiar y de ama de la Reina y posteriormente ama también de su desgraciada hija, la Infanta Isabel; cargo que también ostentó mi abuela, Doña María Fernández Coronel. Pertencí a una rica familia sevillana, y allí, en Sevilla, pasé gran parte de mi vida con blancos azahares y siluetas de torres, proyectadas sobre el verde del río que venían a descansar a las tierras de Solúcar. ¡Solúcar! ¡Qué ajena estaba por aquel entonces a lo que esta tierra iba a significar para mí y para mi familia!

En 1282 el Rey Sancho IV concertó mi matrimonio con Alonso Pérez de Guzmán; perteneciente a la familia leonesa de los Guzmanes aunque por línea bastarda, pues era descendiente, por línea ilegítima, de Pedro Núñez de Guzmán, Adelantado de Castilla. Este hecho le marcó bastante y como en la corte se aludía con frecuencia a su bastardía, se trasladó a Marruecos para servir al sultán, servicio que le granjeó una gran fortuna. Esta boda pactada como un premio regio del Rey Sancho a mi marido por su intervención en los pactos con el emir Meriní Abu Yusuf.

A orillas de mis recuerdos, yertos y blancos, llega la estampa de aquella corona regia, flores dormidas, que tanto me impresionaba, con sus piezas rectangulares, con las piedras preciosas en el centro de cada una y coronado el real conjunto por las siluetas de ocho castillos.

Castilla -unidad deseada- y castillos -desunión pretendida desde muchos lugares y personas- cuánto castigaron la persona enfermiza del monarca. Tuvo problemas con su padre el Rey Alfonso X, que desde Sevilla nunca lo quiso aceptar como su sucesor. Irónicas piruetas del destino. A la tumba se llevó El Sabio su cerrazón para con su hijo. Y Sancho luchó contra todos, contra las aspiraciones de su padre, contra la nobleza levantisca y contra los musulmanes. A esta lucha fue encaminado su gobierno. Firmó la paz con el Emir de Granada, Muhammad II, y se dispuso a atacar a los africanos, nombrando primer Adelantado Mayor de la

frontera a Fernán Pérez Ponce. Contrató los servicios del genovés Benedetto Zaccaría, que aportó siete galeras. Conquistó Tarifa con la ayuda de las naves de Jaime II de Aragón, pero la conquista de la plaza le granjeó la enemistad con Muhammad II, pues Sancho no le permitió recibir la plaza, a pesar de haber contribuido el emir con soldados, armas y víveres. Se opuso ferozmente a que la corona recayera en el hijo de su hermano mayor, ya fallecido, así como a que se creara un estado feudatario.

Mi marido fue de los pocos nobles que se mantuvo mientras vivió, junto a él, defendiendo la corona y la unidad castellana. Fue un guerrero implacable y donde aparecía el peligro allí estaba la figura de mi esposo; fue por eso por lo que le pidió al monarca le nombrase alcaide de Tarifa en 1293, pues dos años antes había retornado de África, donde había luchado muchos años contra los moros. ¡Qué fecha más nefasta! es como una fría media luna clavada en mi corazón de madre y de esposa. Tuve que vivirlo todo como columna solitaria; yo que siempre había sido un pájaro cantor entre el rumor y la cuna. Ahora el canto quebrado se me alejaba en chorros.

La plaza de Tarifa sufrió un ataque feroz de los granadinos coaligados con los benimerines africanos, y a ellos se unió el traidor Infante Don Juan, hermano del Rey Sancho, que tenía en su poder a nuestro hijo primogénito, Pedro Alonso. Se acercaba sin remedio la muerte, sin remedio...

Cercan Tarifa. Mi marido resiste. Un día, sin embargo, se escuchó, como un lamento del mar, la voz asesina de que entregase la plaza si no querían que mataren al niño. ¡Asesinos de la inocencia! ¡Negros buitres de sentimientos bastardos! Temblaban las plantas simétricas del castillo adaptadas a la topografía del terreno. Vibraban las puertas de la fortaleza, la que daba a la ciudadela y la que daba al mar. Los ecos de la feroz amenaza se repetían en las diversas torres pequeñas e iguales; e iban a hacerse llanto de los pájaros en la lápida fundacional que daba fe de la gran antigüedad de la fortaleza, la segunda de España. Todo se hizo sinfonía de llanto por la inocencia y un nudo aterrador en la garganta se fue infiltrando por las dovelas engatilladas del arco de la Puerta de la Mar, por las almenas y por las palmeras que rodeaban la fortaleza. Y el viento levantaba agonizantes furias que iban a chocar contra el mar ennegrecido y la rubia arena enlutada, que querían sumarse a la procesión del llanto.

Alonso sabía que por ser ciudad fronteriza del reino moro de Granada y el norte de África, tenía una gran importancia estratégica pero también sabía que a quien iban a matar era carne de nuestras carnes. ¡Y tan niño! iba y venía presuroso, inde-

ciso, una y otra vez, por la coracha que desembocaba en el torreón almohade, bajo el que estaba su gloria y su muerte y, arrancándose del alma de sus más íntimas raíces, gritó aquellas palabras que llevo para siempre clavadas en mis entrañas:

“Antes quiero que me matasen aquel fijo e otros cinco si los tovieran, que non darvos la villa del Rey mi Señor, del que fice homenaje”.

Se hizo el silencio. La muerte quedó dormida sobre la arena. Los moros, temerosos de los auxilios que venían desde Sevilla, levantaron el cerco. Se salvó Tarifa. Pero el hiriente filo del dolor quedó clavado en mi corazón degollado”.

Estaba tan ensimismado en la transcripción del manuscrito que apenas noté la llegada de Martín que, poniéndome la mano en el hombro, me anunció que era la hora de la comida del mediodía. Salimos de la biblioteca. Pasamos por tres claustros bellísimos; uno, el más antiguo, de exquisito estilo mudéjar, con arcos de medio punto peraltados con alfiz y sobre pilares ochavados; otro, el que llamaban de los evangelistas, con arcos carpaneles y lacerías; y un tercero de excelente estilo barroco.

Cuando entramos en el refectorio, ya los monjes iban ocupando sus lugares. Era una sala alargada y austera, de forma rectangular. Tenía tres mesas, una al fondo que presidía el prior con otros dos monjes, y otras dos en cada uno de los laterales. Nos sentábamos sobre bancos alargados. Me llamó la atención el ceremonial de la comida. Un monje entraba, después de los correspondientes rezos, con los recipientes en los que llevaba la comida, se arrodillaba delante del prior, este le bendecía, era servido, y de él iban pasando las ollas o las bandejas a los restantes monjes. Era una comida muy abundante, pues era la única que hacían al día muchos de ellos; muy abundante en grasas y en productos de la huerta del monasterio. Comíamos en silencio. Muchos monjes se colocaban la servilleta al cuello. Nadie nos miraba. Parecían no haber descubierto nuestra presencia. Yo sí les miraba de soslayo; pero estaba deseando volver a la biblioteca para seguir con la transcripción de aquel manuscrito que me estaba entusiasmando.

“El Rey, con un guante de humo en su salud derribada, siendo aún tan joven, quiso agradecer el comportamiento heroico de mi esposo y, desde el lecho del dolor en Alcalá de Henares, lo llamó enviándole una cariñosísima carta en la que le agradecía sus servicios, le reconoció provenir de buena sangre, le dijo merecía ser llamado El Bueno y que fuese a verlo, pues él por su enfermedad no podía hacerlo.

Acudió Alonso, y el Rey le hizo la merced de concederle verbalmente el señorío de Sant Lucar y su comarca; pero quien formalizó la donación fue su hijo Don

Fernando IV por un privilegio expedido en Toro por el que le concedía la villa de Sant Lucar de Barrameda con el castillo y con todas las rentas, con los pobladores, términos y pertenencias, con los pechos y derechos para siempre.

A fines del siglo XIII y comienzos del XIV Andalucía era ciertamente una tierra escasamente poblada, donde la soledad contrastaba con la intensidad de la anterior época musulmana. Viejos árboles tenían por doquier los agujeros de los clavos de la soledad de esta tierra. Así mi esposo fue uno de los más activos propulsores de la repoblación, junto con otros linajes nobiliarios andaluces. Él y nuestros descendientes repoblaron El Puerto de Santa María, Las Torres de Solúcar, Rota, Chipiona, Trebujena, Chiclana -que estaba yerma- y Conil, que sólo contaba con la almadraba. Así, Alonso, por diversos caminos, se convirtió en Señor de Ayamonte, Sant Lucar -con sus anejos-, parte del Puerto de Santa María, Chiclana, Conil, Vejer; al tiempo que iniciaba la penetración en los alrededores de Sevilla, mediante la compra de La Algaba y Santiponce.

Pero, sobre todo, por lo que nos sentimos atraídos y satisfechos fue por Solúcar. Alonso mandó construir muros y cercas alrededor del castillo moro de las siete torres, construyendo una ciudad murada de cuatro lienzos irregulares, dos de ellos rectilíneos y los otros dos -los que daban al mar- de forma irregular, adaptándose al terreno. También construyó en las murallas cuatro puertas que comunicasen la villa con los alrededores.

Cuando llegó el momento de los enlaces matrimoniales de nuestros hijos, toda esta tierra tuvo que ser enajenada. En 1303 casamos a Isabel y a Juan Alonso; a la primera con el Señor de Marchena, Fernán Pérez Ponce, y a Juan Alonso con Beatriz Ponce de León. En 1306 casamos a Leonor con Don Luis de la Cerda, una excepcional boda, pues Luis era nieto de Alfonso X y tenía derechos al trono, con lo que logramos un status social enorme. Había, sin embargo, que efectuar las correspondientes dotes, y así, mientras Juan Alonso heredó el Señorío de Sant Lucar, se hizo entrega a Isabel de las tierras de Rota y Chipiona, y a Leonor de las posesiones habidas en El Puerto de Santa María. Cuando pienso en las dotes de mis hijas, miro atrás y recuerdo cómo yo también, en el momento de mi boda, traje en dote, entre otros bienes, las aceñas del Guadalete junto a Jerez y los viñedos de La Ina y Barroso. Me gustaba sentir el ruralismo de estas tierras, pues aunque tenían una larga tradición agrícola, esta se vio enriquecida al prolongar en ella los nuevos habitantes los cultivos tradicionales de las regiones de donde procedían.

Somos hijos de nuestra época, una época quizás privada del refulgor de las estrellas y con menos luces que sombras; y en ella fue Alonso el típico representante

de la nobleza militar de aquel momento y quizás llegase a ser el noble más poderoso de Andalucía.

Eran tantas las disponibilidades en la repoblación que Alonso pensó en nuestro futuro enterramiento, y el Rey le concedió licencia para la fundación de un monasterio que acogiese en su día los cuerpos de él y mío; y en el que se rezase por nosotros: El lugar escogido fue el que ocupaba una antigua ermita dedicada a la de San Isidro.

¡Qué bello monasterio! rodeado de retorcidos olivos de sombras silenciosas, con un extenso césped. Cuajado de flores amarillas, que sonríen cuando canta la tarde; con sus preciosos claustros -umbríos, con olor a naranjas y limones y siempre vestidos de perfumada seda-, y sus almenas y espadañas rompiendo el azul infinito del firmamento con rumores constantes de misas.

Pero en nuestro interior sufríamos la tragedia del constante conflicto entre el principio de unidad, que siempre defendió mi esposo, y los deseos latentes y patentes de diversidad. Castilla siempre así. El Rey Sancho gastó su corta vida en tener sujeta a la nobleza, a veces incluso luchando personalmente, cuando tanto le recomendaban los médicos de la corte que se dedicase al descanso y al reposo. A su muerte, deja a Fernando, su hijo mayor, sólo con nueve años. El peligro de perderse lo conseguido a lo largo de cuatro siglos surgía con irónicas preguntas. Amenazaban, como puñales en la sombra, almorávides y almohades. Se desplomaron los grandes ideales. Cual rumores de tigres se iban alzando egotismos y ambiciones. Para colmo, el Papa se resistía a convalidar con la dispensa el matrimonio del Rey y su esposa. Los nobles vieron la ocasión oportuna para constituirse en señoríos independientes. El Infante Don Juan, de tan triste recuerdo para los Guzmanes, quería proclamarse Rey de Castilla. Todos los resentidos de heridas no cicatrizadas creyeron llegado el momento del levantamiento.

Pero contra todo y contra todos pudo una mujer: María de Molina. ¡Qué gran Reina, qué gran regente, qué sabiduría y diplomacia al servicio de la unidad de Castilla y de la defensa del trono de su hijo! Su clara inteligencia, su valor insigne, su abnegación constante y su gran belleza hicieron brotar en Sancho un amor tan apasionado que, dejando éste sus largas listas de aventuras amorosas, se centró en el amor de su esposa, amor por el que llegó a desafiar las censuras de la Iglesia que se resistía a reconocer la validez del matrimonio. Ella supo abrir los horizontes de una nueva política, apoyándose en las ciudades y en una naciente burguesía, que surgía con ansias de actividad.

Andalucía se salvó en gran parte se debió al esfuerzo y colaboración de Alonso, mi esposo, que fue un ejemplo de lealtad ante tanta traición y de una amplia visión política, cuando nadie veía más allá de su personal provecho.

María de Molina consiguió entregar a su hijo, una vez alcanzó éste la mayoría de edad, un reino unido, pero su hijo, dejándose guiar por las veleidades egoístas de algunos nobles, siguió poniendo dolor en ese corazón de luces blancas de su madre, que tanto había hecho por él.

Nuevamente sonaban por el firmamento andaluz nerviosos latidos de metal y llegó el momento de que mi esposo prestase un nuevo servicio a Castilla. Era el año de gracia de 1309. Pero las cítaras enlutadas estaban preparadas y las plañideras prestas para arañarse el rostro y tirarse de los cabellos, estremecidas de ajenos dolores. Sería su postrer servicio. Se apoderó de Gibraltar. Días después realizó una correría por la Serranía de Ronda para ahuyentar a los moros que inquietaban el campo de Algeciras. Unas flechas enemigas sembraron la noche en pleno día, hiriéndole mortalmente. Quedó su alma desnuda al viento. Su cuerpo, rodeado de todos los honores, Guadalquivir arriba, fue transportado hacia mi Sevilla. Fue expuesto el cadáver de El Bueno en la catedral, donde oficiaron misas todos los sacerdotes de Sevilla. A la mañana siguiente, mientras lloraban los suspiros del viento, lo sepultamos en su Monasterio de Santiponce.

Quedé viuda a los 42 años. Quedé en Sevilla, adormilando en mis entrañas de noches interminables mi amor fatalmente doloroso y trágico. Me dediqué, yo también, a la política sevillana, ya que justo es reconocer que yo era la matrona con el capital más importante de Andalucía, pues mi esposo, a su muerte, había dejado establecido en la zona gaditana un importante señorío con ramificaciones en las comarcas onubenses y sevillana, y un linaje estrechamente vinculado a dos de las más importantes familias nobiliarias de la Baja Andalucía; los Ponce de León y los de la Cerda. Y sobre todo, atendía a la crianza de mi sobrino Alfonso Fernández Coronel.

Pero el aire de las rivalidades soplaba violentamente y me vi obligada a salir de Sevilla desterrada, con motivo de las rivalidades entre la nobleza. Me afincué en Sant Lucar. Aquí encontré perfiles de ensueños. Escuchaba gemir el viento desde las torres del castillo. Me hundía tranquila en las sinfonías de luces colgadas del cielo. Sobre todo encargaba a mis hijos que viviesen siempre en paz y que siempre tuviesen afición por esta villa de Sant Lucar de Barrameda”.

Sevilla 1330
María Alfonso Coronel. Primera Señora de Sant Lucar

Habían sido para nosotros unos días felicísimos. Habíamos tenido una experiencia única, en los albores de nuestra juventud, en aquel monasterio jerónimo de Santiponce. Cuando el monje portero cerró la puerta tras nuestra salida, mi mente recordaba el manuscrito leído y comprendía una razón más del enamoramiento Sevilla-Sanlúcar. Era el beso del Río. Pero había además otras razones históricas... Era una tarde de sombras y de olor a rosas. Corría una suave brisa. Sobre la puerta del monasterio se proyectaban, cada vez más alargadamente, las sombras de nuestros juveniles cuerpos. Había terminado una aventura; pronto comenzaría otra, para evitar que el tiempo muriese en nuestros brazos.



“Alonso Peláez se vio obligado a recoger a su sobrino en su residencia de la Corredera”.

AMOR PURO

"Médico, cúrate a tí mismo".

San Lucas, 4, 23

1

Tuvo Alonso Peláez que abrirse paso a través de los diversos grupos que llenaban la Plaza Pública. Junto a los naturales de la villa, vecinos, caballeros y miembros capitulares, aparecían también grupos de comerciantes bretones, flamencos e ingleses. Los vecinos, morenos y de mediana estatura, hablaban alto con ademán encendido mientras que los extranjeros, muchos de ellos pelirrubios, con gesto solemne, susurraban extraños lenguajes entre sí. Era viernes. Alonso Peláez se dirigía diligente a la Torre y Casa del Cabildo, del que era síndico procurador y donde, como todos los viernes, iba a asistir a la sesión ordinaria del Cabildo. Era de elegantes modales, vestía una túnica roja dorada, y gozaba en la villa de la consideración y el respeto de los vecinos. Hombre de mediana edad, era padre de tres hijos de 19, 17 y 14 años. Sabía la villa que Alonso Peláez era uno de los regidores más activos de los que disponía el Cabildo. Había sido nombrado regidor por el duque, correspondiendo de esta manera a los servicios que su familia había prestado al señor de la villa.

Sabía él que debía velar por el bienestar de los vecinos, y lo hacía con celo incansable. No sólo denunciaba las irregularidades, los fraudes y abusos detectados en el pueblo llano, sino que su denuncia alcanzaba a veces a los mismos integrantes del Cabildo.

Entró en la Torre y Casa del Cabildo y se dirigió a una sala en la que había una ancha mesa en la cual, a la luz de las velas, aparecía don Pedro, el regidor, que era también Alcaide de la Fortaleza, con su cabeza cana inclinada sobre un montón de papeles y rodeado de don Lope, el Alcalde Mayor, y algunos regidores más. Al erguirse, vio a Alonso Peláez, le sonrió y le dijo que se acercara, pues se había que-

dado a una cierta distancia. Se le dirigió con gesto de benévola cortesía. Don Pedro era consciente de que no era bien considerado por los regidores, quienes lo veían como una figura antipática, no sólo por no ser natural de la villa, pues había venido desde Sevilla para ocupar este cargo por decisión del duque, sino porque además el cabildo, de recursos tan deficitarios, le tenía que pagar un salario bastante alto. Pero sobre todo, lo que peor llevaban los regidores era el que se sabían conscientes de que don Pedro era una molesta cuña del poder señorial incrustada desagradablemente en el poder concejil. Por ello, no perdía oportunidad para parecer agradable a los regidores.

Alonso Peláez se disponía a pedir excusas por su tardanza, cuando oyó que don Pedro le decía:

- *Acérquese, don Alonso. ¿Qué tal su visita de términos? ¿Sin novedad?*

- *Sí, respondió don Alonso, efectué la visita, llegando incluso a la villa de Trebujena. Me hice acompañar de los más ancianos de la villa y tuvimos que volver a rotular las tierras, pues los mojones no estaban en su sitio ni se respetaban las zonas comunales. Y en todos los términos han sido los habitantes de nuestra villa los que han usurpado tierras de Chipiona, Rota y Lebrija; no así con los límites de Jerez que en ellos son los de aquella villa quienes se introducen constantemente en tierras sanluqueñas.*

- *Escuche, don Alonso, interrumpió con cierta ironía don Pedro mientras invitaba a los regidores a que se sentasen en sus lugares, necesitamos que usted le plantee el problema al señor duque en una de las entrevistas que usted tenga con él, porque ya sabe usted que los de la villa de Jerez alegan sus derechos a esas tierras de las marismas de Ventosilla y de la zona de Alíjar por concesión de un privilegio real de principios del siglo pasado.*

Veía Alonso Peláez cómo el Cabildo, no exento de tensiones, iba abordando una tras otra una serie de cuestiones de las que había oído hablar multitud de veces en los diversos lugares donde se reunía: en Madre de Dios, en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, en el Hospital de la Asunción o en el mismo palacio de los duques, aunque estas últimas sesiones, celebradas cuando los duques venían de Sevilla, eran bastante más formales y burocratizadas.

Fue pasando por su mente el conflicto de los hombres de la mar de Sanlúcar, que litigaban por su derecho a realizar el pilotaje de todas las embarcaciones que fuesen hacia el puerto de Barrameda o el de Sevilla; las quejas del Cabildo de la

villa de Almonte porque los habitantes de esta banda cruzaban el río para cazar, cortar leña o hacer carbón en zona que los almonteños consideraban suyas y los sanluqueños se creían también con derechos sobre ella; las protestas del Cabildo contra el duque por haber concedido la enajenación de Trebujena, con lo que el término sanluqueño quedaba pequeñísimo; la organización de la entrega, por pascua florida, de los carneros a que tenían derechos los regidores; la insuficiencia de los impuestos normales, para cubrir la cantidad de gastos que tenía el Cabildo y la necesidad de proponer al señor duque imposiciones extraordinarias sobre la carne y el pescado; las limosnas que se debían dar a la Cofradía del Espíritu Santo y a la de la Preciosa Sangre del Niño Jesús; el aumento que se debía hacer del premio que se otorgaba a quienes trajesen lobos muertos al Cabildo; las incautaciones que se debían hacer del trigo que portasen los barcos que pasasen por el puerto de Bonanza ante la escasez del “trigo de tierra”, que se traía de Lebrija, Arcos, Trebujena, Utrera y del “trigo del mar”, que se traía de Sicilia, Nápoles, Inglaterra y Norte de África; la prohibición que debía hacerse de que se sembrase más vid, por el término tan angosto que tenía la villa, en la que una tercera parte era de marismas...

Sintió Alonso Peláez un roce duro, como el toque imperioso de una mano que volvía a la realidad a su mente distraída entre tantos temas que, por repetitivos, le parecían sumamente aburridos. Llegaba el momento de su intervención. Había intervenido cientos de veces; hoy, sin embargo, se sentía un tanto angustiado y no sabía por qué. Lo atribuía quizás a una aprensión indescriptible, al sentimiento de una pena vaga y confusa. Y habló y habló y fue animándose al hablar.

Informó, en relación con el problema de la enajenación de Trebujena, que el señor duque iba a conceder una serie de gracias al Cabildo: que el ganado sanluqueño podía pastar en las tierras de aquella villa, que sus cargos debían ser confirmados por el Cabildo sanluqueño y que sería este quien se siguiera encargando de las visitas de términos en aquella villa.

Asimismo dijo que había pedido al duque se aclarase el campo de actuación de cada cargo, pues había cruces desagradables de competencias. Exigió que el Alcalde de la Mar se limitase a ejercitar su jurisdicción sólo con los hombres de la mar y que lo hiciese con más respeto y dignidad, pues estos se quejaban de los malos tratos recibidos por el Alcalde de la Mar.

Pesaroso y preocupado miró a los regidores y les presentó la denuncia de que, en aquellos momentos de crisis, ellos eran los primeros que debían dar ejemplo a los vecinos, cosa que no hacían, porque los primeros beneficiarios del trigo eran ellos,

mientras la villa no tenía pan para subsistir; porque la carne sin huesos era para ellos, mientras que a los vecinos sólo les quedaba huesos. Se quejó además de la injusticia que suponía el que se vendiese la misma cantidad de carne a quien tuviese un hijo que a quien tuviese ocho bocas que alimentar.

Terminó Alonso Peláez afirmando que por el Caño de Alvento se seguía efectuando contrabando de vinos, embarcando las botas de Jerez en los barcos extranjeros que de esta forma eludían la aduana del puerto de Bonanza, y terminó tajante con la afirmación de tener la sospecha de que había algún miembro del Cabildo sanluqueño implicado en dicho contrabando.

Calló aquí la voz de Alonso Peláez. Parecía un viejo profeta en medio del Cabildo. Los regidores le miraban molestos. Algunos sabían que su voz era palabra hueca. La noche había caído totalmente. No quedaba más luz sino la de aquellas velas que se derretían cansinamente bajo los ecos de las palabras que regían la villa.

2

Pedro Peláez acababa de fallecer en los brazos de su hermano Alonso. Una enfermedad contraída en sus muchos viajes por el mundo, las bubas, se había llevado su joven vida, como una flor recién cortada. También la esposa de Pedro era ya raíz bajo tierra desde hacía tres años. Pedro, antes de morir, había pedido insistentemente a su hermano que cuidase del futuro de Fernán, único hijo que dejaba, huérfano, solo y carente de amparo humano y de bienes materiales.

Fernán, a sus 14 años, había contemplado, yéndosele el corazón por la boca y con sus negros ojos abiertos como rosas inmensas, la prematura muerte de su padre. Se sentía solo, muy solo. En aquella tarde se habían apagado para él todas las estrellas en su modesta vivienda de la calle de la Pastelería Vieja, en la que sólo había conocido el dolor, la pobreza, la enfermedad y la muerte, primero la de su madre - claro manantial secado para él a destiempo- y ahora la de su padre, que le dejaba aún más dolido de soledad.

Una sola lucecita quedaba encendida en el firmamento de su alma: era Angélica. El torrente de sus doloridos sentimientos se frenaba, dejaba de caminar dolorosamente y se adentraba en su ensoñamiento amoroso. Veía a Angélica como él la contemplaba a diario, con el arco iris de sus trece años encendido, radiante con su vestido rosa, su pañuelo de seda azul, con el que él tantas veces había soñado, sobre los hombros, y su pelo, largo y negro, que le caía, como arroyuelos de noche bajo

la luna, por delante de los hombros. Sí, había entre ellos una complicidad amorosa. El amor se había hecho semilla en las jóvenes tierras de sus entrañas. Amor era, sin embargo, más de miradas ansiosas y complacientes, que de presencias continuadas. Fernán era consciente de su pobreza. Angélica lo era de que no podía escoger su amor, sino que este podría quedar en un nido de silencios, mientras sus padres pactarían su amor oficial en alguna boda de conveniencia social. Sentía que sus raíces habían sido sembradas al revés, y en vez de crecer hacia su calma eterna, lo hacía hacia una poza de fría sombra.

Muerto su hermano, Alonso Peláez se vio obligado a recoger a su sobrino en su residencia de La Corredera. La idea no le era grata. Nunca había querido a su hermano, a quien consideraba la oveja negra de su familia, y tampoco a lo que tuviera que ver con él.

Soportó la presencia de su sobrino que, consciente de cuanto pasaba, se adentraba cada vez más en la flor de su soledad. Alonso hizo la situación insostenible. Había que buscar una solución que no perjudicase su fama de varón defensor de las necesidades de sus vecinos, y una mala salida con su sobrino podría romper la luna blanca de su prestigio que, con tanto esmero, había cuidado él en la villa y en el cabildo.

Una mañana encontró la solución. Con actitud hierática se dirigió a su sobrino:

- *Mira, Fernán, le dijo con simulado interés. Tú eres ya un hombre y, como tal, debes hacer algo de provecho. Aquí, en la villa, lo único que haces es dejar inútilmente pasar el tiempo. Hemos de ver qué se puede hacer para que te hagas hombre de provecho y te garantices el futuro.*

Nadie sobrepasaba a Alonso Peláez en recursos oratorios. Él lo sabía. Así que siguió:

- *Tú sabes que yo poseo rebaños de animales pastando en las marismas de Ventosilla, que luego vendo a los obligados de la carne, quienes se encargan de su comercialización. Al cuidado de los rebaños se encuentra desde hace muchos años Diego, un buen hombre, pero cada día me va sirviendo peor, al irse cargando de años. Tú podrías irte con él y así aprenderías el oficio y, con el tiempo, te podrías hacer cargo de los rebaños... Aunque, eso sí, tampoco descarto la posibilidad, si tú así lo deseases, de que, pasado un cierto tiempo, pudieras volver a la villa.*

Al día siguiente muy de mañana, cuando la luna se acurrucaba por las siluetas de los montes, una carreta transportaba a Fernán a las marismas de Ventosilla. Alonso Peláez publicó en la villa que ello era el deseo de su sobrino. En el alma de Angélica se sembraron estrellas de negra sombra. Sabía que Fernán jamás se habría alejado de ella. Lo sabía. Comenzó a tener conocimiento, como Fernán, de amor puro y desesperado.

La vida de Fernán se convirtió en una mariposa negra de soledad y ausencias. Poca compañía le hacía Diego, un viejo taciturno, solitario y malhumorado que se pasaba el día entre vacas, bueyes, caballos y cerdos, con su eterno jubón marrón, su gorro marrón oscuro, su pelo y su barba blanquísimos, su andar torpe apoyado en un tosco cayado, su redonda cara enrojecida y sus pómulos acentuadísimos. Fernán veía al viejo Diego como una parte más de la tierra, como lo eran los árboles o los animales o el río, y lo peor era que él comenzaba a sentirse de la misma manera.

Sólo se rompía aquella monotonía de noria enmohecida cuando aparecían pastores de Jerez con sus ganados, para que pastoreasen por las marismas, o cuando pasaban las carretas cargadas de botas de vino en dirección al Caño de Alvento, o cuando se aproximaban vecinos de Jerez o Trebujena en busca de banillas o almarjos, que utilizaban como pasto y también para la elaboración del jabón. Todo lo demás era hambre, soledad, ausencias y monotonía.

Iba pasando el tiempo y Fernán no tenía noticias de su tío. Cada día se veía más tosco, bruto y ensimismado. La única rosa que había en su vida era cuando echaba a volar su fantasía, como manadas de pájaros, y recordaba cada uno de los rasgos de Angélica. Se veía con ella, desde la Puerta de la Villa, contemplando el mar como una llanura de eternos resplandores meciéndose suavemente y los barcos deslizándose sobre aquella llama chispeante. Vivía en su mundo de ficción, que él creía hecho realidad. Veía cuán hermoso era el deseo, único refugio de su corazón, pero habituándose a él le daba mordiscos de oscura nada en el cuerpo. Soñaba con el amor terrenal y esto le proporcionaba placer, pero ese placer era sólo terrenal. En su alma había ansias claras de acariciar a Angélica, de vivir con ella su amor puro, pues la belleza anida en el corazón, no en el cuerpo. Con ella soportaría calor, frío, hambre y dolor.

Silencios de estrellas que iban rompiendo la monotonía de su existencia. Eterna flor de amor en corazones rotos. Roto el corazón de Fernán, esclavo de las ilusiones de su vida. Roto el corazón de Angélica que había sido obligada a desposarse con el hijo menor de Alonso Peláez. Ella no pintaba nada. Sabía que tenía que hacer lo que sus padres decidieran. Su único alivio era la llegada de la

madrugada, para, en su ensoñamiento, acariciar el recuerdo cada vez más intenso de Fernán.

Con el gran sol amarillo, llegó la noticia a la villa: Fernán había muerto en las marismas de Ventosilla y una carreta transportaba su cuerpo hacia la villa. Todos se sorprendieron. Sus viejos amigos de la infancia se ponían los ojos del desconcierto y de la pena ajena. ¿Fue una fiebre... o fue la soledad que le clavaron en el alma...?

Alonso Peláez se sentó cariacontecido a la puerta de su residencia con ojos de incredulidad: su sobrino había muerto a los 22 años. Mientras esto pensaba, Angélica le golpeó fuertemente en la cabeza con una antigua arma de hierro con grueso mango y punzante cabeza, que había cogido precipitadamente de la casa. Alonso Peláez cae de bruces en el suelo. Angélica toma la cabeza de su suegro en las manos y se impregna manos y vestido de sangre.

- ¡¡He matado a mi muerte!! ¡¡He matado a mi muerte!! Gritaba Angélica mientras corría velozmente hacia el Portal de la Mar.



"...entró en una de las doce casas de la calle de la Mancebía".

MUJER DE AMORES

*“¿Creéis que si Laura hubiera sido la esposa
de Petrarca éste le habría dedicado
sonetos durante toda la vida?”.*

Lord Byron. “Don Juan”

1

Sigilosa y clandestinamente abandonó María Gil su villa natal, Lebrija. No, no se resistía a aceptar el futuro que el destino le tenía marcado. Temblaba de oscuro miedo cuando pensaba que, por decisión de sus padres, tenía que aceptar un marido que ella ni conocía, ni quería, ni le iba a respetar en sus deseos más íntimos. Se sabía destinada, pasada ya la mitad del siglo XVI, como si estuviese mordida por puñales de muertes prematuras, a vivir para siempre atemorizada por la autoridad de su marido; reclusa en su casa, mientras la juventud y la vida cantaban por las esquinas; abandonada por la iglesia que la consideraba, por el delito de haber nacido mujer, la perdición de los hombres; degollada en el castigo inerte de carecer de cualquier clase de independencia; y con las manos atadas y el corazón enjaulado en la cárcel de tener que seguir obligatoriamente y para siempre las normas morales al uso, y, por contra, sabía que su marido tendría libertad y autonomía para hacer lo que quisiese, ya que siendo el matrimonio, también para él, una mera convivencia entre dos personas extrañas entre sí, él buscaría alicientes eróticos fuera del matrimonio y escogería libremente las amantes apetecidas, sublimando en ellas los deseos e impulsos irrealizados. No, no aceptaba esta realidad.

Pensaba, bajo el cielo azul y con el amargo sabor de la angustia en el paladar, que le había tocado vivir épocas, en las que el matrimonio había matado al amor. Ella huiría y buscaría nuevos alicientes; aunque fuese en lo prohibido. No le tenía miedo a nada; y si la consideraban el escalón más bajo de la sociedad, por ser mujer, pues se rebelaba contra ello; y si tenía que vivir un amor trivializado, cínico y cen-

trado exclusivamente en el goce momentáneo y cuantitativo, pues lo viviría; pero sería ella la que había escogido esta opción.

Se dirigía a Sanlúcar, sabedora de la gran importancia que tenía esta villa, lugar de comercio y encuentro de gente de los más diversos lugares del mundo. Allí, ni le faltarían aventuras, ni le faltarían oportunidades de vivir con la libertad a la que ella aspiraba, y se sentía ¡tan ansiosa de vivir y de amar! Sentía en su interior como el aleteo de una banda de palomas que pugnaban por salir volando por las ventanitas oscuras de sus ojos. Sabía que el único patrimonio que portaba era su juventud y su cuerpo. No se veía mal. Tenía el pelo negro, como oscura noche almidonada; una estatura mediana, pero bien proporcionada; una boca sensual y burlona; y, sobre todo, sabía tratar con la gente, sabiendo que por sus formas, podía sentirse orgullosa y presumida.

La villa la recibía con una luminosidad desconocida para ella. Brillaba todo como un lugar de encanto. Había cruzado un bosque frondosísimo, donde reinaban triunfantes el frescor y el silencio. Algún perro le había ladrado al pasar por las orillas de las fértiles viñas. Se encontraba ya en la Puerta de Sevilla, que aparecía rodeada, como una gallina de sus polluelos, de un arrabal integrado por pequeñas casitas. Contempló la prestancia de la Fortaleza, por la que se estremecían los ecos en torres, patios y terrazas. Avanzó por una amplia calle, notando miradas escrutadoras desde las puertas y ventanas de las casas que se alzaban a ambos lados de la misma. Desembocó en la Plaza Pública. Era amplia y una mezcla de edificios nuevos y antiguos. Allí se alzaban la alhóndiga, el palacio ducal, la iglesia mayor, la pescadería, el mercado, la torre y casa del cabildo, algunas torres más, y restos de lienzos de lo que debía haber sido una vieja fortaleza. Era bella la Plaza y se le presentaba a María Gil como el verdadero corazón de la villa murada.

La Plaza Pública estaba animada. Una gente, elegantemente vestida, transitaba por ella y se movía con la presteza y automatismo de un hormiguero. Pasaban silenciosas las muchachas y corrían los niños con sonrisas de mil caras. Buen rato pasó María Gil contemplándolo todo, con la alegría de una blanca garza que estreñase plumaje.

Empapada de todo, estrenando su mar un nuevo azul, se encaminó presurosa hacia el objetivo en el que esperaba encontrar el futuro deseado, despertando deseos como hace la estrella de la mañana.

Cruzó el Portal de la Mar, comenzó a descender la Cuesta de la Villa y se encontró de inmediato con un amplio arrabal, el Arrabal de la Ribera, con las más

variopintas casitas girando en torno a la calle de los Bretones. Si gran vitalidad había observado en la Plaza Pública, no se podía decir menos del Arrabal de la Ribera; aquí incluso el trasiego y movimiento de hombres era mayor, sobre todo se veían muchos comerciantes, preferentemente extranjeros, así como marinos, y hombres de la mar, que venían de la próxima playa, de las atarazanas o de las proximidades del baluarte del Miradero. Aquello sí era vida. Había acertado en su elección. Una inmensa araña iba tejiendo en María Gil, a medida que se iba adentrando en los entresijos de la villa, la verde red de la esperanza.

Presurosa, cruzó la calle de los Bretones y a su espalda por la derecha, bajo los lienzos de la muralla que se alzaba por encima de la barranca, entró en una de las doce casas de la calle de la Ramería o Mancebía, donde habitaban las mujeres que entendían de amores.

2

¡Huy! ¡Mira quién ha llegado! Bienvenida, hija mía. Tú debes ser la moza que estábamos esperando. Pero... entra, hija, entra y no te quedas en la puerta, que más de un bellacuelo estará siguiendo tus pasos. Pasa, siéntate. ¡Estarás tan cansada de un viaje tan largo! Pero... ¡qué linda eres! y ¡qué fresca y qué lozana! Aquí estarás muy bien, porque yo siempre me digo: hay que gozar de la mocedad, de los buenos días y de las buenas noches, del buen comer, del buen beber y del buen... ¡Bueno, hija, ya tú me entiendes! ¡Ay!... pero qué hace esta maldita vieja hablando y hablando con lo cansada que tú estarás. Anda, come algo y bebe, y luego descansa un poco del largo trasiego.

Esto le decía Teresa a María Gil, mientras se acercó presurosa a la cocina y le acercó un trozo de cordero y una jarra de vino. Era una mujer, aunque bien entrada en años, muy bien conservada, y además muy bien arreglada, con unos colores en sus ropajes, una joyas y unos afeites que la simulaban más joven pero que no estaban acordes con su edad. Tenía la cara llena de arrugas y una amplia cicatriz le asomaba por el cuello. Al andar, daba unos saltitos, por lo que más bien parecía el deambular de un pájaro. Su vida entera la había pasado en el oficio, primero como ramera, y en la actualidad, como encargada de dos de las casas que existían en la calle. Nadie había conseguido arrancarla de la putería. Observó que María Gil, mientras comía silenciosamente, no paraba de mirar a todas partes, esperando que, de un momento a otro, apareciese alguna de las que serían sus nuevas compañeras.

- No, no hay nadie -dijo Teresa-. Todas se han ido a la Plaza Pública, porque hoy es día de holgar, ya que es fiesta en la villa y todos los vecinos se encuentran

allí. Ya vendrán y las conocerás. Hay de todo, pero en general no son malas chicas. Ya te entenderás con ellas.

Terminaba Teresa, dejando los ojos en blanco, al mirar hacia arriba, como queriendo poner sello de autenticidad a cuanto decía. No era una mujer perversa, más bien pretendía ser una madre, ya que, por su edad, no podía ser otra cosa, pero a saber de mundo no le ganaba nadie que por la casa apareciese; de su sapiencia mundana era de lo que recibía Teresa su verdadera autoridad moral.

Estaba María Gil terminando su yantar, cuando he aquí que se presentó en la casa un hombre de unos sesenta años, grueso, de andar fatigado, con un amplio y grueso cuello, unos párpados del que colgaban unas bolsas llenas y encendidas, como clavellinas de primavera, una risa inseparable y unas manifestaciones afectadas de familiaridad que a María Gil, sin conocerle, le pareció un hombre con mucho mundo, cuya pretensión patente era la de agradar. Se trataba de Juan Téllez, arrendador de las casas de la calle de la Ramería. Muchos años habíase esforzado por disfrutar del arrendamiento, pero hacía ya algunos que disfrutaba de este privilegio ducal, aunque sus buenos maravedíes le costaban, pues todos los años aportaba por el arrendamiento a las arcas ducales más de 30.000 maravedíes, y tenía además que correr con el mantenimiento de las casas de ramería y del cuidado de todas las mancebas. Muy detenidamente miró Juan Téllez a María Gil. Luego, le dijo:

- Ya veo que Teresa te ha recibido bien y te irá poco a poco introduciendo en las artes del oficio. Es la mejor maestra que hay en la villa. Yo sólo quiero que estés informada de las normas por las que se ha de regir tu hospedaje y servicio entre nosotros. Quiero que sepas que estas normas no he sido yo quien las ha establecido, sino que ha sido el propio duque en contrato de arrendamiento que me hizo. Debes cuidar la casa y todos sus enseres, porque, de producirse algún desperfecto, lo he de subsanar yo. Has de establecerte aquí de manera definitiva, de forma que si te fueses a practicar el oficio a cualquier taberna o mesón, el dueño sufrirá por ello una multa de 600 maravedises. Debes tener mucho cuidado de no caer en las garras de algún rufián de mujeres que, llenándote la cabeza de ideas fantásticas, consiguiese sacarte de esta casa, para que trabajases para él en otro lugar. Si alguno así vieres, debes comunicarlo de inmediato, para que la justicia se encargue de él. Aquí recibirás, hija mía, -captó claramente María Gil el tono afectado del "hija mía" que había pronunciado Juan Téllez, ¡ya veríamos!- mantenimiento (dos libras de pan, una libreta de carne, mitad de carnero y mitad de vaca o puerco, medio cuartillo de vino en cada comida, berzas, nabos, berenjenas, fruta al principio del comer, ensalada al cenar y un rábano o cardo), cama y todo lo que necesites para

que no estés adeudada y puedas vivir holgada y felizmente. Sabrás muy bien -agregó- cuál es tu oficio en esta casa, no es el de una supuesta sirvienta, sino el de una entendida en amores. Aquí no puedes dar mal ejemplo ni producir ningún tipo de escándalos; ten en cuenta que si produjeras, cosa que no deseo ni espero, algún tipo de pendencia o alboroto por cualquier circunstancia, te castigaría la justicia, que incluso podría desterrarte de la villa con la pena de no poder volver jamás a ella. Hoy mismo comunicaré tu llegada y tu adscripción a esta casa. ¡Ah! -concluyó- y si el duque, nuestro señor, para más servir a Dios, mandase casarte, para con ello sacarte de este estado, no te preocupes que, si algo debieres, se liquidaría con un recibo a cuenta de la renta anual.

Juan Téllez había pronunciado su larga perorata como si se tratase de uno de los regidores acostumbrados a los menesteres concejiles, pero eran tantas las veces que las había pronunciado... y además, por la cuenta que le traía, debía cuidar de que todo funcionase de acuerdo con el contrato efectuado con el duque, pues muchas de las posibles penas y sanciones podían caer sobre él, ya que la reglamentación de estas casas estaba bajo la jurisdicción de los señores, quienes le habían cedido a él en renta esos edificios.

María Gil se vio descansando del largo viaje sobre un cómodo colchón mullido de paja en una de las cámaras de la casa. Se sentía feliz. Hacía calor, pero un suave vientecillo entraba por la ventana y le hacía gratificante su descanso, no en balde estaba muy cerca la orilla del mar. Unos pájaros sin rumbo comenzaban a volar por el río de sus sueños, por el que navegaban con sonos de distancia los ecos de las risas y del griterío que tenían su origen en la Plaza Pública.

3

Un griterío desbordado y unas risas estridentes y desvergonzadas despertaron a María Gil. Alzóse de la cama y se asomó por la ventana. Estaba atardeciendo. Su mirada se perdió en la distancia. Un anillo de fuego apagaba sus ansias diurnas en la inmesidad del mar, hiriendo, con su ya decadente resplandor, sus pupilas semi-dormidas aún en la penumbra de la habitación. Un vientecillo suave traspasaba la ventana y le hacía grato el aliento, produciendo un suave ritmo al mover tenuamente las extremidades de sus cabellos. Descendió por la escalera. Un grupo de mancebas, elegantemente ataviadas, rodeaban a Teresa, que reía a carcajadas las experiencias que le iban contando cada una de ellas. Elena y María eran las más habladoras y dicharacheras. Callaron y contemplaron con curiosidad a María Gil que iba descendiendo las escaleras.

-¡Huy! ¡Qué niña más gentil! ¿Quién es esta? ¿Viene de palacio ducal? Mirad... ¡qué bello brial trae! Se parece al señor duque -dijo María-

- Sí, pero con tetitas, -agregó Elena-

Todas rieron ostensiblemente. Teresa medió diciéndole a María Gil que no se preocupase, que eran unas bromistas y que venían de la Plaza Pública con la sangre alterada.

- ¡Huy! madre, qué ricura de fiesta -agregó Elena-, ha habido de todo: danzas de espuela, danzas de espada, se han corrido toros y hasta hemos participado en el juego del pañuelo. Y la zorra de María...

- Más zorra eres tú, hiputa -respondió María-

- ¡Tú te callas! -continuó Elena-... Y la María consiguió cuatro pañuelos de seda; ¡cómo corría, madre!; y una de las veces, cuando acababa de agarrar el pañuelo, contemplé cómo el señor corregidor ¡le pellizcaba las nalgas!!

Concluyó Elena sus últimas palabras con un grito que todas, incluida María Gil, acogieron con aplausos y risas.

- Y no faltaba nadie, madre -continuó María-. ¡Y cómo cambian todos ante la presencia de sus esposas, familiares e hijos! Aquí, tan ocurrentes y cariñosos; allí, tan distantes y serios. ¡Qué ruines y rufianes!

- El señor duque con la señora duquesa -agregó Elena-, contemplándolo todo desde su palacio; los caballeros, solemnes, elegantes, displicentes...

- Ya tornarán a este gallinero -intervino Teresa- antes de que cante el gallo. -
Todas rieron la ocurrencia de la vieja.

- Los comerciantes, tan ricamente vestidos con sus túnicas de diversos colores y sus cabezas cubiertas de llamativos gorros; el abogado, tan acostumbrado a sacar salario de ambas partes en sus pleitos, allí parecía una persona decente; el físico, con la bolsa llena de dineros y plata de curar enfermos con gargarismos, xaropes y dieta; el vicario y los frailes, bebiendo vino con los parroquianos, pero no por ello sin recibir pollos, lechones, obladas al pie del altar y diezmos y primicias; y con ellos... ¡el sacristanejo! -todas vuelven a reír, a dar palmas y a gritar- ¡tan ssssserio! ¡y luego hace las obras que todas sabemos! Madre, y hasta

estaba el mala conciencia del usurero, que hasta en las fiestas quiere doblar la moneda...

- Ese, para allegar riquezas -intervino nuevamente Teresa-, es capaz de yacer de codo; -ríen nuevamente todas las mancebas-

- Estaban todos, madre, desde el duque hasta el último labrador, con su olor a tocino y oveja.

- Luego aquí se irán viendo todos -terció Teresa-. Aquí vienen a divertirse en lo que les falta, borrachos como están de la brevedad de la vida. ¡Cuán falsos! ¡Cuántas buenas obras deben de hacer para hallar perdón de sus pecados! Aquí vienen todos, tanto los mancebos como los viejos cansados. A la danza del sexo acuden todos los nacidos, sean del estado que sean... Bueno, niñas, subir y preparaos, que pronto comenzará la romería... ¡Ah! en una cosa debéis, dentro de lo posible, poner cuidado, y es en que los señores no salgan por la puerta trasera, por la que da al camino de San Francisco y a la plazuela de la Trinidad porque se ha quejado el guardián del monasterio de San Francisco, alegando que se produce escándalo a su Orden y a las monjas de Regina Coeli.

- Ese lo que tenía que hacer -intervino Elena-, es no decir tales folías, dedicarse más a sus molaciellos y curar de vestir cilicio, abandonando los manjares sabrosos, los placeres y el vicio. ¡O es que se cree que nosotras estamos locas o trastornadas! Ese frailón non ha vergonza”.

Una a una fueron subiendo entre risas, gritos y bromas por las escaleras que las llevaban a cada uno de sus aposentos. Pronto sería de noche. Cuando la luna fuese transformándolo todo en tenues sombras y sugerentes penumbras, la casa se llenaría de todos los hombres de bien que, durante el día, se habían estado holgando en las fiestas de la villa.

4

Los días iban pasando rápidamente para María Gil. Se adaptó pronto a las costumbres de la casa y entabló buenas relaciones con las mancebas. Empezó a conocer a toda clase de hombres. Por su aposento desfilaron vecinos de todos los estados: caballeros, sastres, cordoneros, esparteros, albañiles, carpinteros, olleros, toneleros, zapateros, herreros, candeleros, taberneros, atahoneros, carreteros, mercaderes, traperos, escribanos, hortelanos, jornaleros, cazadores, barqueros, hombres de

la mar, maestros, calafates, y otros muchos que no figuran en esta relación. Muchos hombres, mucha monotonía, costumbres sexuales de las más diversas; pero muchas veces pensaba María Gil que ninguno de ellos valía un mal higo.

Apareció un día por la mancebía un joven esbelto, de solemne andar, de profundos ojos negros, de elegante vestido y vistosas calzas. Lope Rodríguez de Villalobos dijo llamarse el joven y no ser natural de Sanlúcar. Cuando conoció a María Gil quedó prendado de ella y ella comenzó a prendarse también de él. Se sucedían las visitas y Lope sólo quería estar con María Gil. Teresa, ave vieja en la putería, tenía la mosca detrás de la oreja y le aconsejó a María Gil que se cuidase mucho de aquel galán que a ella no le olía nada bien y le parecía venir con no muy buenas intenciones.

A María Gil no le hacían pensar las palabras de Teresa. Quedaba embelesada con Lope, quien, en la intimidad, se le había presentado como poeta, trovador y le había afirmado que su divisa era el amor. Poco a poco Lope parecía no interesarle el sexo. Un día, María Gil le preguntó, que, si tuviese que escoger entre la parte superior de su cuerpo o la inferior, por cuál se decidiría. Lope le respondió decididamente que por la superior, porque en ella se encontraban los ojos que eran la puerta por la que entraba el amor. Al mostrar su extrañeza María Gil, le respondió Lope sentir desprecio por las gentes bajas que sólo realizaban el amor de forma grosera y expeditiva.

En sus encuentros diarios Lope fue entusiasmando a María Gil con el sentido del amor que él decía tener... y le hablaba... y le hablaba... y los enamorados ojos de María Gil se clavaban en el inocente mirar de Lope, que ponía la vida toda en cuanto le iba comunicando a María.

Le decía cosas que María Gil no entendía, pero siempre se pagaba mucho de escucharlas. Teresa a hurtadillas, como una huestantigua, llegaba en más de una ocasión a la puerta del aposento y escuchaba las cosas que Lope decía a María Gil. Le hablaba de que era el amor lo que hacía nobles a los amantes, que el amor por sí mismo engendraba virtud, y sólo había que amar para sentirse virtuoso; que el amor no tenía nada que ver con el matrimonio, sino que siempre era auténtico cuando se producía fuera de él; que era siempre trágico y frustrado, porque el amante era inferior a la amada; y terminaba siempre afirmándole que, para ser auténtico, debía ser un amor encubierto.

María Gil escuchaba todo aquello ensimismada, sentía correr por sus venas un negro caballo de larga cola blanca; sobre todo cuando Lope comenzó a insinuarle la proposición de que abandonase la casa, María se derrumbaba toda, como nardo

tronchado por el huracanado viento de levante. Desnuda de sí quedaba ante tales palabras. Un chorro de suspiro de amor se le arrancaba de la garganta. El ser mujer de amores se le presentaba ya como enredar a un cantarino pájaro en las zarzas.

Teresa veía que allí se estaba fraguando algo. María Gil ya no era la misma. Había perdido la ondulada grana de su sonrisa. Su andar era fantasmal; su compañera, la soledad; y su trato se les hacía áspero y desagradable; sólo vivía para el momento en el que Lope Rodríguez de Villalobos cruzase la puerta.

Una tarde, cuando el cántaro de los pájaros llegaba en rítmica melodía a las ventanas de la mancebía y algún perro ladraba lastimeramente en la Ribera, Juan Téllez entró precipitadamente en la casa. Las mancebas estaban todas juntas rodeando a Teresa y a la espera de empezar la cotidiana tarea. Se asustaron ante el entrar desencajado del señor Juan Téllez, pero pronto conocieron la razón. Les contó que el tal Lope Rodríguez de Villalobos había sido detenido por la justicia; que no se llamaba así, sino Juan Ruiz; que lo habían retenido porque se había descubierto que era un conocido rufián de mujeres, que, primero las enamoraba y luego las ponía al puterío, pero ganando maravedises para él; que un comerciante lo había reconocido y denunciado a la justicia; que sería castigado y luego expulsado a perpetuidad de la villa.

Todas miraban lastimeramente a María Gil. Teresa se acercó a ella y comenzó a acariciarle el pelo. María Gil soltó de pronto una sonora carcajada.

¡Que sinvergüenza... -habló María Gil-, yo, ¡con tanto mundo! ¡Con tanto conocimiento de los hombres! Y venir a pegármela ese asno cojo, fabrando palabras de cortés. ¡Qué ruin! ¡Qué rufián! ¡Bueno... más vale seso y mesura que siempre andar en locura!... Bueno, madre, cuando venga otro que cierre la boca y abra la bolsa. Subo para la cámara de los ungüentos y mándame, madre, al primer cornudo que aparezca, sobre todo si trae mal sosegadilla la punta de la barriga, porque hace ya muchos días que muero de la madre, porque, con tantas palabras y tan pocos hechos, la tengo subida hasta los pechos y me muero de ganas de que se baje.

Todas vieron a María Gil subiendo las escaleras hacia su cámara con una risa nerviosa e incontinida. El sol comenzaba a huir con su jaca y a adentrarse en la negrura del infinito. Pronto la casa se llenará de insatisfechos buscadores y las mancebas bajarán y subirán las escaleras con colores de amores en el alma y en el cuerpo.



“La ubicación del monasterio... está en un lugar privilegiado a los pies de la ladera de una deliciosa barranca”.

FRAY JOSÉ DE BARRAMEDA

*“¿Qué te aprovecha el título de cristiano
pues lo que hace el cristiano te falta?”.*

Arzobispo Carranza

Era un invierno frío y lluvioso como pocos. Sobre el monasterio de Santa María de los Ángeles y su Iglesia de San Francisco de la Observancia caía abundante lluvia, que junto con la que descendía de la barranca, donde estaban ubicadas unas cuevas en las que habían existido en tiempos atrás ermitaños, hacían intransitable el acceso al monasterio.

Todos los árboles del frondoso jardín habían ido perdiendo sus hojas lentamente; quedaba aún bastante tiempo para que retornasen a florecer. Sobre la barranca, unas nubes oscuras y esponjosas se arrastraban desde la desembocadura del río y se proyectaban sobre la sequedad de las ramas desnudas. Llovía y llovía. El camino de San Francisco estaba impracticable. El canto de los pájaros parecía enmudecer a la espera de días mejores.

Para Fray Juan de Gonzaga, vicario de la provincia de observantes de la Bética, el camino desde Sevilla había sido durísimo y durísima su arribada a Sanlúcar. Pero más duro era para él el caso doloroso e intrincado que le traía a la ciudad. Corrían tiempos difíciles. Tiempos atrás se vivía en situación de paz profunda y en los monasterios no tenían acogida más que los rutinarios problemas cotidianos. Ahora, sin embargo, un día acá y otro acullá, iban brotando chispas problemáticas, de cuya gravedad le tocaba a él dictaminar en primera instancia.

Con una enorme expectación se esperaba a Fray Juan en las dependencias del monasterio, porque los mismos frailes se encontraban profundamente divididos. A su llegada, lo recibió un silencio sobrecogedor. Fray Bernardo de Osuna, guardián del convento, acompañó al vicario a su celda.

La celda aparecía demasiado oscura. Olíase al acre olor del humo de las velas. Los cuadros del aposento se habían descolorido por la acción del tiempo, de manera que en algunos apenas se podían distinguir extrañas imágenes. No deseaba ningún refrigerio, sólo calentarse un poco y descansar.

A la mañana siguiente, Fray Juan de Gonzaga conoció a toda la comunidad. Se veía inquietud en sus miradas. Sus rostros aparecían hieráticos y en sus ojos quería él leer un cierto miedo a la decisión que pudiese tomar. Finalizados los actos religiosos y efectuada una pequeña colación, Fray Juan de Gonzaga se entrevistó con el guardián del monasterio. Fray Bernardo de Osuna le confirmó que la comunidad estaba dividida, que unos participaban de las tesis de fray Pedro Lucena, un fraile de origen gallego, y que otros -ciertamente en menor número- estaban a favor de los principios y de las actitudes novedosas de Fray José de Barrameda. Fray Bernardo de Osuna dijo no estar en ningún bando, pero afirmó que, mientras Fray Pedro Lucena no había creado ningún conflicto que repercutiera en el monasterio, Fray José de Barrameda había entrado en litigio con todos los estamentos de la ciudad.

- Todo se lo debemos, padre vicario, a la ciudad -agregó el guardián-. La fundación del monasterio fue promovida por un grupo de piadosos vecinos que consiguieron de doña Mencía Alfonso Muñiz la arboleda y una fuente de su propiedad, en los que se levantaron iglesia y monasterio. No es ahora el momento más adecuado para bien apreciarlo, pero la ubicación del monasterio, aunque un poco distante del centro de la ciudad -lo que lo hace incómodo para los hermanos limosneros-, está en un lugar privilegiado a los pies de la ladera de una deliciosa barranca. Ya verá su caridad las excelentes vistas de que gozamos a los pies mismos de la desembocadura del río.

- Bien, padre -le interrumpió el vicario-. Pero entre usted en el tema.

- A ello iba, padre vicario -le agregó Fray Bernardo-. Fray José con su actitud levantisca, sus críticas impropias de un fraile, y su postura con los esclavos de la ciudad, ha conseguido que señor duque, el señor vicario, los eclesiásticos y los vecinos miren al monasterio con desconfianza... y yo agregaría que con indignación. Sabe su caridad que todos han recurrido al duque y este al arzobispo de Sevilla, para que se produjese esta visita que su caridad está realizando.

- ¿Y cree su caridad que la actitud de Fray José es la culpable de todo este malestar? -indagó Fray Juan de Gonzaga-

- Ya lo creo, padre vicario -contestó de inmediato el padre guardián -. ¡Somos

religiosos! ¡Hombres de piedad! A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. ¿Quién nos manda a nosotros meternos en las cosas del César? -El padre guardián hizo estas últimas afirmaciones con el ánimo altamente alterado. Era hombre de mediana edad, pero su cuerpo delataba a las claras que se trataba de un fraile gordo y tragón. Intentó dominarse y continuó.

- Fray José no puede decir nada que ofenda al señor duque, porque los señores, además de construir y reformar el monasterio, se han cuidado de nuestra manutención. Como sabe su caridad, de la piedad de los señores recibimos seis atunes por cuaresma y por adviento, dos mil misas, el repaso del monasterio, la manutención de la comunidad y la concesión de cuatro solares en distintas zonas de la ciudad que, vendidos, nos han permitido reparar la iglesia. Ni puede decir nada que ofenda a los regidores y señores del cabildo que tan piadosamente tratan al monasterio, haciéndonos francos de pechos y de cargas concejiles, donándonos un cerdo y un carnero por la Pascua de la Natividad y por la Pascua Florida, y permitiéndonos dos cargas mensuales de leña de La Algaida. Ni puede decir nada que ofenda a los vecinos que acuden a diario a nuestro socorro y sustento con sus limosnas y ayudas. Y además... ¿quién es él para lanzar críticas contra los mismos miembros eclesiásticos de la localidad e incluso contra nuestras hermanas de Regina Coeli?

- Pero... ¿qué críticas son las que hace Fray José? -interrumpió el padre vicario-

- ¡De todo! Pero lo que más ofende a todos es que se meta en sus vidas y sobre todo que diga que el tener esclavos va contra el santo evangelio de nuestro Señor.

Y... ¿no lo va? -interrogó el padre vicario-

- Pues ya lo creo que no -contestó el guardián-. Dios, en su Providencia, nos ha creado distintos. Unos nacen señores, otros caballeros, otras ramerías, otros pobres de solemnidad y otros, esclavos. ¡Esta! ¡esta es la voluntad del Señor!

De esta manera terminó Fray Bernardo de Osuna, guardián del Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, su informe y sus quejas sobre Fray José de Barrameda. Cuando salió de la habitación en busca de Fray Pedro Lucena, había amainado la lluvia. Una tenue luminosidad quería romper en el horizonte. Mil irónicas preguntas luchaban por abrirse paso en su mente. Su mirada contemplaba desde la ventana un pino gigantesco que se alzaba rodeado de nubes, cuando entró en la habitación Fray Pedro Lucena. Era un hombre joven, de piel blanquecina, de cabello rubio y de porte inquieto y nervioso.

-Fray Pedro -interrogó el padre vicario-, *¿es muy antiguo ese pino?*

- Pues sí, padre vicario -contestó Fray Pedro-, *ese pino fue plantado por Fray Diego de Alcalá y los vecinos vienen mucho a coger sus piñones, porque tiene la virtud de curar calenturas.*

El habla de Fray Pedro denotaba bien a las claras su origen gallego, y su tono hacía intuir al padre vicario, ya desde sus comienzos, que Fray Pedro era hombre de temperamento fuerte y voluntad férrea. Le sacó el tema de Fray José y Fray Pedro lanzó una auténtica catarata de expresiones y palabras.

- *Fray José, con todos mis respetos, se ha metido en una peligrosa senda mística; en vez de leer las Sagradas Escrituras está siempre leyendo libros de dudosa teología, como "El tercer abecedario espiritual", o "Via Spiritu" o "Subida al monte Sión por la vía contemplativa". Este misticismo le lleva luego a tener una férrea actitud rebelde. Es amigo de todos los esclavos, con los que se reúne alrededor de la Cruz Baja o en la puerta del monasterio. Les afirma categóricamente que ellos no deben ser esclavos, sino libres, que la esclavitud no es moral. Con ello, amotina a los esclavos contra sus señores naturales. Ha criticado además a todos los que son propietarios de esclavos, cuando en la ciudad casi todo el mundo los tiene. Con ello ha conseguido tener a toda la ciudad en su contra. Ha llegado a poner en duda la fiabilidad del Comisario de la Santa Cruzada, criticando la publicación y cobro de la bula.*

Ha denunciado -¡Y esto es grave y despiadado!- que hay eclesiásticos que han realizado sollicitaciones a penitentes desde el confesionario, bramando que ni leyes, ni penas, ni castigos han podido atajar la supuesta corrupción sacerdotal que, según él, esto patentiza. Ha expuesto, ante su auditorio de esclavos y de pobres de solemnidad, sus dudas acerca de la legitimidad de los diezmos tal y como se predicán. Puede imaginarse su caridad cómo le ha podido sentar esto al señor vicario de Santa María de la O y a los restantes eclesiásticos. Predica además en la ramería, en galeras y en la misma cárcel. Se ha enfrentado incluso a los vecinos que acuden a las mancebías, gritándoles que las mancebas no son esclavas, ante el desprecio y la risa de los que entraban en la ramería y el de las propias mancebas. Yo creo que Fray José de Barra-meda no anda cuerdo. Nuestra misión es otra, padre vicario, ¿es otra!

Fray Pedro Lucena juntó sus pequeñas manos en actitud orante, alzó sus ojos al cielo y manteniéndose así largo rato, continuó.

- *Lo nuestro es promover procesiones, ritos sagrados y predicar la autenticidad de las palabras de las Sagradas Escrituras. Enseñar a cantar, pero los salmos*

de Dios. Sobre todo hemos de predicar penitencia y sacrificios, porque dice el maestro que las raíces de todo deben alcanzar al sacrificio, pues no hay más que muerte y ultramuerte. Los hombres de todas las razas viven aquí como en una tierra desconocida. Pero a nosotros nos ha de consumir un anhelo común: predicar la penitencia. Escuchar las palabras que el maestro pronunció y al final adorar la Sagrada Eucaristía. Para mí que he vagado por mil mares y he caminado por muchas tierras extrañas, sólo vi en todas partes la muerte, muerte en el tenebroso mar, muerte en el desierto con la lengua negra, muerte, sí, muerte por doquier...

Pero, después de la oscuridad, vino la luz. Dios me concedió el don de la revelación, el poder de ver a través de las penumbras de los ojos el terrible brillo del alma. He visto en lo que el mundo se ha transformado, en un negro pozo, en donde la humanidad se ha dejado caer en el fango y en la miseria más tenebrosa. La vida en este mundo no es más que una llama que tiembla ante el soplo de los vientos de la perversidad. ¡Este mundo agoniza! ¡Vendrá otro mejor! Vendrá una nueva tierra santa.

La única libertad no es la que predica Fray José a los esclavos, sino la de acatar la voluntad de Dios. ¡Dios habla a través de mí! Esto hay que aceptarlo sin ninguna duda. Hemos de condenar, como hizo el maestro, el contacto carnal con la mujer, pero no sólo el de las mancebas, como hace Fray José de Barrameda -¡y se equivoca!-, sino el contacto con todas. Los hombres están condenados. La lujuria, de la que son culpables las mujeres, les pudren y corrompen su sangre para siempre.

Nosotros, los frailes, tenemos que limpiar, con la sangre de nuestros cilicios y disciplinas, los pecados de nuestros hermanos. Ese castigo que hacemos en nuestro cuerpo de los pecados de la carne ajenos produce en nosotros hasta un placer corporal, cuando la sangre chorrea a borbotones por nuestros disciplinados miembros. Se debe sufrir por los pecados de la carne del prójimo, así nos convertimos en sus hermanos. Nuestro castigo destruye las debilidades del hermano y absorbe a la bestia podrida. La mujer está viciada desde sus raíces. Hablo desde la Revelación: Dios creó la cárcel de la carne donde el alma está encerrada. La lujuria y el deseo son las tentaciones del alma. Esta es la semilla de todos los males, que pierde al hombre en el mundo. ¡Renunciar a las tentaciones de Satán, eso hemos de predicar; esa es la vida, la auténtica vida!

Fray Juan de Gonzaga guardaba silencio, sentado en su sillón, encorvado y sorprendido, y sin cesar de tomar notas en unos papeles de un libro de piel amarillenta. Fray Pedro Lucena permaneció, como conmovido y ensimismado, en silencio durante un largo rato, sin decidirse a salir.

- Bueno -le dijo el vicario-, *ya puede su caridad marcharse.*

Se fatigaba Fray Juan de Gonzaga ante estos interrogatorios. Luchaba por poner en orden estas ideas. No quería tener nada preconcebido ni se quería dejar impresionar. Salió a dar un paseo por el jardín. El suave frío le atemperaba el agobio. Se detuvo junto a un viejo árbol, atrajo hacia sí una rama fría y mojada, sin hojas, sus dedos juguetearon con ella, recordando el tiempo en que este monasterio había servido de hospicio para los frailes observantes que iban o venían de Canarias. Entró en el monasterio. Estaba en puerta otra noche inhóspita y ventosa.

Los rincones de la estancia estaban sumidos todo el día en la oscuridad del invierno, pero no hacía frío. Una fraile se había cuidado de encender un fuego. Cuando el alegre fuego iluminaba las paredes con los troncos humeantes, Fray Juan de Gonzaga suspiraba hondamente: la llama daba a la habitación un aire acogedor. Fray Juan cerraba los ojos y una lágrima solitaria se deslizaba por su amarilla tez hasta perderse en los blancos cabellos de su barba. Llegó Fray José de Barrameda. Tosía y, a juzgar por el silencio, parecía que el padre vicario no se daba cuenta de su presencia.

- ¡Ah!, *¡Pase, fray José!* -dijo Fray Juan esbozando una leve sonrisa. Su seca mano empezó a acariciar nerviosamente el crucifijo que había sobre la mesa-. *Ya sabe usted lo que me ha traído hasta este monasterio. Sabrá que ya hablé con el padre guardián y con el padre Fray Pedro Lucena. En estos papeles tiene usted resumidas las denuncias que me han hecho sobre su caridad.*

Fray José cogió los papeles que le ofrecía el padre vicario y los leyó tranquilamente. Fray Juan contemplaba a un fraile delgado, de largos dedos, de facciones campesinas, de tez muy morena, de poblada barba, pero sobre todo lo que le llamó la atención fue la profundidad de la mirada de sus ojos negríssimos. Le parecía una figura espiritual en un jardín solitario. Seguía Fray José leyendo pausadamente, como si celebrase algún rito divino sin darse cuenta. Al fin, miró ensimismado alrededor, se pasó la mano por el cuello, alisó sus abundantes cabellos negros y, con voz sorda y segura, dijo:

- *esta es su verdad. Pero la verdad no es una sola; tiene muchas caras. No podemos abarcar a Dios, como se atrapa a un pajarillo entre los dedos. Pero nosotros, hijos de San Francisco, hemos de ser fieles a las palabras de las Sagradas Letras y predicarlas con la valentía que el padre lo hizo. Yo no he hecho sino defender a los esclavos, a las rameras, a las viudas, a los pobres de solemnidad y dirigir mi palabra contra los que son culpables del mantenimiento de esta situación. Yo*

creo, padre vicario, en la libertad humana y en la bondad originaria de cada persona, pertenezca el estamento que pertenezca.

- Pero su caridad se ha metido a enjuiciar a los organismos eclesiásticos de la ciudad y con ello al propio arzobispo de Sevilla... -agregó Fray Juan cortando las palabras de Fray José.-

- Ciertamente. -Continuó Fray José-. Hemos sido elegidos para la vida religiosa para ser sal y luz, no para acumular bienes terrenales. No se puede aplastar a los vecinos con la ley de los diezmos sobre el vino y sobre los cereales. Los diezmos sobre el vino han engendrado menos problemas, pero ¿cómo va a poder cumplir la ciudad con los diezmos sobre los cereales cuando estos escasean tanto?. ¿Y cómo responde la iglesia? Con entredichos, descomulgando a los que no cumplen, con lo que se ven obligados a abandonar la ciudad. Y esto pasa porque el estamento clerical, el vicario, los beneficiados, los capellanes y demás pertenecen a las familias más acomodadas de la ciudad; son poseedores de fincas y tierras; venden sus propios vinos al duque; y a sus manos van a parar bienes de todo tipo mediante compra-ventas, monopolios, donaciones de los fieles, últimas voluntades y fundaciones. Además atienden a los fieles poco y mal, reduciéndose a predicarles la bula, y esto sólo en los lugares más poblados. Así el pueblo arrastra su pobreza espiritual en la rutina de una religión que se ha tornado completamente superficial y tiene unos sentimientos de claro odio contra el clero. Para el pueblo el concepto de la pobreza no satisface al espíritu, es un mero símbolo, una idea tan espiritual como falsa, ante el conocimiento en sus carnes de la miseria social real. Algunos conventos prestan ducados a sus vecinos a un interés del siete por ciento, y hasta el propio cabildo se ha visto obligado a pedirle al señor duque que no consintiera que se comprase por la iglesia más tierras a los vecinos. Así en los días de fiesta sólo pocos van a misa. Nunca se quedan hasta el final, se contentan con tocar el agua bendita, o con hacer alguna genuflexión, o con rezar a alguna imagen de Nuestra Señora o de algún santo. Los maitines y las vísperas tiene que leerlas el cura, solamente con su acólito, porque no hay nadie más. A veces, los señores, los hidalgos o los caballeros hacen esperar tranquilamente al cura que va a decir la misa, hasta que ellos y sus mujeres se han levantado y vestido.

- Pero padre, -agregó Fray Juan de Gonzaga-, toda la beneficencia recae sobre las espaldas de los organismos oficiales.

- Eso también es cierto, padre vicario, -respondió Fray José de Barrameda-, pero ello me parece más bien un pretexto para justificar la posesión de bienes por parte del clero y la buena vida que este lleva. Aquí la religión es muy poderosa y

desplégase en todas las cosas de la vida, tiñiendo con sus colores todos los movimientos del espíritu y todos los elementos de la vida de Sanlúcar.

Notaba Fray Juan un cierto frío. Había caído sobre el monasterio una pequeña nevada. Todo se había vestido de blanco y el cielo se contemplaba por la ventana seco y luminoso, aunque grisáceo, como, si sobre las cabezas de los vecinos de Sanlúcar, hubiesen extendido un lienzo recién lavado. Al otro lado del río se veía la mancha verde oscura de los pinos. Fray Juan le planteó a Fray José un tema fundamental, el tema de los esclavos, argumentándole que los había en todas partes.

- Sí, padre vicario -contestó tranquilamente Fray José de Barrameda-, ya sé que el mal está extendido, pero eso lo que hace es aumentar su gravedad. Aquí en Sanlúcar hay unas doscientas viudas en un lamentable estado de pobreza, hay pobres de solemnidad, hay gitanos; pero donde hay mayor problema es en los esclavos. Los hay negros africanos, turcos, berberiscos, canarios y amerindios. La localización geográfica de la ciudad, al ser puerto de la mar y camino obligado para Sevilla, hace que haya aquí gran cantidad de esclavos, y que por aquí pasen un gran número de los mismos que aquí son bautizados y luego, como si de mercancías se tratase, vendidos en cualquier otro lejano lugar. La mayoría no sólo son esclavos de por vida, sino que transmiten hereditariamente a sus hijos dicha condición. Los cristianos creen cumplir sólo con bautizarlos, pero luego, además de utilizarlos como marca de distinción social, los ocupan en los más duros quehaceres: unos en el servicio doméstico, otros en talleres artesanales, otros en transportar botas de vino con palancas desde la villa a la playa, otros en cargar con las mercancías del puerto de Bonanza o con los sacos de harina para la panadería. Muchos de ellos han sido herrados en la frente por sus propietarios para impedir la fuga.

- Pero, fray José -cortó Fray Juan-, no puede decirse que el comportamiento de los esclavos sea ejemplar.

- Ya, ya lo sé -interrumpió Fray José-, sé que son pendencieros entre ellos, y que son ladrones; sé que roban uvas, cepas, gavillas, frutas y demás, y que el Cabildo les ha tenido que prohibir ir a las viñas a coger leña, o caracoles o alcaparras, porque lo destrozan todo. No, yo no los creo ángeles. Lo que yo denuncio es el hecho mismo de la esclavitud.

- Pero la santa madre iglesia admite la esclavitud -agregó Fray Juan-.

- Creo que la iglesia no puede defender algo que vaya contra las Sagradas Escrituras y en todas ellas se afirma el carácter igualitario de todos los hombres.

“Lo que hagáis a uno de esos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hacéis”, dice el Maestro; y “No hagáis a los demás lo que no deseáis que os hagan a vosotros”. Aquí, sin embargo, todos admiten la esclavitud como una situación normal, incluidos los eclesiásticos. Y si esclavos tiene el señor duque, también lo tienen los mercaderes -en gran cantidad-, los caballeros, los regidores, muchos vecinos del pueblo y, lo que es más grave, todos los clérigos y capellanes, el vicario posee cinco esclavos, un beneficiado cuatro y hasta nuestras hermanas de Regina Coeli son propietarias de un esclavo.

Se hizo en la estancia un largo y profundo silencio tras estas palabras. Fray Juan, posteriormente, estuvo durante largo rato hablando con Fray José, esforzándose en persuadirle que era necesario se diese cuenta de que las cosas eran como eran y que él, fraile observante, no era el llamado a solucionar lo que no le correspondía. El padre vicario, sin dejar de dar golpecitos en la mesa, le afirmaba que él no podía pronunciar palabras que atentasen contra el orden establecido y que debía de dejar de provocar a los diversos estamentos de la ciudad. Con fina argumentación, pretendía Fray Juan convencerle de que ellos lo que podían hacer era prestar a los esclavos los correspondientes auxilios espirituales, para que viviesen con fidelidad su situación y, si era posible y se permitía, promover entre ellos algún tipo de asociación, como se había creado en Sevilla, no sin dificultades, la Cofradía de los Negritos. Fray Juan de Gonzaga le dio a Fray José un fuerte apretón de manos y lo bendijo antes de separarse de él, con el decidido propósito de evitar que sobre aquel hombre cayere las oscuras sombras de la sospecha de herejía. Lo consideraba un buen fraile, aunque su juventud le impregnaba de un apasionamiento con el que quería cambiar el mundo, pero él no permitiría que se perdiese el talento y la bondad de Fray José de Barrameda. Sabía cómo había predicado en su convento y en otros, en parroquias y pueblos. No había hojarasca en sus sermones. La Biblia era su meollo. Cristo y cristiano eran los términos más frecuentes, y más que términos, realidades fundamentales. Predicaba la fe, la confianza, la conversión; un cristianismo de corte paulino, que exigía interioridad, verdad, obras, reformas. Predicaba... y daba trigo. Su fama entre los pobres era mayor que su ambición, pero su ambición era menor que su virtud. Desde el púlpito fustigaba a quienes se enriquecían con los bienes de la iglesia, porque, para él, los bienes eclesiásticos, atendido el culto y el decoro de sus ministros debían ser para los pobres.

Después de todo lo oído y descubierto, Fray Juan de Gonzaga mandó letras al alguacil, Nicolás Rodríguez, y al señor vicario de Santa María de la O, para que a su vez lo comunicasen al señor duque y al arzobispo de Sevilla. En ellas el padre vicario de la Bética informaba no haber encontrado en el monasterio ninguna chis-

pa de proposiciones calificadas como luteranas, sino pequeños problemas de disciplina interna que, de inmediato, se solucionarían con las medidas pertinentes.

Por orientación de Fray Juan, Fray José de Barrameda dio de comer el jueves a todo el convento y el viernes ayunó a pan y agua. El sábado, al amanecer, partían para Sevilla Fray Juan de Gonzaga y Fray José de Barrameda. Se fueron a escondidas, procurando que nadie les viera. Fray José de Barrameda no preguntaba nada. Aceptaba que sólo así podría librarse de aquel insoportable peso. Fray Pedro Lucena les vio alejarse, asomado a su ventana, mientras que una leve sonrisa acudía a su triste rostro. Se habló del caso en ventas, en posadas, en el puerto, en la ramería y en toda la ciudad. Los esclavos se apiñaban alrededor de la Cruz del Camino de San Francisco y a la puerta del monasterio de Santa María de los Ángeles, esperando que en algún momento apareciese Fray José de Barrameda. Ese viejo estamento de los pobres de la ciudad, saturado de dolores y de historia, tenía el más fino olfato para discernir la santidad. Una viejecilla prorrumpió en una exclamación sincera:

- *Pobrecillo. ¡Era un santo!*



“Considerando estaba un día mi estado a las puertas del Convento de Santo Domingo...”

VIDA Y AVENTURAS DE BERNARDO LOPE

*“E yo de deciocho años a esta parte he visto muchas e buenas casas
e anchas calles en lo que el mar tenía bañado y cubierto, de
manera que ha sido tal su aumento que si no es el de
la villa de Madrid ningún otro lugar de España
llega con mucho a esto ni aún en bondad ni
fortaleza de edificios”.*

Agustín de Horozco (fines del XVI)

1

Me vienen a llamar Bernardo Lope. Nací en Sevilla. Nada sé de mi padre y muy poco de mi madre. Del primero me contaron que paseaba capa y gorguera por los alrededores de la catedral de Sevilla y que había sido amo de mi madre; de la segunda sé que, abandonada cuando vino a traerme a mí a este mundo, se dedicó al puterío y en el puterío se halla, si Dios no lo ha remediado.

Tuve mi crianza en el Arenal de Sevilla; allí comenzó mi educación siendo mis mejores profesores los truhanes que por allí se movían. De ellos aprendí a rechazar las normas y a reirme de los ideales de los que otros tenían llena la cabeza. Siempre huí de asesinatos y pependencias como del diablo, pero también aprendí a huir de ocupación regular y continua, que no ha sido el hombre creado para establecerse en un lugar o para comer de un único mismo plato. Con cierta discreción y mesura he ido cambiando de ocupación y lugar, de manera que se me consideraría de más edad, más por los lugares que habité y las ocupaciones que tuve que por los días que pasaron desde que mi madre quiso arrojarme a este loco mundo.

Tendido en las puertas de las iglesias y conventos, haciendo alarde de mi suma pobreza, me ocupé en la mendicidad. Si menester fuese, recorrí, no con rubor, al hurto o a la estafa, que quien no es sagaz en guardar lo propio, bien le está merecido que pase a serle ajeno. También merced me hizo el cielo de prestar pequeños ser-

vicios que poco duraron, bien de paje o de esportillero, manifestando a los ojos de el mundo mi disponibilidad para llevar en mi espuerta lo que se me ordenaba, si es que esto no era realmente de excesivo peso para mis reblandecidos huesos.

Siempre me reí del honor, orden maravilloso de los cielos por el que otros capaces eran de matar o de morir, que nunca se sabe qué te puede tocar en tales lances. Pero, eso sí, me libré, como del agua caliente, de la horca, esto es evidente, y también de la cárcel, donde otros muchos compañeros del Arenal, apresados allí, hacen trincheras con sus cuernos. ¡Dios me libre de la cárcel real o de otras que, aún no siendo reales, me priven de mi holganza!

Allí donde olía riquezas, lujo y derroche, allí que me encaminaba como el perro flacucho y hambriento cuando percibe en su olfato el olorcillo de la carne humana. Así que aprendí a perder el respeto a los que llevaban el zurrón bien alimentado de dineros. Pero no me fue fácil el camino y hube de aprender y experimentar en letras humanas y divinas. Las privaciones, el egoísmo, los engaños, el hambre y la sed, las burlas y la explotación me enseñaron más que a mi padre y aprendí que lo único noble en el loco mundo es vivir a costa de los otros, que así lo ha permitido el universal Padre de todas las criaturas.

Mucho se hablaba en el Arenal y en Sevilla toda del poderío de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda y de su puerto. Sabía que el Guadalquivir me podía traer a esta ciudad y, ansioso, contemplaba los viajeros y mercancías que en el puerto de Sevilla se cargaban. Por el lecho del río subían y bajaban galeones de Indias y discurrían pequeñas barquichuelas de poco calado.

Un día perdióseme mi perro, bueno a decir verdad lo había sido de unos mercaderes que, al partir, se olvidaron de él, o a mejor decir, yo me encargué que de él se olvidaran, al no verlo. Hacía calor, quítame el calor secándome el sudor del rostro, ya que el de dentro quitármelo no podía. Le busqué por toda la ribera del Guadalquivir y nadie atinaba a darme noticias del condenado. Me rodearon, al verme tan inquieto, otros mozos del oficio, que por lo nuevo de sus costales y sus espuertas bien podían ser nuevos en esta plaza. Cuando me hicieron mil preguntas, bien parecía que me acosaban, que no era así; pero es lo cierto que se acercó un mercader que, por lo que se le veía, bien rico y adinerado que debía de ser.

- *En nombre de Dios, ¿qué osáis hacer a este mozuelo?*, dijo el mercader.

- *Nada, señor, sólo le inquiríamos qué buscaba*, le contestaron.

La buena suerte se encendió para mí, pues presto noté cómo el mercader contentóse de mi buena gracia y díjome que, si le quería servir, que él me sacaría de mi pobre oficio. Yo le contesté de inmediato que antes le serviría a él que a un canónigo.

2

Y así llegué a Sanlúcar de Barrameda, sin haber pasado ninguna necesidad y habiendo recibido muy buen trato del mercader, aunque él no lo recibió menos de mí. Tuve que conducirme con toda sagacidad, porque no perdiese en el trayecto su crédito, que era lo que más importaba en este ejercicio. Aunque le había prometido fidelidad y constancia, nada más poner los pies en tierra firme lo abandoné, como me abandonó mi perro en Sevilla. Me despedí de quien hasta aquí me había sustentado, en parte porque él, hechas sus mercaderías en la ciudad, continuaría hacia Flandes, y en parte por otras razones que aquí no manifestaré. Pero antes de abandonarle, le di una profunda herida a su valija, de manera que hábilmente le saqué tres camisas y algunas monedas que no me vendrían nada mal.

Sorprendido quedé de la gran cantidad de vecinos que en la ciudad había, y más sorprendido de los distintos lenguajes, talles, vestidos y facciones. Los había vecinos establecidos definitivamente en la ciudad, pero también mercaderes extranjeros, marineros de otras regiones, mozos de soldada y albarranes.

Poco a poco me fui familiarizando con la ciudad, había una parte antigua que en el tiempo estuvo toda ella rodeada de murallas, pero hoy la ciudad había reventado, y las murallas habían desaparecido por muchos lugares y eran muchos los carriles que de ellas salían para la playa.

Pero sobre todos el arrabal más poblado era el Arrabal de la Ribera; aquí residían los que iban de paso, lo hacían en la calle Ancha de los Mesones; muy cerca, sólo a la espalda de esta calle, que estaba a la orilla de la mar, se encontraba todo el puterío de la ciudad. En este arrabal estaban asentados los flamencos, los bretones y los ingleses. Casi todos dedicados al comercio del vino y a la mercadería de telas, paños, ropa, lienzos, madera y trigo; los flamencos comerciaban unos artículos más raros para mí, al menos yo no los había visto en Sevilla, vendían escribanías, agujas, hilos, cuchillos e incluso hasta imágenes del Niño Jesús.

Como a la miel acuden las moscas, a Sanlúcar habían acudido los frailes. Se veían aquí más que en Sevilla, la ciudad antigua estaba muy apretada de conven-

tos, pero incluso había ya algunos contruidos en el Arrabal de la Ribera. Muchas veces, hallándome yo reglado, parco en el comer y en el beber, acercábame a las puertas de los conventos y allí mendigaba, que el hombre que nadar no sabe en un charco se ahoga, pero el que sabe bien, no se anega ni en la mar. Pronto tan conocido me hice que frailes y beatas me socorrían en mi necesidad. Pero en este mi noble quehacer, otros muchos, no favorecidos, quedaban dados al diablo y maldecían el día que puse los pies en Sanlúcar, de manera que en algún momento tuve querencia de Sevilla.

3

Considerando estaba un día mi estado a las puertas del Convento de Santo Domingo, junto al barrio donde se asentaban los hombres de la mar, cuando acercóse a mí un caballero de elegante vestir y de cortés hablar. Ocupeme de que venía a socorrerme en mi necesidad. Pero se dirigió a mí diciéndome ser uno de los quince hidalgos que en la ciudad eran; que su nombre era Tomás Mallat; que no era natural de la ciudad, sino que a ella había sido atraído por los señores duques que lo habían colmado de beneficios; que era muy aficionado a la caza, por lo que su esposa, María de los Ríos, sentíase, a pesar de tener varios esclavos, en triste soledad; por ello me ofreció entrar a su servicio, si ello me era grato y conveniente.

El buen hidalgo era rico y de acendrada fama en la ciudad, por lo que pensé podríame servir en mis aspiraciones de medrar y abandonar la mendicidad y las escaseces. Pronto sus acciones y las de su esposa me descubrirían estrechez de corazón y de bolsa; y no lo eran por pobres, sino por inclinación natural. Cuando esto descubrí, como luego vendré a contar, ya estaba yo decidido a adentrarme por nuevos caminos.

Fuime con él a su casa, casa de cierto título, en la calle que decía de La Corredera, aunque otros gustaban de llamar de los Caballeros, por los muchos que allí habitaban, al servicio todos ellos de los señores duques.

Como era ya hora de comer y yo tenía juntos el pecho con el espinazo, vino a llevarme a un tinelo donde comían los criados más importantes de la casa, como son gentileshombres y pajes. Llegóse la hora de comer y bien que comí.

Poco a poco la señora María de los Ríos fue aficionándose a mi compañía y a mi persona. Yo no me encontraba a gusto, porque naturalmente soy enemigo de la escaseza, en ello me parezco a la naturaleza que es pródiga en dar, no así la señora

que me controlaba hasta el agua que me bebía. No me era de grata compañía. Era alta y malformada como la fiebre. La cara la tenía picada de agujeritos que indicaban alguna enfermedad sufrida cuando más joven. Al andar, parecíase como si un mueble se desplazare y la única manera de estar bien con ella, hasta su mismo esposo no se pacaba de afirmarlo, era hacer siempre su santa voluntad. Creíase persona importante en la ciudad y a todos miraba con el desprecio natural de quien se cree superior a todos, no sólo a los esclavos y criados, sino hasta a sus iguales. Los criados, a sus espaldas, se reían de ella y hacían chanza de sus ademanes, de su andar y de su manera de hablar, y sobre todo, de sus orígenes. Pronto supe que su padre fue metedor, favoreciendo el contrabando y el fraude monetario cuando la flota llegaba al puerto de Sanlúcar, falsificando las entradas de dinero y mercancías. Era muy tunante con respecto al rey y a los señores de la ciudad, pero no lo era con los particulares que hacían trato con él, por lo cual, mediante una cierta entrega, les garantizaba su dinero en la ciudad donde desearan. Así acumuló el padre de la señora una gran cantidad de riquezas que, muerto de pura avaricia, pasaría luego a su hija con lo que pudo hacer bodas con uno de los hidalgos de la ciudad. Pero vengose la naturaleza que, además de pródigo, es justa, y la hizo seca como un higo, por lo que carecían de hijos. Se aburría la señora; y pronto, como contaré, vine a saber cómo encontraba ella alivio a sus soledades.

Observóseme la señora cierto día que me hallaba a la puerta de su casa platicando con cierto galanete, compañero del oficio pero de buen ver, alto de cuerpo, de razonable talle, de rostro moreno, de cejas arqueadas, de amplia sonrisa, más lleno de hambre, a pesar de su porte, que de hidalguía. Llamóme la señora y recomendóme acompañase al galán a la puerta trasera que la casa poseía por las proximidades de los restos de la Torre de Plateros. Así lo hice, que es de buen sirviente hacer la voluntad de Dios y la de sus amos. Presentóse la señora, invitó a mi compañero a pasar y a mí a que le avisase si volviere mi amo. La acción me libró el entendimiento y vi claro que podía aprovecharme antes de partirme de ella. En la espera me movía como toro desjarretado, maldiciendo mi soledad y a quien me hacía andar sin compañía, pero me consolaba pensando que si en esta vida no me pasaban estas cosas me podían pasar otras peores.

Aficionóse mi señora a estas visitas traseras y a mí a que no le faltare algún galancete que le hiciese compañía en ellas; pero como me aburría en la espera y el señor nunca aparecía, me dediqué a hurtar algún objeto de la casa, donde había muchos y uno menos no se debería de notar. Yo los hurtaba y luego los vendía. Pero como gota a gota se llena un vaso, la señora comenzó a sospechar de mi diligencia, pero, aunque poco dada a generosidades que era, calló, pues en ello le iba seguir recibiendo las visitas que yo le arreglaba.

Pero como no hay bien que cien años dure, llegó a producirse el final de mi aventura. Yo pensaba que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, cuyos únicos fiadores son las manos para prender, la espuerta para transportar, la garganta para vender y la bolsa para guardar los dineros. Pero un día, hallándose la señora en su noble oficio y y en el mío, presentóse inesperadamente el señor que una necesidad lo traía a la casa a destiempo. A mí me cogió como el pan en la boca, por lo que vi que en el arte de robar, con el que se sirve a Dios y a las buenas gentes, no soy muy cursado, pues todavía estoy en el noviciado. Pero como ágil estoy de piernas, de allí salí corriendo y adentréme por el Carril de la Marcha. Lo que fue de la señora no lo sé, pero le pasase lo que le pasase, su habilidad le seguiría presentando ante el marido como esposa fiel y prudente, mujer casta, santa y buena.

4

Iba yo con mis consideraciones, cuando sentí bajar por el empedrado del Carril que llaman de la Marcha a un carretero que llevaba su mercancía a la playa. Viéndome caminar, acompañado una vez más de mi soledad, paró la carreta, y con afabilidad invitóme a que a ella subiese. Yo me alegré mucho, pues así me aligeraba la mala experiencia que había tenido. Yo, aunque me preguntó cómo bajaba por aquel carril de carretas y arrieros, no respondí más de que había errado el camino. Viéndome sólo y desamparado, el buen hombre ofrecióme a trabajar con él, cargando y descargando la carreta, con lo que tendría seguros pan y lecho. Él estaba solo ahora, porque hacía unos días había vendido unos esclavos a unos mercaderes que marchaban a lejanas tierras y necesitaba a alguien que le aliviase en su trabajo. Pronto me acostumbré a la compañía de Luis Fuente, que así se llamaba mi nuevo señor. Con él llevaba a los bueyes a una dehesa de pastos que llamaban de los carreteros y que estaba lindando con el término de la villa de Rota. Transportábamos a la ribera y al puerto botas de vino que embarcaban para ser llevadas a otras tierras. Sólo podíamos transportar una bota en nuestra bajada a la playa por lo que mi señor cobraba veinte maravedises cuando la llevábamos de la ciudad a la playa, pero cuando la transportábamos de la ribera a la playa, cobraba mi señor por cada bota medio real.

La playa estaba llena de un trasiego que me parecía estar en el puerto de Sevilla. Pululaban por doquier mercaderes que se hacían acompañar de sus esclavos, negros y blancos. Abundaban los frailes que, con los más diversos hábitos, limosnaban. Había también hombres de la mar, barqueros, maestros, calafates, marineros, pescadores... Comerciantes y hombres de negocios, con sus ricas vestimentas. Mi amo me fue enseñando cómo no era oro todo lo que relucía y que a veces los más

peligrosos no eran los pícaros, venidos de las almadrabas de los duques o de otros lugares del estado, ni los pobres de solemnidad, cuyo número era muy abundante, ni los esclavos con sus continuas luchas y pependencias, sino los señores, caballeros de gorguera y elegante capa -no sé por qué yo me acordaba de mi supuesto padre-, que practicaban el comercio, el corretaje o los préstamos a interés, aprovechándose de que las circunstancias eran muy propicias para la práctica del contrabando y del incumplimiento de las leyes.

Gustaba mi amo llevarme con él, lo que me daba seguridad, por lo que comencé a ofrecer en mi oficio agudeza y bachillería, y me sentía a gusto con él sin vacilar ni variar de amo con tanta facilidad como hasta ahora. Incluso, rodeado de gente de tan variada calaña, donde había que aguzar el ingenio, con tanta gente de paso, gente de mal vivir, maleantes y esclavos que, fugitivos de Castilla, aquí esperaban el momento idóneo para trasladarse a África, comencé a sentir por primera vez los deseos de una vida honrada y estable. Enseguida, sin embargo, mucho dudaba de que fuese alguna vez esa mi vida.

Tenía mi amo mucha amistad con los carpinteros de ribera, con los toneleros, con los alarifes, con los azacanes, encargados estos últimos del transporte y venta del agua y que eran casi todos franceses. Pero sobre todo tenía muy buenas relaciones con los carreteros, quienes el primer día del año lo nombraban presidente del gremio, para evitar competencias desleales entre ellos.

Esta Sanlúcar me era sumamente grata. Me gustaba contemplar las mercancías que se bajaban de los barcos para el comercio de la ciudad, como toda clase de paños, ropas, tejidos, lienzos, madera, peines, hilos, agujas; y aquellos otros que provenían de las nuevas tierras, como el maíz o la patata. Y también las muchas que de aquí salían para lejanas tierras como las botas cargadas de vino, aceite o incluso agua, los cordeles y otras muchas mercancías como el atún, la carne, la sal o el vinagre. Y grato me era el clima; no hacía aquí ni los calores ni los fríos de Sevilla, sino un clima templado que hacía que aquí encontrasen reposo y se repusieran de tan largos y accidentados viajes los frailes de todos los colores que en los muchos conventos de Sanlúcar se reponían, rodeados de plantaciones, traídas de Indias y que se iban extendiendo por los conventos y por la ciudad, como las chumberas, el pimiento chí, los higuerones de Indias, el ombus y las buganvillas.

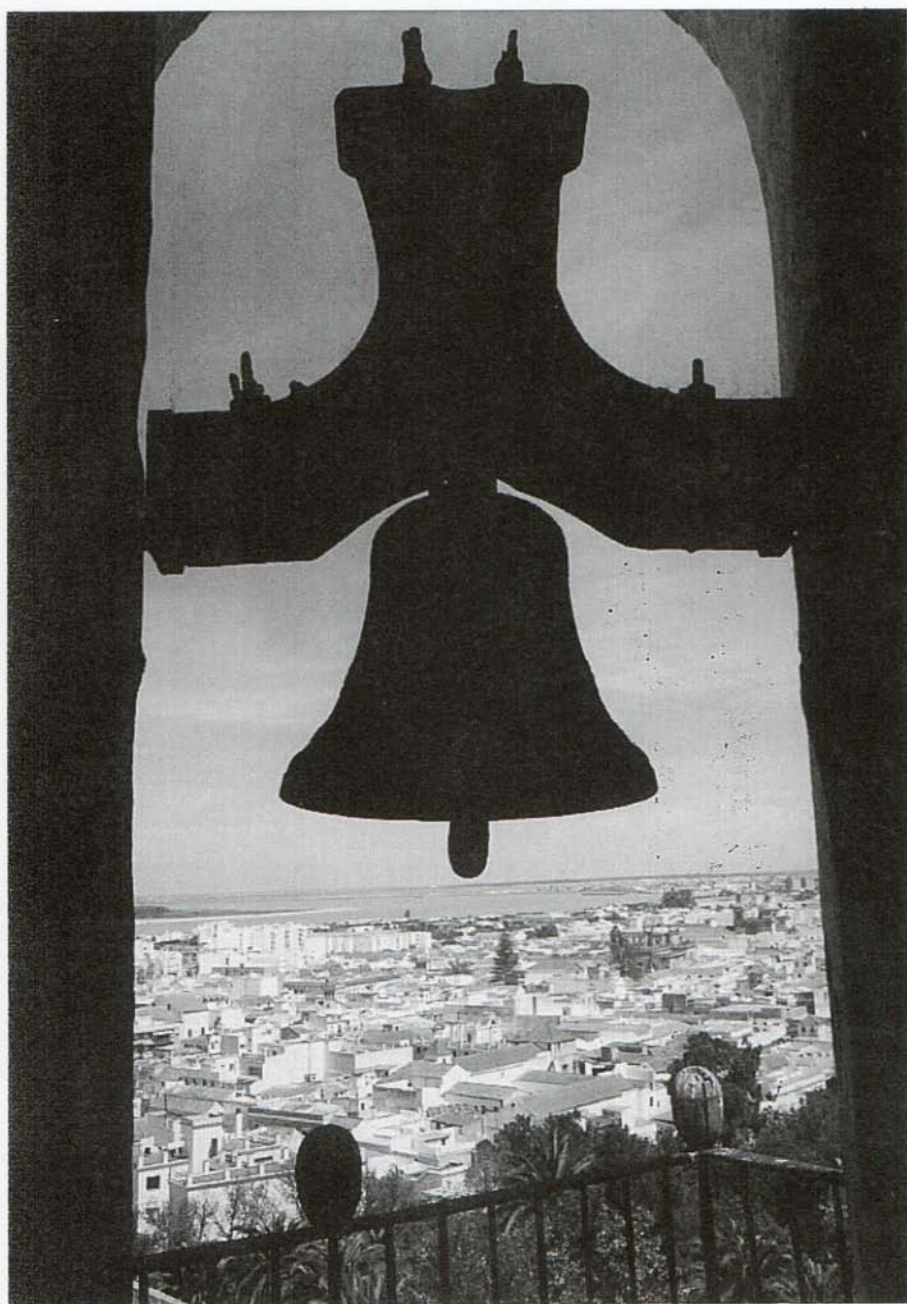
Cuando había terminado mi diario trabajo me gustaba pasearme por el Arrabal de la Ribera y por la playa, en parte porque por allí era difícil encontrarme con mi anterior amo y en parte porque todo aquello me atraía y me hacía vivir lo que había sido mi oficio, que ahora, por mi nueva situación, ejercía menos. Me pasea-

ba contemplando los barcos que había en la playa, las tartanas, las redes, las atarazanas, extendiéndose desde la Puerta de la Mar hasta el Carril de la Fuerza. Y despertaban aún más mi interés cuando, por el puerto de Sanlúcar, aparecían las flotas de descubridores y conquistadores que salían de aquí o de Sevilla, y que aquí venían a tener su última escala, completando dotación y avituallamiento. ¡Creo que algún día me podré alistar en alguna de estas flotas! Más temor me daba aproximarme a la alcaicería, donde se vendían y contrataban las mercancías que traían los extranjeros, y a la aduana, por si aparecer pudiera mi amo, el hidalgo, y no pudiese escapar de él.

Llegó, sin embargo, para mí el día de la desgracia. Amaneció, despertamos, tomamos del pan y del vino, y, cargada nuestra mercancía, a la hora señalada bajábamos por el Carril que dicen de la Marcha. Pero hete aquí que, sin yo ver, fui visto por mi anterior amo, el hidalgo, que sabedor por su esposa de mis hurtos, no de la causa de los mismos, y como era de poco desprendimiento de los suyos, se había jurado perseguirme hasta darme alcance. Y como dicen que la constancia da su fruto, hete aquí que, cuando llegamos a la playa, ya estaba el muy zorro esperándome con el alcalde de la justicia y sus servidores, quienes, a pesar de que yo, al verlos, pretendí salir con más prisa de la que dieron, adivinando lo que me iba a suceder, consiguieron prenderme.

Fui perseguido a causa de la justicia y me introdujeron en esta cárcel en la que ahora me encuentro. No estoy escarmentado, sino cansado, pues mucho antes debíme pasar a Indias, con lo que se habrían terminado mis males.

A quien este relato leyere: Nunca conocí a Bernardo Lope, ni a Tomás Mallat, ni a María de los Ríos, ni a Luis de la Fuente... porque nunca existieron. Soy Fray Juan de Heredia, del convento de Santo Domingo de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, quien he creado estos personajes y esta historia en mi mente, en parte por alejar a los jóvenes mancebos del mundo de la picardía, y en parte por probar que quien anda por malos caminos, peor final tendrá.



“Muchas horas las pasaría mirando el paisaje del mar en la distancia...”.

TIEMPO DE CONJURAS

“Arrepentido de lo que había intentando se postró ante S. M. el día 21 de septiembre de 1641 con sollozos y demostraciones de grande sentimiento, y besándole sus reales manos le pidió perdón, confesando su adhesión a la casa de Braganza y al proyecto de sublevar las Andalucías, no por titularse rey de ellas sino por libertarlas de sus muchos tributos, apartar de S. M. al conde duque y restablecer las cortes y fueros de la Nobleza”.

**(De un manuscrito del archivo ducal de Medinasi-
donia, citado por Antonio Domínguez Ortíz, “His-
toria de Andalucía”, Tomo V, pág. 33)**

1

“¡Triste papel el que me otorgó la vida, fraile intrigante e indiscreto! ¿Qué habría pasado de no entretejerme en la tela de esta historia? Tal vez las calles de Sanlúcar de Barrameda hubieran sido calles de la capital de un reino, Andalucía. No, no pude escapar al destino. La historia de los hombres se teje con hilos que van del pasado al presente y, entremezclados entre ellos, ya están los del futuro. No, no pude; el azar había entremetido mi vida entre la trama y la urdimbre de este asunto.

Las Españas, en otro tiempo prósperas, sufrían ahora una profunda crisis interna. Había sido ambiciosa en sus afanes expansionistas, y se veía ahora incapaz de soportar el colosal esfuerzo de fronteras afuera. ¡Qué nefasta fue la actuación política del ministro Olivares! ¡Cuántas deserciones motivó en un Estado que pretendía fuese omnipotente y burocratizado y que vino a resultar torpe e incapaz!

Su centralismo, sus ataques y gravámenes al estamento nobiliario, su nefasta política produjeron un malestar que se expandía por todas las Españas. El pueblo, que era quien realmente soportaba y sufría las cargas por él impuestas, estaba cada vez más divorciado de la corte y de la monarquía. Los señores, sabedores de que su presión fiscal era más llevadera que la real, se enconan y alzan contra la monarquía,

ante una población diezmada de hombres y de dinero. Todos contra Olivares y su política centralista. Parecía que en las Españas se había desertado de una empresa común y que, producida la ruptura de la unidad moral, los viejos ideales habían sido arrinconados para siempre.

Aquellos nobles todos pretendían en el fondo el poder y la riqueza. Yo no escapé a la tentación de la avaricia. Mi experiencia me abrió al conocimiento de personas muy diversas, a situaciones distintas, a tableros políticos muy complicados, a una tremenda ebullición ideológica con una infinita gama de posiciones.

El rey de Portugal, Juan IV, el marqués de Ayamonte, don Francisco Antonio de Guzmán, atrevido y emprendedor, pariente del duque de Medinasidonia, y que tenía sus estados en la desembocadura del Guadiana, en la frontera de Portugal, lo que le facilitaba la correspondencia secreta con aquella corte; y el duque de Medinasidonia, don Gaspar, comienzan la partida contra el rey de España, Felipe IV. ¡Qué oscuro veo ahora todo aquello! Había un claro descontento del pueblo y la situación económica era muy precaria en los diversos señoríos; el mismo duque de Medinasidonia se vio obligado a disminuir el sueldo a sus empleados en una tercera parte; pero quizás ni el pueblo ni las ciudades tenían clara conciencia de promover un movimiento secesionista. Malestar, sí, pero contra los impuestos abusivos e intolerables.

Pero, aún hoy, cuando han pasado muchos años, sigo sin tener claro si el duque fue uno más a jugar o si fue manejado por su primo, ansioso de acrecentar fortuna y poder, y por su cuñado, que estaba interesado en debilitar a la España; lo que sí es cierto es que se sintió galopando hacia la conspiración secesionista en aras de la tranquilidad del nuevo reino vecino y de la ambición personal.

El marqués de Ayamonte, con su trasiego de noticias, encendió la mecha; informó al duque de Medinasidonia de la conspiración descubierta en Portugal que, encabezada por el de Olivares, intentaba asesinar a la familia real. ¡Qué hábil zorro fue! Sembró luego en su primo una negra inquietud, afirmándole que el conde duque pretendía arrebatarle a él y a sus descendientes en el Señorío de Sanlúcar de Barrameda la capitanía General de Andalucía.

La mente de don Gaspar se ennegreció. Intrigado, no sé si sentía un negro presentimiento, o acaso una punzada en su corazón. Muchas horas las pasaría mirando el paisaje del mar en la distancia o el trasiego de la Plaza Pública, dejando pasar perezosamente el tiempo. Pero en su interior, un sol, resplandeciente, como el que brillaba fuertemente al amanecer y al atardecer donde el azulado espejo de la mar

sanluqueña iba caldeando su innata vanidad, su orgullo de noble, su envidia por el rápido y fácil ascenso de su cuñado y se contemplaba ya deslumbrante con el esplendor de la corona real. Acariciaba estos deseos, perdiendo su mirada ante las copas redondas de verdor perenne de los pinos del coto. Además, un golpe de fortuna podría aliviar grandemente sus depauperadas arcas ducales, motivado por las cuantiosas pérdidas en los pleitos que le había acarreado la Real Hacienda con motivo de las salinas y alcabalas de Jimena y Vejer, porque su intervención militar con motivo de la rebelión de Évora la había tenido que pagar de su cuenta, y por la alarmante disminución de rentas producida por los muchos jóvenes que habían tenido que tomar las armas.

Don Luis Castilla, hombre de Medinasidonia, iba y venía de Ayamonte cargado de secretos y sugerentes acciones. ¡Todo parecía tan fácil! El rey de España estaba arruinado, el pueblo -amigo de novedades- padecía duramente las levas, la carestía, las manipulaciones de la moneda y la inflación. Don Gaspar debía ganarse a los gobernadores de plazas bajo su mando, colocar hombres de confianza en los puntos estratégicos, apoderarse de la Flota de América cuando arribase, y luego, por el Guadalquivir, llegaría hasta Sevilla. Los Braganza le apoyarían enviando una escuadra a Cádiz con tropas de desembarco. Incluso le llegaron a insinuar que contaban con el apoyo de Sor María de Jesús de Ágreda.

Nuevos negros buitres comenzaron a desplegarse, una vez más, alrededor de la figura de Sor María. ¿Y ella? Ella seguía en la luz y en el calor de su Ágreda natal, ajena a los sentimientos encontrados que levantaba, como los poemas teológicos que brotaban de sus manos y que tantos problemas le trajeron, aún viva y cuando estaba ya en la eternidad gozosa. Sor María, bella y pura, envidiada de todos, mientras contemplaban aquella luz que de ella les venía. ¡Qué gran mujer! ¡Qué gran santa! Mujer y santa en una época en la que ambas aspiraciones difíciles eran de realizar. Lo uno, porque la mujer estaba muy mal considerada como supuesta culpable de todos los males. Lo otro, porque la Inquisición, como buitre carroñero, se lanzaba sin dudar ante cualquier atisbo de santidad.

¡Cómo confió en ella el monarca! Un rey, desesperado ante tantas guerras, tanta bancarrota, tantos días tristes, tanta soledad y además patológicamente religioso, encontró en la dama azul de las llanuras bálsamo para sus problemas de conciencia y orientación para su actividad política. Ella fue su directora espiritual y la directora de sus presupuestos políticos. Llena de un amor de Dios que le arrebató y perfectamente informada de la situación de la corte por su amigo Francisco de Borja, puso su profunda espiritualidad y su clara inteligencia -entonces la inteligencia en la mujer se consideraba un milagro- al servicio del monarca. Aconsejaba al

rey no tuviese valido, influida por la nobleza aragonesa, recurriendo incluso a la figura entrañable del hijo del monarca Baltasar Carlos, idolatrado por el rey. Asimismo le impulsaba a que respetase el equilibrio entre los reinos autónomos de la monarquía, pues el intento de ruptura de ese equilibrio traería graves conflictos y crisis insalvables para las Españas.

Sabía ella que grupos de interés pretendían atacar la política del rey y sus olas, con suaves susurros, arribaron a veces a la orilla de su convento, pero siempre se mantuvo al margen y supo guardar constante fidelidad al rey. ¡Cómo pude creer semejante patraña, clavada en mi conducta, junto con mis miedos, mis arrepentimientos y mi terrores! ¡Qué claro lo veo hoy en mi ancianidad, qué oscuro en mi mocedad, ansioso de poder y vanidades del mundo!

El duque, recibidas las noticias del marqués de Ayamonte, se entusiasma. Sus años de penurias le habían enseñado a amar la avaricia como única manera de disfrutar del poder. De la misma manera que el de Braganza se apoderó de la corona de Portugal, él se proclamaría rey de Andalucía. Asiente y manda mensajeros al marqués confirmándole su participación.

2

¿Por qué deambulo hoy por mis recuerdos? ¿Pretendo pagar una culpa que me trasciende? Es verdad, mi intervención en este asunto no fue afortunada. Mi indiscreción y orgullo llevaron a la conspiración al fracaso, pero en aquel momento sólo me interesaba el papel de hombre importante que yo mismo me otorgué. Tras la humildad del claustro, me deslumbró el oropel del mundo. Olvidé la discreción pedida por el marqués de Ayamonte que me enviaba al rey de Portugal con noticias, ya que él no quería cruzar la frontera por si era reconocido por algún espía de España, y consideraba que yo no infundiría recelos por mi hábito franciscano. Mis palabras fáciles e insensatas fueron causas de su silencio eterno.

Llegué a Portugal por Castro Marín, con el pretexto de rescatar a un español prisionero. ¡Ojo con los espías del rey de España! Allí sí había triunfado la secesión y era el espejo en el que nos mirábamos. Los reyes Felipe II y Felipe III habían cuidado con mimo de estas tierras, pero con posterioridad, el centralismo de Olivares, los crecientes agobios tributarios y las continuas guerras produjeron en los portugueses sensación de descontento y un profundo sentimiento de desengaño. Aquí el pueblo sí fue protagonista. Se escucharon por doquier los ¡vivas a Juan IV! y los ¡abajo los impuestos! La actitud del pueblo y la instalación de su esposa, doña Luis

de Guzmán, hermana de don Gaspar, hicieron que el duque de Braganza, cabeza del partido independentista, tornase la fidelidad a su rey, que le había confiado todas las tropas de Portugal, por la aceptación de la corona. A las tres horas la capital estaba en poder de los sublevados, y a los pocos días todo Portugal, sin ningún tipo de excepciones.

Yo suspiraba, pavoneándome, pensando que mi misión era la de colaborar para que lo mismo aconteciese en Andalucía. No había peligro, ante la corte yo iba a rescatar a un prisionero español. El rey además, informado de todo, para levantar aún menos sospechas, me arrestó y trasladó a la cárcel de Lisboa, acusado de espía para ser interrogado por los ministros. Posteriormente no sólo me concedió la libertad, sino que me autorizó a ir a la corte para hacer gestiones de rescatar al prisionero. Con ello, seguiría contactando con los ministros sin producir ningún tipo de alarma en los espías.

Hasta aquí todo se desarrolló en absoluto silencio y discreción, pero, como en la fábula en la que la zorra halaga al cuervo hasta que éste suelta la comida, así me vi halagado y lisonjeado por Sancho, hombre de confianza de don Gaspar, tesorero del ejército español antes de la sublevación y prisionero tras la guerra de Portugal. Instigado por él, intercedí por su persona ante el rey de Portugal quien le concedió la libertad, libertad que yo en persona fui a comunicarle a la cárcel. Le ofrecí salir para Madrid con el pasaporte de los criados de la duquesa de Mantua, pero no lo aceptó, alegando que temía que le iban a pedir cuantas de su administración, y que no las podría rendir, porque la caja fue saqueada por la revolución y no le habían dejado los libros de cuenta. Sutilmente me hizo creer su miedo de terminar también en la cárcel en cuanto llegase a la corte de España. Se desvivía en deseos de volver junto al duque de Medinasidonia. Lo retuve algún tiempo conmigo para ver si era de fiar, y lo consideré entonces instrumento adecuado para contactar con el marqués.

Le hice partícipe del secreto y de cómo él incluido, si aceptaba entrar en el proyecto, sacaría de ello grandes ganancias. Le dije que ya veía mi hábito franciscano tornado por las elegantes ropas de cardenal, pues el rey de Portugal me había prometido un obispado. La sensación de poder de aquellos momentos no era comparable a nada de lo vivido. Estaba henchido de grandezas. Me ahogaba de gozo disfrutando de la confianza de tan grandes señores, para asombro de algunos y envidia de todos. Me movía por las más nobles estancias como por mi propia casa. Para los frailes ambiciosos esto era más envidiable que celebrar la primera procesión del Corpus restaurado o predicar en la noble ciudad de Sevilla. ¡Qué gran experiencia de personas y situaciones complejíssimas! ¡Qué contrastes entre los inalcazables ideales soña-

dos y las posibilidades concretas! ¡Qué desamparo el de la rectitud y la conciencia en la maraña de intereses, grupos, tensiones, contradicciones! ¡Qué lecciones de fortaleza y convicción en las aspiraciones de tan grandes señores!

¡Una conspiración en Sanlúcar y otras partes de Andalucía para hacer rey al duque de Medinasidonia, don Gaspar! Sancho, cómplice ya, debía partir con noticias hacia Ayamonte y Sanlúcar; pero el palomo mensajero cambió el rumbo, tal vez la codicia de una mayor recompensa le llevó a la corte del rey de España. Pidió audiencia al conde duque, avasallador y ambicioso, aunque culto y voluntarioso, pero culpable de todos los males de las Españas. Le entregó mis cartas. Llegaron al rey. Montó en cólera. Las mandó analizar por unos consejeros. ¡Pobre Sancho! ¡Otro que fracasó! El conde duque lo aprisionó en su misma casa para que no pudiese hablar con nadie.

Nuestra suerte estaba echada. El marqués de Ayamonte fue conducido a Madrid y ejecutado secretamente en Segovia. El duque de Medinasidonia, recibido el perdón del monarca y tras nuevas intentonas, fue desterrado. Murió lejos del mar sanluqueño. Sanlúcar, bajo el peso de otra corona, hundió su cabeza para no levantarla más en muchos años. Sanlúcar lloraba, con una pena grande que se hacía cante del pueblo, la pérdida de lo que fue.

¡Triste papel el que me otorgó la vida! La lucha que sostuve conoció horas de angustia. Sólo me quedaba ya la añoranza de la tierra, de la hogaza blanca y de las uvas de septiembre, saboreadas en paz y sosiego”.

La tarde había ido ensombreciéndose y la luz del atardecer rasgaba las nubes en estrías sangrientas. Frente a su ventana, tras las copas empinadas de unos cipreses, traslucía una piedra de masa oscura y ennegrecida. Aparecían la tierra oscura y el cielo pálido, donde comenzaban ya a brillar algunas estrellas, cuando un fraile lego abre la puerta chirriante de la celda, portando una bandeja con la comida del anciano fraile, ya casi paralítico. Fray Nicolás de Velasco, ausente, con el pensamiento colocado en otras lejanas horas, repetía espasmódicamente:

“¡Triste papel el que me otorgó la vida!

¡Triste papel...!

¡Triste...!”



“La infancia de José Martínez discurrió por el Barrio Alto, la zona más antigua de la ciudad...”

SURTIDORES DE SUEÑOS

*“Moneda que está en la mano
quizá se deba guardar;
la monedita del alma
se pierde si no se da”.*

Antonio Machado

*Este niño tiene sueño,
muy pronto se va a dormir,
tiene un ojito cerrado
y el otro a medio abrir.*

Toda ternura, la madre iba cantando una nana a su niño, un pequeño niño rubito de claros ojos verdes. Su rubia cabellera acariciaba la cara del niño, que adormilado, tenía un mechón del pelo de su madre entre sus deditos.

*Duérmete, niño chiquito,
que no tu madre no está aquí,
que está lavando pañales
y luego ha de venir.*

Un tenue rayo de luz entraba por la ventana de la modesta vivienda de la calle de Gabriel Gómez, muy cerca de la Plaza de San Miguel. El rayo de luz da más encanto al blanco rostro del niño y transformaba en puro oro la cabellera de su madre.

*Durmiendo está ya mi niño
en su pequeña cunita,
no me canso de mirarle
a su preciosa carita.*

La presente historia es la de una de tantas parejas de la Sanlúcar de Barrameda de fines del siglo XVIII. Pero es una historia que antes y después, hasta la más inmediata actualidad, se ha podido repetir miles de veces. Pero, vayamos a la narración de los hechos.

1

José Martínez era un joven de talla regular y de facciones agraciadas. Era su rostro de líneas puras. Tenía ojos pensativos. Sus labios, gruesos y amplios, daban paso a unos dientes blancos y bien organizados. Tenía una constante risa que, por una parte le daba un tono un tanto pícaro, pero por otra no era más que una respuesta a su innata timidez. Toda su personalidad le hacía sumamente grato para quienes le trataban.

Desde que nació había vivido en la calle de Gabriel Gómez. Era modesta su familia. Él era el mayor de cuatro hermanos. Su padre, que había pasado por diversos oficios, se dedicaba ahora, como bracero, al trabajo en las viñas de un rico hacendado de la sociedad sanluqueña. Trabajaba a jornal, pero no era ello óbice para que fuese un trabajador laborioso y hábil; tanto que un comerciante extranjero le había propuesto que se dedicase, él por su cuenta, al cultivo de viñedos de arenas en el cinturón costero de la ciudad, ofreciéndose el comerciante extranjero a efectuarle anticipaciones de dinero a cuenta de la cosecha, para que lo pudiese realizar. Él no lo aceptó. Se sentía seguro en su trabajo de jornalero, aunque sabía que los beneficios iban a parar a manos de unos propietarios acomodados, que controlaban las ricas tierras de albariza, que él cultivaba y que eran la base de una industria vinícola de cierta envergadura. Era bracero, pero tenía trabajo y su familia pan. Era un buen hombre, y ello se dejaba traslucir en el clima de serena paz y natural felicidad en el que se iban criando sus hijos.

La infancia de José Martínez discurrió por el barrio alto, la zona más antigua de la ciudad, de calles desiguales y algunas sin salida, en contraste con el barrio bajo, cuyas calles eran más amplias y modernas, pero a donde José se acercaba en escasísimas ocasiones. Sus juegos infantiles tenían su entorno en su calle, en las proximidades de la Plaza de San Miguel, y en el arrabal que se había ido creando en torno a la llamada Puerta de Jerez.

Cuando él aprendía las primeras letras con una maestra de miga, que tenía su miga en la Plaza de San Miguel, José estaba bien ajeno a la situación que vivía en aquellos momentos Sanlúcar de Barrameda. Era una ciudad amodorrada y decadente.

te. Había tenido una excelente grandeza tiempos atrás, tenía una brillante historia, que se perdía en la lejanía de los tiempos, pero hoy aparecía agazapada a las sombras de sus recuerdos de un pasado glorioso. Él no sabía que esta situación y el adormecimiento que producía el consumo diario del vinillo de la tierra engendraba una típica y muy sanluqueña desidia en algunos sectores de la ciudad. Pero por la nación toda, y por fuera de ella, corrían desde muchos años atrás aires reformistas. También en Sanlúcar de Barrameda la élite de la sociedad local, y me refiero a la élite de la religión, de la economía y de la cultura -a veces las tres realidades se daban en las mismas personas-, se había comenzado a preocupar por los problemas que detectaban en la ciudad, y comenzaron a elaborar propuestas encaminadas a solucionarlos: perfeccionar las vías de comunicación -que eran primitivas-, eliminar las muchas injusticias sociales existentes, volver a potenciar el desarrollo del comercio y de la navegación, disminuir el número de conventos -era un lujo que una ciudad empobrecida no se podía permitir-, desterrar el ocio y la vagancia de muchos braceros, reprimir el lujo desenfrenado -esto era una auténtica epidemia en la Sanlúcar de la época-, y potenciar la construcción del muro de las salinas que, además de agregar recursos a la ciudad, crearía gran cantidad de puestos de trabajo.

Todo esto pensaba aquellos sesudos señores ilustrados. Se vanagloriaban en su mundo utópico, pensando y hablando más de lo que hacían, mientras que José Martínez se adentraba en otro mundo, el de la miga y el de sus juegos.

Pronto creció y su cuerpo infantil dio paso a un agraciado y agradable joven. Tenía que empezar a trabajar en algo. Su padre le proponía que fuese bracero como él. Él, sin embargo, soñaba con embarcarse en el puerto de Bonanza en algún barco que le portase a lejanas tierras. Sueños juveniles de a quien acababa de encendérsele la vela de la vida. Fue lo cierto que, hablando su padre con el propietario de la viña en la que trabajaba sobre su hijo, el propietario le propuso que José podría trabajar en la Plaza de Abastos, recién construída en la subida de la calle Bretones, en una carnicería de su propiedad. Y allí se encontró José Martínez vendiendo carne, tocino, caza, despojos de tripería... a los vecinos que allí se acercaban.

La Plaza de Abastos era de planta cuadrangular; tenía en tres de sus lados arcadas cubiertas, donde se encontraban los puestos, en los que se vendían toda clase de productos propios de una plaza de abastos. Tenía también un pabellón central con tiendas a ambos lados. Se accedía a la Plaza de Abastos por tres puertas: una que daba a la calle Bretones; otra, a la calle Trascuesta; y otra, que era la principal y por la que entraba José, que daba a la plaza que había entre el edificio y la muralla del jardín, al pie de la Cuesta de Belén, donde antiguamente estaba ubicada la calle Jardines, que comunicaba la Cuesta de Belén con la Trascuesta.

José no trabajaba todos los días, porque no siempre había carne que vender; esta escaseaba, dada la situación precaria de la ganadería en una ciudad con un término municipal tan pequeño, del que además una parte era playa y otra marismas. Era por ello por lo que a veces debían esperar durante varios días que trajesen carne de algunos de los pueblos próximos.

El trabajo, la edad y los amigos, hicieron que el mundo de José, anteriormente reducido a una parte del Barrio Alto, se ampliase ahora mucho más. Gustaba de pasear solo o con sus amigos, llegando hasta el bello paseo del Pino, que había sido levantado por un particular y que recibía dicho nombre de un gran pino que allí había y que la tradición recogía que lo había plantado San Diego. Otras veces llegaba hasta la playa, encaminándose a ella por la Calzada, o por la Calzada del Chorrillo o por la de la Pescadería. Gustaba de beber agua en las Fuentes de las Minas, del Palomar o del Pozo Amarguillo y pasear por el Prado de San Sebastián, por donde tímidamente miraba a las hijas de los braceros que no por su condición social dejaban de emperijilarse todo lo que podían.

Cuando más disfrutaba José Martínez es cuando llegaban las fiestas de agosto. Estas se celebraban desde hacía unos años en la Plaza Principal. En ella se colocaban una serie de casetas, en la que se vendían frutas, dulces y juguetes, acompañado todo ello durante todo el tiempo que duraban las fiestas, de música militar, mientras por la Plaza coqueteaban las señoras de los más adinerados y también las de los propios braceros y las de otros trabajadores, adornadas con sumo lujo y elegancia, aunque ciertamente que las más adineradas alardeaban más de su opulencia, y la de los más pobres emulaban a las de los más ricos.

Así se desarrollaba la vida del bueno de José Martínez. Ya en sus veinte años flotaba la ansiedad de la silueta femenina, llenando de brisas lo recóndito de sus entrañas. Su mundo fantástico se llenaba de deseos apasionados e impacientes y, cuando se dormía, los blancos deseos se iban perdiendo en la profunda inmensidad del mar de los sueños.

2

Una niña famélica, sucia y harapienta, deambulaba como perro sin amo por las calles de Sanlúcar de Barrameda. La calle no era para ella lugar de tránsito, sino de estancia. La luna y las estrellas eran a veces su techo. La calle era su hogar, como para otros niños marginados. Más sucia y harapienta parecía aún cuando aquellas estaban engalanadas para las fiestas. Las calles eran para ella de colores grises y

oscuros, aunque se viese a veces el sol; techo de cloacas; casas, esquinas y grandes edificios, que son memoria de ayeres, de los que ella nada entiende; espacios de espera de lo que no se sabe qué se espera. Pero estas calles había aprendido ella a moverse, viviendo en el desprecio, abandono y riesgo más absoluto. Por las calles deambulaba siempre su corazón solitario, sus pies descalzos y su estómago frío y vacío.

María Pérez, que así se llamaba la niña, era una pequeña de sucios y desgreñados pelos rubios, con unos ojos verdes y claros, que aparecían hundidos y llameantes por la necesidad. Lo poco que hablaba lo hacía con un ceceo acentuadísimo. Sus padres eran pobres de solemnidad, el estrato social más bajo de la estructura poblacional sanluqueña; ello le había hecho vivir en una constante situación de miseria física, moral y humana. No ha mucho que María Pérez había padecido de tabardillo, una fiebre grave y contagiosa que se propagaba por medio de los piojos. La caridad de alguno había librado a la pobre niña de una muerte casi segura.

Un día, de pronto, cambió su estrella. Unas virtuosas señoras se presentaron en la casucha de María Pérez y propusieron a sus padres recoger a la niña, junto con otras de su mismo estado -habíase contabilizado en Sanlúcar de Barrameda unas setenta-, en una casa que acababa de abrirse en la localidad, para niñas huérfanas y desamparadas. Se resistían los padres a dejarla, pensando que podían perderla, sin darse cuenta que ya la tenían suficientemente perdida y la perderían del todo, si seguía en ese vagabundeo en el que estaba inmersa en la actualidad. Las caritativas señoras les convencieron, alegando que no se trataba de un colegio cualquiera, sino de la Real Casa Hospicio de Educación de Nuestra Señora de la Concepción. Que la casa se había levantado en una parte del local que había tenido los jesuitas como convento antes de que fuesen expulsados. Que habían gastado 17.000 reales en reparaciones y adcentamiento del local. Y terminaron de convencerlos cuando le dijeron que serían muchas las personas que se iban a ocupar de educar a su hija y de hacerla una mujer de provecho. De la instrucción de ella, así como de la de las demás niñas, se encargarían un grupo de maestras, una rectora -mujer virtuosa y soltera- y un sacerdote, que era el director del Hospicio.

La vida de María Pérez cambió radicalmente. Su aspecto exterior denotaba una gran transformación; limpia, bien vestida y más gordita, empezó enseguida a exteriorizar le bella chiquilla que era, a pesar de la miseria pasada. Pero aún más cambió su aspecto interior; allí no sólo se la había socorrido materialmente, sino que, poco a poco, fue haciéndose, en el contacto con las demás niñas, tremendamente sociable y risueña. Era bromista y aprendió a buscar siempre el lado bueno

de las cosas. A pesar de todo, lo dicho no quiere significar que su vida transcurriese por unos derroteros fáciles. En el Hospicio estaban completamente reclusas, no sólo no salían a la calle nunca, sino que incluso los víveres eran introducidos en el Hospicio a través de un torno; y allí se la sometía a una labor incesante, bien lejos del ocio y del inactivismo en el que anteriormente había estado inmersa.

Pasaron los años. María Pérez había sido instruida por aquellas maestras como una mujer cristiana. Las labores propias de su sexo no guardaban ya ningún secreto para ella, todas las había aprendido allí, de manera que la rubia y bella muchachita se sentía aficionada al trabajo casero. El Hospicio había cumplido en ella sus objetivos. Era toda una mujer y sólo quedaba la espera de saber qué sería de ella cuando, ya instruída, volviese nuevamente a la calle. Ya ella había visto cómo algunas de sus compañeras habían salido colocadas en el servicio de alguna familia adinerada de la localidad y alguna otra gozado había de otra suerte, la de abandonar el Hospicio para casarse.

- A mí me gusta ser como soy y estar como estoy -dijo-, y me da cierto miedo ver qué me voy a encontrar fuera.

- También las piedras quieren ser piedras para siempre -pensó- y durante siglos lo son, pero terminan por deshacese en polvo. Aquí he aprendido muchas cosas, pero algo en mi interior me dice que mi vida está reclamando ya estar fuera de estas paredes.

María silenciosamente se encerraba en estas reflexiones, se acariciaba la rubia cabellera y sonreía. Con los ojos bajos, fijos a veces en las plantas de las que abundaba el Hospicio, se quedaba escuchándose en sus pensamientos y reflexiones. Pasaban los instantes y sus susurrantes deseos se mecían en el azul de su alma, mientras la noche se derramaba en sangre de luz en el firmamento sanluqueño.

3

Manuel Vázquez era un adinerado sanluqueño, cuyos antepasados, desde hacía muchos años, se habían enriquecido con su dedicación al comercio con toda clase de comerciantes extranjeros. Sobre todo sus antepasados se habían dedicado al comercio del vino, a exportar botas de vino desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda a los más diversos lugares. Hoy, Manuel Vázquez era regidor del Cabildo sanluqueño, poseía amplias extensiones de viñedos, en los que trabajaba el padre de José Martínez, y era también propietario de la carnicería en la que José se ganaba la vida.

Era Manuel Vázquez también, y apoyado en su saneada situación económica, de la élite culta e ilustrada de la sociedad sanluqueña. Era socio, casi desde sus orígenes, de la Real Sociedad Económica de los Amigos del País, de Sanlúcar de Barrameda. Allí se codeaba con lo más selecto de la sociedad, y desde allí había colaborado con las realizaciones que la Sociedad había llevado a efecto. Habían promocionado diversos certámenes culturales, habían creado una escuela Náutica, habían trasladado desde Inglaterra un ingenio de madera con que ahechar el trigo, habían plantado moreras, habían promocionado la creación de escuelas gratuitas, e incluso habían llegado a vestirse de géneros de algodón y lana tejidos en la fábrica de la ciudad. Todo lo que pretendiese la enseñanza, la beneficencia o la prosperidad del país tenía excelente acogida en la Sociedad, fieles a su lema: *"AL TRABAJO SIGUE EL PREMIO"*.

Era, sobre todo, Manuel Vázquez muy amigo del padre Bartolomé Rodríguez, un culto clérigo, catedrático de latín; y de los tres hijos de Antonio María Delgado, quien había casado en Las Cabezas de San Juan con doña Josefa de Zuleta, y que afincados en Sanlúcar de Barrameda, estaban dedicados al comercio bodeguero. El padre Bartolomé Rodríguez, asiduo en la Casa Hospicio, le habló a Manuel Vázquez de cómo había una chica muy guapa, que llevaba ya varios años en el Hospicio, y que se encontraba en edad casamentera. Manuel Vázquez pensó de inmediato en José Martínez. Tal como lo pensó, se lo dijo a su padre. La boda quedó concertada. El padre Bartolomé Rodríguez fue quien se encargó de los informes de María Pérez y Manuel Vázquez de los de José Martínez.

Quiso el padre Bartolomé officiar la boda. Fue en ese momento cuando José y María se conocieron. Una mirada complaciente recorrió el cuerpo de María, era la mirada tímida de José. Una leve sonrisa acompañó el mirar de María, cuando se sintió contemplada. Se vieron transformados, de la noche a la mañana, los dos en una sola carne, sin conocerse previamente, sin amarse aún, sin saber tan siquiera si se amarían, pues su boda había sido decidida, organizada y pactada por otros.

Pero sucede que belleza y belleza se atraen, que juventud y juventud se abrazan, y que bondad y bondad se sienten imantadas. Y así María y José de las miradas pasaron a los abrazos, de los abrazos al sexo, del sexo a las palabras, de las palabras al conocimiento, del conocimiento a la ternura y de la ternura al amor.

Porque el amor es siempre el mismo, siempre actúa de la misma manera, aunque sus actores sean distintos. Atrás quedaban los recuerdos adormilados, petrificados, y el tiempo y el amor los van aniquilando. Habían sido sustituidos por una bella realidad, la de sus imaginaciones y deseos actuales, que les hacían mirar hacia ade-

lante fascinados, creyéndose inmortales en su juventud, en su bondad y en su hermosura.

Pasó un año del día enigmático de la boda de María y José. Un año en que disfrutaron de la fuente de la vida y se alejaron de los fangos de sus sombras pasadas. Un año de muchas noches de amor contemplando la inseparable luna por la ventana. Un año en que las torres se fundían con la niebla cálida. Un año en que abrieron sus puertas al lucero que les venía.

José está en la carnicería. María seguía cantando su nana a su bello hijo:

*Durmiendo está ya mi niño
en su pequeña cunita,
no me canso de mirarle
a su preciosa carita.*



“En la calle de Las Descalzas, frente a un convento de monjas, vivió Pepita”.

DON MANUEL

*“La muerte es el remedio de todos los males;
pero no debemos echar mano de este
hasta última hora”.*

Molière

Atrás quedó la bella ciudad ilusionada, varada en la inercia azul del cielo reflejada en el inmenso mar y en el juvenil río; atrás quedaron las horas de un tan largo viaje, impregnadas de silencio, soledad y cansancio; atrás, la pasión curiosa de mis veinte años, llena de curiosidad, una curiosidad que me azotaba la mente y las ingles hasta el amanecer. Y aquí me encuentro ahora en este París inmenso en busca de una formación, de una europeización, de una obligación en suma que la verdad es que me agujerea por dentro.

Ha sido mi padre, un sanluqueño perteneciente a la burguesía mercantil bodeguera y que, muy aferrado a los presupuestos de la formación que da salir de España y adentrarse en Europa, es fiel seguidor del liberalismo económico y me ha exigido prácticamente que yo abandonase mi amodorrada paz en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda. ¡Cómo la recuerdo y la echo de menos! Llegué a París en busca de un perfeccionamiento en la educación que allá en mi tierra he recibido. Mi padre lo valora como esencial para poder seguir con éxito su trayectoria productiva y comercial.

París es muy grande y se me presenta como un inmenso mar en el que hay excesiva agua para nadar en él. Me observo a diario deambulando por sus calles, con mi cabellera revuelta sobre mis inquisidores ojos, como una mezcla de vagancia, curiosidad y un poco de rebeldía.

Me instalé, al llegar a París, en el número 10 de la calle de la Michodière, rodeado de grandes bulevares y de los jardines del Palacio Real. Es una zona muy pateada, siempre llena de elegantes damas y apuestos caballeros, que parecen no tener

otra ocupación que la de pasear y lucir sus galas. Me gusta perderme en esa galería de personajes y observarlos.

Ha tiempo que llamó mi atención un personaje que veía casi siempre a diario, a veces -las más- sólo; y otras, acompañado de otro caballero -luego supe que su nombre era el de lord Holland y que a la sazón era el único amigo de mi personaje-. Le observaba caminar con aire altanero, solemne, y no sé por qué enseguida surgió en mí la curiosidad por su persona. En su rostro aparecían algunas arrugas, tenía la boca grande, una nariz larga y ancha, unos ojos pardos, una cabellera espesa y plateada, unas anchas espaldas. Era además de un pulcro y elegante vestir.

Le observaba paseando a diario por el Palacio Real y por los inmensos jardines de las Tullerías. Poco a poco fui sabiendo de él. Todo el mundo le conocía por don Manuel. Le trataban con respeto. Algunos le consideraban un antiguo actor, que mataba el gusanillo artístico del ayer, asistiendo a las representaciones de teatro del Palacio Real y a las del teatro "La Maison de Molière". Yo, sin embargo, creía observar en sus ojos una inmensa tristeza y, no sé por qué, me lo imaginaba inmerso en una negra soledad. ¿Quién era este mayestático y misterioso personaje?

Hablando un día con un vendedor ambulante, descubrí que don Manuel era de origen español y que vivía solo en el cuarto piso del número 20 de una casa de la Rue de la Michodière, la misma calle en la que vivía yo. Encontré así la oportunidad de poder entrar en contacto con él. Sospechaba que algo importante tenía que haber detrás de aquella ya larga existencia.

Un día le encontré por su paseo habitual, sólo; iba con unos gruesos volúmenes en las manos. Me acerqué a él. Me ofrecí a llevárselos. Al principio se resistió. Un cierto brillo, apareció, sin embargo, en sus profundos ojos, cuando descubrió mi origen español. Los dos éramos españoles. Los dos estábamos solos en París. Ya teníamos mucho en común. Llegados a su casa, le porté los volúmenes hasta el cuarto piso, me hizo pasar a su vivienda y me pidió le contara qué hacía en París. Le hablé de los afanes de mi padre de que completase en esta capital mi instrucción.

Le encontré por sus paseos otras veces. Cuando le encontraba solo le acompañaba; pero siempre le encontraba un tanto reacio a hablarme de él, no saciando así mi insana curiosidad. Pero de tanto acompañarle, surgió en aquel caballero de más de ochenta años confianza hacia este joven imberbe; y poco a poco fue descubriéndome su mundo interior y su rica historia personal. Yo, a medida que lo iba conociendo, quedaba deslumbrado. Era su existencia propia de una novela increíble.

Supé que, contando sólo 17 años, dejó su Extremadura natal y siguiendo los pasos de su hermano, se marchó a la corte, donde se hizo guardia de corps. Quedé sorprendido con su rapidísima carrera, pues contando sólo veinticinco años -¡sólo cinco más que yo, joven imberbe!- ya era primer ministro de España.

- Sí, Francisco, -me dijo un día-. *Lo tuve todo, todo lo que un hombre puede ambicionar en esta tierra, y todo lo perdí. Ascendí rápido, pero rápido fue también mi descenso, y con el mío, el de aquellos que me elevaron, el de mis reyes. Ellos me colmaron de poder y de títulos. Fui Príncipe de la Paz, Conde de Évora de Monte, Duque de Sueca, Duque de Alcudia, Gran Almirante de España y de las Indias, Caballero del Toisón de Oro, Grande de España, Consejero de Estado, Teniente General de los Ejércitos, Ayudante General de la Guardia de Corps, Mariscal de Campo, Caballero de la Orden de Santiago, Gran Cruz de la Real Orden de Carlos III, Secretario de Despacho... y no sé cuantas cosas más. Vanidad de vanidades y sólo vanidad. Lo veo todo como humo que arrastró el viento de mi vida*".

Algunas tardes, cuando el aire traía un denso olor a flores que acariciaban nuestras cabelleras, nos alejábamos del frecuente lugar en que solía acompañar a don Manuel en sus paseos. Eran los momentos en los que él se explayaba más, y hablaba y hablaba, y contaba y contaba... Parecía dar, en esos momentos, rienda suelta a sus recuerdos y vivencias; estos cada día me eran más familiares y diría que más queridos. Fui adentrándome poco a poco en lo que fueron sus dieciséis años de gobierno. Supe de amigos y enemigos, de proyectos y realizaciones, de conspiradores y de aduladores.

Particularmente emocionado aparecía don Manuel el día en el que me narró su caída definitiva. Me contó cómo Napoleón había jugado con él con un laberinto de guerras y acuerdos, hasta que, dándose cuenta el emperador de los franceses de la debilidad en que se encontraba el gobierno de España se lanzó vertiginosamente a la intervención, a la desmembración y a la sustitución. Don Manuel trataba de seguir el juego de la obligada alianza, pero ya a la desesperada. Tanto el rey como él estaban desolados. No se les ocurría otra cosa que huir, como habían hecho los Braganza portugueses. El descontento contra don Manuel había llegado a su extremo. No lo aceptaban. Capitaneaba la rebelión contra él un canónigo de la catedral de Toledo, con aspiraciones cardenalicias. Se conspiró contra él en El Escorial, entrando en la conspiración hasta el propio Príncipe de Asturias. Con el motín de Aranjuez acabó todo. Don Manuel fue hecho prisionero, el rey abdicó y marcharon al destierro. Fue un golpe palaciego, pues el pueblo no se lanzó a la calle hasta que supo de Godoy había caído.

Luego me hablaba tristemente del oscuro destierro. En el destierro él, que durante casi dieciséis años había sido el personaje más adulado y temido, pero también el más aborrecido. Un destierro, después de haber vivido en España sus últimas horas, escondido y aterrado, escupido en el rostro, apaleado, y hasta apuñalado por algún desalmado, y después de que todos sus bienes fuesen confiscados. De la noche a la mañana se sintió barrido por el impetuoso viento caprichoso de la historia. Comienzan sus 43 años en tierras extrañas. Estancia en Bayona. Luego en Compiègne, Marsella, Roma. Escasea el dinero. Es silbado en Marsella. En Roma, ausente su esposa -refugiada en el domicilio de su hermano, el cardenal de Toledo-, se ve inmerso en una intimidad forzosa y desagradable, entre rumores, cuchicheos y maledicencias. Finalmente, recalca en París una vez fallecidos María Luisa y Carlos, los dos seres a los que había estado tan íntimamente ligado durante tantos años y a los que les debía todo. Yo le dejaba hablar sin interrumpirle, y así él iba desahogando sus muchos recuerdos.

Nos cruzábamos en nuestro pasear parisino con elegantes damas, con sus sombreros de colores, sus variopintos y lujosos trajes, y con los ojos profundos de aquellos a los que les sonreía la fortuna que parecen que miran para adentro. A nuestro alrededor aparecían y desaparecían turbadoras, perfumadas y etéreas.

- *“Nunca me habló usted, don Manuel, de su vida privada”* -le dije un día atrevidamente-

- *“Esta, mi querido Francisco, fue tan intensa como la vida pública, de la que ya tanto conoces, e íntimamente relacionada con ella. Mis florecientes diecisiete años no pasaron desapercibidos para la reina María Luisa. Te puedo afirmar que se cautivó de mí y, aunque era mucho mayor que yo y nada favorecida por la naturaleza, me envolvió en una nube de pasión y ambiciones, de riqueza y de poder. Yo me dejé arrastrar, borracho de ansias de poder. Mi corazón, sin embargo, estuvo siempre con una guapa gaditana, Pepita Tudó.*

- *Bueno, don Manuel,* -le interrumpí-, *yo realmente soy de Sanlúcar de Barrameda.*

- *“¡Sanlúcar de Barrameda! ¡Sanlúcar!* -exclamó don Manuel, chispeándole los ojos y rebotándole el nombre en las mientes, como si le hubiese mencionado una palabra mágica para él-. *Ya te hablaré de mis relaciones con tu ciudad. Pepita, como te decía, fue, desde que la conocí un día en Cádiz y la traté posteriormente en Madrid, un derrame de cariño en mi corazón. Era tan ingeniosa. Era tan extremadamente simpática. La quise con locura. María Luisa contempló la luz de nuestro*

amor y esa luz sembró simientes de celos en el corazón de la reina. Por ello concertó mi matrimonio con una dama de alta alcurnia, la duquesa de Chinchón, sobrina del rey. Fue un amor oficial, pero mi corazón estaba lejos de ella, tan lejos que terminaría casándome con Pepita Tudó. A pesar de mi matrimonio con la duquesa, visitaba a Pepita diariamente. Ella potenció las horas de esplendor de Sanlúcar, de lo que otro día te hablaré.

Colmé a Sanlúcar de mimos. Gratas vivencias y hermosos recuerdos me ligaban a ella. En la calle de Las Descalzas, frente a un convento de monjas, vivió Pepita. De la predilección y el conocimiento nacieron muchos proyectos para Sanlúcar, pero el amor en forma de ruego o sugerencia puso también su grano de arena. Aunque es de justicia decir que Sanlúcar merecía se actuase sobre ella, por su situación privilegiada en la desembocadura del Guadalquivir, su larga y rica tradición comercial y su vinculación con las tierras de Huelva, ya que la capitalidad del condado de Niebla estuvo en Sanlúcar.

“Pero también con Pepita el amor llegó a serme esquivo. Ya casados, abandonamos Roma y nos instalamos en París. Aquí Pepita quiso brillar, sintiéndose segura por su nuevo estado: ya no era mi amante. Era mi esposa. Cada vez, sin embargo, discutíamos más. Pepita se hizo obstinada, gastaba por encima de nuestros posibles y contraíamos deudas cada vez más cuantiosas. Al final, terminó por odiarme, a mis setenta años, después de haber vivido con ella y para ella casi cuarenta. Encontró una excusa y se fue a Madrid, de donde no regresó nunca más. Yo la esperaba, pero ella en España se apoderó de todo lo que me habían devuelto, y contraería nuevas deudas. Seguí esperando, pero nunca jamás volvió”.

Don Manuel parecía navegar inmóvil por el mar de sus tristes recuerdos, mientras la luz de la tarde parisina se iba alejando lentamente de nosotros. Una profunda tristeza se agolpaba en su mirar siempre profundo, y un mar de sudor, diminuto y torpe, brotaba espasmódicamente de su arrugada frente. Me dijo que otro día me hablaría de Sanlúcar. Lo que yo no sabía es que nunca más lo volvería a ver.

Estuve varios días con la ilusión de verle pasear de nuevo por los jardines de las Tullerías. Pero no volví a verlo. Pasado cierto tiempo, y al no verle pasear, me atreví a llegar a su casa, subí a la cuarta planta, llamé a la puerta, salió el amigo de don Manuel con el que algunas veces le había visto pasear. Me identifiqué. Me dijo que don Manuel le había hablado de mí. No salía don Manuel porque estaba muy enfermo y apenas si se alzaba de la cama. El amigo de don Manuel me dijo que don Manuel había dejado unos documentos para mí. Esperé un instante y su amigo me entregó un gran sobre que ponía: “Para Francisco”. Lo cogí y me retiré, exteriori-

zando mi deseo de que don Manuel mejorase. Llegué presto a mi casa y me dispuse a leer los documentos que me habían entregado de parte de don Manuel. Se trataba de una carta, dirigida a mí, y de otras de muchos años atrás, contenidas en un papel amarillento y casi resquebrajado por los pliegues. Tenía en algún fragmento la tinta corrida. No sé por qué, pero, cuando supe su contenido, me imaginé que quizás alguna vez una lágrima de aquellos robustos ojos pudo haberse desprendido de su rostro altanero, inmerso en la soledad de sus recuerdos.

Transcribo las cartas que me dejó don Manuel. La dirigida a mí decía:

Apreciado y fiel amigo Francisco:

Los habitantes de tu Sanlúcar de Barrameda, pueblo por el cual hice yo muy grandes cosas, me buscaron, para obtener del rey, que, con los pueblos de su independencia, se formase una provincia aparte; que aquel puerto se habilitase para el comercio de América y el extranjero y se formase allí también un Consulado independiente de Sevilla. Del logro de esta gracia debió pender que aquel distrito, decaído por el tiempo de dos siglos y sujeto a duras restricciones en el ejercicio de su tráfico e industrias, pudiera verse alzado a la fortuna que gozaba en tiempos más antiguos. Yo me encargué de su demanda y la obtuvieron, no por alto y sin las formas de la ley, sino instruido el expediente en el Consejo y a consulta suya, porque nunca me permití, ni aún para obrar el bien ni siendo en cosas de mi cargo o en materias independientes de los trámites legales, obrar por mí tan solamente.

Para evitar rivalidades y hacer participantes de aquel bien a las provincias de Sevilla y Córdoba, se mandó derogar el auto del año de 1720 y cualesquiera otras restricciones y gravámenes que de hecho entorpeciesen o pudieran entorpecer la navegación del Guadalquivir; dando a favor de ella entera libertad para el transporte de géneros y frutos nacionales y extranjeros. A la concesión de esta gracia, le siguieron las obras necesarias más precisas en el puerto y en el río. Antes de cuatro meses de estar gozando este bien, habían andado ya aquella cómoda bahía 76 embarcaciones de todo género de mercancías, de entre ellas 14 fragatas y 20 bergantines. Las entradas y salidas bien seguras, así de día como de noche.

Seguían otras de un tal Amorós, dirigidas a don Manuel en diversas fechas. Se conservaban en un papel amarillento y gastado, que indicaba su antigüedad y que, por lo que se deducía, don Manuel había guardado y conservado durante muchos años, haciéndose acompañar de ellas en su tumultuosa y agitada vida. Parecía que, con ellas, don Manuel había querido recordar cada instante de aquellos felices momentos hasta el final de su vida. Decían así:

“Informo a Vuestra Excelencia de que una de las primeras tareas que he tenido que emprender, enviado a esta localidad por V. E., ha sido la lucha contra la superstición y los perjuicios que la ignorancia del pueblo les hace rechazar los avances de la ciencia.

Al llegar a Sanlúcar de Barrameda, una epidemia de viruela dejaba sus huellas en los rostros de sus habitantes; el dolor y sus secuelas son acogidos con las más desesperantes de las resignaciones. ¿Qué le vamos a hacer?, dicen. Si Dios lo quiere, que sea lo que Él disponga, argumentan. Nadie tiene una palabra de rebeldía. Ignoran que a la enfermedad se le puede combatir, que no es un castigo de Dios, ante el que el hombre deba mostrarse sumiso.

Ante esta Sociedad Sanluqueña de Amigos del País, que tiene como grande honor que seáis su protector, he pronunciado un discurso sobre las ventajas del uso de la vacuna. Constituida una Junta, hemos organizado una campaña de vacunaciones gratuitas y primadas. ¡Ya véis con esto a qué llega la ignorancia! ¡Tener que primar un bien para que lo reciban! Yo mismo he visitado diariamente a los vacunados, para desterrar con ello fantasmas y miedos. Al ver que nadie ha muerto de ningún mal extraño y que el mal ha dejado de extenderse, es posible que el uso de la vacuna se generalice”.

Noviembre de 1803
Comisionado Amorós

“Excelentísimo Señor:

Este pinar que hoy se ha plantado, para conmemorar vuestro nombramiento como Regidor Perpetuo de la ciudad y Protector de su Patriótica Sociedad, se ha celebrado con gran solemnidad, colaborando con ello desde los ricos hacendados hasta el pueblo llano. Los primeros han puesto a disposición del proyecto sus capataces y peones, y el pueblo su alegría y entusiasmo. ¡Qué pocos pueblos hay en España que se igualen a Sanlúcar en estos asuntos de fiesta! Hoy, 28 de noviembre, ha partido del Ayuntamiento, con toda solemnidad, la comitiva. Los altos cargos de la ciudad, jueces, regidores, el vicario, el alcalde mayor, numerosos caballeros, y una banda militar de música nos acompañaban. Los capataces portaban banderas de todos los colores; y el que suscribe, vuestro fiel servidor, cerraba el cortejo, escoltado por dos jinetes.

En ningún momento le ha faltado a la comitiva, los vivas y aplausos del pueblo entusiasmado.

Una vez en el lugar que llaman de "La Algaida", yo mismo he sembrado un número de piñones igual al de los años que cuenta V. V., haciendo el encargo a jueces y regidores de que en años sucesivos fuesen añadiendo uno más en honor de quien ha sido nombrado Regidor Perpetuo de la ciudad.

Así han quedado sembradas setenta aranzadas de pinos. Aunque las generaciones venideras ignorasen el origen del pinar, el pinar estará aquí con su constante invitación a sus múltiples posibilidades".

Noviembre de 1803
Comisionado Amorós

"Nuevamente informo a Su Excelencia de la realización de una de las obras a la que la ciudad aspiraba y que consigue gracias a vuestro interés e intercesión.

El pueblo en verdad es alegre y dado a novedades; posee una gran disposición para la fiesta, como en ocasiones os he comentado. Sabe gozar con la cosa más mínima. Así en el transporte de la primera piedra para el camino que unirá a Sanlúcar y Jerez de la Frontera, ha constituido todo un acontecimiento. La gran piedra, ajena a la bullanguera alegría que despertaba, ha sido colocada en un carro engalanado dispuesto para tal motivo por el vicario, don Rafael Colón. ¡Cómo es querido en el pueblo este venerable sacerdote! ¡Cuántos méritos se le reconocen por todos! Yo mismo he colocado la piedra en su lugar y las obras han comenzado.

Se han seguido las orientaciones de V. E. y los cosecheros y comerciantes han contribuido con dos millones de reales, para la realización de esta obra, que facilitará la comunicación con Jerez de la Frontera".

Diciembre de 1803
Comisionado Amorós

“Generalísimo Príncipe de la Paz:

Otra de vuestras ilusiones, el Jardín Botánico de aclimatación de esta ciudad de Sanlúcar de Barrameda, es ya una realidad. Palmeras, captus, dragos e infinidad de plantas de otras tierras crecen ya cerca de nuestras higueras, olivos y naranjos. Es como un símbolo más de la hospitalidad y apertura de esta tierra, que se abre a semillas y raíces para que estas plantas se hagan a su nuevo ambiente.

La Sociedad Sanluqueña de Amigos del País, poniendo nuevamente la máxima ilusión en el proyecto, formó una comisión para la realización del mismo, que ha estado presidida por don Francisco Terán. Se fueron estudiando las propuestas de varios terrenos, desechándose la de la Huerta del Pino de San Diego, como sabéis propiedad de los franciscanos, por ser este terreno demasiado pendiente.

La comisión se decidió por los terrenos de la huerta de las monjas de Regina Coeli, de la que hemos tomado posesión en marzo de este año de gracia de 1806. El jardín se ha ampliado con 18 aranzadas de tierras de baldío, que han sido cedidas por el Ayuntamiento en El Palmar de San Sebastián. En este lugar, que el pueblo ha bautizado con el nombre de “El Botánico”, se proyecta colocar un busto de S. E. Con ello, la ciudad reconoce y agradece los bienes que de Vos está recibiendo. El mismo aire que besa la hoja de la higuera, besa la exótica orquídea; y la orquídea así se hace fuerte, y la higuera, hermosa. Extraño sortilegio de esta tierra”.

Marzo de 1806
Comisionado Amorós

“Excelentísimo Señor:

Una vez más os mando noticias. Esta vez para informaros de cómo se ha puesto en marcha en Sanlúcar de Barrameda su soñado Tribunal de Consulado. ¡Cuántas envidias está suscitando su conquista! El Tribunal, conseguido gracias a vuestra valiosa intercesión, tiene jurisdicción sobre todo el territorio de la provincia y funciona de forma similar a los demás consulados existentes en el país.

Tiene sede propia, sita en la calle de San Juan, que es importante no andar de prestado, pues se pierde identidad y eficacia.

Sus miembros son ricos hacendados, fabricantes, propietarios de embarcaciones, comerciantes y mercaderes; todos de relevancia. Le sobran a Sanlúcar de Barrameda posibles candidatos a ingresar en dicha institución.

Sus fondos provienen de las multas que imponen sus tribunales, de los tantos por ciento de las mercancías, de los derechos de entrada de los barcos extranjeros. Entre sus fines os resalto los que siguen, a fin de que conozcáis cuánto desea ser útil a su pueblo. Aparte de resolver las cuestiones relativas al comercio, fomentará la administración de justicia, la enseñanza pública, la construcción de caminos, la introducción de maquinarias que hagan más fácil el trabajo, el intento una vez más de la consecución del desagüe de las marismas y la realización del trazado de planos de la provincia”.

Mayo de 1806
Comisionado Amorós

“Escribo hoy a Vuestra Excelencia sin la certeza de que mi carta llegue a vuestras manos.

El pueblo que os adoraba, el pueblo al que habéis colmado de ayudas; este mismo pueblo os ha mostrado su rostro agrio y sus puños violentos.

Llegaron pronto las noticias de la corte: “¡¡Godoy ha caído!!”

Los favores que Sanlúcar de Barrameda ha recibido ya no sirven para nada. Se han vuelto ingratitud. Lo efímero es la verdadera esencia de los hombres y de las situaciones que se dan en su existencia. La misma pasión que han puesto en vítores y fiestas, la misma pasión para el odio.

Han quemado vuestros retratos, han destrozado el busto de V. E. que debía colocarse en el Jardín Botánico. Del carro triunfal que el Consulado mandó construir para celebrar la capitalidad de Sanlúcar, no queda más que algún resto de cenizas. Lo que más me duele de cuanto han destrozado es el Jardín Botánico. Han caído como hojas secas desde la alta palmera a la exquisita rosa.

Dejo a Sanlúcar con tristeza. Nunca pensé verla como la dejo, pero ya soy aquí un personaje mal visto y caduco. Intuyo que la nobleza y cuantos la rodeamos

tenemos ya poco que hacer. Intuyo que el pueblo, al que tal vez todavía creíamos menor de edad, es ya adulto y exige y lucha por la paz y por la vida que quiere.

Tal vez otras generaciones de sanluqueños recuerden que no todo fue negativo por nuestra parte y, al menos, recuerden el nombre de Godoy sin que les provoque odios y violencias. ¡Ojalá que algún día pueda pronunciarse en paz!

Marzo de 1808
Comisionado Amorós

Aún emocionado e impresionado por la lectura, me dirigí, al día siguiente, a casa de don Manuel, a interesarme por su salud. Cuando llegué, don Manuel había dejado de existir. Inició en soledad, como habían transcurrido los últimos días de su existencia, la hora misteriosa del gran viaje. Era el 4 de octubre de 1851. Poco eco tuvo su muerte. Cuatro líneas en una página de "Le Constitutionnel" y tres líneas en "Le Moniteur Unniversel". Eso fue todo.

Asistí a los servicios fúnebres que, con la presencia de algunos vecinos, se celebraron en la iglesia de Sait-Roch, en la calle Saint-Honoré, no lejos del Palacio Real. Luego, sus restos fueron depositados en la cripta de la iglesia.

Han pasado ya cuarenta años. Acabo de inaugurar mis sesenta años. Dirijo el Crédito Comercial que radica en Sanlúcar de Barrameda desde 1864. También me dedico a la producción y comercialización de los vinos, que me dejó mi padre. Siempre he recordado a don Manuel, pero su recuerdo se aviva aún más ahora que, por asuntos comerciales, he de desplazarme a París...

Llegué a la gran ciudad. Ya instalado, me dirigí de inmediato a la iglesia de Saint-Roch, pero me dijeron que los restos de don Manuel ya no se encontraban allí; habían sido trasladados al cementerio del Père-Lachaise.

Al día siguiente, que era domingo, me fui alejando del gran bullicio de la suntuosa urbe parisina y me dirigí hacia el cementerio del Père-Lachaise, también llamado "Cementerio del Este". Reinaba en él una gran quietud, reposo, sombras acogedoras y aire perfumado. El recinto era mitad jardín y mitad cementerio de monumentos, ya que muchos de los monumentos existentes estaban en una situación muy degradada. Había una mezcla de personajes famosos y seres anónimos. Aman-tes célebres, dramaturgos, políticos, poetas, compositores y cortesanas, dormían aquí el sueño eterno.

Busqué por entre aquellas tumbas y monumentos funerarios. De pronto mi mirada se fijó en un modesto monumento, feo y abandonado, de rejas herrumbrosas. En lo alto de la estela mortuoria, acabada en ojiva y con una cruz, aparecía un gran medallón que representaba a don Manuel, con su perfil blandengue, su larga y gruesa nariz y su melena al viento. Debajo una inscripción decía:

*Don Manuel Godoy
Príncipe de la Paz
Duque de Alcudia.
Nació en Badajoz
a 12 de mayo de 1767.
Falleció en París
a 4 de octubre de 1851.*

Allí, en ese rincón oscuro y abandonado, descansaba mi recordado don Manuel lejos del país que le vio nacer. Coloqué unas flores sobre su tumba en un tiesto cuyas flores secas se hicieron polvo en mis manos. Contemplé cómo, pasado el tiempo, hoy don Manuel estaba menos solo que en los últimos años de su existencia. A su lado reposaban los restos de su nuera, María Crowe, viuda del hijo mayor que tuvo con Pepita Tudó y sus nietos, María Godoy y Manuel Carlos Godoy de Bassano.

Junto a su tumba sentí una radical soledad. Me sentía angustiado sin saber realmente por qué. Lo atribuía a esa tristeza vaga que la sensación de lo ya próximo y de las ausencias sin sentido despierta en ánimos como el mío. Se iban borrando mis presagios y adaptándome al dolor de lo ido fugazmente, mientras daba vueltas entre las gentes a través de los sugerentes jardines de las Tullerías, sin que la animación del trasiego distrajese mis aprensiones.



“Se reinauguraba y bendecía la Ermita de Nuestra Señora de las Cuevas...”.

DÍAS DE ESPLENDOR Y MISERIA

*“El bien que hicimos la víspera
es el que nos trae
la felicidad por la mañana”.*

Proverbio hindú

1

La ciudad siempre había tenido una clara predisposición para las fiestas. Para buscar cualquier pretexto que las potenciara y para entregarse a ellas en alma y en cuerpo. Diría que el sentido de las fiestas lo llevaba la ciudad en lo más profundo de sus genes. ¡Cómo se exornaba la ciudad y cómo se acicalaban todos sin excepción, cuando la trompeta de la ilusión tocaba a fiesta desde la Torre del Homenaje del Castillo de Santiago o desde el campanario de Santa María de la O! Dejaban todos sus quehaceres y también sus problemas y se revestían para rendir culto al dios de la diversión. En ello se echaba el resto. Así era esta ciudad y así había sido siempre.

Estas fiestas que se celebraban ahora en la ciudad tenían una particular solemnidad. Era como si algo mucho tiempo ansiado se hubiese convertido de pronto en feliz realidad. Parecía celebrarse la fiesta de la luz, porque la ciudad se había vestido de luz. Resplandecía por doquier. Había, sin embargo, unos puntos tan iluminados que eran centro de atracción para los ciudadanos.

Resplandecía la Iglesia Mayor de Santa María de la O, iluminada exuberantemente como en las mejores ocasiones. Allí el pueblo, sobre todo los más acomodados -¿a qué vamos a engañarnos?- asistía, y así también se exhibía mientras la capilla de música cantaba solemne Te Deum y el padre José Fariña oficiaba solemne misa cantada, acompañado de los padres Antonio Abad y Francisco Jiménez, quienes oficiaban de diácono y subdiácono, aunque presente estaba en el presbiterio bajo toda la clerecía, así como priores y guardianes de las diversas órdenes religio-

sas. Todo tan solemne, todo tan resplandeciente que más bien parecía acto celestial trasladado a la Iglesia de Santa María de la O.

Resplandecían la fachada del Ayuntamiento y su vecina, la Plaza de la Constitución. Era una misma liturgia, pero ésta en pagano.

Aquí sí se acercaba más el pueblo llano, engalanado según posibilidades, que en esta ciudad donde no hay se busca o se pinta, como diría algún optimista. La fachada aparecía resplandeciente, engalanada como en pocas ocasiones se vio. ¡Cómo sacaban pecho los señores capitulares! Ahora ya sí en su terreno. Una inscripción con la leyenda de un nombre se extendía explicativa a lo largo y ancho de los quince metros de balcón de la Casa más importante de la ciudad. En la Plaza de la Constitución, un alarde de luces de colores llenaba de fantasía e irrealidad a una flor de lis, a un castillo y a una estrella. No sé quién seleccionó estos tres elementos, pero la selección no podía estar mejor realizada para las fiestas que celebraba la ciudad. Diríamos que los tres representaban con su rica simbología tres hitos gloriosos en una ciudad milenaria. Para regocijo popular, a la luz debía acompañar la música; y era por ello por lo que se había levantado en la Plaza un templete para que, desde él, la banda de música deleitase con sus sonos a toda la concurrencia.

Resplandecían también la calle Barrameda y la Ermita de Nuestra Señora de las Cuevas. La calle Barrameda fue, desde el poblamiento ya lejano de esta zona de la Ribera, el lugar donde la fiesta se hacía más popular. Se veían en ella los sectores sociales menos privilegiados económicamente, pero no por ello con menor propensión para la fiesta. Se inauguraba y bendecía la Ermita de Nuestra Señora de las Cuevas, en un enclave siempre paradisíaco, y su antesala festiva era la calle Barrameda, con su gente exornada con lo mejor que tenían, sus arcos iluminados y colocados para la ocasión, y sus bullangueros puestos de avellanas y turrone. La gente iba y venía, con la ropita limpia, la cara “recienlavá” y un brillo especial en los ojos de un pueblo estoicamente habituado a pasarlo mal.

Resplandecían los ojos de la ciudad que se divertía en el espectáculo de los toros de cuerda, que siempre fue esta una ciudad dada a este espectáculo, con el que vibraba y gozaba; o en las regatas a remo desde el promontorio del vetusto castillo del Espíritu Santo hasta la coqueta y humilde Bajo de Guía; o en el sugerente y sorprendente castillo de fuegos artificiales...

Resplandecían -diríamos que brillaban- los ojos de las familias más humildes y necesitadas de la ciudad, porque los Infantes Duques de Montpensier, don Antonio y doña Luisa Fernanda, habían decidido conceder dos mil limosnas de pan y

dos mil raciones de carne para los pobres de la ciudad, ocho mil reales para aplicarlos a la beneficencia y quinientos reales para aquellos niños que hubiesen nacido el mismo día que el infante Luis Fernando. Este era el motivo de tantas fiestas y celebraciones, el hecho de que la infanta hubiese alumbrado a su hijo en la ciudad de Sanlúcar de Barrameda. ¡Ya tenía la ciudad entre sus hijos a un infante!

2

A diferencia de Sevilla, donde el infante don Antonio no sólo no fue bien acogido, sino criticado y odiado -quizás de alguna manera pudo influir algo dicha actitud agresiva contra él, junto con otras razones de otro tipo, en que el infante no subiese al trono de España-; Sanlúcar les abrió los brazos y los infantes supieron corresponder a la hospitalidad y amabilidad de la ciudad para con ellos.

Surgió un estrecho maridaje entre los infantes y Sanlúcar. Ellos que huían de San Sebastián, donde veraneaba la corte española, se sintieron pronto subyugados por los atractivos que les ofrecía la ciudad para abrir casa en ella, y aquí pasar temporadas veraniegas. Don Antonio era un verdadero romántico; a pesar de origen regio, fue educado en un romanticismo burgués. Atraído por lo exótico, encontró ese exotismo en esta ciudad. La belleza de sus mujeres, la amabilidad y el sentido hospitalario, su rica historia, su playa selvática y uniforme, los cantarinos sonidos de las campanas conventuales, la blancura de sus casas y fachadas, el constante aire de fiesta, y ese río que les permitía la comunicación directa con Sevilla, donde tenían su pequeña corte en el Palacio de San Telmo, todo ello enraizó sobre todo en el corazón de don Antonio que pronto se desvivió de amores por la ciudad. La infanta Luisa Fernanda, campechana y aficionada sobre todo a sus libros de rezos, se dejó conducir por su esposo.

Pasaron un verano en El Puerto de Santa María; posteriormente la viuda de Cortés, propietaria de la finca de El Picacho, les invitó, invitación que aceptaron gratuitamente los infantes, a pasar el verano en su finca. La finca los enamoró de la ciudad. Gozaban de la altura, que les permitía unas excelentes panorámicas de la ciudad, del río y del coto; gozaban de un clima delicioso con una brisilla que acariciaba las múltiples variedades de flores del amplio jardín, riquísimo en agua y en verdor, así como en toda clase de árboles frutales: higueras, granados, naranjos y hasta unos extensos viñedos. En aquel anfiteatro, con un duende misterioso por doquier y quizás bajo la sombra del enigmático pino de Italia, idearon los infantes regularizar sus venidas a Sanlúcar de Barrameda en periodos más amplios y, para ello, proyectaron construirse en la ciudad casa propia.

¡Y manos a la obra! Seleccionaron un lugar espléndido. Una zona que estaba en la parte superior de la barranca que dividía a la ciudad en dos. Aquí no sólo podrían disfrutar de excelentes panorámicas, sino que se situaban en uno de los lugares que más transcendencia histórica había tenido para la ciudad, pues por aquí se encontró la Puerta de la Villa, y de ella, siglos atrás, se fue extendiendo el ya hoy sumamente poblado Barrio de la Ribera. Unas tras otras los infantes fueron adquiriendo una serie de propiedades que, juntas, constituyesen el conjunto del Palacio: la huerta y parte del antiguo convento de los mercedarios, la Casa de Nueros, la Casa de los Merinos, la Casa Hospital de la madre Ignacia, la Casa de los Páez de la Cadena, el Seminario Conciliar, la Casa y bodegas de la Fundación de Francisco de Paula Rodríguez, y las bodegas de la calle Baños. Los mejores arquitectos de la época y la estrecha planificación y supervisión directa de don Antonio hicieron lo demás.

La ciudad veía con satisfacción el asentamiento de los infantes en ella y su ayuntamiento supo facilitarles cuanto les fue necesario; el Castillo de Santiago para alojar a las tropas; agua suficiente que vitalizase el palacio, y a veces, aún a costa de la insuficiencia para el abastecimiento necesario de los ciudadanos. Supieron también los infantes impulsar una serie de realizaciones que mejorasen la ciudad: muelle, arrecife, capilla y ferrocarril para Bonanza; árboles para jardines y paseos, traídos desde su palacio sevillano de San Telmo; una bella fuente de mármol para el centro de la plaza del Pradillo, que sustituyese al viejo pilón que servía de abrevadero; pero, sobre todo, constantes obras de beneficencia.

Se transformaba en pura fiesta en la ciudad las venidas de los infantes a la misma. Se les recibía en Bonanza, una falúa los transportaba hasta la orilla, y luego en un carruaje eran llevados, rodeados de la algarabía popular, hasta su palacio. Todo se exornaba, el muelle de Bonanza, las calles por las que transitaría la comitiva, el Ayuntamiento... La banda de música presta para actuar y la clerecía dispuesta para las correspondientes funciones religiosas.

Ahora, sin embargo, en estos primeros días de julio de 1859, se había encontrado un gran motivo para que la ciudad entera vibrase en fiestas, el nacimiento del hijo de los infantes, Luis Fernando.

Era esta la punta del iceberg de la ciudad. Veíase la fiesta, pero no todo lo era. Como no todo era paz en el palacio. La gran fecundidad de la infanta no podía apa-

gar los lastimeros sonos de un matrimonio que, por impuesto y concertado entre las cancillerías por ambiciones políticas, era una pura monotonía. No podía haber sintonía entre dos personas que, extrañas y desconocidas mutuamente, llegaron al altar con un solo lazo de común unión: el de la ambición política. El infante, por tanto, se dedicaba a sus intrigas y maquinaciones políticas, al seguimiento de hasta el más nimio detalle del día a día del palacio, y a alguna que otra sospechosa intimidad afectiva. La infanta, rodeada de niños se encerraba en su religiosidad popular, a falta de una más exquisita y completa formación, cosa de la que tanto ella como su hermana habían adolecido.

Tampoco era todo fiesta en la casa de los Navajas. Era una modestísima familia que habitaba en la calle Pirrado, en las proximidades de la calle Barrameda. Pertenecían a esos ejércitos de viñadores y pescadores que tenían el hambre como norma, la miseria como costumbre y que pululaban fantasmales, cargando con su negra desgracia, absortos en aquel barrio de latas y suciedades. Muchos de aquellos míseros personajes que habitaban aquel deprimido barrio parecían más bien cadáveres olvidados por la muerte.

La familia de los Navajas estaba constituida por la abuela, Manuel -el padre-, Francisca -la madre-, y ocho hijos; el más pequeño de los cuales, Antonio, había nacido unas semanas antes que el infante, por lo que no se habían podido acoger a la ayuda de 500 reales que los infantes habían concedido a los niños que habían nacido el mismo día que su hijo, Luis Fernando. Hasta para esto, la suerte le había enseñado su cara esquiva.

Era la abuela un personaje verdaderamente primitivo. La suciedad y los parásitos le eran familiares, a ella como a toda la familia. Su pelo, andrajoso, nunca peinado, negro con mechones de canas, más bien parecía un revoltijo de estropajo, con el que se hubieran limpiado los suelos de toda una calle. La piel completamente ennegrecida, como una chimenea vieja, formaba una mueca de tristeza por las extensas arrugas que la cubrían y por la total ausencia de dentadura, de la que sólo quedaba como recuerdo algún cariado trozo, perdido en la boca. La miseria quedaba patente en su vestimenta. Llevaba un viejo vestido, del que no se podía adivinar el color de origen, por la gran cantidad de remiendos que la cubrían por todas partes. La pobre anciana, por sufrir de incontinenia, en cualquier momento y en cualquier sitio, se alzaba con la punta de las manos el vestido y se liberaba del agobio de la vejiga, cosa que realizaba con suma frecuencia.

Francisca era, en más joven lógicamente, un puro calco de su madre. Sucia y abandonada, cantaba a las claras la radical miseria en la que vivía inmersa la fami-

lia. Con su larga bata de colorines, su blusa de colores chillones, sus remiendos, y sus pies embrutecidos y siempre descalzos, más bien parecía padecer de una prematura vejez, insinuada además por las pocas piezas dentarias que le restaban en la boca. Era su voz chillona y desagradable. Siempre rodeada, como una prolífica perra, de sus pequeñuelos, los trataba a gritos y empujones. Poco tenía que hacer en las dos habitaciones que ocupaban en el corral de la casa de la calle Pirrado, porque poco había que cuidar y preparar. Sólo hacer la comida en un gran caldero, que colocado en el centro de una de las habitaciones, era atacado por toda la familia, teniendo cada uno de ellos una cuchara de madera en las manos, y esto no siempre era posible. A veces tenían que engañar el hambre con una sopa de pan y cebolla.

Manuel, el padre, no desentonaba en aquel ambiente. Véase también en él los efectos punzantes de las mordeduras de la miseria. Era un hombre rudo y pintoresco. Sus andrajos los llevaba con una cierta suficiencia. Criado en ellos, no se empequeñecía, ni se creía menos, cuando alternaba en el barrio con otros a los que la vida les iba mejor. Solía llevar una blusa de crudillo, un sombrero ancho y descolorido, y se fijaba el pantalón con una faja roja colocada alrededor de la cintura. De ella asomaba el pico de una navaja, instrumento de mucha utilidad como compañía, como ayuda para las tareas agrícolas, como improvisado instrumental para partir el pan y para alejar, si ello fuese necesario, alguna posible amenaza de algún pendenciero que viniese buscando pelea, con la que romper la monotonía de la vida. Lo que sí hay que decir de Manuel es que era hombre dispuesto y laborioso. Siempre estaba dispuesto para ganar unos reales, con que alimentar a su amplia prole. Había trabajado en una huerta, pero la habían arrancado y le habían sembrado de vid, con lo que el trabajo había disminuído. Manuel veía, entristecido, cómo iban desapareciendo navazos, huertas, plantaciones de cereales, que habían venido ofreciendo un trabajo más regular, y se iban sembrando cada vez más tierras de viñas. Ello aumentaba los días de paro, pues sólo requerían gran cantidad de mano de obra durante los 16 días de la recolección de la uva. Manuel por ello, había trabajado en todo; no sólo en las tareas agrícolas, sino también en otras no agrícolas, habiendo trabajado incluso de pescador. Estaba Manuel bien considerado por todos como un buen trabajador. Incluso un señor, para el que había trabajado en una ocasión, le había hecho promesas de darle trabajo más continuado, si por fin preparaban las marismas para tareas agrícolas. Pero esto nunca llegaba.

Manuel y su familia acumulaban algún dinero era en la vendimia, pues en ella se solía emplear él y sus hijos mayores. Eran días duros, pero qué le iban a hablar a ellos de dureza. Dormían en las viñas en unas habitaciones muy poco iluminadas, largas, estrechas y con un suelo de losas en ocasiones, y en otras de pura tierra. Comía cada uno con su cuchara en la mano de un gran caldero que aparecía lleno,

hasta los bordes, de una sopa con pan y cebolla. Allí se hacinaban cien o doscientos hombres que, después de la comida, encendían sus cigarrillos y se acostaban sobre unas esteras que abrían y extendían sobre el suelo.

Los hijos cuando no estaban arracimados junto a su madre y junto a su abuela, corrían libres por aquellas míseras calles, jugando con niños de su misma calaña, entre excrementos, suciedad, animales callejeros y, a veces, ante el griterío de alguna pelea que, por causa de los niños, protagonizaban sus respectivas madres.

Pero estos primeros días de julio eran días festivos en la ciudad. Todos disfrutaban celebrando el nacimiento en Sanlúcar de Barrameda del hijo de los infantes. Los Navajas, además, estaban contentos por el nacimiento del último miembro de su extensa prole. Participaban en las fiestas que se celebraban en la ciudad, sobre todo en las que se celebraban en las proximidades de su casa, que no eran muy dados a aproximarse al centro de la ciudad.

Manuel había estado trabajando últimamente unos días en el campo y disponía de unos cuantos reales. Así que quiso sorprender a su familia, tirando la casa por la ventana. Compró un pollo para que su mujer lo guisase y así celebrar como se merecían ambas efemérides. ¡Cómo disfrutaron todos cuando Manuel apareció con el pollo en las manos! ¡Cómo saltaban los más pequeños! ¡Qué algarabía en la casa de los Navajas! La madre, siempre malhumorada, tuvo que dar algún manotazo a los niños para poner un poco de orden.

Preparado el pollo, llegó el momento de la comida. ¡Con qué ansiedad esperaban! ¡Con qué prontitud se lanzaron a la rápida desaparición del animalito! La abuela, desdentada, no se quedaba atrás. Comía como si, de comer despacio, le fueran a privar de su inesperada presa. La abuela de pronto, empezó a toser, a meterse los sucios dedos en la desdentada boca y su oscuro rostro aparecía completamente enrojecido. Todos pararon en su fiesta. Algo grave le pasaba a la abuela. Manuel respondió de inmediato mandando a sus hijos mayores a buscar al doctor Salamanca, que solía atender los casos graves que se producían en este barrio.

Encontraron al doctor Salamanca en la casa del alcalde de la ciudad, don Rafael Esquivel. Estaba enfrascado en una succulenta comida, organizada por el alcalde con motivo de la efemérides local que se celebraba. Al doctor Salamanca le agradó muy poco abandonar, precisamente en ese momento, la mesa del alcalde, pero don Rafael, dado lo urgente y grave del asunto, le animó a que atendiese a la anciana. Salió presuroso tras los chicos. Era un hombre realmente tan voluminoso que parecía que fuese a explotar en algún momento. Los chicos compro-

baron la dificultad con la que el doctor se desplazaba y percibían en él un fuerte olor a vino y a tabaco.

El doctor Salamanca, casi asfixiado, llegó por fin a la casa. Francisca gritaba, los niños más pequeños lloraban. Una nube de vecinos contemplaba cómo la abuela, cada vez más enrojecida, seguía metiéndose los dedos en la boca.

Se hizo el silencio, cuando vieron entrar al doctor Salamanca. Vio la situación y se dirigió a Manuel:

- *Bueno, ¿sabrás que este trabajo extra hay que pagarlo?*, le dijo, acariciándose la barba. *Son 50 reales.*

- *Bien, doctor*, contestó Manuel. *Se los daré en cuanto me sea posible. No se preocupe que le doy mi palabra de que usted cobrará, pero comprenda que ahora no dispongo de ese dinero.*

- *Tiene que ser antes de mi intervención*, contestó el doctor, *pues no tengo garantías de que me paguen ustedes.*

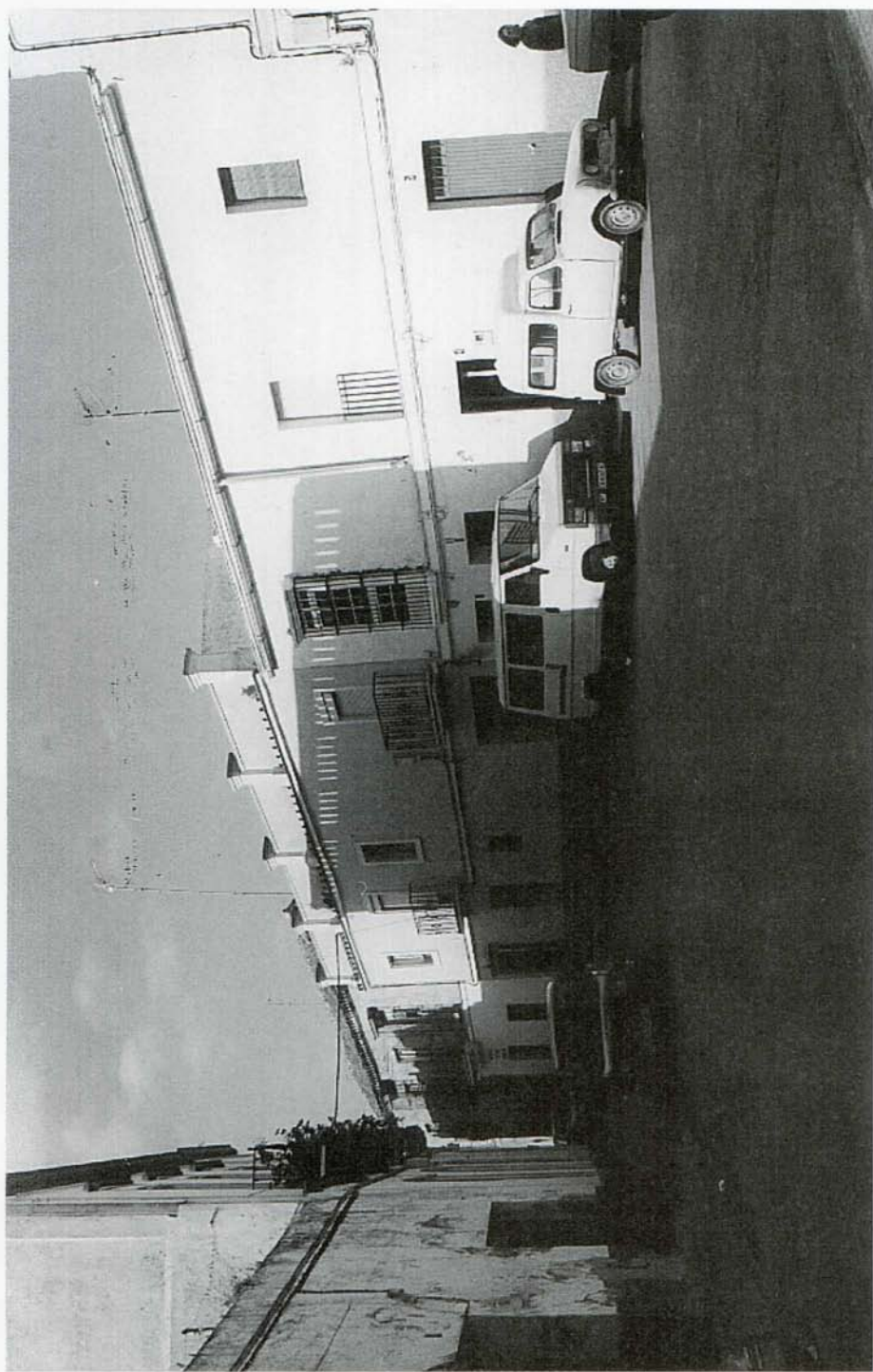
Manuel y sus hijos salieron corriendo por las casas de sus vecinos pidiendo el socorro que necesitaban. Al poco rato, volvieron con lo que habían pedido prestado y habían sobrepasado los 50 reales. Los recibió el doctor Salamanca, los guardó en su bolsillo; se dirigió a la anciana, la agachó sobre sus rodillas y le dio unos fuertes golpes en la espalda, luego le metió sus gruesos dedos en la boca y sacó un trozo de carne de pollo. Unos grandes lagrimones se deslizaron por el arrugado rostro de la anciana; Francisca lloraba, los niños comenzaron a dar gritos y saltos de alegría. Manuel contemplaba la escena tristemente en silencio.

Salió el doctor Salamanca acompañado del cuchicheo anónimo de los vecinos. Alguna mujer, más atrevida, musitó un “¡a esto no hay derecho!”, “¡no somos animales!”. El doctor Salamanca precipitadamente volvió a incorporarse a la comida en la casa del señor alcalde. Allí contó la historia vivida. Se quejó de que aquellas gentes eran unos granujas y una gentuza y afirmó que, si no les hubiese exigido que les pagasen por adelantado, no habría cobrado nunca su servicio. Don Rafael Esquivel escuchaba, con un halo de tristeza en su rostro, las palabras del doctor Salamanca, mientras contemplaba cómo este comía y bebía sin parar, como si quisiera recuperar el tiempo que había perdido al ir a la calle Pirrado. Terminó la cena: los asistentes siguieron comentando las celebraciones festivas de aquellos días en la ciudad. El doctor Salamanca hablaba y hablaba...

Era ya tarde y los invitados comenzaron a marcharse. El doctor Salamanca se dirigía solo hacia su casa, caminaba ahogadamente, como si le faltase el aire para respirar. De pronto sintió un dolor agudo en el pecho... y una neblina comenzó a extenderse por los ojos. Cayó de bruces sobre la calle. Cuando llegaron las primeras personas a socorrerle, el doctor Salamanca había muerto.

Al día siguiente todos comentaban la historia en la ciudad. Cada uno daba de ella la interpretación que quería. El mismo don Rafael Esquivel le contó a los infantes lo sucedido. Quedaron estos impresionados, sobre todo la infanta. Ella influyó en la voluntad de su esposo, para que de alguna manera ayudase a familia tan necesitada como la de los Navajas.

Efectivamente, meses después, el infante don Antonio compró la finca de Torrebrea y dio allí trabajo a Manuel y a dos de sus hijos; estaban radiantes de felicidad, al ver que su estrella parecía que había cambiado de rumbo. Manuel y sus hijos seguían trabajando en Torrebrea, pero la ciudad se olvidó pronto de los hechos de los que ellos habían sido protagonistas. La ciudad tenía otras cosas en que ocuparse. Sus alegres playas, sus teatros, sus casinos, sus reñideros de pollos, sus regatas, sus carreras de caballos, sus vapores que cruzaban el río camino de Sevilla, sus ferrocarriles con Jerez, El Puerto de Santa María y Bonanza, sus tranvías y las mejoras que se iban produciendo en sus calles, habían conseguido atraer a la ciudad a muchos forasteros que, atraídos por sus encantos, la habían convertido en una pequeña corte de los Infantes Duques de Montpensier.



“Su nueva casa estaba en la Plazoleta Alférez Juan Grande...”.

SIN REGRESO

“Uno de los mayores males que padecemos es la desigual repartición de tierras y que las más de ellas estén en pocas manos: es constante que esto perjudica a la agricultura y al Estado”.

Olavide

La promesa que le había efectuado un manigero, que trabajaba en los extensos viñedos de un rico propietario de Sanlúcar, de que aquí tendría más posibilidades de trabajo hizo que Luis Gil cogiese a su mujer, Francisca Gómez, y a su hijo de ocho años y, abandonando Arcos de la Frontera, se desplazase hacia esta ciudad.

Su nueva casa estaba en la Plazoleta Alférez Juan Grande en el denominado Barrio Alto. A las seis de la tarde llegaron a la casa con el carro de la mudanza. Venían molidos. Sus pobres enseres aún se habían desvencijado más con el traque-teo del largo y cansino trayecto. El carrero, ayudado de Luis y Francisca, descargó lo que había transportado. Le pidió a Luis veinte reales en vez de los quince en que habían quedado, alegando que había tenido que traer un carro más grande de lo previsto, puesto que los muebles no cabían en uno más pequeño. Luis a regañadientes le dio los veinte reales.

Marido y mujer comenzaron a colocar los muebles en su sitio, mientras que el niño lo aprovechaba todo para jugar y los vecinos no habían dejado de curiosear en ningún momento. Alguna vecina más dispuesta había ofrecido sus servicios a los recién llegados. Pronto la luz se hizo mortecina. Francisca calentó un poco de caldo, lo tomaron, acostó al niño, quien poco después dormía plácidamente. Luego se sentaron y charlaron... y charlaron... sobre la nueva vida que iniciaban y sobre lo que les depararía el futuro.

Francisca era una mujer alta, muy delgada, de profundos ojos negros, metidos hacia dentro de tanto silenciar, mirar y callar. Era mujer fuerte y voluntariosa, pero

esencialmente sentimental y emotiva. Abnegada hasta el sacrificio, acostumbrada a las estrecheces de la vida, jamás se quejaba de su suerte y sabía que siempre, a pesar de lo duras que fuesen las circunstancias, salían una y otra vez hacia adelante. Se entregaba denodadamente no sólo a las tareas del hogar, sino a cuantas hubiese que realizar fuera para ayudar a la maltrecha economía familiar. Todo ello lo realizaba con una dulce sonrisa en los labios. Creía firmemente en su esposo, lo apoyaba en todo y era su complemento ideal.

Mientras escuchaba a Luis tenía apoyada sobre su mano la cabeza despeinada y sudorosa. Luis, era, como Francisca, un hombre aún joven, pero ya parecía fatigado y castigado por el duro paso de los años y por la agonía del trabajo. Era también alto, flacucho, de frente muy despejada, de dulces ojos castaños -más próximos a la ternura que a la lucha social-, de pelo negro y lacio, aunque ya empezaba a blanquear en las sienes. Aparecía, junto a Francisca, relajado y muy tranquilo y, cuando sonreía, le aparecía en el rostro una sonrisa suavemente irónica. Serían las tres de la madrugada cuando Francisca y Luis se fueron a la cama.

Pronto comenzó Luis a trabajar como jornalero en unas extensas viñas que se encontraban a pocos kilómetros de la ciudad. Allí y en sus ratos de ocio pasados en la Puerta de Jerez, que algunos denominaban Plaza de San Miguel, fue Luis conociendo y familiarizándose con una ingente masa de población que constituía el proletariado rural sanluqueño. El estado social de estas gentes era realmente miserable. Casi todos presentaban los signos inequívocos de una crónica y defectuosa nutrición, pues solían alimentarse de migas, gazpacho, un poco de tocino, algunas grasas vegetales y sobre todo, mucho pan. Ni que decir tiene que no poseían ningún tipo de instrucción.

Supo Luis cómo la sociedad sanluqueña estaba fuertemente polarizada entre unas minorías privilegiadas, que controlaban el poder municipal, la propiedad de la tierra y el comercio vinatero; y una ingente mayoría constituida por los jornaleros, que percibían su jornal sólo cuando trabajaban, y las criadas y sirvientes. De manera que en la ciudad se aplicaba el dicho: *“El hombre para el campo, la mujer para servir”*. Estas mujeres, que carecían de cualquier tipo de cualificación, eran analfabetas en su totalidad.

Ambos sectores -el minoritario adinerado y el pueblo viviendo en la miseria- se distanciaban más cada día. En el término de la ciudad el viñedo había desplazado por completo al olivar; y se vivía un momento culminante en la importancia del cultivo de la vid, pues además de los tradicionales mercados americanos, ahora se comienza a conseguir un privilegiado puesto en los mercados de Inglaterra, país más

avanzado de la época. Por ello, el ochenta por ciento del viñedo se destinaba para vino y el veinte por ciento restante para verdeo.

Fue conociendo también Luis cómo se estaba produciendo por parte de algunos señoritos una aproximación paternalista a los jornaleros -más física que real-, pues los propietarios de las grandes haciendas y viñedos empezaron a utilizar como residencia secundaria unos caserones en los lugares de trabajo, acomodando aquellas dependencias a esta nueva función. No se conseguía la proximidad humana y solidaria, sino que los distanciamientos iban siendo cada vez más ingentes e insalvables. Era de ello un índice el hecho -pronto lo conoció Luis- de que los diputados síndicos se quejaban de que los propietarios se veían obligados a pagar no lo justo, sino lo que los trabajadores querían. ¡Poco debían querer darles, pues estos, con lo que ganaban, jornales de dos reales y medio o tres, cuando el pan costaba cuatro reales, vivían en condiciones radicalmente miserables!

Conoció Luis cómo el término de Sanlúcar de Barrameda era pequeño, pero sumamente fértil, y algo que le había suscitado su curiosidad y su posterior admiración fue el sistema de cultivo de los navazos sanluqueños, algo que le pareció sumamente singular. A pesar de todo ello, no comprendía cómo la casi totalidad de la población tenía que vivir sumergida en la miseria y sujeta a un triste jornal a temporadas, jornal del que iba a depender la subsistencia de toda la familia.

A diario recorría Luis varios kilómetros a pie para ir al trabajo acompañado de algunos compañeros. Las condiciones en que realizaba el trabajo eran terriblemente duras. La jornada se iniciaba sobre las seis de la mañana y duraba hasta que se ponía el sol. Allí el manigero se encargaba de dar las órdenes pertinentes y, según los casos, la mayoría de ellos nos les dejaba ni respirar. Todos disfrutaban de un leve descanso cuando llegaba el momento de la comida. En el suelo se formaba un círculo de hombres, una olla llena de migas o de algún potaje, y cada uno de los hombres tomando de la comida con su cuchara de madera y a veces con algún sustitutivo de ella creado por alguno artesanalmente. Todos llevaban una muy rústica ropa, sudada y remendada hasta lo increíble. Casi todos se cubrían la cabeza con unos viejos sombreros oscuros, aunque en la cuadrilla de Luis quien no se cubría con sombrero la cabeza era un compañero calvo, al que se le veían caer de la despejada frente blancos hilitos de sudor.

Era el momento de hablar, de gastarse bromas, de contarse historias obscenas, y también, en algún momento, de reivindicar el reparto de tierras entre los jornaleros. El trabajo, a pesar de su extrema dureza, les daba a todos sentimientos de euforia. Pensar en el jornal los enaltecía. Lo malo era cuando llegaba los días en los que

no había trabajo y mataban el tiempo apalancados en las plazas públicas en una espera que se hacía agónica. El paro introducía a muchas familias campesinas en una negra situación dramática.

Cuando venía el periodo de la vendimia, Francisca y su hijo acompañaban en el trabajo a su padre. Era una esperada manera de complementar los escasos ingresos. Francisca, al igual que un jornalero hacía la faena de vendimiadora, pero su salario, sin embargo, era sólo la mitad -y a veces, menos- de lo que percibía un bracero. Al niño lo ocupaban en alguna tarea subsidiaria, como acarrear espuelas vacías o llevar el cántaro del agua, y percibía por ello un real.

En esta dura monotonía transcurría la vida de Luis Gil y su familia en una constante lucha por la subsistencia. La experiencia vivida en Sanlúcar de Barrameda y las inquietudes sociales que traía ya de Arcos de la Frontera hizo que Luis fuese poco a poco comprometiéndose cada vez más con el movimiento anarcosindicalista. Durante unos años fue su vida el trabajo, el paro, la lucha, los sudores, y también la alegría de dos hijos que le nacieron, un niño al que puso el curioso nombre de "Paseo por el Progreso Humano", y una niña a la que denominó con otro nombre no menos significativo: "Por la Felicidad de Europa". Su mujer apenas si podía entregarse ya a otras tareas que no fuese el cuidado de la casa y de los tres niños, aunque Luisito, el mayor, continuaba yendo con su padre a realizar tareas agrícolas cuando era posible.

Luis se veía cada vez más inmerso en la lucha social. Esta no era nueva, venía ya de bastante atrás, pero se había acrecentado a mitad del siglo XVIII con los repartos de propios y baldíos y la lucha antiseñorial. Tímidamente habían comenzado las primeras manifestaciones de protesta social con el impago de rentas y la ocupación de fincas señoriales. Una decepción venía para los jornaleros de unos años atrás cuando, con la revolución de 1868, había estallado la euforia de que había llegado el gran día para acceder a la posesión de la tierra. ¡Qué desilusión! ¡Todo seguía igual! Pero Luis pensaba que llegaría el gran momento; mientras tanto había que seguir luchando. Él tenía fe ciega en el movimiento anarquista -ya había tenido tímidos contactos con el movimiento en Arcos de la Frontera- y luchaba, no sin falta de dificultades, por conseguir que los jornaleros y obreros en general tuviesen una filiación estable, para, con la fuerza, conseguir el aumento de los jornales y la reducción de las horas de trabajo. Día a día iba luchando por conseguir la afiliación de viticultores, agricultores y zapateros. Impulsó a las secciones agrícolas para que fuesen estas quienes organizaran a otros trabajadores sanluqueños. ¡Y bien que organizaron! En poco tiempo se hallaba constituida en la ciudad una cooperativa de consumo de ochenta miembros, una barbería colectiva y una panadería cooperativa.

Desde sus limitadas perspectivas, Luis Gil no perdía de vista el vértigo político que se iba produciendo en el país; del Gobierno Provisional de Juan Prim ve cómo se pasa a la monarquía de Amadeo de Saboya y, abdicado este, se instaura en España la República. Abdicado el rey, se promovieron en Sanlúcar toda una serie de desórdenes, en parte de alegría y en parte con la creencia de que ahora sí era llegado el momento de los trabajadores. Participó Luis en las decisiones del comité revolucionario, compuesto por el consejo anarquista local, y tanto él como Trinidad González -que era quien dirigía las uniones de zapateros y albañiles- aleccionaron vivamente para sustituir al consejo municipal, encarcelar a la policía y destruir los registros notariales. La gente, además, enaltecida, asaltó el ayuntamiento, destrozando cuanto encontraban; quemaron las marcas de los quintos e incendiaron los fielatos, donde se cobraban los impuestos indirectos, los consumos. La euforia duró poco para Luis y los suyos, pues fuerzas de la guardia civil, venida de Cádiz, impuso el orden y restableció el Municipio destituido. Pensaba Luis que no se había terminado ninguna etapa, que había que seguir luchando.

Una noche llegó Luis a su casa sumamente alterado. Su mujer, al verlo entrar, se sobresaltó; algo había pasado y grave, pues no era Luis de los que se alterasen fácilmente. Terminó Francisca de acostar a los niños y se dirigió a su marido, en demanda de explicación sobre lo que había pasado.

- *“¡El juez nos ha cerrado el local!”* -dijo secamente Luis Gil-. *Entró ostentadamente en el centro y nos gritó que todos estábamos fuera de la ley y nos preguntó a voces que por qué abusábamos, coartando la libre contratación del trabajo y violando el sagrado derecho al trabajo. ¡Y no sé cuántas mamonadas más dijo! Pero la culpa la tiene el ayuntamiento que lleva tiempo diciéndonos que hará respetar el derecho de los individuos al trabajo y que impondrá el orden público. Hasta ahora sólo se habían limitado a amenazarnos, pero esto de hoy es muy grave. ¡Nos prohíben que los trabajadores nos unamos pacíficamente! ¡Esto es una declaración de guerra! La ha declarado el ayuntamiento actual, representante de la burguesía sanluqueña. ¡Pero nosotros nos agruparemos e iremos a la lucha!”*.

De pronto, de la calle llegaban nítidos gritos. Amplios grupos de viticultores, jornaleros agrícolas, zapateros y otros, que se habían juntado en la plaza, recorrían el Barrio Alto gritando: *“Viva la revolución”, “viva la internacional”, “abajo el ayuntamiento”*. Luis Gil, después de besar precipitadamente a su mujer, se agregó al tumulto popular. Se dirigieron hacia la Plaza de la República y los dirigentes locales de la Federación Regional Española tomaron el Ayuntamiento. Huyeron los concejales, huyeron los latifundistas, huyeron los administradores de fincas, y huyeron

también los trece comerciantes británicos que vivían en Sanlúcar de Barrameda. Así las cosas, se constituyó un Comité de Salvación Pública. El Comité convocó elecciones para elegir una comisión revolucionaria permanente y los miembros del FRE que habían sido dispuestos por el juez fueron elegidos por aclamación. Luis Gil se encontraba entre ellos.

Sabían los trabajadores que pronto habrían represalias. Unas 1.500 personas se armaron y empezaron a levantar barricadas por toda la ciudad y a cavar fosas para defenderse de las tropas que indudablemente mandaría el gobierno. Y las tropas llegaron, pero los rebeldes, que habían recibido más armas y refuerzos, expulsaron al ejército y siguieron en el poder.

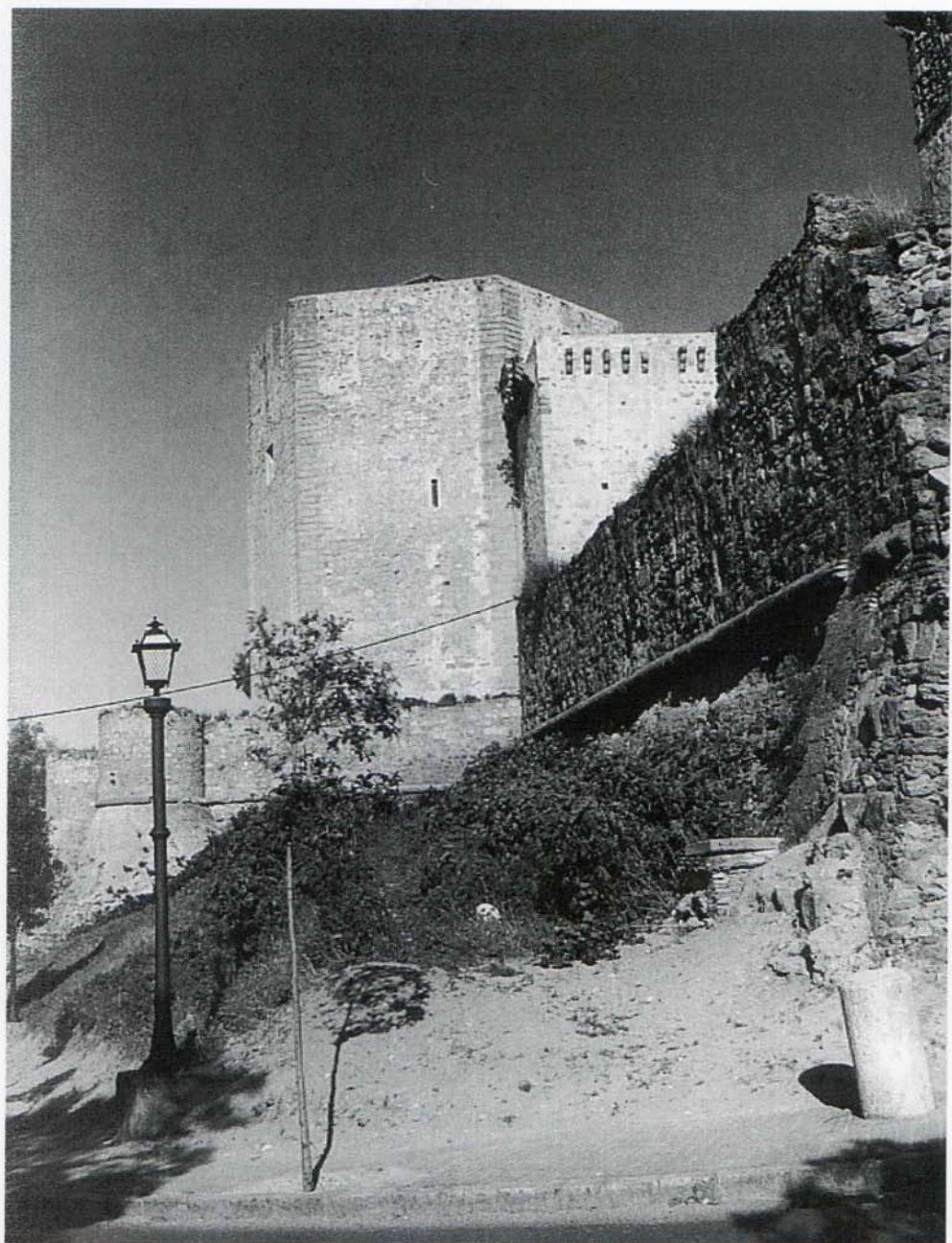
Pensaba Luis Gil que la toma del poder municipal bastaría para cambiar el estado de cosas, pues todas las medidas que habían potenciado con anterioridad habían sido del todo infructuosas. Ahora quieren ellos hacer bien las cosas y se preocupan sobre todo de hacer respetar la propiedad privada. No introducen paradójicamente en su programa el ansiado reparto de tierras. Conscientes de su carácter de indudable interinidad, pues aspiran a que el pueblo elija con su sufragio un nuevo ayuntamiento, no por ello dejó la Junta de poner en práctica toda una serie de medidas, que ellos consideraban de suma urgencia. Era su proyecto, expuesto en una alocución dirigida a la población, crear una milicia armada ciudadana, incautar el cementerio, desamortizar los bienes de la iglesia, desalojar los locales del pueblo, demoler los edificios en mal estado y conseguir de las clases acomodadas que dieran trabajo a los obreros de la ciudad. En esas ideas programáticas permanecieron treinta y tres días, tiempo que duró el gobierno del comité revolucionario.

Luis Gil veía que la situación no tenía salida y que tendrían que terminar por dejar el poder, pues era imposible continuar por más tiempo el estado anormal en que se encontraban. Alentó al presidente cantonal, Antonio Cuevas, para que este firmase un comunicado del Comité en el que se señalase el comienzo del repliegue y una rendición pacífica ante las tropas que se aproximaban, a las que, si efectivamente llegaran, saldrían a recibir las una comisión del Comité para hacerles ver que la ciudad estaba en paz. Pero no sucedieron así las cosas; las tropas asaltaron la ciudad y fueron forzados a dejar el poder. Muchos huyeron.

Luis Gil se refugió en su casa, con su mujer y sus tres hijos y un horizonte que de pronto se le había quedado sin luz. Un silencioso grito se había alojado en su alma. Francisca Gómez contemplaba silenciosa cómo se había roto todo en el mundo de su marido. No quería dejarle en esa sequedad yerma, pero Luis estaba

realmente derrumbado. Negras intuiciones habían anidado en su corazón. Unos secos golpes rompieron el silencio del matrimonio. Luis Gil abrió la puerta. De inmediato lo comprendió todo. Unos carabineros lo apresaron y se lo llevaron. Francisca Gómez no sabía que lo deportarían a las islas Marianas, pero lo que sí le decía su corazón era que no le vería más. Se acercó y abrazó llorando a uno de sus hijos. Pronto el llanto se convirtió en sollozos.

- *“¡Dios mío! ¿Por qué tanta tristeza en nuestras vidas?”*.



"...desembocar, con la angustia negra y asfixiante, en el lugar de sus inamovibles pesadillas: el Castillo".

PÉTREO DESFILE

“No hay más que una historia: la historia del hombre.

*Todas las historias nacionales no son más que
capítulos de la mayor”.*

R. Tagore

I

Atardecía cansinamente en la Ciudad de la Luz, sobre los restos del viejo Templo del Lucero. Había sufrido Barrameda los rigores del levante, que dejaba las calles solitarias con revuelos de silencios encerrados por mucho tiempo en los misterios de las Covachas; la gente se refugiaba, en vestustas casetas de madera y en transportables garitas, en la playa que se extendía desde el viejo puente de Bajo Guía hasta los restos del Castillo del Espíritu Santo, anclados en la inercia azul del mar y del tiempo. Todo era monótono silencio en la tarde estival. Allá, en la distancia, con los pinos del Coto en las retinas, se iban despeñando por las escaleras las olas lentas, eternamente lentas, cansadas de golpear durante todo el día a tantos cuerpos cual flores de lágrimas. Los médanos arcaicos formaban nubecillas que jugaban y jugaban entre lo poco que de los cuerpos dejaban ver los bañadores, impecables sábanas. Los niños, entre juegos, cubitos de arena y palas de plástico, merendaban el pan con chocolate los de más posibilidades y el pan con el queso americano los de menos. Los mozalbetes corrían todos tras un viejo balón de plástico, con una profunda vitalidad en el cuerpo y con punzadas de sentires de flores de media luna, que empezaban a fluir desde sus entrañas; mientras que las señoras, con batas semienlutadas, releían revistas negruzcas, con los pies descalzos jugueteando con las olas. Un manto extraño parecía cubrir la tarde sanluqueña de silencios mutilados; en los mayores algo llamaba poderosamente la atención, era la mirada de hierbas de cementerio; no importaba la edad, tampoco el peso, tampoco la pobreza o la riqueza, ni el lugar que se ocupaba en la playa, si la zona de los adinerados, o si la de aquellos que, aún sin merienda, no se privaban de bañar a los niños entre estridentes gritos de sus madres y abuelas que, con la bata alzada hasta la rodilla, grita-

ban y gritaban ante la improbable aparición del peligro de los mares que podía acechar a sus pequeñuelos, figurillas graciosas que recibían de los mares escobazos de plata desangrada.

Sí, sólo era la mirada lo que llamaba la atención; había en ellas una oscura complicidad de acumulados silencios, una tristeza honda, un halo de eternidad llamada a la desconfianza, un pactado sueño de quietudes, una vivencia tan fugaz como esencialmente amarga, un dolor en la retina que se hacía próximo, pero que se ansiaba distante, y una resignación adormecida entre tragedias vividas y ternura soñadas. Era una mirada que el dolor, el hambre, la tragedia y el sinsentido habían hermanado con vivencias esquizofrénicas: una cosa era el ser -";Cualquiera les quitaba lo "bailao"!"- y otra bien distinta el parecer. Ahora no había lugar en la sociedad apasionada para lo que se era, no había árboles donde pudiesen anidar las sinceridades de la vida, y los pájaros del alma habían muerto ante tanto cráneo deshecho por el cainismo, paradójicamente a la sombra de vetustas cepas que habían de producir la uva de oro, de la alegría y de la vida. No se era, se parecía. El agua de la vida no brotaba espontánea del lago remansado, individual, distinto y enriquecedor del alma de tantos seres borrachos del pasado inmediato. Había quienes ejercían la demoníaca función de encauzar dichos torrentes hacia mares interesados, con las más diversas artimañas, buscando unos pareceres monótonos, idénticos, despersonalizados, de reacciones robóticas, de ¡vivas! llenos de espanto y vomitados sobre la nada; pareceres seguidores de una moralidad monocorde, de bañadores eternos, de faldas aliadas con la divinidad, de camisas que ocultasen a la luz y a las algas de la vida la esbeltez de unos cuerpos convertidos en almendras sin cuajar por el dedo de la divinidad y de la naturaleza. Y como telón de fondo un miedo radical que chirriaba en las sienes, se hacía bolo en el estómago, y se transformaban en monótono vómito de monotonía.

Y todo esto se escapaba por la mirada y se hacía pajarillos de la tarde, que se adormecían a las orillas de la vieja barranca, de corazón caliente, que sabía tanto de sentires frustrados y de manos alzadas hacia la nada entre cuchillos de viento marino.

II

Ya no era el Alto de Capuchinos lugar de prisas y de caminares festivos, habíanse apagado los ruidos estridentes de las ansiosas tómbolas, reinaban por doquier los trozos de las entradas al tren de los miedos y de los abrazos; ya el recinto multicolor había ido empobreciendo de luces y la tierra empolvada era cuna de los vómitos cuajados de primerizas borracheras; la noche quería amanecer despacio susurrando campanadas de descansos a los tardíos, mientras la festiva explanada iba quedán-

dose sola, tranquilizada por el silencio de los pregones de trompetas locas. Sólo quedaba el silencio que convocaba misteriosamente a la inquietud y a las sombras, y que acurrucaba en sus brazos el tímido vientecillo que subía por la Cuesta de Capuchinos desde la próxima y solitaria playa. El aire traía un olor denso de magnolias y madre selvas cercanas.

El pueblo dormía del cansancio de una verbena pastoril y mariana, que ponía manteles estremecidos, que vertía gotas de vitalidad a la radical monotonía del pueblo, anclado en el año de gracia de 1952. Se había bebido, se había comido, se había cantado y se había sudado; sí... sobre todo se había sudado. Una catarata de sudores había caído sobre eucaliptos centenarios, plagados de corazones de navajas, envejecidos, guardianes del convento que el duque Don Alonso había mandado levantar en la antigua Huerta del Desengaño, su antiguo recreo y hoy lugar de silencios internos y de jolgorio festivo.

Sobre las 50 heras de huerto y las 4 aranzadas de viñas reinaba una noche radicalmente bella; se respiraba a campo y en un abrazo silencioso se entrelazaban los olores campestres con la luminosidad silenciosa de las estrellas. La antigua Hermandad de Mareantes había sabido buscar el lugar idóneo para la bella Ermita del Buen Viaje.

Sonaron en la distancia, con latidos lastimeros y mustios 5 campanadas desde cualquier torre perdida en el ronquido de la noche, llamando a los perros a que iniciasen sus afanes guardianes y a los gallos a gritar que caminaba lento el alba por los senderos del aire.

Un alma dolorida y solitaria era centro del escenario. En una pobre celda, de rústica cama, de pequeña mesa para el leer cotidiano, y de duro reclinatorio sobre el que dirigirse a la seca cruz clavada en la ennegrecida pared, sobre un desvencijado sillón de apolillada madera, llevaba su dolor negro en la noche clara Fray Luis de Antequera, que musitaba ahogadamente un "¡Ay, Dios mío!", al tiempo que sus ojos oscuros y cansados, bajo el pelo revuelto sobre los ojos remansados, se acurrucaban en la infinita pesadez de sus párpados y caían a borbotones, acompañados de toses y ahogos, fríos sudores que iban cubriendo lentamente su hábito empapado.

Aquí estaba él, abrazado en la noche a la enfermedad por un cordón umbilical deshauciado y constante, unidos como viejos enamorados; lentamente ella, con su voz aceitunada, se había ido acercando a su existencia y llamando a su puerta, sin que le importase el hecho de apenas conocerse, habiendo bastado una cómplice sonrisa como reclamo. Siente en sus bronquios los abrazos de esa compañera que le ha

declarado amor eterno; y él piensa tranquilamente... no hay prisas y, sin embargo, cree que el trayecto que le separa de su meta es largo y sinuoso; sonrío dolorosamente ante la boca abierta de la sepultura próxima que aguarda su presa, y sabe que tendrá que caminar por caminos polvorientos, enjutos, oscuros y con un brutal silencio; hasta el río de su alma se ha secado para que todo sea sólo camino. Nada importa ya, porque su existencia de 56 años está fijada, con ansias abandonadas, en los ojos negros de su compañera de viaje.

No importaba ahora que vivencias pasadas y dolorido presente se mezclasen para producir el terror en su alma; viejas imágenes confusas luchaban por proyectarse, como un abanico de doloridos recuerdos, sobre su febril mente en cada segundo enloquecido; el terror le impelía a cubrirse el rostro con sus pequeños y rollizos dedos. Sentía por fin que su respiración se relentizaba, que su corazón disminuía el ritmo y que la bestia, que le azuzaba con los negros puñales del recuerdo, quedaba adormecida a los pies de su sudoroso hábito, mientras que por la ventana de su celda iban entrando las sordas penumbras.

No sentía ahora dolor, aunque sabía que la situación sólo sería momentánea; se veía como un ser ajeno que se iba hundiendo lentamente en el oscuro mar de su pasado histórico: la Cuesta de Capuchinos sin amanecer, su primera señal de la cruz al pie de la Cruz que se encontraba en la cuesta del convento, su lento caminar por la calle donde se levantaba misterioso el Caserón de los Arizón -silueta de luces helada y yertas-, la subida fatigada por la Cuesta de los Ganados, su casi ahogo por la Escalerilla de los Perros, su fatigado y lento caminar por Caballeros y Luis de Eguílaz, para desembocar, sudoroso por los sofocones de las subidas, con la angustia, negra y asfixiante, clavada en lo más profundo de sus cortos 40 años, en el lugar de sus inamovibles pesadillas: el Castillo; después de esquivar las doloridas miradas de los aterrados familiares de los presos, que le veían más como instrumento de una magia, que presagiaba la muerte, que como una víctima más de la barbarie, sobre todo ante la postura colaboracionista de muchos miembros de la iglesia local con los vencedores.

Siempre esperaba escopetas ocultas, que le miraban con los ojos negros de un cráneo, y registro identificadores de voces sin garganta. Todo ello no era más que una pesadilla; no, él no había vivido nada de aquello. Eran sólo frases, negras palomas desatadas, de una historia algún día leía en un relato de terror; eso no le podía haber sucedido a él. Quería su mente que nada le importase; pero "sentía el pensamiento y pensaba el sentimiento" (Miguel de Unamuno). Así se sentía Fray Luis en la penumbra solitaria de su celda; su cara de niño grande, que parecía arrancarle directamente de los hombros sin dejar lugar para su cortísimo cuello, no ocultaba el

dolor y la angustia del día y de la noche, vivida en su sillón de madera en la más dolorosa soledad, pues sus hermanos de comunidad habían estado atareados ante tanto movimiento festivo. Quiere aferrarse a la filosofía de los vetustos pensadores, se grita espasmódicamente las palabras de Rabindranath Tagores: "Si lloras por haber perdido el Sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas".

La noche acaricia los cipreses que escoltan el vecino cementerio conventual con su manto de agujeros de plata, queriendo depositar en su frente un suave pañuelo de frescores de eucaliptos. Mañana será otro día. Los gallos tocarán las campanas cuando amanezca en el convento, y Fray Luis se preparará para rendir culto a la enfermedad y a sus recuerdos. Todo seguirá atormentadamente despacio; Fray Luis volverá a mirarse en el espejo de su atormentada alma.

III

El amanecer ya despuntado había llegado de puntillas a las puertas del día festivo; la modestia conventual no le privaba de rústica belleza, pues las yemas de luz se proyectaban sobre el patio transido de silencios y proyectaba su colorido en el diminuto griterío de las solemnes adelfas que llenaban el claustro y en los giros de serpientes de los sombríos helechos que, colocados en la pared, llegaban casi hasta el suelo del claustro; este despertaba poblado de esfinges animadas que se sentían con plena y augusta seguridad de su destino. Y mientras la comunidad musitaba en el coro sus rezos de laudes y maitines, rodeados de las inefables creaciones de la gubia y el cincel, que infunden vida a la materia y aprisionan dogmas divinos en fórmulas de arte realista.

Muy madrugadoramente -hoy antes que de costumbre- Fray Álvaro, monge lego y encargado de mantener limpio el convento, había acudido a la llamada de la campanilla que, en la puerta, anunciaba la llegada diaria del doctor González que venía a visitar a Fray Luis. Inyecciones y jarabes pretendían aliviar esos maltrechos pulmones que eran la cruz que atormentaba a Fray Luis...

Ya se había ido el doctor, dejando en el claustro su recomendación diaria de que cuidasen las corrientes de aire y su monótono: "¡Hasta mañana, si Dios así lo quiere!". Nuevamente Fray Luis se adentraba cruelmente en la negra cueva de sus recuerdos, arrancados de los bordes de su corazón sangrante. Se había hecho fraile porque había querido ser un místico, pero su vida había sido una pura contradicción, pues había contradicción entre lo tangible, lo plástico y lo íntimo, lo secreto y lo suprasensible. Sentimientos contradictorios tenía en su alma al quedar solo en el

convento un 12 de mayo de 1931, cuando unos pobres locos de mimetismo habían querido pagar su rabia y sus frustraciones quemando la puerta y el pajar del convento y saqueando lo que pudieron de lo poco que había. Sólo había sido un susto, pero él no quería distraerse de su vocación mística, pues se sentía atraído por ese volcán divino que brota ineludiblemente del alma humana.

Casi sin darse cuenta y sin poderlo evitar, como inevitable es la plata del rocío, Fray Luis comienza a oír en el lago de sus recuerdos los sonoros pasos de unas vivencias que pretende rechazar, pero que le atormentan más aún que la cruel enfermedad; los síntomas son una vez más inconfundibles y, aunque muchas veces pidió a Dios que se los alejase, los sigue viviendo miles y miles de veces... parece ver aquel luminoso día de julio en que un joven de 17 años, Vicente, antiguo monaguillo en la infancia, vino a traerle los primeros ecos de la inminente tragedia fratricida; con juvenil aliento le contó el joven que, en vistas del cariz que tomaban los acontecimientos, le había pedido a don Rafael le concediese permiso para poder circular con bicicleta por la localidad, a lo que le contestó que, para que se lo concediese, era imprescindible que se afiliase a la Falange; y que él había accedido con la condición de que no le obligasen a hacer guardia (“una de mis noches tormentosas le vi con su corta edad haciendo guardia en una garita que se encontraba en las proximidades del castillo-cárcel”). Asimismo le había contado Vicente, sin mucha precisión puntual, que estaban cerrando los bares, que cacheaban por las calles, que había habido asaltos a establecimientos, que se veían escopeteros por todas partes, que se había oído tiros en el pórtico de la Iglesia de la O, que había heridos, que se habían hecho registros domiciliarios, que había prisioneros, que a unos los habían llevado a Jerez y a tros los encerraban en el castillo.

Como martillazos en el yunque del silencio, iban repitiéndose las escenas narradas, recordadas y sufridas miles de veces en los últimos años, que ahora se interrumpían en la fría celda monacal por la tos incansable y los constantes esputos de sus inacabables expectoraciones, que recordaban a Fray Luis que habían pasado de aquello ya 16 años, 16 años de remordimientos y de deseos incumplidos de haberlo olvidado todo, perdido en algún lejano país de misión.

No era la sinuosa tortura nueva, le rondaba ya desde hacía muchos años y era lo peor que siempre encontraba un descuidado resquicio por donde infiltrar las estelas del grito, como se infiltran las primeras aguas de la lluvia, tras largos periodos de sequía, por la tierra reseca.

Pero ahora iba notando Fray Luis que no eran ya tan punzantes los recuerdos, que no le cercaban en ásperas manadas, que más bien caían sobre su alma carcomi-

da y que poco a poco se iban diluyendo, hasta parecer el dolor sordo que, tras el golpe sufrido, queda adormecido en marejadas de silencio... Y parecía ser fruto de la buena voluntad y de unos enraizados sentimientos cristianos lo que, según le contó el padre Guardián y le ordenó posteriormente su cumplimiento, había traído una noche al convento don José (“Entonces todo se hacia de noche”), personalidad importante del momento en la localidad, que le pidió al padre Guardián que colaborásemos con el Glorioso Movimiento, enviándole a él, precisamente a él, para ofrecer los correspondientes auxilios espirituales a los presos que lo solicitasen; que se debía hacer mediante la previa petición de ellos; y que comprendiésemos que sería muy bien visto por las autoridades que, aunque de manera espaciada y con la mayor discreción, visitase a los presos en el castillo; ‘¡Ah!, y muy importante”, terminó afirmando don José, con una socarrona sonrisa, que el padre Luis aprendiese a no ver y sobre todo a no interceder por nadie, porque la muerte no entendía de ruegos de frailes.

Al llegar a este momento de sus recuerdos, Fray Luis, con angustia ahogada, quería romper lo que allí vivió y aún peor lo que se imaginó, como se rompe un cristal de una pedrada, para que batiesen sus alas aquellas turbias imágenes. Pero esto ni hoy, en el lecho del dolor, ni nunca, en los años precedentes, lo había podido conseguir. Muchas veces había pretendido esconder en el armario de los miedos infantiles todo lo visto, todo lo sufrido, todo lo aguantado, toda aquella radical importancia que le llevó incluso en una ocasión a pedir a Dios la muerte (“que Él me perdone”), pero ni aún así había sido posible. Siempre había abierta una chispita de la puerta de su conciencia por la que se iban colando aquellos personajes de una nihilista tragedia sin sentido, mientras el pobre mar lloraba su llanto negro.

Y así iban proyectando en la oscura pantalla del silencio las sombras amables y doloridas de aquellos robledales, cuyo único pecado -y a veces ni eso- había sido el disidir. Antonio y su cuñado Federico, Miguel Caro (toda una vida bajo el largo olor de los pinos del Coto), Domingo Agüera (primo de Antonio, el del cine Principal), el Gorreta, la Osa (con su pierna menos), el hijo de Lolilla Verano (enlutada como una voz de la tragedia griega, oculta en las sombras de la silueta del castillo, asesino de su hijo), Salvador Peña (un hombre radicalmente bueno), confiteros, aguadores, albañiles, guardias municipales expurgados, maestros, campesinos, vicultores, arrumbadores, marineros, telefonistas, taberneros y hasta un operador de cine... se iban diluyendo en una sinfonía de ayes sin mareas, en el grito aterrador de una playa de muerte inabarcable, que no entendía las mudas razones de los hombres.

Se fundían y confundían en su mente, como un cuentagotas aterrador, las idas y venidas del macabro camión que, al llegar las primeras luces, los transportaban a

los más diversos lugares donde iban a ser fusilados. La sinfonía del terror, clavado por los muros, sonaba en la carretera de Rota, en el camino de Munive, o en Cuesta Blanca, o en Mahína, o en Las Majadillas, o cerca de Chipiona; se mezclaban mar y viña, algas y río, calor y frío, ante un aterrador castaño de dientes aunque se estuviese en pleno estío, bien despierta la noche oscura.

Fray Luis llegaba a este momento de sus recuerdos con sus pulmones ahogados y con un convulsivo río de toses, que parecía que iba a salir de sus entrañas volando la dolorida paloma de su alma, pero una vez más se acallaba lentamente la pesadilla, se retiraban del escenario los recuerdos, buscando el clavo ardiendo de que aquello nunca existió más que en una memoria dañada, dolorida y herida por la enfermedad y los años. Los periodos de la vida quería creer que no tenían barreras temporales, sino tranquilizadoras lagunas del olvido, cual susurrantes brumas por las orillas. Sólo se despiertan los sueños, recreándose en lo que fue a través de humos que se pierden entre los monstruos del silencio, como semillas estremecidas.

Quería tranquilizarse Fray Luis; y, con un sorbo del fresco botijo que los frailes habían colocado en su celda, refrescaba todo el miedo, la angustia y el terror pasados. La paciencia y el aguante querían nacer en su mente enfebrecida, como surgía la paz después de las muchas sangrías a las que le sometía el doctor González en sus diarias visitas. Quizás no fuese tanto, sino el fruto maduro de la soledad, el dolor y la monotonía, que azotaban las llagas de su alma. Más bien parecía que los recuerdos querían presentársele como un destello final, que venía a perderse a los pies de su sufrido hábito capuchino. Antes, cuando más joven, subía la vida por ágil cuesta sobre un juvenil caballo de espumas y manchas de la noche en el cuerpo, con la paz de la madrugada y el desprecio ancestral por el tiempo; no miraba a lo lejos, sólo contemplaba lo cercano, ni medía diferencias, ni establecía contrastes. No veía, porque no tenía aún la radical agonía de la vida, y los lejanos no habían sido tiempos de luchas, sino de indiferencia, diríamos de fingida indiferencia, porque, en el fondo, quien cabalga en el bello corcel de la juventud sabe bien qué quiere y cuál es su meta. Pero cuando el juvenil caballo encanece, pierde agilidad y su trote se hace más lastimero, es cuando llaman a la puerta de la vida, con sus largas manos, los recuerdos, que difícilmente se pueden comunicar, sólo se viven, se reviven y se sufren; es entonces cuando quien antes corría ahora remansa y se acostumbra no a ver, sino a mirar; comienza a sufrir detalles y nota cómo ya no le vence la superficialidad de los sentidos... Es entonces cuando el alma se transforma en almacén reforzado y los ojos en compuertas del recuerdo que todo lo perciben; se atormenta ejercitándose en reconstruir lo vivido y ordenando las cosas y sus sensaciones por medio de la memoria.

Y “¡qué contrastes!”, se decía el padre Luis para sus adentros, al pretender tranquilizarse con estas reflexiones; cuando la vida le empezaba a quitar la vida, cuando esta se iba apagando lentamente, cuando ya no pasaba sino que se iba de él, es cuando parece querer darle menos, cuando sentía que se le entregaba a diario en cuentagotas, con una suavidad que se le escapaba de sus sudorosas manos; y es ahora cuando el espíritu, agotado por lo vivido, tiene flexibilidad para fabricar un panal de estridentes recuerdos y de doloridas vivencias personales.

En el techo de la noche se van encendiendo luces de agrias fragancias, que proyectan, en los mugrientos muros de la anciana celda, la sombra dolorida de un cuerpo inerte. Los recuerdos de Fray Luis quieren dormirse para siempre, y friamente van cayendo de su frente hermética. Sus sentires quejumbrosos, como su tosco hábito monacal, van proyectándose sobre la habitación enrareciendo el aire con alientos requebrajados. Unas nubecillas de niebla se van extendiendo de manera definitiva por sus ojos, apagadas lunas negras que se proyectan sobre un mar sin retorno. Enmudecen las campanas; silencian los pájaros de la Huerta del Desengaño, flotando sobre el río de la muerte; se apagan las salmodias corales; pero los que nunca se eclipsarán son los recuerdos silenciosos que traen al alma las ruinas de unos cuerpos destruidos, mientras se conmueve, con oscuros sollozos, hasta el pético escenario de su desfile.



“Desde la Calzada... llegaba a la Plaza del Cabildo una acariciante brisa que perfumaba los pulmones de las palmeras...”

JUVENILES AÑORANZAS

*“En mi memoria tendría,
con un recuerdo de plata,
piedra de rocío.*

*En el campo sin monte,
una laguna clara,
manantial apagado”.*

García Lorca. “Poemas sueltos”

Era una tarde realmente placentera. El día agosteño había derramado suspiros de fuego desde sus montañas azules, pero ahora el fuego dormía acurrucado entre las olas de frenesí apaciguado. Desde la Calzada, rectilínea serpiente que besaba las algas marinas, llegaba a la Plaza del Cabildo una acariciante brisa que perfumaba los pulmones de las palmeras, que se alzaban interrogadoras hasta el infinito con sus plumajes de verdes yedras. Era bella la perspectiva que se gozaba sentado alrededor de una de las mesas de la terraza de la heladería de Toni. Por entre los claros y oscuros de la calle Amargura, aparecía, al fondo, solemne y desafiante, la torre de la iglesia de Santa María de la O y se adivinaban a sus pies esas misteriosas piedras de las Covachas. Los niños corrían tras las palomas en un juego centenario, y estas movían coquetas su volante de cielo y plumas, con una proximidad que jamás era aprisionamiento. La gente iba y venía, lentamente unas, otras con paso más rápido; ello daba a la Plaza la sensación de movimiento de manadas que se movían a la búsqueda de aires helados en el mes agosteño.

La campana del reloj del Ayuntamiento hizo crujir el silencio azul de la tarde sanluqueña con seis toques secos, monótonos, acariciando suavemente a las yedras bailarinas. Yo seguía contemplando ensimismado el paso continuo de sombras blancas con rapidez de sueños mañaneros.

Reinaba en la Plaza la luz, la animación y la vida. Era lo que yo estaba esperando. Durante todo el verano me había dejado las pestañas en las dependencias

municipales leyendo Actas Capitulares, que me informasen de cómo era la Sanlúcar de Barrameda de las primeras décadas de este siglo que ha comenzado ya su última década agónica, asomando cansinamente el desdeñoso pañuelo de la despedida. Y ahora tenía la oportunidad de hablar con la luz, la animación y la vida real de aquellos años estudiados.

Aparecieron de pronto las personas que yo esperaba. Con paso firme salí a su encuentro. Eran José Alonso Gómez y Purificación Alonso Gómez, dos hermanos solteros de avanzada edad. Nacidos en Sanlúcar de Barrameda, una gran parte de sus vidas la habían pasado en Madrid, por lo que guardaban aún mejor en sus almas, arrugado por el tiempo, cuanto aquí habían vivido, y por eso me interesaba lo que me pudieran contar. José era un anciano espigado y de alegre rostro, delgado y presto a la risa; su mirada parecía perderse cansinamente en sus recuerdos; toda su persona respiraba vitalidad. Purificación era más bajita, un poco más gruesa y como con esa timidez, heredada en los tiernos años de la infancia y convertida en compañera de la vida para siempre.

Ambos tenían el pelo blanco y el andar vacilante, aunque su férrea voluntad quería impulsarles al vigor gozado en otros tiempos. Alrededor de mi mente giraban bandadas de curiosidades por saciar. Era como poder disfrutar del privilegio de trasladarse a otros tiempos.

- *Yo nací con el siglo, en 1901, comenzó José.*

- *Yo nací en marzo de 1898, siguió su hermana.*

Habían abierto la pequeña puerta de su intimidad y siguió José con hablar seguro.

- *Mi hermana se afincó en Madrid desde el año 34, un servidor desde 1922, en noviembre del 22, por voluntad propia.*

El río de sus recuerdos comenzaba a correr grave y hondo en la tarde sanluqueña, reventada de luz.

- *Recuerdo que fui educado en los Escolapios, en la plaza de San Francisco, en los tiempos del padre Avia. Allí estuve diez o doce años. Mi profesor fue don Mariano Baluerca Muerga, bilbaíno. Muy querido por todos los condiscípulos. Primeramente en mi juventud, en mi infancia, estuve en lo que le llamaban los párvulos de la calle Regina por una maestra, educado por una maestra, y de allí pasé a los Escolapios. Y me ausenté en el año 14, eso es a los trece años.*

Del corazón abierto de su infancia escolar, saltó José a liberar los secretos de aquella Sanlúcar de Barrameda ya ida de sus manos pero no del chopo solitario de sus recuerdos.

- *¿Las calles? Tranquilas. La vida de la mujer, pues, hacía una vida retraída, miraba a los transeúntes, pues por lo que le llamaban aquí los ladillos del cierro. Y sus cuchicheos, propios de mujer -aquí José ríe irónicamente-. También los hombres somos muy cotillas -vuelve a reír-. Cotillas le llamamos allí en Madrid al chismorreó. Y discurrían pues muy tranquilas las calles. El pasear por la calle Ancha dos veces ya se señalaba la persona, bien hombre o bien mujer. Y en sus labores y esperando que llegara el príncipe de los sueños... -José vuelve a reír con una supuesta carga irónica y significativa desde la atalaya de su edad-*

Cantaban los pájaros en abanicos que abrían sus brazos, la brisa se multiplicaba, seguía el desfile de paseantes. Les pregunté por la situación económica de aquellos años.

- *Muy mal -interviene categórica Purificación-, muy mal. Daba pena de ver a las personas con unos remiendos muy grandes en los pantalones, en las mangas de las chaquetas... y las chicas, pues salían poco, muy poco. Únicamente en verano. Y el carnaval era la diversión de la juventud. Bueno, de la juventud, de niñas y de catorce y quince años. No se podía pasar dos veces por la calle Ancha, como dice mi hermano, porque enseguida... ¡uf!. "No quieren más que pasear". Nada. Muy tranquila, mi madre muy tranquila. Que le ayudara mucho y ya después cuando mi hermana mayor se casó, mi hermana Manuela me dijo que me fuera con ella. Estuve pues veinticinco años viviendo con Manuela, la madre de María. Las fiestas de carnavales eran divertidas... sí, sí... muy divertidas. Ahora que un poquito... porque tiraban mucho arroz y tiraban agua. Y se pillaba una media pulmonía -rompe en una sonora carcajada después de sus afirmaciones vacilantes, mezcladas, sin lugar a dudas, con un revoltijo de recuerdos-*

- *Se celebraba en la calle Ancha, terció José.*

- *En la calle Ancha, repite Purificación.*

- *Con murga y estudiantina, continuó José. Las murgas con sus banderas. Las coplas pues eran alusivas a lo que ocurría en aquellos tiempos.*

Me parecía como que ambos hermanos le estaban dando vida a cosas secas, sacándolas del definitivo silencio de tiempos muertos y que ahora iban quedando

traspasadas por las estelas de luz que rebrotaban de la garganta de la Plaza del Cabildo, como de un sol dormido entre sus palmeras.

-Se ha triplicao o cuadruplicao Sanlúcar; continuó José. *El Cerro Falón, maravilloso hoy, era un basurero, un montículo tremendo donde se vaciaban todas las basuras de aquel sector. El barrio marinero, pobretón, con sus calles y sus casas muy mal cuidadas. Y el Cabo Noval era un callejón estrecho, donde se echaban todas las inmundicias. En mis tiempos ya, lo ensancharon y lo pusieron tal como está hoy, ¿verdad? Pero de chiquillo yo, como se le decían entonces, chiquillo, era un callejón, donde ya digo, daba asco pasar. Su calle tremendamente mal. Hoy maravillosamente la he encontrao.*

Purificación iba contemplando a la gente que pasaba a nuestro alrededor, les parecían ir vestidas de días de fiesta y, colgando su reflexión de una estrella, habló espontáneamente.

- La gente vestía en mi infancia bien... pero la juventud mucha iba de mantón... A mí me gusta más como está Sanlúcar, desde luego parece otra. A mí me gusta mucho Sanlúcar, la quiero mucho, a pesar de tantos años en Madrid quiero mucho a Sanlúcar y veo que ha prosperao muchísimo. Las casas, en el vestir, en la manera de hablar. Estoy encantada de cómo está Sanlúcar, la quiero mucho.

- Ha evolucionado mucho con respecto a su indumentaria, continuó José. *Antes, los hombres, pues vestían con parches en los pantalones y las mujeres pues en el trasero. Únicamente, algún como le llamaban "señorito" -recalcó José esta palabra al pronunciarla, como poniendo en ella un cierto desdén- se permitían el lujo de ir a Cádiz a vestirse, entre ellos mi padre. Mi padre no fue un señorito; fue un productor; dueño de una tonelería en la calle Santo Domingo, pegando a la iglesia de Santo Domingo, que posteriormente fue almacén de madera del que fue alcalde, don Leopoldo del Prado. La alcaldía la alternaban, señalada por el dedo, don Joaquín Díaz Márquez, liberal y don Leopoldo del Prado, conservador. Alternando. Entraba don Leopoldo del Prado... pues todos sus adictos, porque entonces no eran de plantilla, ni por oposición; los empleados del ayuntamiento eran los seguidores de los alcaldes. Hasta no sé qué año fue cuando ya lo pusieron por oposición. Que entraba don Leopoldo, los conservadores; que entraba don Joaquín Díaz, los liberales; porque entonces no se les llamaban derecha e izquierda, sino liberal y conservador.*

La luz, encontrándose a sí misma, iba y venía, como iban y venían los recuerdos de ambos hermanos por los senderos del tiempo, Continuó José.

- El veraneo. Afluía mucho público de Sevilla, por medio de los barcos; la locomoción era el viaje por el Guadalquivir. ¡Precioso viaje! ¿lo conoce usted? El viaje del Guadalquivir desde Sevilla. Había tres, cuatro buques, cuatro barcos, como le llamamos aquí: el San Telmo, el Bonanza, y el Cádiz; y el Bajo de Guía, que salía todos los días, que le llamábamos el vapor del pescao, que iba a Sevilla a dejar el pescao que produce Sanlúcar. Al Barranco... ¿conoce usted el Barranco, verdad? Está en el muelle, junto a la Torre del Oro. Exactamente. Ese barco salía todos los días a las siete de la noche. En invierno ya es de noche, en verano con la luz del día; y costaba cuatro pesetas el viaje. Yo hice algunos viajes en ese barco, a la feria de Sevilla, de San Miguel, de ganao que le llamábamos y a la Feria de Abril y a la Semana Santa.

- ¡¡Los bañadores!!..., dice Purificación riendo a carcajadas, ¡hasta el tobillo! Y con medias mangas y aquí -se señala púdicamente el pecho- un escote cuadrado, y después encima las sábanas, porque dice que se señala el cuerpo. Y había una señora que pagaba a cuatro para que le bajaran la caseta hasta la orilla -vuelve a reír-. La playa estaba dividida en dos. La parte de la derecha para las señoras, la parte izquierda, la margen que le decían, la margen izquierda para los caballeros. Había guías que no le dejaban pasar por la parte donde se bañaban las señoras. Algunas veces había quien se colaba de una parte para otra, pero los guardias... los guardias se lo llevaban preso -las carcajadas le impide pronunciar con claridad sus palabras; parecía como si Purificación estuviese contemplando la escena-. ¡Qué risa! ¡Igual que los de ahora! Ahora son Sabrinas todas. -Vuelven a reír-.

Yo recordaba gratamente en el cielo verde de mi infancia mis juegos con otros niños en un parque que había en el Pino, en las proximidades de la plaza de toros; por él les pregunté.

- Aquello le llamábamos, y perdone, contestó decididamente José, el jardín del Pino. Y frente estaba el parque, también muy pequeñito, pero lo que le llamábamos el parque. De manera que, subiendo por el Alto de las Cuevas, a mano derecha el jardín del Pino, ¡precioso! Pequeño, pero precioso. Y a la izquierda, el parque, lo llamábamos el parque. Con arbustos y con mucha arboleda, pero ya digo el Pino le llamábamos el jardín del Pino.

Les pregunté luego si había cambiado Sanlúcar a raíz de la dictadura de Primo de Rivera.

- Durante varios años, intervino José, no; durante varios años, no. El cambio lo noté yo en Sanlúcar a partir de este, del alcalde este que hizo las obras del Cerro

Falón. Pero, desde el año 22 hasta antes de la guerra, el año 36, el año que se declaró la guerra civil, Sanlúcar estaba igual. Ahora, en su honor, voy a decir que me gustaba más el paseo regio, que por algo se llamaba Paseo de la Calzada de la Reina Mercedes. No sé cómo se llamará hoy. Era más grandioso aquel. Mi censura al alcalde porque he encontrado el piso en muy malas condiciones, el alumbrado... pestífero y yo creo que poniéndole los focos por el centro y echándole albero de Alcalá de Guadaíra mejoraría el piso. Así es que mi modesta censura al alcalde, no sé si será él el culpable, pero lo encuentro muy ajao. En aquella época me gustaba más, era más grandioso. Desde que se desembocaba por la Plaza del Cisne y se miraba todo el paseo, ya digo ¡magnífico! Hoy no, hoy lo encuentro muy empobrecido.

Había mencionado José de pasada la lamentable guerra civil española; aproveché para preguntarle, si, cuando venían ellos por Sanlúcar en aquellos años treinta, había algo que anunciase que iba a haber una guerra civil próxima.

- Yo no, no lo notaba, sí notaba políticamente que había mucho odio, mucho odio. Que algo podía ocurrir, pero sin figurarme hasta qué magnitud iba a llegar. Yo vine en el año 36 para ver, con dos madrileños, compañeros de trabajo, porque querían conocer mi tierra y digo mira vamos a ir para que conozcáis de paso la Semana Santa de Sevilla; y claro como yo conozco muy bien Sevilla, los llevé por toda Sevilla y le gustaron mucho y los traje a Sanlúcar. Y la impresión que le causaron de Sanlúcar: "es un pueblo bonito, alegre, pero... muy pobre, Pepe". Entonces había huelgas de marineros y estaban todos en la Plaza del Cabildo. Dice: "Da pena ver ahí a este contingente de público, ahí y qué hacen". Digo: "Pidiendo el socorro, porque hay huelga de marineros, vendaval". Dice: "¡Qué lástima, un pueblo tan bonito y qué sensación de pobreza da!". En los años 36. A partir de eso, como dejé de venir los tres años de guerra, en el año 40, pues estacionario, como lo dejé el año 36, ¿verdad? Ya cuando vine es cuando empezaron las obras del Cerro Falón y del Barrio Alto; el Barrio Alto era pues nada, el Palmar, donde en el verano se ponían de manifiesto los toros, de las corridas que se celebraban en el verano; todos los domingos se celebraban toros. Y donde se plantaban, yo planté un árbol en el Palmar, y el "paseo de los curas" le llamaban, era un paseo muy deteriorado, muy pobre. Hoy está magnífico. Y ya digo, y el caserío pobrísimo. daba la sensación de mucha miseria, de mucha miseria.

Eran las 7,30 de la tarde. Noté que les quedaban en la boca miles de palabras, que suavemente se les iban desprendiendo descubriéndome lo que fue aquella Sanlúcar ya ida. José y Purificación contemplaban la ilusión con la que yo les escuchaba. Sus palabras iban disipando chorros de sombras. Dejé un balcón abierto y quise adentrarlos por otro derrotero: personajes de la época. Les pregunté por el padre Lagomazzini.

- *Recuerdo, siguió José, como quien repite una lección de clase, primero que fue coadjutor de Santo Domingo, de la iglesia de Santo Domingo. Hijo de Lagomazzini Franzón. Tenía un huerto. Y en uno de los Juegos Florales que hubo en El Puerto de Santa María le concedieron la flor natural. Con ese motivo, en un verano, y en conmemoración del centenario de don Luis Eguílaz, escritor sanluqueño, que escribió EL SALTO DE PASIÓN; pues en el Centenario de su nacimiento pues se celebraron aquí unos juegos florales, que creo que él fue también el poeta. El mantenedor fue don José María Pemán, académico de la Lengua, de Cádiz; académico de la Lengua de Madrid, nacido en Cádiz. Y se celebraron. La reina de los juegos florales fue la hija de doña Pura Vila, doña Pura Vila, que vivió todo el tiempo que yo estuve aquí en la calle de la Bolsa, frente a lo que llamamos la Capillita del Carmen, donde voy todas las mañanas. Yo soy católico, beato no. Católico. Pero voy todas las mañanas, recordando lo que me hacía mi padre cuando me llevaba a Bajo de Guía a tomar café los sábados, ¡chiquillo!, pues al pasar por la capilla, yo era pequeño, y me subía para que le echara una perra gorda -se ríe- en el cepillo de la Virgen, y hago eso todas las mañanas. Me levanto y voy a la capillita. Hoy no le echo una perra gorda, porque no existe. No sé si usted la conoció la perra gorda -vuelve a reír-. Hoy le echo cinco pesetas. -Ríe a carcajadas-*

- *¡Huy!, sí, sí. Fue mi confesor. Sí, sí..., interviene Purificación. El padre Lagomazzini era muy bueno. Era muy reservado eso sí, muy reservado, Pero muy bueno. Yo conocí a una tía de él que fue mi maestra, de pequeña; tenía yo ocho años; una tía del padre Lagomazzini fue mi maestra. ya después pasé a la calle San Juan, pero mi maestra fue doña Regla Granado, que tenía una sobrina que se llamaba Otilia Granado, y un sobrino, Juan Granado, primo hermano del padre Lagomazzini. Fue mi primera maestra, que estuvo en Bonanza primeramente y luego se vino a Sanlúcar, a la calle Bolsa, 61. Mi primera maestra, sí, sí, doña Regla Granado. Esta señora se marchó a Sevilla con sus dos sobrinos, y el sobrino se marchó a América, Juanito. Que recuerdo que yo tenía ocho años. Subimos a la azotea, me dice Juanito: "Mira, mira, ya va a pasar el cometa y desaparece el mundo". -Se ríe-. Yo tenía mucho miedo -ríe a carcajadas-. Yo no dormí esa noche. Fue en 1910. Sí, sí, sí...*

Ya que iba el tema de poetas, quise preguntarles por otro poeta sanluqueño, por Manuel Barrios Masero, nacido en 1892, autor de obras como Maricielo, Breviario Lírico, Poemas de Puerto Lucero y otros.

- *Era muy simpático, afirmó José, muy sociable, vivió muchos años junto a donde vivimos nosotros, en la calle Fariña. Él vivía en el 4, nosotros en el 6. De manera que tabique nada más nos separaba. Simpatiquísimo, escribió una obra poética llamada "Maricielo". Mi sorpresa fue cuando hace cuatro o cinco años vi*

una dedicatoria en la Plaza del Cabildo, esquina a la calle Mochales. No sé cómo se llamará hoy la calle Mochales; donde estuvo la imprenta Garaña que publicaba "El Profeta", el periódico "El Profeta", de tendencia liberal. Y "El Sanluquilla", como le decíamos, "El Sanlúcar", de don Arbidio Pulet Pimentel, en la calle Alonso Núñez, tenía la imprenta. Y ya digo muy simpático, muy cariñoso. Estuvo empleado en el ayuntamiento, porque su padre pertenecía al ayuntamiento y maestro de las obras del ayuntamiento y después se fue a Sevilla a la casa de los Ibarra. Este, Barrios Masero. Y frecuentaba el Ateneo de Sevilla, se hizo muy popular el hombre. Y aquí muy querido, muy querido, Manolito Barrios Masero, como le decíamos.

José en su mitin de ondas del recuerdo había mencionado otra tarea que me suscitaba interés, el de los periódicos locales. Le pregunté por ellos. José, estrenando voz y rostro en cada una de mis preguntas, inició un nuevo tema. Brotaban de su lengua disecadas rosas del pasado que en sus ojos renacían a la vida.

- Había "El Sanlúcar", vulgarmente conocido por "El Sanluquilla"; en Chipiona había un sargento de carabineros que iba todos los días a desayunar a una tienda que le llamaban "El Colmao" en Chipiona y él siempre que llegaba preguntaba: "¿Ha llegao la meona?". Porque llegaba a las seis de la mañana el periódico, ¿sabes?. La meona le llamaba. Un periódico local, de dos páginas nada más, en el que decía pues "ha marchado a Trebujena la señorita Fulana de Tal" "se ha casado don Fulano de Tal con la señorita Fulana de Tal", y seguía "antes de emprender viaje de novios por algunas ciudades españolas y extranjeras, pues pasarán unos días... en el Pago de la Jara -lo enfatiza con una fina ironía-. Y debajo ponía: "Para ataúdes, Diego Otero" -ríe a carcajadas-. Había errores graciosísimos. Hubo un robo que hubo en el Cabo Noval, en una casa de redes de Medina, maestro armador, un corte de redes; enfrente había una taberna y una bolera para surtir a los de por allí, a la esquina del Cristo, a la calle Trاسبolsa final el final antes era la Fragua del Tonto, bueno, pues para surtir a todo el sector aquel había una taberna y una bolera, donde los marineros iban a jugar a los bolos. Pues se cometió allí un robo, y decía al día siguiente "El Sanluquilla": "En la taberna que hay junto a la bolera, esta noche se ha cometido un robo, los cacos o cacas". Y eso fue comentadísimo en Sanlúcar. Los cacos o cacas. Estaba también "El Profeta", de tendencia conservadora, de Manolito, como le llamábamos, Garaña. Entenao, se le llamaba al hijo político jeh! de Domenech. Este Domenech tenía una imprenta, puso una imprenta en la calle Mochales, lo que hoy es Caja de Ahorros de Ronda, me parece. Su hijo, se hizo abogado, amigo mío y se fue a Sevilla con un político de izquierda y se hizo muy popular en Sevilla. Se fue de pasante con... no me acuerdo del nombre del abogado. Bueno. Destacó mucho en la Segunda República. Y "El Sanluquilla" lo imprimía un gran amigo mío, llamado Andrés Cazalla, era el que impri-

mía el periódico. Y yo iba mucho por allí. Y hablaba mucho con don Arbidio Pulet Pimentel, que era el director propietario del periódico.

Iba José desgranando sus vivencias. Purificación contemplaba. Oía complacida a su hermano. Larga vida. No todo calor. Se intuía también el hielo vivido. José no temía los hechos, pero gozaba de las anécdotas. Aproveché su mención para indagar sobre la Segunda República.

- En la Segunda República ya no estaba yo en Sanlúcar; siguió José, estaba en Madrid, ¿verdad? En la Segunda República, pues, fue alcalde, ¡Ay! ¿Quién fue alcalde? ¡Ah, sí! ¡Colita! Este fue Manuel Colita, que vivió en la calle Marqués de Mochales, frente a lo que hoy es la Caja de Ronda. Ese fue alcalde, y visitaba Madrid; era amigo de mi hermano Rafael, el abuelo de Paco. Visitaba Madrid y, por encargo de mi hermano, siempre iba al establecimiento donde yo estaba, y donde he dependido durante cuarenta y cinco años. El almacén de productos químicos y farmacéuticos, drogas, perfumería y artículos de limpieza. Era el almacén más fuerte, no de Madrid, sino de España. Bueno, pues, este señor iba todos los meses de mayo a gestiones del ayuntamiento y además a pagarle la beca que tenía concedida un tal Vital, Isidro Vital, gran amigo de casa. Mi hermana, cuando yo la llamé que se fuera a Madrid, hizo el viaje con este Isidro Vital. Iba a pagarle y a gestionarle pues el alojamiento, y siempre se pasaba por la tienda. Era alcalde de aquí. Concejales creo que fue un amigo mío y condiscípulo, Ramón Espino; uno de Chipiona, que yo no lo conocía y, como no venía más que ocho o diez días de vacaciones, que era lo que me concedían como privilegio, porque entonces no había vacaciones, a mí me lo concedían por buena conducta en la casa -ríe-. pues me enteraba de eso, de la marcha, pero a grandes rasgos, de la República en Sanlúcar no puedo decir, no...

Quedaba su palabra suspendida en el viento. Pasaban los hechos, como dolorosas espigas de cera, y José trasladaba su angustia y su sombra a la guitarra sonora que dejaba sus ecos en las vivencias personales que sabían volar cálidamente sobre lo trascendente. Volví a sus personajes, le pregunté por otros escritor sanluqueño, don Manuel Barbadillo.

- ¿Del poeta Barbadillo? Este, según mi criterio, era, no de izquierda, pero liberal. Aunque aparentaba ser conservador. Y creó una reunión, una peña, que se reunía en la calle de San Jorge, en una taberna, a mano derecha, al principio. Se reunía allí con un tal Guillermo Cuevas, amigo mío también este..., muchacho que estuvo también en el colegio conmigo, en la clase tercera; no me acuerdo el nombre de él, bueno, y otros más. Que le pusieron a esta reunión: "El parnaso". Vul-

garmente, y por los chistosos, le decían: “El parnasillo”. Y otros lo adulteraban más y le decían: “El panecillo”. Todo eso lo sabía yo, porque me lo contaban en Madrid. Yo ya estaba en Madrid, ¿verdad? Y él era el director de orquesta, Manolito Barbadillo, como le decíamos. Manolito Barbadillo, muy sencillo, no tenía pujo de señorío. Ya digo, era uno de tantos.

Los veía contentos con la tertulia. Habían comenzado tímidamente, pero poco a poco se habían ido animando. Sobre las palmeras iba adormilándose el día. Las palomas seguían con sinfonía. No quise cansarles más. Les dije que, si pudieran, qué traerían de aquella época a la Sanlúcar de ahora. Me respondieron.

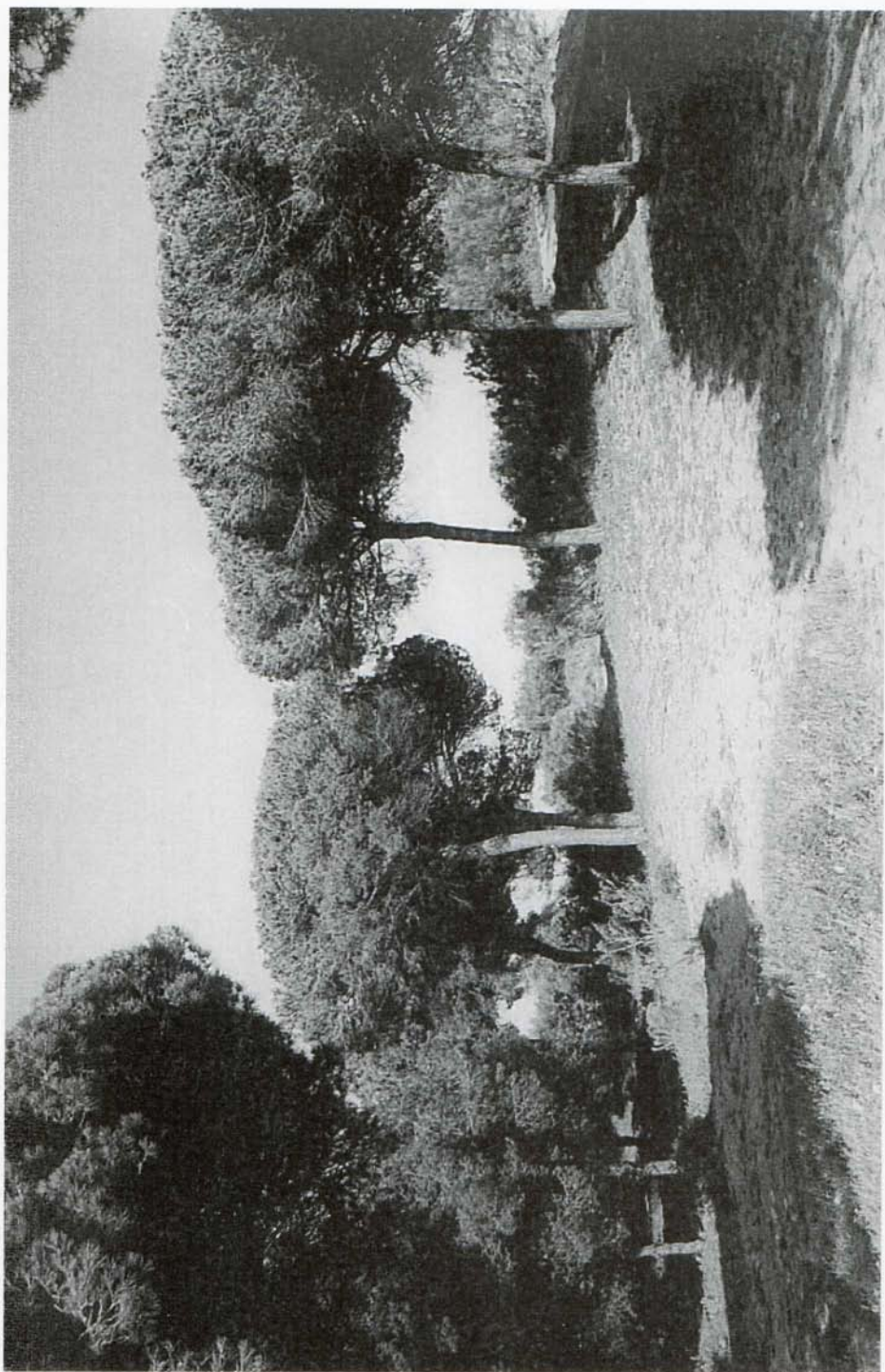
- ¿De aquella época?, dijo José, pues la grandiosidad del Paseo de la Calzada, y su veraneo, donde no había este bullicio que hay ahora, donde la majestad que había en el Paseo, pues me lo traería ahora. Había una iluminación fantástica, donde se celebró un año, que lo recuerdo, no se me puede olvidar; “El coso blanco”, que aquello fue una maravilla de espectáculo. Y por las noches era el paseo, veraniego, hasta las doce de la noche. A la derecha e izquierda del paseo había la tómbola, que hoy está cerrado, dirigida por doña Pura Vila, y las Delgado Zuleta. A la derecha, el casino de los señoritos, como le decían, que hoy es un restaurant. Pegando a ese casino, un gran restaurant donde se servía café y demás, y frente al tablao de la música, como vulgarmente se le llamaba, todo rodeado de sillas, y donde se reunía pues la juventud y la madurez de Sanlúcar, en mujeres, y los hombre de pie, rodeando, cercando el tablao. Con partitura, el director de la banda era el maestro Julián Cerdán. ¿Usted lo habrá oído nombrar, verdad? Y con piezas muy bonitas, actuales y antiguas. Y hasta las doce duraba. Y eso sí yo me lo traía ahora. Ahora encuentro un paseo vulgar, bullicioso, pero bullicioso no de mi gusto, francamente.

- ¿Qué me traería?, añadió Purificación. Todo, todo. Pues lo mismo que ha dicho mi hermano, “El coso blanco”, que me gustaba mucho, la Calzada que me gustaba antes más, y no sé... Quiero tanto a Sanlúcar, mi patria chica, que me lo traería todo lo que había antiguamente. Y la playa. Yo el paseo marítimo lo encuentro muy ancho; un poquito más estrecho y más playa... sí... sí... Y cuando iba a la playa, al final de la Calzada se veía enseguida el mar y ahora no... las casetas... y no se ve hasta que no se está en la misma playa. ¡Claro! Yo hago publicidad por todas partes de Sanlúcar y digo que la playa tiene diecisiete kilómetros de larga... y dicen: andaluza.

Terminó la velada. Con los hermanos Purificación y José se fueron sus palabras vivas. Yo me quedé mirando plácidamente el agua de la fuente de la Plaza del Cabildo que subía y bajaba en un interminable juego de ritmo, frescor y colorido.

Seguían pasando sombras blancas. Todas aquellas ideas habían caído en mi ansiosa alma como semilla en tierra virgen, y florecieron, pues los dos dejaron en mí un tupido bosque de experiencias compartidas.

Días después, Purificación y José, en el taxi de su sobrino Paco, se dirigían a Jerez para allí coger un tren que les devolviese a Madrid. Era una ida más, pero ambos, en su corazón, tenían un fuerte presentimiento: Que no volverían a ver más a Sanlúcar, que esta había sido la última vez. Y cuando la luna giraba en el cielo, sobre estas tierras sin agua, vinieron a caer unas suaves lágrimas de Purificación y José, mientras el aire se llenaba de rumores de metal negro.



“...llegábamos al pinar que besaba la orilla de la desembocadura...”

PERFILES DE SUEÑOS

*“De la esfinge a la caja de caudales hay un hilo
tenso que atraviesa el corazón de todos
los niños pobres”.*

García Lorca

I

La Cuca y la Comina se despiojaban, sentadas en deshiladas banquillas de enea, cubiertas de sudorosos vestidos de un negro despintado. Jugaban los niños con barquitos de papel que se hundían en el riachuelo de porquerías que corría por el centro de la calle. Una madre envejecida prematuramente limpiaba con un papel el culito de su niño que se había hecho caca, y arrojaba luego el papel al centro de la calle. El cadáver del muerto del día en el barrio reposaba, en una miserable caja, colocada en lo alto de la cómoda mientras que unos y otros se lavaban en la misma palangana con inodoro jabón verde. Sangraban de hambre los estómagos, ateridos de un frío que sólo se aligeraba intermitentemente con el calorcillo de la diaria poleá de maíz o ese otro “boccatto di cardinale” del bollo de harina ennegrecida con aceite y azúcar. Esperaban los niños la caída de la tarde, para que, con ella, llegasen los padres que, durante el día y en vetustas bicicletas habían portado desde los pueblos de las proximidades productos de estraperlo, con los que sacar un dinerillo que les permitiese que el almacén de turno continuase dándoles de fiar con que poder comer algo. Apenas adormecida la luz del sol, la calle se cubría de sombras alargadas, mientras que los ejércitos asimétricos de borrachos vomitaban en cualquier rincón o dormían la pea envueltos en la oscuridad de alguna sucia casapuerta. Alguna mujer corría descalza ante la persecución de su marido que iba moléndola a correazos, entre el griterío de las mujeres, la pasividad de los hombres y la comitiva ruidosa de los niños. De cualquier rincón del barrio sonaba una blasfemia como soleá del hambre, que se apagaba en el yunque del barro. En el cuartucho de cualquier patio de vecinos, una mujer gritaba de parto, agregando un niño nuevo, con sus ojitos de penas, a la larga cola de los que miraban desnudos de todo, unas

manos pródigas que nunca aparecían. Este mundo estaba solo, caminaba solo por la soledad sufrida, angustiada y desesperada. Aún olía a muertos en las colinas próximas y los ecos de sus voces sordas seguían resonando en los tambores enfebrecidos de unas conciencias que se habían dejado la sangre en los larguísimos días desgarrados.

Y así comenzaban días nuevos y se estrenaban hambres viejas, y la gente moría prematuramente, sin previo aviso: y se paseaban a los muertos en miserables carrozas despintadas, yertos sobre cajas de cartón enmohecido, mientras el cura, arrastrando, bajo la inercia azul del cielo, su negra capa de terciopelo ajado y oro raído, iba haciendo un viacrucis de pasión pagana, por las muchas tabernas que el destino iba colocando en su presencia. Las abuelas prematuras -todo era prematuro-, con los nietecillos colgados del brazo, corrían supersticiosas a esconderse en cualquier casapuerta, creyendo que, con ello, se liberaban del imán del macabro desfile. Y las chicas jóvenes, muy jóvenes, quitaban una boca de su casa, yéndonse a servir, no teniendo más ilusión en la vida que lo que de la casa podían coger ocultamente y las sorpresas que les deparaba el sexo prematuro de la adolescencia, que le aportaba un escuálido novio, oliendo a jabón verde y a hambre contenida.

En el lago estancado de la ciudad adormecida, desembocaban figuras tristes y enlutadas, seres hambrientos, ignorantes de la vida que pasaban años y días interminables bajo una miseria que los aplastaba y una existencia que era una invitación a la desesperación y al desperezo, encontrando mil rincones en los que adormecer su vacío. Era un mundo agrietado que ni tan siquiera encontraba la explicación clara de su sollozo.

II

La sombra del grito apenas si llegaba asqueada a las puertas del ayuntamiento, dormitando de alcohol y de asco junto a una plaza del Cabildo oscurecida y mortecina. La sombra del grito prefería quedarse en el barrio sollozando, cobijada en su nido de impuestos silencios en un horizonte chato sin luces, mientras permanecían los corazones mordidos por las víboras de la menesterosidad y las tumbas abiertas siempre preparadas.

Y allí estaba hierático el ayuntamiento, cargado de vivencias pasadas y condenado hoy a permanecer en silencio. La monotonía era jinete cansino que galopaba por sus dependencias. No se hacía nada ni nada se podía hacer. Los conceja-

les, enlutados, con la condena de la sangre enraizada en sus entrañas, aparecían tardíamente por los plenos yacentes. Se guarda silencio ante los cadáveres, y silencio eterno había en sus sesiones, sin que ninguno pretendiese nunca tomar la palabra... ¿y para qué? El destino estaba marcado. Nadie podía cambiar su rumbo. Tampoco los ediles tenían su interés puesto en ello. Sus ojos soñolientos contemplaban, callaban y sentían una lucecilla encenderse, cuando luego algunos, ¡qué diferencia de estatura corporal entre ellos!, mataban la monotonía en la Barbiana o en una oscura taberna de la calle Santa Ana. De allí salían, de los ayes olvidados, para dormir una interminable siesta, que los arribaba nuevamente a las orillas de la monotonía.

Sollozaban estas almas perdidas, tramitando empréstitos en algún banco de crédito, con los que instalar tuberías de alcantarillado, estaciones depuradoras, red distribuidora de aguas, pavimentación de calles, viviendas para funcionarios, grupo escolar, hotel para fomentar el veraneo, compra de la plaza de toros, ordenación de Monte Algaida y elaboración de caminos forestales... Así las tarántulas tejían redes con que cazar sollozos, pero estos flotaban muy lejos, cerca ya de las negras estrellas.

Cuando pienso en ello, con la inquietud infantil en mis ojos, huyendo asustado de la miga de Conchita, o con el eterno olor a tortilla de patatas del colegio de Anita Velázquez y del de don Gabriel, en lo alto del freidor, o siempre asustado por los guantazos del padre España o por sus amenazas de despido por mi tardanza en pagar las correspondientes mensualidades, la canción viene lenta y cansinamente a dormirse en mis labios. Era una canción llena de horas que parecían eternas, que cualquier estrella amanecida en mi patio de losas de Tarifa la haría reverdecer entre tanto tronco seco. Y así el mundo era un mundo de sombras, con la niñita muerta sobre la cama y oscuros ojos infantiles bebiéndose la escena tras la ventana.

III

Aquel era su mundo. Hoy lo veo con lentes negras y agrandadas hasta el esperpento. Los chiquillos teníamos otro mundo, silencioso también, privado de estrellas de oriente también; éramos todo ojos inquisidores de unas preguntas que aún no habían asomado por la esquina de nuestras conciencias. Sobre nuestras almas se reflejaban sombras quietas, pero cada mañana nacían en ellas luces nuevas.

Escuálidos y pequeñajos jugábamos tras una pelota de tela en la explanada de la plaza de toros, con el jardín del Pino a nuestras espaldas. ¡Cómo nos llamaban la

atención aquellos dobles sillones en forma de ese, preparados para que los amantes no tuviesen que esforzarse mucho para encontrarse frente a frente y boca a boca! Por allí paseaban unas niñas de añil que apenas si despertaban aún en nosotros amaneceres de rosas blancas. Algún viejo, con su traje de pobreza gris que iba dejando asomar por su cuello una raída camisa blanca, liaba con sus largos dedos, algún cigarrillo de tabaco negro, con la cabeza cubierta con un sombrero despintado del que surgía un mar de sudores.

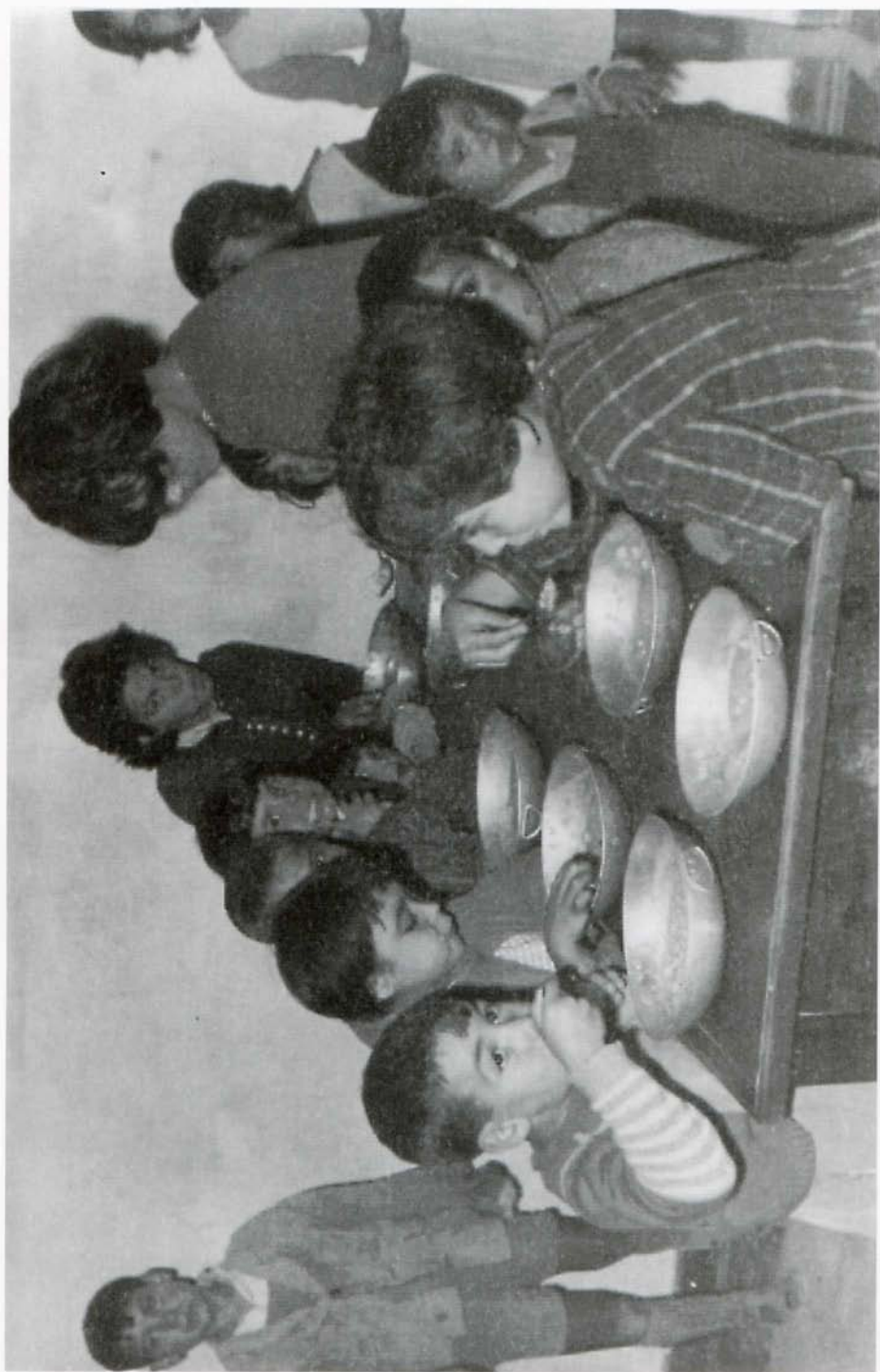
Otras veces, nos alejábamos más los chiquillos, del que era nuestro medio natural, y por un camino polvoriento, con robustas moreras a derecha e izquierda, llegábamos al pinar que besaba la orilla de la desembocadura y ocultábamos nuestra inocencia en una miserable choza, propiedad de la familia de uno de los niños de la calle, y allí organizábamos un improvisado encuentro de rumores y cunas. Así huían de la choza los castos fulgores.

Iban creciendo así nuestros caballos, con huídas de la escuela, con eternas carreras por las calles en sombras, con nuestras almas harapientas, con tropiezos diarios en la monotonía. Pero... no importaba, era nuestro juguete de monotonía. También un poco asesinos nosotros, gozábamos, sí gozábamos, transportados por la jaca de nuestra inocencia. Y nos parecía paradisiaco adentrarnos, veloces tras la aventura, por el Huertecillo en busca de las proximidades del Salto del Grillo. Eso sí que eran días de fiesta. Por allí nos devorábamos nuestras diminutas almas y, perdidos entre barro, eternos árboles y mistericos matorrales, ya no nos parecían tan fríos los adultos. Allí nos bebíamos nuestra alegría, mientras nuestras madres gritaban nuestras intimidaciones por las esquinas blancas. Mientras un riachuelo iba silbando desde lo alto hasta, cruzando el Huertecillo, arribar al Paseo de San Francisco; contemplábamos sus últimos pasos y empezaban a estremecerse nuestros inocentes sexos tras pirámides de arbustos asilvestrados.

Corrían nuestros juegos parejos a los gemidos sordos de los obreros parados; a las noches sin luces de eternos apagones; a los aprisionados estómagos vacíos; al rancio olor de la escuela, mezcla de tortillas frías y de orines incontinentes por el nerviosismo; a las voces que en la lejanía sonaban a muerte; a los bautizos que se celebraban en el patio de la casa de vecinos, junto al pozo, con un lebrillo de lavar, esta vez lleno hasta los bordes de aceitunas, como festín de una rota caja de caudales; a los gatos que lloraban en los tejados; al griterío de las madres histéricas porque a sus hijos los llevaban a la mili; a la danza de guantazos, cuando alguna madre nos sorprendía en nuestros impúdicos juegos prohibidos; ante la huída de un cielo asustado de tanta miseria.

IV

Aquellos barcos diminutos no zozobraron en ríos de soledad y monotonía; bogaron ¡Dios sabe cómo! hacia paisajes de luces contenidas.



“Fundó... comedores para niños...”

DON ANTONIO

*“A los hombres sólo se les
puede gobernar sirviéndoles.
Esta regla no tiene excepción”.*

V. Cousín

No por esperada, la noticia de la muerte de don Antonio González Carmona me impactó y me impresionó menos. Había sido mi párroco en mi infancia, en mi adolescencia y en los primeros años de mi juventud. Era un hombre seco, inteligente, de fina ironía, de carácter fuerte y muy violento, en lo que creo que influía no poco su avanzada enfermedad asmática. Un día, tristemente salió de Sanlúcar, vencido por una enfermedad que le destrozaba los pulmones y hacía de su respirar una cruz casi insufrible, y vencido por otra cruz, la de la incomprensión y falta de cariño de quienes quisieron arrinconar en una casa de la calle Santo Domingo a unas manos tan llenas de buenas acciones y a una voz tan impregnada de verdades. Pocos eran, pero suficientes para sembrar en el corazón recto de don Antonio la semilla de la prudente huída.

El día de su silente ida a Sevilla lo vi abrumado, nervioso, dando órdenes a sus tres enlutadas y oscuras hermanas, una hermandad como se estilaba en la época, presta al servicio del ministerio sacerdotal de su hermano y como una prolongación del mismo ministerio. Quizás don Antonio tenía en su alma el claro presentimiento de que probablemente ya no volvería más. Que esta tierra que tanto amó, sin ser la suya propia, no sería su tierra fatal y final. Y así fue.

Ya en Sevilla, yo le visitaba los jueves, con mucha frecuencia, en su modesto piso de la calle Madre Rafolds, del Barrio de los Remedios. Mi visita, como la de otros feligreses, levantaba en él una conmovedora ola de nostalgias, de cálidos recuerdos y de afectos infinitos. Siempre me preguntaba por mis estudios, por su parroquia y por sus gentes, y yo contemplaba cómo su cara de bondad resplandecía con aquel gesto tan suyo de acariciarse el cogote y la cabeza rapada casi siempre

con un cortísimo pelo encanecido. Y sus ojos, asomando una tímida lágrima, aparecían enturbiados por una casi total ceguera. Nunca, después de prolongada charla, me dejaba ir de manos vacías, pues siempre tenía dispuesto y preparado algún libro de su amplia biblioteca como regalo. Esto lo había venido haciendo desde muchos años atrás, consciente de aquello del poeta: “Y cuando llegue el día del último viaje, me encontraréis a bordo, ligero de equipaje...” Y yo salía de aquella casa, donde reinaban la vejez y la soledad, paradójicamente reconfortado y fortalecido, pues a mis veintidós años veía en don Antonio el ejemplo patente del grano que, cayendo en buena tierra, produce excelentes frutos.

Pero mi ida a la casa de don Antonio era en este día de finales del frío enero bien distinta. Sabía que ya no me iba a encontrar sus grandes y cálidas manos, ni su ironía sevillana, ni su senequismo andaluz, ni su palabra alentadora, ni sus esfuerzos sobrehumanos para leer el título del libro que me legaba, ni sus martirizadores ahogos respiratorios. Caminaba triste y apenado, porque sabía que la soledad en la que muchas veces le vi envuelto, sería ahora dolorosa ausencia, ausencia de un hombre radicalmente bueno.

Lentamente subí las escaleras, como pretendiendo alargar el momento doloroso de la comprobación definitiva de la ausencia. Llamé al timbre. Esperé un momento. Creía que el modesto piso estaría repleto de vecinos y feligreses sanluqueños. Me abrió una de sus hermanas, pasé al interior; allí seguía reinando la soledad. Poquísimas personas. De Sanlúcar sólo recuerdo a María del Sudor, santa mujer, verdadera evangelizadora de la barriada marinera de Bajo de Guía. En el suelo, junto a una de las paredes del salón, se encontraba, en el féretro, el cuerpo yacente de don Antonio. Un cristal cubría la parte superior y, a través de él, pude comprobar su sereno rostro amarillento, sus ojos cerrados para siempre, su casulla blanca -como dispuesto para celebrar una de aquellas misas que tanto me gustaba en mi infancia, la de la Nochebuena-, sus robustas manos entrelazadas. Diría que de todo su cuerpo se desprendía una gran paz y entendí aquella oración que hacemos por los difuntos: “Descansen en paz”. Sí, allí estaba el cuerpo de don Antonio y la paz estaba en él.

Yo, solo, le contemplaba extasiado, como si quisiese aprenderme hasta el más diminuto de sus detalles. Mirándome, mi alma voló desde los azules cielos sevillanos hasta la clara luminosidad sanluqueña. Me aparecía la figura de don Antonio, como le recordaba en mis primeros años infantiles, en la catequesis de la parroquia rodeado de un grupo de mujeres catequistas, que nos adoctrinaban y, posteriormente, don Antonio, con una bolsa de naranjas, iba haciéndonos preguntas a los chiquillos y, a quien acertase, le premiaba con una naranja. Recuerdo el interés que poníamos los niños y cómo, cuando alguna vez acerté las preguntas, al salir de la parro-

quia, iba corriendo a toda velocidad hasta mi casa para enseñarle el trofeo de la naranja a mi madre. Ya aquello comenzó a presentármelo, no sólo como una persona respetabilísima, sino como una persona entrañablemente querida.

Seguí recordando, en mi soledad, cómo poco a poco fui creciendo y, al crecer, le fui conociendo más. Besaba su mano, a lo que él respondía con una paternal ternura, cuando me lo encontraba por la calle visitando a diario a sus feligreses, sobre todo por las calles más miserables de la feligresía. A veces daba cierta pena verle, con su sotana limpiísima, su canoa en la cabeza, su manteo recogido y sostenido bajo uno de los brazos, pero caminando lentamente, casi asfixiado por el asma que lo carcomía y que hacía que con mucha frecuencia tuviese que sentarse a descansar en cualquier patio, sobre una silla de enea, ocasión que no desaprovechaban las vecinas, en momentos de gran pobreza, para pedirle de todo.

Alguien llamó a la puerta. Me sacó de mis recuerdos. Eran unas señoras que venían de Sanlúcar al entierro de don Antonio. María del Sudor las pasó a un salita del interior, donde se encontraban las hermanas de don Antonio. Yo seguía solo. Y seguía contemplándole. Y mis recuerdos iban y venían, como las coquetas palomas de la Plaza del Cabildo sanluqueña, y pensaba cómo cientos de manos de pobres seguían aún echándole de menos, porque él tuvo siempre para todos una inmensa flor entre los dedos y un largo río de ternura en su corazón. Yo ya no me quedaba en las anécdotas infantiles, en su aparente distancia, en su juego de ajedrez a la puerta de la parroquia a la caída de las tardes primaverales y veraniegas antes del rezo del rosario, en su mal carácter, en sus destempladas salidas de tono, en el solitario misterio de sus tres hermanas. Yo no quería olvidar todo aquello y mucho más que estaba en lo más profundo de mis raíces. En mi soledad yo ya sabía valorar la grandeza de don Antonio. Contemplándole, creía que se hacía en él realidad viva las palabras del poeta, don Antonio había sido “en el buen sentido de la palabra, bueno”. Había sido un sacerdote ejemplar, celoso de su ministerio hasta los límites del heroísmo. Yo le veía entronizado en su sacralidad misteriosa, pero ello no le fue obstáculo para ejercer sus funciones de consejero lúcido y de amigo entrañable respetado por todos. Tuvo siempre sus puertas abiertas y su corazón más abierto aún, lo que le llevó a tener siempre sus manos extendidas. Gozó de un juicio sagaz y diáfano. Y en este momento, yo recordaba una de las cualidades de don Antonio que más me desconcertó, pero que en el fondo más admiré, su venturosa sinceridad de llamar a todas las cosas por su nombre. No hubo en él nunca la clásica diplomacia clerical o el miedo a la pérdida de clientela por la claridad de sus juicios, el pan era para él pan y el vino, vino. Gustase a quien gustase, o pesase a quien pesase. Era esa nitidez casi infantil de los hijos de Dios que tanto desconcierta a los hombres de mundo. Y esto lo respiraba don Antonio por todos sus poros.

Llegó el momento de la partida, en la clara mañana sevillana, con un airecillo lleno de la invernal frescura que recorría la ciudad milenaria del duende, y el cortejo fúnebre, minoritario, se puso en marcha hacia la parroquia de los Remedios. Cuando íbamos caminando por las ruidosas calles silenciadas del barrio, con jardines desplazados en las terrazas de los pisos, contemplé cómo se agregaron a la comitiva don Jesús, el sucesor en la parroquia de don Antonio, y unos señores de Cáritas Parroquial.

Yo iba metido en mi mundo, en mi firmamento sólo brillaba en ese momento un solo color, el color del recuerdo de don Antonio. Me asaltaban al trote los caballos de la austeridad conceptual, de la monotonía y brevedad de la existencia, de la dudosa inquietud de un nido de cientos de interrogantes abiertas, de la religiosidad de lo verdadero, de la soledad de la angustia, de la ternura del mundo de la marginación sanluqueña y de lo aplanador del hondo misterio de la muerte.

Bajo la mística colaboración del cielo sevillano, yo pensaba en la Sanlúcar que vivió don Antonio. Una Sanlúcar cargada de problemas durante las décadas que él estuvo y en las que dejó su salud y su vida. Una Sanlúcar que, como reconoció en un pleno municipal su propio alcalde, tenía un estado económico “más que malo”, con la industria paralizada y con la existencia lacerante del paro obrero y sus tristes y lamentables consecuencias, que don Antonio tan bien conocía y que, huyendo de vacuas lamentaciones, se dedicó a dar la eficaz, aunque insuficiente, respuesta que estaba a su alcance. La miseria y la necesidad más apremiantes seguían enseñoreándose de grandes sectores de la ciudad.

Entramos en la iglesia solitaria. El cadáver de don Antonio quedó colocado a los pies del presbiterio. Ofició el funeral el padre Guillén que exaltó la figura ingente de don Antonio. Todo era una llamada al recogimiento y a la religiosidad, pero mi alma se me escapaba tras las fisuras del recuerdo que despertaban mis sentidos. Escuchaba en la distancia las palabras del padre Guillén, pero estas se me antojaban lejanas, muy lejanas. Lo que venía a mi memoria era el profundo dolor que encontró don Antonio en su parroquia, su amor y entrega patéticos. Entré nuevamente en el angustioso hipo de mis recuerdos y allí, casi como una pesadilla, aparecía una y mil veces la sotana pulcramente negra de don Antonio, su andar solemne, se respiración ahogada, su voz preparada para el grito o la ternura.

Él había llegado a su parroquia en la década de los cuarenta. Años tristes, amargos, impregnados de sentimientos de ausencias. Reinaba por doquier la desconfianza, la soledad, el hambre y la miseria. Vio don Antonio cómo no solamente faltaba el pan de cada día, sino que las almas estaban sumidas en el más feroz de los

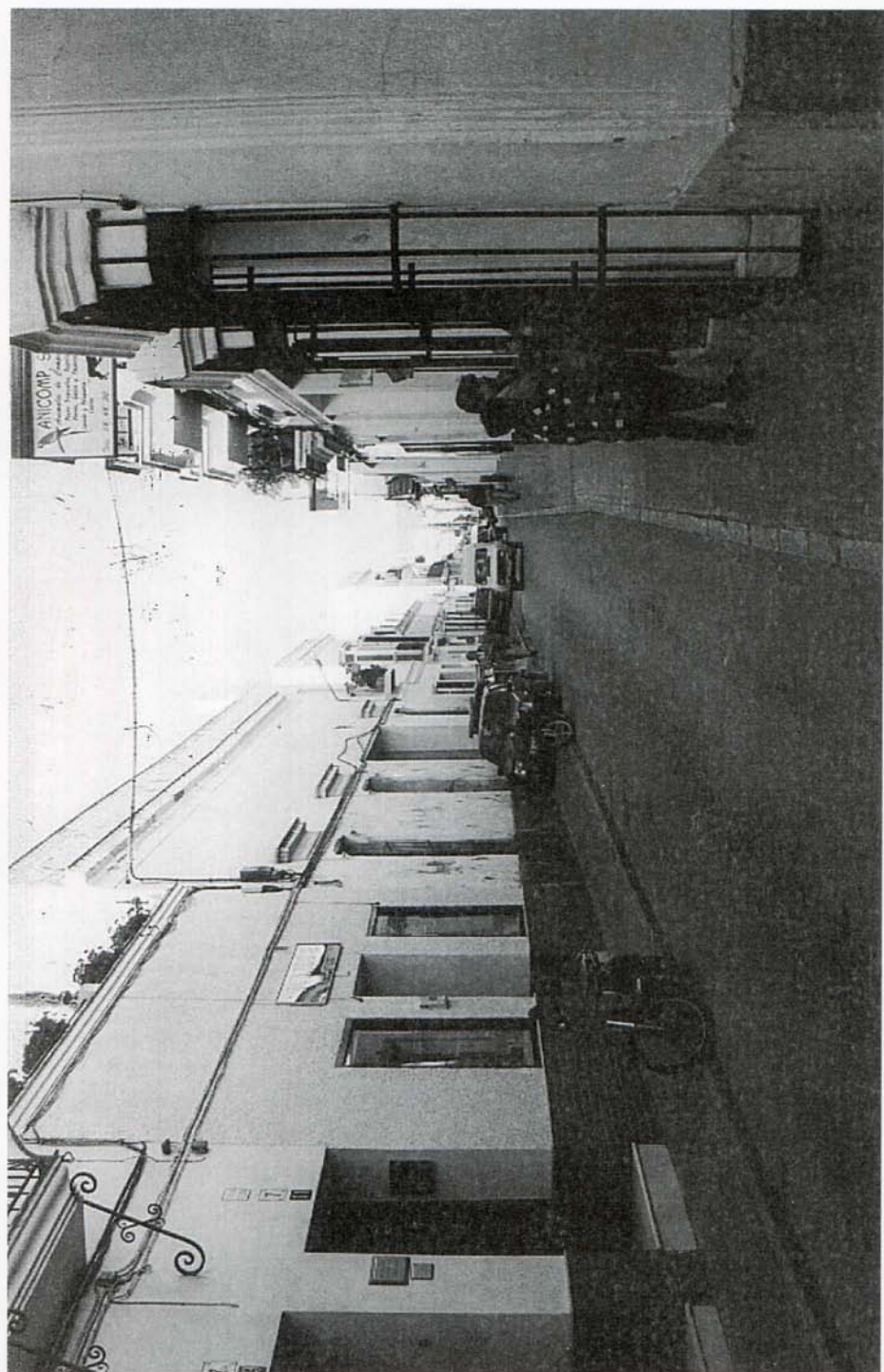
desconciertos y en radicales crisis espirituales y morales. Difícil misión la de conseguir que miren hacia arriba quienes tienen que estar tan aferrados a lo material por la más extrema necesidad. Y aquí estuvo su misión y su tarea. Fue generoso hasta el heroísmo, entregó su entereza, su solidaridad de apóstol y su inmenso corazón de padre. ¡Cómo supo vivir y convivir con intensidad las inquietudes y zozobras de sus intereses! ¡Cómo se encendía en ellos una luz de esperanza con la aparición dolorosa y dolida de don Antonio! Su pronta enfermedad no le impidió recorrer a diario casa por casa, hogar por hogar, con una constancia infinita. Conocía así, de primera mano, toda la problemática de todo tipo de su feligresía y así se metió hasta sus raíces dentro de tanta miseria acumulada. Y respondió. Fundó, en los jardines de la parroquia, en unas humildes dependencias levantadas para ello, comedores para niños, en los que diariamente y durante varios años, se daría de comer a tantos niños famélicos, aquellos niños que aún recuerdo que se veían por la ciudad portando una cuchara colgada al cuello.

Creó roperos. ¡Cuánto frío quitó don Antonio a tantos cuerpos semidesnudos! Prodigó medicinas, creando una surtidísima farmacia parroquial, abierta gratuitamente a cuantos la necesitaban y que la regentaba Mari Pepa González Hontoria. Organizó una prodigiosa labor asistencial de la que Sanlúcar y su barrio de pescadores guardan aún perenne recuerdo. Sí, hoy, ante su cuerpo yacente, lo veo claro; la suya fue una caridad alerta, pero profundamente impregnada de un irrenunciable criterio de justicia.

Recorría, abrazado a la caridad y a la justicia, este rincón de la tierra, como tantos otros del momento, cruzado de vericuetos enfangados y llenos de porquerías. No podría decirse que aquel rincón estaba en el puro estado natural, como podría acontecer en algunas zonas rurales; porque la naturaleza es hermosa y allí todo era fealdad aún en lo espiritual. Chabolas, patios miserables, calles de excrementos, rinconeras tristes, pobres intentos de edificación para resguardar la vida de muchos seres y, sobre todo, de los niños de la posguerra, ¡pobres niños! Suburbio, en todo lo que tiene de peor la realidad del suburbio. Cerca, calles de enriquecidos; asfalto, luces, comercios... No llega el latido del barrio, un latido como avergonzado y silente. Allí parece que la muerte se ha disfrazado de vida, pero sigue siendo muerte. Barros, miseria y oscuridad. A veces, don Antonio palpa esto en las almas. Hasta la blasfemia inconsciente o desesperada la intuye él, como un latigazo en su alma. Pero, don Antonio, firme, no cayó nunca en facilonas o acomodaticias posturas dadivosas ni jamás le dio sitio a la pordiosería de ventaja. Vivió la verdad y llamaba a las cosas por su nombre y esto, en vez de desprestigiarle, fue alzando a su alrededor un aura de profundo respeto hacia el sacerdote y hacia el hombre.

Mudo y silencioso estaba el cementerio sevillano. El colorido aparece tímido y casto. Entre alguna maleza, hija del descuido, aparecen algunas flores silvestres. Llegamos al nicho vacío, de donde poco antes habían desaparecido los hilos plateados que habían tejido las arañas. Es una larga pared, en lo más profundo del cementerio. Quiere ser un jardín, pero todo desborda la gran tristeza del cementerio. Cuando aún ni siquiera el tiempo nos había dado ocasión de entristecernos, ya formaba el cuerpo de don Antonio un eslabón más de aquella galería de la muerte. Corría por el cementerio una suave brisa de calma, aunque aquí nunca hace primavera. Sus juveniles alegrías no tienen aquí cabida.

Todo había terminado. Parecía que mi alma se había difuminado por aquel espacio. El sudario gris y rosado del mediodía nos cubría, cuando en la distancia contemplamos cómo caminaban presurosos hacia nosotros dos antiguos seminaristas de don Antonio, el padre Cornejo y el padre Repetto.



“...él había nacido en el corazón del más popular de los barrios sanluqueños...”

ÉTICA JUVENTUD

*“La experiencia es una llama
que alumbra quemando”.*

B. Pérez Galdós

1

Había nacido José María en la ciudad gaditana de Sanlúcar de Barrameda. Becado y destinado a los estudios universitarios, no por ello perdió nunca la conciencia de la clase trabajadora a la que pertenecía. Su padre había sido jornalero agrícola y él había nacido en el corazón del más popular de los barrios sanluqueños, aquel que era conocido solamente por la denominación de “El Barrio”. Los escasos estudiantes sanluqueños que se encontraban cursando estudios en la universidad, cuando venían a la ciudad a pasar sus vacaciones, formaban un grupo aparte. Aman-tes de la juerga, de la manzanilla y del trasnocheo, parecían querer desquitarse de esta manera de las largas sesiones de clases y de las muchas horas de estudio.

No gustaba José María de estos grupos cerrados. Era más dado al deporte, a la amistad, a la playa y a la lectura. Y poco a poco fue despertando en él una clara conciencia social que le llevó a dar clases de alfabetización a jóvenes trabajadores carentes de la más elemental formación cultural. Así entró en contacto con la J.O.C. (Juventud Obrera Católica) y comenzó a asistir a sus reuniones; estas solían celebrarse en los salones de la Academia de Santo Tomás, en la calle de Santo Domingo. Aprendió una metodología de formación fundamentada en la revisión de vida, método que veía la realidad, la juzgaba y luego llevaba a los militantes a la adopción de un compromiso individual y de equipo.

Es así cómo José María fue conociendo paulatinamente la historia del movimiento obrero en España y en particular la del movimiento obrero en Sanlúcar. Experimentó el cada vez mayor desfase entre el régimen político existente y el desarrollo económico y social de un país en el que los partidos y las organizaciones sin-

dicales son cada vez manos clandestinos; él asiste a reuniones conjuntas con miembros del partido comunista.

Sabía que en la clase trabajadora sanluqueña había habido siempre a través de la historia, una profunda conciencia social, y que eran muchos los momentos en los que esta conciencia social, ante unos claros hechos de injusticia, se había levantado, produciendo actos y actitudes de oposición a los poderes establecidos.

Había conocido cómo la guerra civil había supuesto, sin embargo, con tantos fusilados, encarcelados, exiliados y la represión profunda que la siguió, la prohibición de los partidos y sindicatos y el establecimiento de un régimen inquisitorial, con lo que esta conciencia social entró en un profundo letargo. Pero, así como en la historia del movimiento obrero sanluqueño habían ocupado un lugar central el movimiento anarquista y la CNT, es ahora, en el franquismo, cuando va a adquirir un gran protagonismo el Partido Comunista.

Parece que cuando José María contaba sólo diez años y era un niño que asistía a las clases del Colegio de los Hermanos de La Salle, en la calle San Agustín, ya parece organizada y constituida en Sanlúcar la primera célula comunista, viéndose prontamente su actuación en la organización de las huelgas de vicultores de los años 54 y 58, planificadas, como tantas otras, en la Puerte de Jerez, y que José María contemplaba con un halo de ignorancia y de misterio con sus ojos infantiles. La acción de esta célula comunista, que se inició en el campo, se fue poco a poco extendiendo a otras áreas laborales, y pronto llegó su influencia a la construcción, a la madera y a la industria; y así, en los años 58-60, cuando José María finalizaba el bachillerato, se había ampliado ampliamente su campo de acción con la existencia ya de cuatro células comunistas.

Se enteró José María de que cuando él estudiaba tercero de Bachillerato, en el año 1958, se había constituido Comisiones Obreras del Campo y de la Construcción, documentándose Sanlúcar como uno de los primeros lugares en los que se constituye CC.OO. Su pueblo contempló sucesivas huelgas de vicultores por estos años, teniendo estas como objetivo la consecución de un incremento salarial, cosa que se consiguió. En estos años, se llegó a ofrecer a los jornaleros un determinado número de puestos fijos en el campo pero, al no coincidir este número con el de los parados, los jornaleros, al grito de "¡todos o ninguno!", rechazaron la propuesta. Sin embargo, hubo quienes se acogieron a este ofrecimiento y, al ser fijos, plantearon problemas de solidaridad en huelgas sucesivas.

Al cumplir José María la mayoría de edad, el Partido Comunista estaba ya profundamente implantado en Sanlúcar. En ese verano fueron frecuentes los contactos de

la JOC con jóvenes militantes comunistas. José María asistía a ellos, y así conoció cómo la organización de las huelgas partía de un profundo conocimiento de la situación política y de la realidad laboral sanluqueña. Observó cómo Sanlúcar, por su cortísimo término municipal, era realmente una “ciudad dormitorio” para los muchos jornaleros que iban a peonar al campo de Jerez, quienes lo hacían en el tren de la estación del Barrio Alto, que se veía profundamente incrementado en el número de vagones todos los lunes en períodos de faenas, se aprovechaba este tren para, de manera completamente anónima, ir propagando por toda la campiña la convocatoria de huelga con un “se dice que hay huelga tal o cual día”, que iba de boca en boca, que todos entendían, pero que nadie era capaz de demostrar de dónde había salido la convocatoria.

En los días de vacaciones, era frecuente ver a José María, con el periódico “Mundo Obrero” bajo el brazo, de tertulia con los jornaleros parados que deambulaban por el Pozo Amarguillo, la Plaza de Jerez, la Plaza del Cabildo, la calle Barra-meda... Esto no pasó desapercibido para la brigadilla.

2

Acababa José María de jugar un partido de fútbol en el campo de deportes de la residencia estudiantil de San Telmo. Después de abandonar la ducha, y cuando se vestía, llamaron a la puerta de su habitación.

- *¿Quién es?*, preguntó José María.

- *José María*, contestó un compañero de curso, *que dice don José que vayas a su despacho*.

- *Vado presto*, contestó José María sonriendo, *me visto y voy. ¡Gracias, macho!*

Cuando José María llamó al despacho de don José, este le hizo pasar enseguida.

- *¡Hola José María! ¿Qué tal el partido?*, indagó don José.

- *Pues muy bien, don José, usted sabe que me gusta el deporte; se corre, se suda, se divierte uno y además se convive con los compañeros*.

- *Excelente*, replicó don José; *mira, José María, hace algún tiempo que quería hablar contigo... pero, si te parece, nos vamos a ir a charlar paseando por el jardín, pues llevo toda la tarde entre estas cuatro paredes*.

A José María le pareció excelente la idea y dentro de lo normal, pues era muy frecuente ver a don José paseando por las galerías del jardín, tanto solo, como charlando con alguno de los estudiantes residentes. Los alumnos achacaban esta afición de don José a que era en exceso tímido y nervioso y se encontraba más relajado paseando que enjaulado en el corto espacio de su despacho.

- *Hoy, José María, comenzó don José, no quiero preguntarte por tus estudios, ni cómo va tu vida, ni si tienes algún tipo de problemas. Sabes que todo esto lo conozco bastante bien, pues tú siempre me abriste tu corazón, cosa que te agradezco. Hoy quiero hablarte de un asunto delicado, para el que te pido tu total discreción. Debes prometerme que, pase lo que pase, no hablarás con nadie de ello.*

- *De acuerdo, don José, contestó José María un tanto intrigado por el preámbulo, sabe usted que puede confiar plenamente en mí.*

- *Ya lo sé, asintió don José, esa es la razón por la que hemos pensado en tí.*

- *¿Hemos?, inquirió José María.*

- *Sí, hemos, continuó don José. Sabes que los momentos políticos y policiales que estamos viviendo son bien peligrosos para todos aquellos que estamos en desacuerdo con el régimen. Los militantes de la JOC y de la HOAC están acosados, sometidos a un fuerte control y a una dura represión; de manera que las cartas de contacto con los militantes de otras regiones no llegan a los militantes de Sevilla. Necesitamos a alguien que no esté fichado, para que pueda ser el receptor de la documentación que venga del exterior. ¿Te haces cargo?*

- *Sí, don José, contestó José María; y si usted me está proponiendo que la correspondencia venga a mi nombre, por supuesto que estoy dispuesto a ello. Me dirá qué he de hacer posteriormente.*

- *Bien, notarás que se trata de esta correspondencia en que el sobre traerá un punto señalado en alguno de sus picos. Cuando lo observes, sólo debes entregármela. No te fijas nunca en los remites, pues serán siempre ficticios. Esperamos poder mantener la situación durante algún tiempo. No quiero que ignores que este servicio que tú prestas generosamente, podría suponerte el ser también tú fichado por la policía. Ya sabes lo que esto significa.*

- *No, no me importa, don José, replicó José María, aquí el que no cae pronto caerá más tarde. ¿Qué más da? Además ya sé algo de esto en mi pueblo.*

- ¡Excelente!, contestó don José.

Siguieron un rato paseando en silencio, viendo cómo algunos compañeros pasaban junto a ellos, mientras algún otro hacía footing y a algunos se les veía ya, a través de las ventanas, en sus habitaciones, preparándose para comenzar a estudiar. Era don José un hombre seco, de pocas palabras, muy serio, con un sentido del humor verdaderamente desconcertante, pero lo que todos sabían era que don José estaba radicalmente comprometido con la causa de los trabajadores y de los pobres y con la época en la que le había tocado vivir. Su tarea excedía el importante, pero limitado, campo de sus clases y de su labor en la residencia. Su autoridad moral era aceptada sin excepciones por la totalidad de los residentes.

- Hay aún otro tema que quiero comentarte y otro servicio que queremos pedirte. Hablamos de ellos en la reunión del pasado jueves de la HOAC diocesana. Sabemos que el gobierno está respondiendo con la más dura represión a las acciones organizadas por los mineros asturianos. Pero no tenemos información puntual y detallada de la situación, pues nuestros enlaces han sido descubiertos y sometidos a control, por lo que carecemos de cualquier tipo de información fidedigna. Sé que tú vas a ir pronto a Oviedo.

- Sí, voy a asistir con Juan y con Paco a la Semana Social. Nos han concedido una beca para ello, contestó José María.

- ¿Ves? continuó don José, la ocasión se presenta idónea, pues casi en los mismos días, un poco después de la Semana Social, se va a celebrar en el Seminario Mayor de Oviedo la Asamblea Nacional de la HOAC. Hemos pensado que podríamos inscribiros a los tres y ya allí alguien contactará contigo y te dará un material informativo que tú, con la mayor discreción, debes traerte para Sevilla. De ello no deben saber nada ni tus dos compañeros, así es más fácil que todo salga bien.

Don José y José María seguían paseando por los jardines de San Telmo, dándole vueltas al tema y, cuando este se hubo agotado, comenzaron a comentar otros asuntos de la marcha cotidiana de la vida de la residencia. Los compañeros que les contemplaban, ya todos en las habitaciones, les veían paseando, bien ajenos a lo que don José y José María estaban hablando. Un conserje vino a avisar a don José que le llamaban por teléfono, se despidió de José María y se marchó. José María caminaba lento hacia su habitación, donde le esperaban los libros. En su interior creía sentir que, en ese día, había cumplido juntos varios años. Se sentía profundamente feliz. Ni una nubecilla de duda o temor pasaba por el juvenil firmamento de su existencia.

Llegó el deseado día de marchar para Asturias. Juan, Paco y José María tomaron en Sevilla el tren que les llevaría hasta las tierras asturianas. Se sintieron embelesados por la belleza de estas tierras, pues Paco y José María era la primera vez que iban a Asturias.

La Semana Social tenía un horario muy relajado, lo que les permitía recorrer todo Oviedo y sus proximidades. Gozaron particularmente el día que subieron hasta Santa María del Naranco. ¡Qué belleza! En el paisaje, en el ascenso, en la bellísima iglesia románica y hasta en la tenue llovizna que les sorprendió en la subida. El paisaje y el paisanaje les cautivaron profundamente. ¡Era una tierra tan distinta de la andaluza!

La Semana Social era un plomo. Mucha gente encopetada y lujosamente vestida. Mucha burocracia. Conferencias pesadas y de contenido atemporal; recepciones solemnes de los organismos oficiales que lo mejor que tenían era el lote de comer que se pegaban sobre todo Paco y José María, no muy sobrados que digamos de un buen comer en estos días. Luego había que pasear largamente por las calles ovetenses, antes de irse a dormir, para facilitar la digestión de la abundante comida. Sus paseos preferidos eran por la Plaza de la Catedral, el parque y la calle Uría. La Semana Social de España pasó para ellos sin pena ni gloria. Una experiencia más que poco rastro les había dejado.

Y llegó el momento de la Asamblea Nacional de la HOAC. Se celebraba en el Seminario ovetense. Juan, Paco y José María ascendieron hacia el mismo. El ambiente era radicalmente distinto al de la Semana Social. No había aquí lujos, ni burocracias superficiales, ni discursos oficiales, ni recepciones de las autoridades. Esta sí le pareció a José María la España real, la del pueblo, la que él vivía en Sevilla y en sus vacaciones en Sanlúcar. Pero sí era distinta la ambientación externa, mucho más lo era el contenido de las conferencias, de los trabajos en grupos y de las puestas en común. De todas las maneras, José María captó en las exposiciones como una cierta desconfianza, como si los ponentes tuviesen la certeza de sentirse inspeccionados. Había un latente clima de tensión. Este clima se exasperó mucho más a raíz de un incidente que aconteció al día siguiente de la inauguración. Los asistentes habían formado un gran grupo en las escalinatas del Seminario para que la prensa pudiese tomar sus instantáneas. Todo pareció normal, pero al día siguiente se contempló, en una foto publicada en la primera página de la prensa ovetense del día, cómo surgía del grupo un anónimo puño cerrado. Se armó un gran revuelo, la policía se presentó en el Seminario e hizo las oportunas indagaciones. Era impo-

sible saber de quién era aquel puño. Comenzó a sospecharse que había policías infiltrados en la Asamblea, por lo que las medidas de control tomadas por los militantes de la HOAC fueron muy severas.

Todo este clima preocupó un tanto a José María. Él era consciente de la misión que allí le había llevado y no sabía, si así las cosas, la podría realizar adecuadamente. Él sólo debía esperar. La única consigna que llevaba era la de escribir con letra grande la palabra “SEVILLA” en la carpeta que en la Asamblea le había entregado. Llegó el día de la clausura sin que nadie hubiese contactado con él. Se dirigían al Salón de Actos donde la clausura se iba a llevar a efecto. En la puerta de acceso al mismo había un amplio pasillo de militantes de la HOAC que iban controlando las credenciales de cada uno. Delante de José María iban Paco y Juan. Al entrar en el Salón, se le acercó un militante de unos cuarenta años, de complexión fuerte y de amplio bigote, le dio un golpe en la carpeta que llevaba José María pegada al pecho y en la que se podía leer claramente la palabra “SEVILLA”.

- *¿Sevilla?*, interrogó el militante hoacista.

- *Sí, Sevilla*, contestó José María.

El militante le cogió del brazo y le sentó junto a él en el Salón. Juan y Paco, que habían quedado sentado cerca de él, le contemplaban, pero la escena no les causaba extrañeza, pues después de los días de Asamblea habían hecho amistad con muy diversos militantes y sabían además del carácter extrovertido de José María y de su facilidad para granjearse amigos. Sería uno más.

Comenzó el acto. Se fueron leyendo las conclusiones de la Asamblea, que los militantes iban acogiendo con fuertes aplausos. Hubo muchas intervenciones. Una muy particular fue la del obispo de Sigüenza, que representaba al episcopado español en la Asamblea; habló de que los obreros debían ser exigentes con la jerarquía eclesiástica y, para reafirmar su afirmación, hizo uso de la letra de un villancico:

*San José al Niño Jesús
un beso le da en la cara,
y el Niño Jesús le dice
que me pinchas con la barba.*

De ello deducía que los obreros debían decir las cosas a la jerarquía eclesiástica y exigirles, aunque le pinchasen con la barba.

Los militantes aplaudían insistentemente las palabras del obispo. José María pensaba que aquellas palabras eran fruto más de un buen deseo por parte de la jerarquía eclesiástica, que comenzaba a intuir que algo iba a cambiar en España, que de un compromiso real con la problemática social y laboral con los más desheredados. De pronto, mientras todos aplaudían, José María sintió cómo el militante que le había conducido hacia aquel lugar le arrebató su carpeta y la sustituyó por otra igual. El militante le hizo a José María un pícaro guiño, mientras iniciaba una abierta sonrisa.

- *¡Suerte, sevillano!*, le musitó a José María al oído.

José María le apretó la mano, esbozando una amplia sonrisa.

Llegó el momento de la partida. José María en el cuarto de baño había comprobado someramente el documento que portaba en su carpeta, era un detallado informe de la situación conflictiva de los obreros de la minería asturiana. Cogió la carpeta, la colocó en la parte inferior de la bolsa de viaje, colocó encima toda la ropa sucia de aquellos días y, en la parte superior, unas madreñas que se llevaba de recuerdo y unas botellas de sidra, que habían comprado para su familia.

Montaron los tres en el tren. Volvían bastante cansados de la intensidad de los días vividos. Era agradable notar, asomados a las ventanillas, el suave frescor de las montañas asturianas y el verdísimo paisaje. Un revisor les picó los billetes. Al rato, José María se sintió palidecer. Las piernas le temblaban y el corazón comenzó a agitarse con mayor ritmo. Juan y Paco leían unas revistas. No se dieron cuenta, ni tenían nada que temer. Pero él, sí. Contempló cómo entró una pareja de guardias civiles en el compartimento en el que ellos iban. Estos miraron a quienes en él se encontraban. José María deseó que se lo tragase la tierra, pero tenía que controlar el nerviosismo y aparentar una calma total. No pasaría nada, se decía en su interior. La pareja de guardias civiles les pidió que abriesen las maletas. Fueron registrándolas; así hicieron también con las de Juan y Paco. Cuando llegaron a José María, él ya había abierto el bolso y sacado las botellas de sidra. Un guardia civil sacó las madreñas y metió las manos entre la ropa sucia. El corazón de José María iba a estallar. De pronto, el guardia civil abandonó su inspección y dijo, dirigiéndose a José María:

- *¿Qué? ¿Son ustedes estudiantes?*

- *Sí, somos estudiantes*, respondió tranquilamente José María. *Hemos visitado Oviedo y ya vamos de vuelta para Andalucía.*

- *Muy bien*, contestó el guardia civil, *¡que tengan ustedes un buen viaje!*

Volvieron a colocar las maletas en su sitio. Juan y Paco volvieron a sus lecturas. José María los contemplaba relajadamente. ¡Tan cerca todos estos días y tan ajenos a la misión que él había realizado! Sentía José María como una opresión en el pecho, como las ganas de gritárselo todo a sus dos compañeros. Se serenó. Se asomó a la ventanilla para sentir la caricia de las manos ocultas de la suave brisa asturiana. Casi tocaba el cielo; pero llevaba en su corazón y en su bolsa de viaje la sangre dolorida de aquella tierra minera que luchaba por no ver sus derechos hechos añicos. Allí llevaba el llanto de las sidras y de las manzanas.



“Hematomas de sangre apagada iban cubriendo el oscuro cielo”.

SENTIRES AHOGADOS

*“Y se me escapaba la vida
ganando velocidad
como piedra en su caída”.*

Jorge Guillén

Había bajado las secas escaleras, de rojo apagado, con la vida, sabiéndola muerte, en mis brazos. Me miraba, con sus ojos de agua noble, sabiéndose, como tantas veces, segura, pero sin saber, y no sé si con aguijón del deseo clavado en su alma, que era su última bajada, para, después de apagar para siempre su mirada, iniciar, ya no en mis brazos, sino en otros impresionadamente ajenos, su última subida hacia su roja morada de perfiles eternos. Yo sentía en mi alma un revuelo de palomas negras que, en su volar, cerraban mi garganta, ahogándome en un monocorde ritmo de melodías podridas. Sólo quedó bajo la tierra; sólo dejándome sudores de soledades sin fruto. Hoy sí, hoy más que nunca se hacía realidad mi patológico deseo de una vida de ida y vuelta. No sé si sería mejor, o si tal vez supondría subir en dos ocasiones yertas a un mismo calvario de lágrimas de fango, pero lo que sí sé es que lo deseaba...

Hematomas de sangre apagada iban cubriendo el oscuro cielo, mientras las plantas lloraban en silencio. Me sentía barco cansado que sólo busca la sonrisa de la mirada y la ternura de la conmiseración y del silencio para así poder dormirme tranquilo. Habían quedado sin sueños aquellos perfiles de luces rojas. Se disfrazaba la vida de juventud, de ritmos musicales y de ensueños. Los tabiques húmedos de soledad de películas en blanco y negro cayeron, después de ilusionadas subidas a la Giralda, como nieve sometida al calor de cincuenta corazones de cuerdas milenarias. Eran monótonas semanas de estudios monótonos soñando con el abrazo final, las miradas de siglos, las reuniones prematuramente cutres, el desfogue de los partidos de fútbol y la dulce punzada del alacrán, que derramaba manantiales de miel. Mi noche se encendía en los amaneceres rojos de aquellos cuerpos. Me hice fiesta. Fui dulce pan sólo dormido en mi pecho. La sangre iba brotando siempre cantando.

Las yedras de amores iban hundiendo sus raicillas con gritos susurrantes que sólo al tacto rebrotaban sus encantos. Olor a cuerpo, a romero, a eucalipto, a serrín teñido de mil colores, a café que despertaba la noche, a tortas de aceite en la Plaza del Cabildo y a una catarata de nardos, siempre acompañado, sin pistoleros que te asal-tasen por las esquinas. Suspiros de madrugada, en jueves de coñac o en vísperas de cubatas, con noches de ternuras apretadas sin grietas en la mejilla. Suspiro de madrugada, a orillas de una mar eterna, volando bajo apagadas nubes blancas, corriendo tras los jabalíes del sueño, que abríen en mi alma surtidores de plata, cuando reía la risa sin los miedos acurrucados bajo el escándalo de carne blanca. Comenzó a irse la primavera, casi sin darme cuenta, y casi no vi que el otoño venía. Las guitarras supieron de cuerdas rotas, y pronto un cielo, amarillo de estrellas, comenzó a arrebatare mis cuerpos macilentos con sus cerebros almidonados. Ya no había línea, todo era punto. Y un jazmín insinuante me gritaba las excelencias de las idas y venidas, de los nuevos empezares, de las macetas de geranios de lata resp-lanciando nuevamente por las azoteas grises y blancas. Así yo buscaba en mi alma las huellas de mil deseos.

Y subieron mis corazones a las melodías de piedra. La vida se hizo broma, presentándose sola como pétalos de rosas. Era todo perfume y selva transportada y salmodias de ángeles y besos de futuros y encuentros en los claustros y, de allí, otra vez, a las melodías de piedra. Todos los retratos de veinticuatro años aparecieron ese día sin sombras. Y los días de veinticuatro horas quisieron alargarse cantando canciones nunca pronunciadas, rumores de soles intactos sobre perpetuos días. Y las veinticuatro ancianas, llenas de brazos y de raíces lejanas, cantaban canciones de mármol blanco reluciendo sin sombras. Y las vides extendían sus brazos, alargándolos y encogiéndolos de nuevo, y la rosa roja se hacía presencia, aún desprovista del dolor de la vida. Y aparecía apenas la rosa oculta, haciéndole guardia al dolor, a la enfermedad y a las voces apagadas. Allí estaba ella, lejana del griterío, desnuda de rosas y de brisas de mármol blanco, sin saberse guardiana del arcón de los terrores negros y de las lágrimas blancas. Creía mi corazón tránsito infinito lo que era sólo parada fugaz en una venta del camino. Pronto mi lanza de suspiros privada quedaría de estrellas y todo quedaría en el lago del recuerdo como añoradas imágenes quietas. Hoy quisiera despertarlas, pero mi alma yace en soledad por la vaciedad de mi jaula.

¡Volar en una estrella! Sí, volé en una. Tan lleno de mí. Pavoneándome tanto de los baños de multitud. Sintuéndome importante en un corazón de gélidas piedras. Pero ya la sierpe tiempo hacía que me había mordido en las entrañas, y yo me sobrecogía cuando veía desfilar las vacas mecánicas -¡cómo las añoro ahora casi a los treinta años!-, vacas de miradas silentes, de pasos acompasados, de paradas furtivas, de búsquedas de hogares rotos por los ladridos de los perros, ya

hoy caricaturas de ceniza, de nidos embelesados en el centro de la montaña, y luego... arritmia, temor sin sentido e inesperados encuentros en despachos rurales. Eran días de ascensos y descensos de las cimas a las simas, de paseos solemnes con el centro de la moral, de miradas ignotamente furtivas, de la juventud a la ancianidad, de sábanas de casero hospital en silencio a escaleras ruidosas que portaban al oscuro lecho de la sangre, de colas ansiosas de perdones, que luego se avergonzaron de aquellos andares, transido el tiempo por el dardo de su tiempo. Sí, aquello no fue tiempo, fue un suspiro vomitado en un despertar de juventudes locas. ¿debí permanecer en aquel corazón de piedra? ¿Habría sido otra mi fugaz vida de soledades y silencio? ¿No desearía hoy quizás el eterno retorno de las huellas desgastadas? No sé nada. Sólo sé que aquel corazón de piedra me lo hicieron imposible y yo estaba envenenado de la dulzura de las novedades azules, aunque viniesen cargadas de soñolencias y de verdes sorpresas que podían anidar en las campanas.

Y anidé en las campanas. Cambié, casi sin darme cuenta, un purgatorio, después sabido, por un cielo de efigies negras y de almas blancas. Me maridé con la alegría. Caminé por frondosos jardines de violetas encendidas y de rosas recién abiertas. La inocencia vivía en aquella altura de regias vivencias, pero yo ya no tenía sino cientos de corazones y, con tantas puertas abiertas, habrían de andentrarse los ojos abombados de maldad y la voz hueca de vicios deseados, y tropezamos en el lejano viento. Sus sucias palabras chocaban con mi arrítmica boca de mil pétalos y, si sin saberlo, sus garras se apoderaron de mi blanco secreto prisionero, prisionero en mil regiones y en los mil rincones de la noche blanca. Chocaron el viento y el corazón de papel, que se desmembraba en mis adentros. Por un río gris caminaron mis ojos encharcados de lágrimas de barro. En la cárcel esperaba la esperanza, pero, esta, encadenada, poco podía liberar mis pies cansados. Corriente lenta de norte y sur, de este y oeste. Vértigo en el corazón, danza del día y de la noche, sacralización de lo anónimo, de las miradas fugaces de luces yertas que aún iban cantando por el aire andaluz sin cadenas.

Y bajé a las aceras de carne. El jacinto y una luz en la distancia iluminaban el nuevo caminar. Opacas luces de eternos empezares. Vinieron nuevos pensamientos, entré en nuevas soledades y mi paloma desatada huía locamente de las aulas a las notas, de los pasos dados a los instantes de la noche, del deporte a las risas, del vino al toro y de la sierra a las orillas de los mares. Apenas si había tiempo para extender las guirnaldas de melancolía, pero las negras mariposas reposaban silenciosamente en los huecos de mi alma. Todo era entonces firme, pero el desconcertado barco bogaba por la indecisión de mi vida entre melodías de silencios acurrucados y abrazos de sombras, de estrellas y de rosáceas serpientes de ritmos.

Y así, durante años, salió la blanca paloma del sueño e hizo de la velocidad su aspiración nunca apagada, subiendo y bajando por locos caminos, dejando sendas errabundas, disfrutando del plateado aire de palmeras sembradas en la blanca montaña con cuevas de sangre aplastadas en el asfalto grisáceo y calenturiento. La villa se abría a raudales, lanzando su suave soplo mañanero y mi alma, con labios de cereza, se serenaba escribiendo una melodía sobre el canto de los pájaros. A veces, sin embargo, un duro golpe me rompía el horizonte, hasta que las voces de los hombres y los gritos de las mujeres se iban apagando lentamente hasta el agrio vinagre de la tumba. Pretendía siempre subir en romería al tempo del amor y mi caballo entonces no era portador de la frígida muerte y, antes de que apareciese el canto del pájaro, así sobre mis hombros la beldad que me hacía sentir la montaña como un llano, y el rítmico caballo de nácar iba así rompiendo las entrañas de la mar con pianísimos ojos de caoba.

Mi loca esperanza y mi suave desvelo supieron que aún era más bella la belleza cuando estaba fraternalmente repartida, pues así el dolor, muerto el lobo -lobo para el hombre- ya no cegaba mi camino y sobre el caos del mundo no se lanzaba la red de la locura, virgen doncella de todos los furtivos deseos; se disipaba la nube de los legos deseos, el agua sagrada y dulce se iba de mis manos, el dulce terciopelo se hace cúpula infinita de recuerdos y se mezclaba la indiferencia cartujana con mi corazón nuevamente herido.

¡Cuántas veces sobre el mar de la noche volaban aquellas olas amarillas que iban a morir a los troncos del bosque, mientras una voz de esparto rompía acremente el lento ritmo de las olas! Sí, las olas del mar del desamor portaban las emociones a la fría e ingrata isla de las soledades; pero siempre surgía el ir y venir, la subida y la bajada, pues de nuevo se abrían las nubes de negro terciopelo y ante el crujir de los girasoles brotaba muy suavemente una solitaria azucena y nuevamente, en mi molino de oro, salía a sembrar secretas ilusiones en jardines fecundos, negros nidos de caracolas con vocación de eternidad.

Sentía en aquellos años la vida a mis pies, pero no con un sentimiento grave y profundo, sino con miradas tronchadas por el peso de la luz, ante aureas sonrisas de algodón que, en el bosque de la noche, ante el canto, en la estampa del cielo, de la luna, esparcían sus salvíficos sonos, con sus negras cabelleras de sal, que contemplaba como orillas en alta mar. Eran negras clavellinas de amor que iban a asentarse bajo vetustos eucaliptos con suspiros divinos que misteriosamente encontraban fugaz eco en un día cualquiera, estrellas blancas de luz, estiletes fugaces sobre un cielo de frustadas esperanzas. Era difícil interpretar esas miradas tronchadas, a veces sueños de amor entre cañas y rosas, otras, sacramentales historias que se repetían con carcajadas de locuras, o símbolos de cuerpos de sal y soles, volcanes de cas-

tañas pilongas. Todo el sentido está en el amor. Por razón de amor y sequedad de alma, mis manos desnudas buscaban el agua purificadora, al tembloroso resonar de las campanas, que relinchaban en el cielo delgado y rasgado por los corales de la monotonía. ¡Qué puñales de ternuras de algodón, de ojos y piel inocentes, de flores de esperanzas desgarradas, donadoras, bajo las nubes estáticas, de un amor siempre viejo y siempre nuevo!

Mas poco a poco, a una vida de fecunda y triunfante actividad, acompañaban los gritos de las insatisfacción sangrante y de la corrupción social. Vi caer ilusiones desgarradas. Por las escaleras tristes de mi alma bajaban sentires esclavos, ideales muertos, salud tronchada, muertes prematuras, y miles de gotas de sangre martirizada. Eran otros tiempos. Era otra alma. Era otro cuerpo. Eran otras ansias. El mar de amar, antes contemplado inmenso como el inifinito, aparecía ahora vilmente encerrado en la sucia cloaca de los hombres, con estrellas muertas, solo, entre cuerpos putrefactos. Piedras, llenas de alas, caían con prisa, y sepultas, me alejaban de los dedos de nácar, sepultados en la arena tan parda, y mientras los patos reían a carcajadas, al ver los inalcanzables vuelos de las blancas palomas.

¿Y qué hacer? No se puede nadar contra corriente cuando relinchan los mil caballos de la oscura maldad, sólo, sólo dejar que las lágrimas de esta caña dolida, huérfana de amor y de vida, al car sobre el río que camina trágicamente hacia el mar, se vayan convirtiendo en eternas estrellas de impotencia y de soledad encerrada. ¡Qué pronto contemplé el gusano, arroyuelo de esclavitud! Así tiré de mis manos la desnuda manzana, mientras una vez más galopaban los caballos de la noche por ascuas de frío fuego. Palabras... blasfemias huecas... letras... que gimen, que ciegan, que dejando van, en el cristal de los jardines del recuerdo, afiladas flores de pasiones ajadas. Víbora con garfios de amor. Quimérico amor en yunque sin palabras. Fúnebres procesiones de tallos tronchados, secos y muertos. Eternas raíces de sepulcros desnudos. Negras manzanas de carroña reinan en la sociedad aterrada por los aires helados del final de siglo. Reluce la vulgaridad triunfante. Siento angustia de canela y sequedad de escuadras de claveles negros. Aferrado a las manos cortadas, quiero entonar esta balada de corazones solitarios, negándole a mi mirar contemplarse en las estrellas, mientras triunfa el caos de hiel en una sociedad de esperanzas perdidas y de amores dementes.

...Y sola quedó bajo la tierra, junto a las cenizas de su único compañero, gigante y negro como la noche negra, sola, dejándome sudores de soledades sin fruto., Hoy sí, hoy más que nunca, ante su cuerpo empequeñecido y yerto, se hace realidad mi patológico deseo de una vida de ida y vuelta. No sé si será mejor o si tal vez supondría ascender dos veces el mismo calvario de lágrimas de fango, pero sólo sé que aún lo deseo.

ÍNDICE

	Página
LUCERO DE LA MAÑANA	11
RECUERDOS DE LUZ	23
REGRESO A LA CIUDAD QUE NOS VIO NACER	33
LAS CUATRO LUNAS	43
SURTIDORES DEL MONASTERIO	55
AMOR PURO	69
MUJER DE AMORES	79
FRAY JOSÉ DE BARRAMEDA	91
VIDA Y AVENTURAS DE BERNARDO LOPE	103
TIEMPOS DE CONJURAS	113
SURTIDORES DE SUEÑOS	121
DON MANUEL	131
DÍAS DE ESPLENDOR Y MISERIA	145
SIN REGRESO	157
PÉTREO DESFILE	167
JUVENILES AÑORANZAS	179
PERFILES DE SUEÑOS	193
DON ANTONIO	201
ÉTICA JUVENTUD	209
SENTIRES AHOGADOS	221

*Este libro ha sido posible sacarlo a la luz
gracias a la inestimable
colaboración de*



